

BIBLIOTECA PREDICABLE,

por

D. FELIX LAZARO GARCIA,

CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA, ,

y

CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA

(que ha sido)

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

y

otros señores sacerdotes.

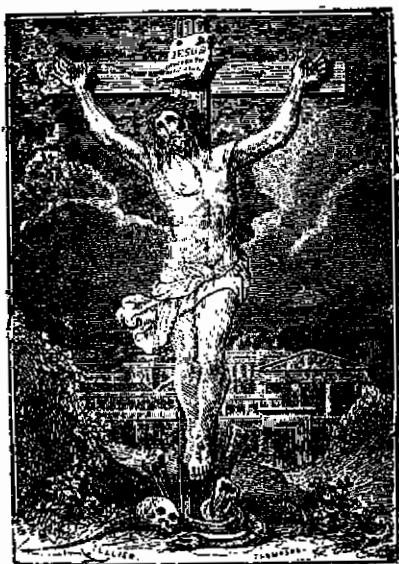
TOMO 1.^o

MADRID: 1846.

Imprenta de D. Tomas Aguado,

calle de la Encomienda núm. 17.

Es propiedad.=Todos los ejemplares llevarán una contraseña, y los que carezcan de este requisito se considerarán como furtivos.



*Ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia: ipsi
gloria in sæcula.*

Epist. B. Pauli ad Rom. cap. 44, v. 36.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SÉRIE PRIMEIRA.

**Pláticas doctrinales para todos los domingos
y fiestas del año, arregladas al catecismo
de San Pio V.**

TOMO 1.º

*Contiene la primera parte del Catecismo, de la Fé
y el Símbolo de la Fé.*



Entes... Docete omnes gentes. Matth. cap. 28.

Nuestro adorable y divino Redentor Jesucristo, en virtud de la universal y suprema potestad que habia recibido del eterno Padre, autorizó con estas palabras á sus apóstoles, y en ellos á todos sus sucesores, para enseñar á todas las gentes su doctrina y anunciarlas su Evangelio: los constituyó sus ministros para que enseñasen á todos los hombres la doctrina santa que habian tenido la dicha de oír de su boca. Nosotros, venerables

Sacerdotes y hermanos nuestros, cada uno en los límites de su gerarquía, y con la mayor ó menor jurisdicción espiritual que se nos ha comunicado, según el orden y las disposiciones sabiamente establecidas por la Iglesia, somos hoy por una sucesión no interrumpida de diez y nueve siglos, los encargados respectivamente de la misma misión. Nuestro oficio, nuestro ministerio, nuestro deber es anunciar la palabra de Dios, é instruir en la doctrina de Jesucristo á los fieles que se nos han encomendado.

Desearios de contribuir al feliz desempeño de esta misión tan importante, hemos dispuesto, desconfiando siempre de nuestras luces, pero sumamente confiados en los auxilios que pedimos sin cesar al Señor, quien los da con abundancia á los que se los piden, publicar esta BIBLIOTECA PREDICABLE por el orden y series siguientes:

1.^a Pláticas doctrinales para todos los domingos y fiestas del año; arregladas al Catecismo de S. Pio V.

2.^a Sermones de Semana Santa que acostumbra predicarse en España, y durante la Pascua, por duplicado.

3.^a Sermones morales y Homilias sobre los Evangelios.

4.^a Sermones de los misterios de Jesus.

5.^a Sermones de los misterios de María Santísima.

6.^a Sermones panegíricos de los Santos principales por el órden del Calendario.

7.^a Algunos novenarios , octavarios y duodenarios.

8.^a Sermones de Jubileo , Consagraciones de Iglesia, Honras fúnebres y otros de circunstancias particulares.

9.^a Pláticas esclusivas para Sacerdotes y Religiosos de ambos sexos.

10.^a Pláticas para Ejercicios espirituales.

Si nuestro fin al emprender esta tarea hubiera sido el deseo de una torpe ganancia , si nos hubiéramos propuesto predicarnos á nosotros mismos , hubiéramos adoptado otro método , y habríamos preferido dar principio á nuestra obra y llamar la atencion de nuestros lectores con sermones panegíricos ó morales, pomposos y engalanados con la posible elocuencia y con los recursos de la imaginacion y del arte ; pero queremos solo predicar para los fieles , y predicar á Jesucristo ; nos hemos propuesto , y así lo hemos anunciado , moralizar á los pueblos y oponer un muro al torrente de inmoralidad y corrupcion que desgraciadamente arrastra tras de sí á todos los estados y las clases ; queremos , en una palabra, ha-

cer de todos los hombres unos buenos cristianos, porque siéndolo serán tambien por necesidad buenos ciudadanos, buenos criados, buenos hijos, buenos esposos, buenos padres, buenos amos y buenos reyes; y para lograrlo, aunque en toda la obra tendremos por norte este mismo objeto, hemos creído deber dar principio por las pláticas doctrinales como materia mas conducente y necesaria.

Decimos que es la materia mas conducente, porque la instruccion y conocimiento de la doctrina evangélica engendra, casi por necesidad, el afecto y los deseos de practicarla, porque nuestra doctrina no teme el exámen y revision, y cuanto mas se la analiza y examina se la halla mas pura, mas santa, mas sublime, mas racional y mas amable; y porque lo comun es arreglar nuestra conducta á nuestras creencias y convicciones. Sepan los hombres la doctrina de Jesucristo, instrúyanse en sus máximas eminentemente saludables, que no ignoren ni olviden los deberes de un cristiano y tendrán mucho camino adelantado para cumplirlos. La esperiencia misma, en el ejercicio del ministerio parroquial, nos ha demostrado prácticamente esta verdad. Rara vez se nos ha acercado al tribunal de la penitencia un pecador movido de lo que nos ha oído en sermones compuestos, estu-

diados y conformes en cuanto acertábamos á las reglas oratorias, y han sido muy frecuentes los que han venido al santo tribunal movidos de lo que les hemos dicho en las pláticas doctrinales sencillas, y generalmente improvisadas de los Domingos y dias festivos, reconociéndose y acusándose mas de una vez, de pecados no confesados en muchos años y cometidos con una ignorancia y conciencia culpable; y no han faltado tampoco hombres adormecidos en el vicio á quienes ha despertado el sencillo recuerdo de sus deberes y sus promesas. No pretendemos decir con esto, que estos movimientos saludables no sean un don y obra de la gracia de Dios, y que Dios no los pueda comunicar cuando quiera y como quiera, pero sí habremos de decir que este modo de persuadir instruyendo con paciencia y con prudencia, es el mas análogo á la condicion del hombre, y el mas propio para inclinar su voluntad, ó al menos podremos decir que la esperiencia asi nos lo ha enseñado.

Decimos tambien que es la materia mas necesaria. De parte de los fieles, claro es que necesitan saber las obligaciones de cristianos para cumplirlas, y de parte de los Párrocos esta es sin disputa la necesidad mas urgente. Los padres y madres de familia tomaban la ocupacion de enseñar la doctrina á sus hijos y criados todos los dias, y

los hogares domésticos han sido la cátedra donde nuestros abuelos nos enseñaron el catecismo. Bien sabidas son y al alcance de todos están las muchas causas que han contribuido á interrumpir este deber en casi todo el tiempo que llevamos de este siglo ; pero aunque se cumpla, como es de creer de muchas familias piadosas, aunque queramos decir que esta falta se suple por los profesores de instruccion primaria, la voz del Párroco siempre es necesaria, ya para dar mas claridad y latitud á la doctrina que los jóvenes y niños aprenden en su casa y en la escuela , ya para darla mas autoridad y hacerla mas respetable oyendo de boca del ministro de Jesucristo y en el lugar sagrado lo mismo que oyen de sus padres y maestros, y ya tambien para que no olviden lo que aprendieron en la niñez, y que por lo comun no recordarian y olvidarian enteramente si no se les repitiese en las Iglesias por los ministros del Señor.

Se querrá decir tal vez, que no es necesario, y que aun es ocioso, repetir á los fieles lo que ya saben, y que es muy molesto á un Párroco de altos conocimientos y de un ánimo ocupado de ideas mas eminentes descender al trabajo minucioso y cansado de instruir á su pueblo en la doctrina del catecismo. «Nunca, diremos á lo pri-

mero con el catecismo del Concilio de Trento (1):

«Nunca debe interrumpirse la predicacion de la
 » palabra de Dios en la Iglesia, y mucho menos
 » en estos tiempos en que se esparcen con tanta
 » profusion doctrinas nuevas y peregrinas para
 » pervertir las creencias de los cristianos, razon
 » porque debe trabajarse sin cesar, y con el ma-
 » yor esmero, en nutrir y confirmar á los fieles
 » en la doctrina sana é incorrupta, como el ali-
 » mento mas saludable y el mas eficaz preser-
 » vativo. Y no es razon para dejarlo de hacer el
 » hallarse los fieles instruidos, porque estos na-
 » da pierden por oír lo que ya saben, y hay ade-
 » mas otros que no lo estan tanto y no debe
 » permitirse que los párvulos perezcan de hambre
 » y que pidiendo pan no hallen quien se lo parta.»

A lo segundo diremos con las mismas palabras del citado catecismo (2). *Neque vero cujusquam studium in docendo retardari debet, propterea quod interdum necesse sit auditorem earum rerum præceptis instrui, quæ leviores, et humiliores videntur, nec sine molestia ab iis potissimum tractari solent, quorum animus in sublimium rerum*

(1) Præfat. n.º 4 et 44.

(2) Ibid. n.º 44.

contemplatione versatur, ac conquiescit. Nam, si ipsa æterni Patris Sapientia in terras descendit, ut in carnis nostræ humilitate cœlestis vitæ præcepta nobis traderet; quem non compellat charitas Christi, ut parvulus fiat in medio fratrum suorum, et tanquam nutrix fovens filios suos, ita cupidè proximorum salutem desideret, ut, quod de seipso Apostolus testatur, eis velit non solum Evangelium Dei, sed etiam animam tradere?

Ejemplos tenemos de esto mismo en los grandes Doctores y Padres de la Iglesia San Agustín y San Juan Crisóstomo; en San Cárlos Borromeo, San Ligorio y otros muchos sin que el haber descendido á enseñar el catecismo á sus pueblos haya rebajado en nada el mérito extraordinario de estos grandes hombres. Ni ¡qué espectáculo puede darse mas agradable, ni mas útil que un Obispo ó un Párroco rodeado de sus feligreses á quienes esplica la doctrina de la religion de Jesucristo! El es un padre que amonestá, instruye, reprende, y corrige cariñosamente á sus hijos con toda libertad, y desembarazo. Es un médico que les descubre diestramente sus enfermedades para aplicarlas el oportuno remedio descoso de darles la salud, y les dá los preservativos eficaces para no contraerlas y libertarse de los males. Es un Apóstol que anu-

cia á las gentes la religion del crucificado, y las dirige por el camino del cielo. Es un ángel que evangeliza á su pueblo la alegría grande que trajo á la tierra el Redentor que ha nacido en Belen. Es el mediador entre Dios y los hombres. Es la imágen del mismo Jesucristo rodeado de sus turbas y dándolas las mismas lecciones de vida eterna. *Qui vos audit, me audit* (1).

Estas consideraciones nos han movido á dar principio á esta BIBLIOTECA PREDICABLE por esta materia tan interesante, conformándonos tambien con el Santo Concilio de Trento, que al establecer y decretar la necesidad y obligacion de predicar en los domingos y dias de fiesta por los Obispos, y Parrócos, ó por otros sacerdotes de su encargo dice (2): *Plebes sibi commisas pro sua, et earum capacitate pascant salutaribus verbis, docendo, quæ scire omnibus necessarium est ad salutem, annuntiandoque eis, cum brebitate et facilitate sermonis, vitia quæ eos declinare, et virtutes, quas sectari oporteat, ut pœnam eternam evadere, et coelestem gloriam consequi valeant.*

«En España no se predica, se declama.» Asi

(1) Luc. cap. 40. v. 46.

(2) Sess. quinta cap. 2.

lo hemos visto estampado en un escrito cuyo autor no tuvo valor para decir sus impiedades á cara descubierta. Jesucristo nuestro maestro no solo declamó sino que se armó del latigo y echó fuera del templo á los que compraban y vendían en él. Repetidas veces reprendió agriamente á los Escribas y Fariseos echándoles en cara sus vicios y sus hipocresías; y al orador cristiano, al ministro de Jesucristo, al enviado del Señor y revestido de sus facultades le toca de oficio argüir, clamarsin cesar, y reprender oportuna é importunamente, no menos que rogar, dar consejo, instruir, acariciar y tomar en sus hombros á la oveja perdida para reducirla al aprisco. Otra razon que hemos tomado en cuenta para adoptar el método de nuestras séries y desmentir á los enemigos de toda sana doctrina.

En estas Pláticas procuraremos la posible brevedad y claridad, atendiendo á no ser molestos, á que todos las perciban y á que es generalmente necesaria, porque aunque hay muchos sumamente instruidos en lo que toca á sus intereses terrenos, tienen poco conocimiento de lo que pertenece á sus deberes é intereses eternos. Evitaremos en materias delicadas y sensuales todo cuanto no sea digno del lugar santo, y pueda ser ofensivo de la decencia, como igualmen-

te toda cuestión inútil, impertinente ó de pura curiosidad, conformándonos con lo que encarga á los señores Obispos el Santo Concilio de Trento (1) *Apud rudem verò plebem difficilliores, ac subtiliores quæstiones, quæque ad ædificationem non faciunt, et ex quibus plerumque nulla sit pietatis accessio, à popularibus concionibus secludantur. Incerta item, vel quæ specie falsi laborant, evulgari, ac tractari non permittant. Ea verò, quæ ad curiositatem quamdam, aut superstitionem spectant, vel turpe lucrum sapiunt, tamquam scandala, et fidelium offendicula prohibeant.*

Nuestras esplicaciones, sin embargo, no serán puramente escolásticas y como las haríamos en una cátedra á nuestros discípulos, ó en unos ejercicios académicos, sino acompañadas de reflexiones morales, y del modo que conviene para instruir y confirmar en la fé moviendo al mismo tiempo á reformar las costumbres; no solo esponiendo la doctrina sino tambien escitando á la voluntad á ejecutarla; y dando á entender á los fieles que entonces sabremos que conocen á Jesucristo y su doctrina, si cumplen sus mandamientos; (2) y lejos de quedar en la inaccion ó en

(1) Sess. 23 de cr. de Purg.

(2) Epist. 2, cap. 4, v. 6.

una vida viciosa se resuelven á seguir los ejemplos de Jesucristo (1), y que no basta al cristiano el creer y saber la doctrina sin obrar conforme á su fé.

Las distribuimos en cuatro tomos correspondientes á las cuatro partes de la doctrina por el órden del Catecismo del Concilio de Trento dispuesto por mandado de S. Pio V. Hemos preferido llevar el órden seguido de la misma doctrina, porque así se hará mas fácil y perceptible su esplicacion á los fieles, y pueden empezarse por los Señores Párrocos en cualquier tiempo del año, y para los que gusten aplicarlas á los respectivos evangelios de los domingos y fiestas, daremos un índice al fin del tomo cuarto que sirva para este objeto. Nuestro estilo será sencillo y adecuado al comun de los fieles, *y no haremos estudio en buscar palabras escogidas sino en buscar la verdad en las palabras, como dice S. Agustin (2).*

En todas las demas series de nuestra BIBLIOTECA procuraremos usar el estilo análogo á las materias que cada una contiene y personas á quienes se dirigen; pero siempre sin afectacion y percepti-

(1) 4.^a cap. 2, v. 6.

(2) De Doct. Christ, lib. 4 n.º 26.

ble á todo género de personas, porque ¿de qué sirve hablar para no ser entendidos? *Ab intelligentia* decia á este propósito S. Próspero (1): *Ab intelligentia nullos etiam imperitos excludat, sed in omnium audientium pectus cum quadam delectatione descendat.* Los ministros de la Iglesia, decia en su tiempo S. Gregorio (2), y lo podria decir con mas razon en nuestros dias, *hacen de la predicacion un arte de agradar á los hombres, y trasladar la política y vana cultura de los estrados á la Iglesia, y los afectadísimos adornos del teatro á la cátedra de la verdad.*

Este reprehensible vicio cuidaremos evitar aunque se nos tenga por poco adelantados y científicos: *Non est enim ista sapientia desúrsum descendens, sed terréna, animalis, diabolica..... Quæ autem desúrsum est sapientia, primum quidem pudica est, deinde pacífica, modesta, suadibilis, bonis consentiens, plena misericordia, et fructibus bonis, non judicans, sine simulatione* (3), creyendonos recompensados si logramos con nuestras tareas la reforma de costumbres y que nos ben-

(1) De vita contemplat.

(2) Nacianc. Orat. 27.

(3) Epis. Jacob. cap. 3 v. 43 et 47.

digán los fieles, aunque nos reprendan y censuren los retóricos.

De lo que no nos dispensaremos es de guardar la pureza é integridad de la fé de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, como ministros suyos, puestos para anunciarla y no para pervertirla ni corromperla, evitando toda novedad y sujetando todas nuestras doctrinas, como desde ahora las sujetamos á su corrección y á la de sus autoridades; no entrando jamás en nuestra voluntad el ser ministros del error, aunque involuntariamente erremos.

La palabra de Dios nada pierde de su pureza y santidad porque se anuncie por ministros frágiles y pecadores; pero tal vez se destruye con el ejemplo, lo que se edifica con las palabras. Un orador cristiano no tanto se forma con la ciencia como con la virtud. A la instrucción en las sagradas doctrinas debemos unir la inocencia de la vida, la pureza de costumbres y la frecuente contemplación de las cosas santas, dice el P. san Bernardo (1): conviene que seamos irreprehensibles y nos manifestemos como ejemplares de las buenas obras que mandamos practicar, para que callen y se avergüencen nuestros enemigos, no te-

(1) Epist. 201.

niendo nada que echarnos en cara (1), y mucho mas en un tiempo en que no tenemos otro ascendiente, ni podemos hacernos respetables de los pueblos por otros medios que por nuestras virtudes y nuestra irreprehensibilidad. Con esta preparacion y la confianza en Dios, podremos consolidar al débil, sanar al enfermo, buscar al perdido y reducir al extraviado, sin espantar ni hacer huir de nosotros á nuestros rebaños, por nuestra austeridad, dureza y soberbia (2). Podremos ponernos por muro en defensa de Israel (3). Santifiquémonos y santifiquemos á los fieles. *Pascite*, concluiremos esta introduccion á nuestra BIBLIOTECA PREDICABLE con las palabras del apóstol S. Pedro (4), que no menos que á nuestros Venerables Hermanos nos dirijimos á nosotros mismos: *Pascite qui in vobis est gregem Dei, providentes non coacte, sed spontáneé secundum Deum; neque turpis lucrí grátia, sed voluntárie: neque ut dominantes in cleris, sed forma facti gregis ex animo. Et cum apparuerit Princeps pastorum, percipietis immarcescibilem gloriæ coronam.*

(1) Ad Tit. 2.

(2) Ezechiel. cap. 24.

(3) Id. 43.

(4) Epist. 1.^a c. 5. v. 2, 3, 4

PLATICA I.

De la Fé, su necesidad, y la obligacion de instruirse en la Doctrina Cristiana.

Ademas de haber recibido nuestra vida y nuestra existencia de un Dios Criador y Todo Poderoso, hemos recibido de su infinita misericordia otro beneficio de mas precio y estimacion. Porque, Hijos mios, ¿qué es lo que nos distingue de tantos hombres que viven en las naciones bárbaras sumergidos en la ignorancia, en los errores y en la heregia? El ser cristianos por la gracia de Dios. Y bien: ¿Qué es ser cristianos?

Tener la Fé de Jesucristo que recibimos en el Sacramento del Santo Bautismo. Voy á instruiros en este rato de lo que es esta Fé, de lo necesaria que es, y por una consecuencia precisa os haré ver la obligacion que teneis de instruiros en la doctrina de la Fé, ó en la Doctrina Cristiana que es lo mismo.

La Fé es un don gratuito ó una virtud que Dios infunde en el alma con la que cree firmemente todas las verdades que Dios ha revelado á su Iglesia, y que esta nos propone. Que la Fé es un don de Dios, es un dogma católico espreso en la Sagrada Escritura y definido tambien por la Iglesia. En el evangelio de S. Juan se dice: *El que*

creais, es obra de Dios (1). S. Pablo dice escribiendo á los fieles de Epheso: Toda vuestra justificacion inclusa vuestra Fé, que es el principio, no es obra vuestra, sino un don de Dios por lo que no debeis gloriaros de vosotros mismos (2). Por Jesucristo os ha sido dado, dice el mismo Apóstol en su carta á los Filipenses, no sólo el que creais, sino tambien el que padezcáis por él (3). Esta verdad la defendió S. Agustin contra los hereges llamados Pelagianos, quienes decian que la Fé y la gracia de Dios era obra del hombre y que este podia alcanzarla por sus fuerzas sin la ayuda divina, y contra los Semi-Pelagianos que sostenian que no era necesaria la gracia interior para alcanzar el principio de la Fé, ó para empezar á creer; y esta misma fué declarada y condenada estas heregias en varios Concilios, y últimamente en el de Trento por estas palabras: Si alguno dígere que el hombre puede creer, esperar, amar, ó arrepentirse como conviene para lograr su justificacion sin la preveniente inspiracion del Espíritu Santo, y su ayuda divina, sea escomulgado (4). La Iglesia en sus prácticas, como dice S. Agustin, nos enseña tambien esta verdad, porque pide á Dios por la conversion de los infieles y le dá gracias por los convertidos, lo que prueba claramente que la Fé es puramente un don que Dios dá.

Con este don infundido por Dios en el alma, cree es-

(1) Cap. 6. v. 29.

(2) Cap. 2. v. 8.

(3) Cap. 1. v. 29.

(4) Sess. 6. can. 3.

ta firmemente las verdades reveladas. La Fé, Hijos míos, no estriba ni se apoya en la experiencia ó testimonio de los sentidos, ni en las congeturas, demostraciones ni razones humanas, estriba solo en la autoridad del mismo Dios que ni puede engañarse ni engañarnos, y por eso nuestra alma asiente á las verdades reveladas sin la menor duda ni recelo, con toda firmeza y sin miedo de ser engañada. Aunque la Fé nos proponga cosas que parezcan contrarias á nuestra razon y á nuestros sentidos, por esta virtud asentimos á ellas y sometemos nuestro entendimiento á las palabras de un Dios para quien nada es difícil ni imposible. Por eso llama á la Fé S. Basilio: *Una aprobacion ó asentimiento firme y sin la menor duda á las verdades que se nos proponen como emanadas de Dios* (1).

No debemos entender por esto que las verdades que creemos por la Fé nos son claras y manifiestas, ó que la Fé nos dá un conocimiento exacto de las verdades reveladas, de modo que las comprendamos. No es lo mismo la Fé que la ciencia, por esta percibimos y conocemos las cosas que estudiamos ó aprendemos, la Fé deja á las verdades misteriosas y oscuras, y su conocimiento y comprension está reservado para la otra vida: en esta, dice el Apostol, vemos como en un espejo, en enigma y solamente en el cielo se nos descorrerá el velo y veremos con la claridad del que vé cara á cara (2). S. Agustin nos explica esto perfectamente: *Creemos, dice, para conocer; y no*

(1) Serm. de vera ac pia Fide.

(2) 1 Corinth. 13, v. 12.

conocemos para creer. ¿Y cómo hemos de conocer lo que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni penetró jamás en el entendimiento, ni aun en el deseo del hombre? ¿Qué cosa es Fé, sino creer lo que no vemos? La Fé, es creer lo que no se ve, y la ciencia y conocimiento es ver lo que se ha creído (1). Resulta pues, y conviene que entendamos esta diferencia, que por la Fé no conocemos, ni comprendemos las cosas y verdades reveladas, como conocemos las cosas que sabemos por la ciencia que de ellas adquirimos, pero las creemos, asentimos á ellas, nos persuadimos de que son ciertas é infalibles, sean presentes, pasadas ó futuras con mas firmeza y seguridad que si las viéramos y experimentáramos. ¿Y por qué? Porque Dios las ha revelado, y Dios no puede engañarse ni engañarnos, y nosotros podemos engañarnos con facilidad.

Dios ha hecho la revelacion de estas verdades á su Iglesia, y ésta nos las propone y manda creer: No es bastante el que Dios haya hablado á los hombres por sus Profetas y por su mismo Hijo hecho hombre, y conversado en medio de ellos, ni el que tengamos el Santo Evangelio, y todas las Sagradas Escrituras, porque estas podrian entenderse y esplicarse de distintos modos; es necesario un juez último é infalible que fije el sentido, y sea el depositario fiel é incorrupto de la doctrina, para que en tiempo alguno se altere y se conserve tal como la enseñó el mismo Jesucristo; ni podia ocultarse esta necesidad á la infi-

(1) Tract. XI. in Joan.

nita sabiduría del Divino Fundador de nuestra Religión. Este juez y depositario es, por ordenacion del mismo Jesucristo, la Iglesia con su cabeza visible el Sumo Pontífice de Roma, como Vicario de Jesucristo y sucesor del Apostol San Pedro en quien reside la plenitud de potestad á cuyo juicio y decision debemos atenarnos para saber cuál es la sana y segura doctrina, y cuál es el error.

Ved aquí en pocas palabras, y de modo que podais entenderlo, todo el órden y economía de nuestra Fé asegurada de modo que no estemos espuestos á dejarnos llevar de todo viento de doctrina. Dios ha revelado las verdades que debemos creer, y la Iglesia, no nos revela verdades y cosas nuevas, sino que nos dice y declara cuales son las verdades que Dios ha revelado: la Iglesia es el conducto por donde llegan á nosotros, y el juez que nos la intimas en nombre del mismo Dios. El motivo de creer es la autoridad de Dios ó su revelacion, y el medio que Dios ha establecido para que se nos propongan y declaren es su Iglesia. Por eso hemos dicho que la Fé es un don gratuito que Dios infunde en el alma con el que cree firmemente todas las verdades que Dios ha revelado á su Iglesia y que ésta propone.

Lejos pues, Hijos míos, todo espíritu de discusion, de duda y de disputa de los hijos fieles de nuestra Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Esta cuida de enseñarnos y proponernos todo lo que debemos creer sin que tengamos escrúpulo de que nos engaña, porque está inspirada y sostenida por Dios, y jamás las puertas del infierno prevalecerán contra ella. Nuestra Fé es hoy la misma que la de los Apóstoles y la que tendrán todos los fieles hasta el

fin de los siglos. Nuestro entendimiento, nuestra razon; y nuestro corazón tambien, Hijos míos, descansa en esta sencilla respuesta, á la manera que un niño descansa y cree lo que su madre le enseña. *¿Por qué creéis? Porque Dios lo ha revelado y la Santa Madre Iglesia así nos lo enseña.*

Debemos, pues, creer y asentir firmemente á todo lo que la Iglesia nos propone y manda creer como revelado por Dios, bien sea que esté espreso en las Sagradas Escrituras, como el que Dios es trino y uno, que el Hijo de Dios se hizo hombre, murió, resucitó, subió á los cielos, la vida eterna, el Bautismo, la Eucaristía y otras muchas verdades, ó ya bien conste por la tradicion, esto es, porque Jesucristo lo dijo ó enseñó á sus Apóstoles, estos á sus discípulos, y así sucesivamente ha llegado á nosotros, como la costumbre de persignarnos ó hacer la santa Cruz sobre nosotros, el culto de las imágenes y otras muchas verdades que conserva por este medio la Iglesia. Así decia el Apóstol S. Pablo á los Tesalonicenses: *Hermanos, estad firmes y conservad las tradiciones que habeis aprendido, bien de viva voz, ó por mis cartas escritas (1).*

En adelante iremos explicando cuales son estas verdades ó los artículos principales de la Fé, y visto ya en general lo que entendemos por Fé, voy á reducirme á haceros ver la necesidad que tenemos de esta virtud.

Es tan necesaria para conseguir la vida eterna, que sin ella es imposible salvarse. *Es imposible*, dice S. Pablo, *agra-*

(1) 2.^a cap. 11 v. 14.

dar á Dios sin la Fé (1). Sabemos que el hombre no se justifica sino por la Fé de Jesucristo, dice el mismo Apóstol (2). Es bien terminante la sentencia del mismo Salvador: El que no tiene Fé, nos dice en su Evangelio, ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios (3). El que creyere y fuere bautizado, nos dice también, será salvo, pero el que no creyere será condenado (4). Todos los Santos Padres están conformes en enseñar esta misma verdad. S. Cirilo Alejandrino llama á la Fé; puerta y camino de la vida (5). S. Gerónimo, el principio y origen de la confianza y acceso á Dios (6). S. Agustín, don de Dios sin el que no se alcanzan los demás (7): principio del hombre cristiano (8): fundamento del edificio espiritual (9). Sin la Fé no podemos conseguir nuestra justificación, porque la Fé, dice con el Apóstol el Santo Concilio de Trento, es el principio de la humana salud, fundamento y raíz de toda justificación (10), y como es consiguiente, sin la Fé no podemos hacer obra alguna que sea meritoria de la vida eterna.

Y á la verdad el hombre que no crea en Dios cómo

- (1) Ad Heb. cap. 2 v. 6.
- (2) Gal. cap. 2. v. 16.
- (3) Joan. cap. 3. v. 18.
- (4) Marc. ult.
- (5) Lib. IV in Joan.
- (6) Cap. 3. Epist. ad Gal.
- (7) Lib. de Prædest. Sanct. cap. 7.
- (8) De dono persever. cap. 2.
- (9) Serm. 27. alias de Verbis Apost. 15.
- (10) Sess. 6. cap. 8.

ha de suplicarle, esperar en él ni amarle? ¿Qué recompensa puede prometerse de un Dios á quien ni conoce, ni sirve ni adora? ¿Será fácil que nos honre ó agracie en su corte un rey á quien no hemos conocido ni servido jamás? Pues tal es la necesidad que tiene todo hombre de tener la Fé de Jesucristo para salvarse. Hay mas. El hombre, Hijos míos, sin la luz y guia de la Fé estaria envuelto en los errores mas groseros y repugnantes, porque la razon natural viciada con el pecado del primer hombre, en quien todos pecamos, condenada á la ignorancia, rodeada de pasiones violentas, no puede dar un paso en el camino de la vida eterna, no tiene la luz ni fuerza suficiente para conocer las primeras y mas esenciales verdades, y ha sido necesario que el mismo Hijo de Dios tan sabio, tan eterno y tan santo como el Padre y en todo igual con el Padre, se hiciese hombre sin dejar de ser Dios para enseñar la verdad á los hombres. Asi es, que antes de la venida de Jesucristo todos los hombres, esceptuando el pequeño pueblo de los Hebreos llamado pueblo de Dios, vivian en los errores de la idolatría teniendo por dioses y dando el culto y las adoraciones mas ridiculas á los astros, los brutos, las piedras y otras obras de sus manos; y su moral y costumbres aun en los pueblos mas cultos, en la misma Roma, eran viciadas, obscenas y escandalosas, y sus leyes muy imperfectas, bárbaras y sanguinarias. Los mas sabios filósofos que dieron lecciones y escribieron de moral y política cometieron los errores mas perjudiciales y reprensibles, y hoy sabe mas, conoce y habla mejor de Dios y ha aprendido mejores reglas para vivir bien un niño cristiano que sabe el catecismo que

los filósofos mas celebrados de los gentiles. No necesitamos en mi concepto ir tan lejos para conocer la necesidad de la Fé. Entre nosotros mismos, una nacion, un pueblo, una familia imbuída en la Fé de Jesucristo; qué diferente es de la misma nacion, del mismo pueblo y de la misma familia cuando abandona la Fé y se vuelve á sumergir en la infidelidad, en la falta de Fé ó en un indiferentismo de Religion! Tenemos el ejemplo en los pueblos que han abrazado las imposturas de Mahoma; perdieron su Fé y perdieron tambien la suavidad de sus costumbres y su civilizacion; y un nuevo mundo compuesto de hombres errantes y casi sin razon, se civiliza, se organiza y forma una sociedad arreglada segun que recibe la Fé de Jesucristo y enarbola en sus estandartes la señal de la cruz. En el mismo cristianismo un pueblo gobernado por las reglas de la Fé es muy distinto en sus costumbres del mismo pueblo cuando en él se entibia el fervor de la Fé y de la virtud. Un pais en donde se protege y ampara la Fé, se diferencia muchísimo del mismo pais cuando en él se aborrece y persigue á la Fé.... No vayamos fuera de nosotros, Hijos míos, cada uno advertirá en sí mismo cuando sigue los impulsos y obligaciones de su Fé un hombre pacífico, resignado, caritativo, prudente, racional, y habrá echado de ver juntamente que cuando las olvida y abandona desaparece tambien el hombre de bien y digno de aprecio. ¡O Fé divina y santa! ¿Qué es lo que quieren, qué es lo que esperan ó solicitan los hombres ciegos y temerarios que tanto te aborrecen y persiguen? Fuera de tí ¿dónde hallaremos el sosiego verdadero del espíritu, la paz del corazon, el dominio

de las pasiones, el estímulo de nuestro esfuerzo, el fundamento y apoyo de nuestras virtudes? ¿Qué sería de nosotros, qué sería del mundo entero si dejásemos de oír tu voz y perdiésemos para siempre la Fé?

Ahora bien, Hijos míos, convencidos de la necesidad de la Fé, si conocemos que tan necesaria es la Fé, debemos sacar por una legítima consecuencia que es un deber, una obligacion estrecha el instruirse y aprender la Doctrina Cristiana. Saber que tenemos necesidad de la Fé, y no instruirnos en ella, es una inconsecuencia culpable. Querer salvarnos y no aprender los medios para conseguirlo, es no tener voluntad, es despreciar la salvacion eterna. No hay cosa mas justa y racional que imponerse cada uno en las obligaciones de su oficio ó estado. ¿Qué diremos de un médico que no conoce ni sabe curar las enfermedades, de un militar que no sabe el manejo de las armas, ó de un artífice cualquiera, que no sabe su oficio? Pues bien, los que hemos tenido la dicha de recibir el Santo Sacramento del Bautismo, en el que por la infinita bondad de Dios recibimos la Fé, somos cristianos y como tales estamos obligados á saber y entender la Doctrina, y obligaciones de Cristianos.

Dos clases de personas son culpables y reprehensibles en esta materia. Unas que no quieren aprender la Doctrina por desprecio y malicia, y otras que lo descuidan por desidia y pereza y por ocuparse enteramente de los bienes temporales. Hay muchos cristianos, y ojalá que yo me engañase, que lo son solo en el nombre, enemigos de la cruz de Cristo, á quienes nada cuadra mejor que no saber y aun olvi-

dar las verdades de la Fé que aprendieron en el catecismo de los niños; he dicho poco, los hay que no quisieran que hubiera Dios, ni infierno, ni gloria, y se esfuerzan en buscar argumentos y cavilaciones para destruir y perder su Fé, oponiéndose y declarando la guerra al mismo Dios. Viven bien hallados en los vicios y desórdenes, no pueden mirar su conciencia sin horrorizarse y estremecerse, nada les está mejor que olvidarse de las verdades eternas que interrumpen y amargan las alegrías con que se distraen y con que satisfacen sus pasiones; divagan inquietos de fiesta en fiesta y de pasatiempo en pasatiempo, buscando, como los hidrópicos el agua para apagar la sed, lecturas impías y corruptoras, conversaciones y concurrencias libres, y todo género de diversiones para acallar los remordimientos de una conciencia que no les abandona, y los arguye y reprende sin cesar. Bien lejos de instruirse en la Doctrina de Jesucristo le dicen como los impíos de quienes habla el Santo Job (1) *Apartaos, Señor, de nosotros que no queremos saber la ciencia de vuestros caminos. Se atreven, como dice el Profeta (2), á negar á Dios en su corazon, despues que se han corrompido y hecho abominables.* Y si se les recuerda la obligacion y los deberes de Cristianos, si deseosos de su bien les amonestamos, corregimos, ó reprendemos, responden con injurias, con desprecios, con irrisiones,..... *cum loquebar illis impugnabant me gratis*, podemos decir con

(1) Cap. 21. v. 14.

(2) Psal. 13. v. 1 y 2.

el mismo Profeta (1). Estos necios se han formado de la Fé y la Religion la idea de que es una invencion humana ó una impostura, los Sacerdotes, unos seductores para vivir á costa de la ignorancia de los pueblos, y la multitud que los sigue unos fanáticos, faltos de razon, que siguen por rutina las consejas y enseñanzas de sus abuelos. Compadezcamos, Hijos míos, á estos miserables, pidamos á Dios por ellos como por unos hermanos extraviados, como nos manda la Caridad. Ellos mismos no creen lo que publican, y por lo comun buscan con ansia en las agonías de su muerte los ministros y socorros del Dios que despreciaron, y quieren remediar sus males cuando acaso ya no es tiempo. En ocasion oportuna os hablaré de estas máximas impías para que las detesteis, os arraigéis mas en vuestra Fé, y no os sorprendan cuando las oigais proferir con aire de triunfo y de desprecio.

La otra clase de personas que descuida aprender la Doctrina Cristiana, que es la mas comun, es la que lo deja por pereza, desidia, y por ocupar toda su atencion y poner todo su esmero en los bienes temporales. Creen muchos que les es suficiente lo poco que aprenden cuando niños en la escuela, y no vuelven á ocuparse de aprender mas, si acaso no olvidan todo lo que aprendieron. ¿Por qué, diré yo á estos, por qué os afanais tanto en aprender un oficio, en estudiar las ciencias, en los afanes del campo ó en los continuos tratos y comercio? ¿Porqué os desvelais, dejais vuestras casas y familias, andais por caminos, y esponéis vuestra salud y

(1) Id. 119. v. 7.

vuestra vida? Señor, me direis, por ganar de comer. Pues bien: Sabeis que sin trabajar no podeis ganar de comer y por eso os afanais, ¿y sabiendo que sin la Fé no podeis conseguir la salud y salvacion eterna, no os cuidais de aprender y de informaros de la Doctrina de la Fé? ¿Importan acaso mas los bienes temporales que la salvacion? No creais que os doy un consejo solamente, os recuerdo una obligacion, porque obligacion es de todo cristiano cuando llega al uso de la razon, como dice el catecismo, saber y entender cuatro cosas: lo que ha de creer, lo que ha de de orar, lo que ha de obrar y lo que ha de recibir; en tal disposicion, que el que deja de saberlo peca mortalmente y no se le puede absolver, interin no lo aprenda, aunque no tenga otros pecados, y por esto solo se condenará si pudiendo aprenderlo no lo hace. No quiero decir con esto que todos los cristianos esten obligados á saber la Doctrina del mismo modo, pero digo que cada uno, segun su clase y estado, lo está á imponerse en los misterios y la moral de la Religion. Un Obispo, un Párroco, un Doctor y todo Sacerdote debe saber mas y de un modo mas perfecto que los simples fieles, porque á ellos toca enseñar y explicar, lo mismo digo de los padres y maestros, que tienen la obligacion de enseñar la Doctrina á sus hijos y discípulos, pero todos en general teniendo uso de razon, están obligados á saber el misterio de la Santísima Trinidad y el de la Encarnacion del Hijo de Dios, sin lo que no pueden salvarse, y por obligacion de precepto deben saber, como he dicho, lo que han de creer, lo que han de orar, obrar y recibir, no de rutina solamente segun está en el catecismo, sino entendién-

dolo , no tan exactamente como los doctores , pero al menos de modo que sepan dar razon de su Fé si fueren preguntados .

Los señores Obispos y Párrocos , están obligados á explicar la Doctrina Cristiana , especialmente en los domingos y fiestas del año , segun las disposiciones repetidas de la Iglesia y ultimamente del Concilio de Trento : pues bien , amados mios , si los señores Obispos y Párrocos tienen obligacion de enseñar y explicar la Doctrina , claro es que los feligreses la tienen de oirla y aprenderla , porque para ellos se explica y con este fin impone esta obligacion la Iglesia á sus pastores . ¿ Qué diremos , segun esto , de los que huyen de la Iglesia en los dias que se explica la Doctrina , de los que están impacientes y sin atencion , de los que por no poner cuidado están tan ignorantes un año como otro , de los que están pensando en sus afanes y sus intereses , y de aquellos tambien que no sacan otro fruto que murmurar y publicar las faltas del mismo que los enseña y se afana por hacerles entender su obligacion ? Señor , podrá decir el Sacerdote con el profeta Oseas (1) , *se apartaron de mí , y no me atendieron por estar pensando en su trigo y en su vino . Yo los eduqué en la Fé y fortalecí sus brazos , pero ellos pensaron solo en hacerme mal , ellos no quisieron entender que buscaba su bien , sino que procuraba mi provecho , ellos en vez de aprovecharse de la Doctrina que oian de mi boca , se ocuparon solo de mi persona y mis defectos , como si vuestra palabra no fuese santa y vuestra doctrina necesaria por-*

(1) Cap. 7. v. 14 15.

que la diga un hombre pecador . Direis que ya sabéis bastante y que por eso no venis á oír su explicacion ni la estudiáis . Dios quiera que sea así , pero ¿ qué perdeis por oírla de nuevo ? ¿ Qué perdeis porque se os escite á cumplirla y por alimentar vuestras almas con el pasto de la divina palabra ? *El que es de Dios* , dice Jesucristo mismo en el Evangelio de san Juan (1) , *oye la palabra de Dios* , vosotros no queréis oírla porque no sois de Dios , si fueseis de Dios oiríais con gusto su Doctrina . ¿ Quereis vosotros , Hijos míos , no ser ni pertenecer á Dios ?

Resolvéos pues todos á cumplir con el deber de estudiar y entender la doctrina de salud y de vida eterna , la Doctrina que nos trajo del cielo á la tierra el mismo Dios , á oír con gusto y con provecho las explicaciones que os haré con el auxilio de Dios . La ley del Señor es santa , y cuanto mas se la estudia es mas gustosa y apreciable . *Tu ley , Señor* , decía el santo profeta David , *es mi continua meditacion , en ella consulto , y en ella aprendo como debo portarme en las alternativas de mi vida* (2) . Dirijámonos al Señor , animados de estos sentimientos y digámosle con el mismo profeta (3) : *Dadnos , Señor , el don de entendimiento , para que estudiando y meditando vuestra ley , nos apliquemos de todo corazon , á cumplirla ... inclinad nuestro corazon al amor de vuestra santa ley , haciéndole insensible á los bienes temporales , apartad nuestros ojos y nuestros deseos*

(1) Cap. 8. v. 47.

(2) Psal. 118. v. 24.

(3) Ibid. v. 34, 36, 57.

de los bienes caducos de la tierra y hacednos seguir con valor el camino que nos conduce á vos, y que os gocemos al fin, por los siglos de los siglos. Amen.

PLATICA II.

Del beneficio grande de la Fé, y de nuestra correspondencia.

La Fé es tan necesaria, que sin ella no podemos salvarnos. Esta verdad os la manifesté el dia pasado y de ella inferimos la necesidad de instruirnos, de aprender y de oir la doctrina de la Fé. Pero no quiero pasar mas adelante sin haceros observar otra consecuencia no menos útil, que se deduce legitimamente de la misma verdad y es: Que debemos ser agradecidos á Dios por habernos dado el beneficio grande de la Fé.

Para conocer cual debe ser nuestra gratitud y correspondencia debemos reflexionar sobre la grandeza de la gracia que hemos recibido. Nosotros, Hijos mios, asi como todos los demas hombres, somos por naturaleza hijos de ira (1), hijos desobedientes, enemigos de Dios y envueltos en los deseos y afectos de la carne; no porque Dios criase al hom-

1) Apost. ad Eph. cap. 2.

bre en este estado y con estas inclinaciones al mal; *Las obras de Dios son perfectas* (1) y *Dios crió al hombre recto* (2) es decir en la justicia y santidad; pero habiendo el primer hombre, nuestro Padre Adán, desobedecido al precepto que Dios le impuso de *no comer de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal* (3), que habia en el paraíso, en donde le crió y colocó con su mujer nuestra madre Eva, cometió el pecado de trasgresion, se hizo prevaricador, perdió la santidad y la gracia en que fué criado, atrajo sobre sí la ira del Señor, se hizo esclavo de sus pasiones que se revelaron contra él en pena de haberse revelado contra Dios, y quedó sujeto á todas las penalidades y á la muerte con que antes habia sido amenazado y que sufre en pena del pecado como dice el Apostol (4). El hombre como dice y nos manda creer el Concilio de Trento (5), se deterioró por su prevaricacion en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo, y no se perjudicó á sí solo, sino á todos sus descendientes porque todos pecamos en él, todos nacemos sin justicia, sin santidad, condenados á la muerte, enemigos de Dios y contagiados con el pecado original.

Baste, Hijos míos, esta ligera reseña de la creacion del hombre, de su estado y del pecado original con que nace-

(1) Deut. cap. 32. v. 4.

(2) Eccl. cap. 7. v. 50.

(3) Gen. 2. v. 19.

(4) Rom. cap. 6. v. 23.

(5) Sess. V. can. 1. 2. et 3.

mos y de que os hablaré y explicaré separadamente y con mas estension en otro dia , y creyendo ahora toda esta doctrina como hijos fieles de la Iglesia , vamos al asunto que nos hemos propuesto.

Reducidos por el pecado todos los hombres al estado de desgracia y condenados á la muerte eterna sin esperanzas ni medios para podernos salvar , jamás nos hubieramos reconciliado con Dios , jamás se hubiera borrado el decreto de nuestra ignominia y reprobacion , jamás hubieramos recobrado la santificacion y la justicia sino por los méritos , pasion y muerte del mediador entre Dios y los hombres nuestro Señor Jesucristo Dios y hombre verdadero , como enseña tambien el mismo Santo Concilio, (1) y estos méritos, esta justificacion se nos comunica y áplica por la Fé, por el Bautismo y por los otros Sacramentos por los que nos perdona Dios nuestros pecados y nos hace herederos de su reino. Es evidente que sin la Fé en Jesucristo y sin que por su medio hubieramos sido reconciliados con Dios quedaríamos para siempre condenados y enemigos de Dios.

Ahora bien , Hijos míos , ¿qué méritos hemos tenido para que Dios se haya acordado de nosotros y nos haya dado el nacer en el seno de la Fé , para que el Señor nos haya ilustrado con sus grácias y admitido á su Religion , y nos haya dado no solo padres cristianos sino tambien Sacerdotes y ministros suyos , que nos instruyan y presten los socorros abundantes de la Religion de salud , fundada y sos-

(1) Ibid.

tenida por el mismo Hijo de Dios nuestro Señor Jesucristo?

Para que mejor conozcamos toda la estension de este beneficio , demos una ojeada por todas las naciones del mundo y examinemos cuantas hay en que no reina la verdadera Fè , cuantos pueblos están todavia envueltos en las tinieblas del paganismo , cuantos hay en las supersticiones de Mahoma , y cuantos tambien , que au que se glorran con el nombre de cristianos porque han recibido el santo Bautismo , estan obstinados en diversas heregias y separados de la unidad de la Iglesia ; advertiremos , que aunque en todas las naciones del mundo se encuentran verdaderos fieles y ministros celosos que esponiendo su vida trabajan por plantar la Fè en todas partes , por lo que se llama Católica y Universal , son pocas la que tienen la Fè y gozan de la Religion Cristiana pacificamente teniendo sus templos , sus altares , sus ministros , y siendo protegidos y amparados por los reyes y potestades del mundo ; advertiremos , que á vista de tanta multitud de infieles podemos señalar á los privilegiados y escogidos á la Fè , con el nombre de *pequeña grey* , como los llamó el mismo Jesucristo , pues bien , amados hijos mios , nosotros pertenecemos á ese corto número , á esta *pequeña grey* , nosotros hemos sido tan afortunados , que nos contamos en el número de los que han recibido la Fè , sin la que nadie puede salvarse y con la que podemos salvarnos con facilidad , nosotros hemos nacido en un reino católico ; de unos padres cristianos que cuidaron de reengendrar-nos con las aguas del santo Bautismo á poco tiempo de haber nacido , para entrar por él en el número de los fieles , y

de enseñarnos despues los misterios y las obligaciones de la Fé, nosotros hemos sido asistidos tambien de tantos auxilios que faltan á otros cristianos, de Sacerdotes que nos instruyan, de ejemplos que nos alienten y edifiquen, de los sacrificios, las oraciones y del culto público de nuestra Religion, que tanto sostiene y alimenta nuestra Fé, y sobre todo de Sacramentos que perdonen nuestros pecados, restablezcan nuestras pérdidas, nos reconcilien con Dios y nos aumenten su gracia. ¿Y qué méritos hemos podido alegar nosotros, para esta preferencia y para ser honrados con tanta predileccion? Ninguno, Hijos míos, y todo lo que somos, lo debemos á la bondad y misericordia infinita de Dios; todo lo somos por su gracia. « Dios, dice el apóstol (1), que es rico en misericordias, por la excesiva caridad con que nos » amó, estando muertos y sepultados en la infidelidad y el » pecado, nos ha dado la vida y traído por su hijo Jesucristo al camino de la salvacion; nos ha dado la Fé por la que » podemos salvarnos, y el haberla recibido es un don y gracia de Dios, sin mérito alguno nuestro, todo es hechura de » Dios. Como el barro está en la mano del alfarero, nos dice » tambien (2), y su voluntad sola es la causa de hacer de la » misma masa un vaso para usos decentes y honrosos, y otro » para usos comunes, así nosotros estamos todos en las manos » de Dios y su voluntad sola es la que elige á unos para ser » hijos de su Iglesia y enriquecidos con la Fé, y á otros los » deja en la ignorancia y la infidelidad; á unos elige para

(1) Ad Eph. cap. 2.

(2) Rom. cap. 9.

» manifestar su misericordia, y á otros deja en la corrupcion
» para manifestar su ira y su justicia sin que ninguno puede quejarse, asi como no se puede quejar el barro en las manos del alfarero.

Supongamos, para haceros mas conocida la grandeza del beneficio de la Fé que hemos recibido, supongamos que un pueblo entero á quien nada falta; y que goza de la amistad y cariño del rey, se revela contra él, le niega la obediencia, le desconoce y proclama y se sujeta á otro rey. Que irritado el rey legítimo viene con su ejército y entrando en el pueblo manda quitar la vida á todos, pero que al fin compadecido perdona la vida á ciento solamente, y que no solo los perdona sino que los distingue con su aprecio, los dá medios para vivir y los ofrece su corte y todos los regalos de su palacio si son fieles y obedientes. Estos ciento ¿no se tendrían por dichosos y privilegiados? Pues ved aquí que nosotros somos de estos pocos perdonados por Dios y entregados de todo el género humano condenado á muerte por haberse rebelado contra él; pecando Adán en quien todos pecamos. Ved, que tal y mayor sin comparacion es el beneficio que Dios nos ha concedido con darnos la Fé, que no ha dado á los demas. ¿Y cómo deberian portarse estos con el rey? ¿Cuál debería ser su gratitud y correspondencia? ¿Qué haría el rey con el que fuese ingrato, se revelase de nuevo ó cometiese algun atentado contra su persona?

Dirijámonos ahora nosotros á nosotros mismos estas preguntas: ¿Cuál debe ser en vista de su misericordia nuestra gratitud, nuestra sumision y correspondencia á nuestro Dios? ¿Con qué le pagaremos el beneficio de habernos

perdonado y ofrecido no solamente su gracia sino tambien su gloria? El Apóstol San Pablo despues de haber hecho observar á los fieles de Efeso el grande beneficio de su vocacion á la Fé del gentilismo y la idolatría en que estaban sumergidos les dice (1): Ahora bien; «Yo os ruego por
» nuestro Señor Jesucristo que obreis conformes con la vo-
» cación que se os ha concedido, que vivais con humil-
» dad, con mansedumbre, con paciencia. Ya no debeis
» obrar como las demas gentes que se dejan llevar de la
» vanidad de sus sentidos, como que su entendimiento
» está oscurecido, y su corazon viciado no les permite
» ver los caminos de la verdad; sin esperanza alguna de la
» otra vida, viven entregados á la avaricia y la lascivia
» sin conocer otros bienes y deleites. Pero vosotros no
» aprendeis eso en la Fé y Doctrina de Jesucristo en la
» que está toda verdad. Despojáos de los sentimientos del
» hombre mundano que se corrompe en los deseos del
» error, y vestíos del hombre nuevo, criado segun Dios,
» en justicia y en verdad. No deis entrada en vosotros al
» diablo. No contristeis al Espíritu Santo, imitad á Jesu-
» cristo como hijos amados suyos, amadle así como Cris-
» to nos amó y se entregó así mismo en hostia y sacrifi-
» cio por nosotros. Porque no basta que creais en él, y
» que hayais salido de las tinieblas de la infidelidad; si sois
» hijos de la luz, obrad como hijos de la luz, como con-
» viene á unos hombres santos, teniendo entendido que
» aquel que sabiendo la voluntad de Dios no la cumple no

(1) Cap. 4. et seq.

» puede esperar herencia ni parte alguna en el reino de
» los Cielos.

Nada puedo yo añadir, Hijos míos, á las palabras y amonestaciones del Apostol. El nos marcó la conducta que debemos seguir, en lo que consiste nuestra gratitud y la paga y recompensa que el Señor pide á los que ilumina con su Fé: Ser unos hombres nuevos obrando no segun los deseos de la carne sino como manda y enseña la Fé. Preciso es no alucinarse y evitar todos los errores extremos. Verdad es, que no podemos salvarnos sin la Fé, sin creer en un Dios, en Jesucristo nuestro Redentor y en la Doctrina que este nos enseñó y que la Iglesia nos propone, y tambien lo es que el haber recibido esta Fé es un don singular y gracia grandísima con que el Señor nos ha distinguido, pero tengámoslo entendido, Hijos míos, no basta la Fé sola para salvarse. Este es un dogma de Fé definido por el Santo Concilio de Trento (1). Así se infiere de la Doctrina del Apostol que acabais de oír, y el mismo nos dice tambien (2) que: «Serán inescusables los que habiendo conocido á Dios, no le honran y glorifican como á su Dios.» Y el mismo Jesucristo nos dice muy sentidamente en su Evangelio (3): «¿Porqué me llamais Señor, Señor, si no
» haceis lo que yo os mando? El que viene á mí, oye mi
» Doctrina y la pone por obra es semejante á un hombre
» que edificando una casa cavó profundamente y puso el fun-

(1) Sess. 6. can. 9.

(2) Rom. cap. 1. v. 21.

(3) Luc. cap. 7. v. 16 et seq.

» damento sobre piedra. Sobrevino la inundación y batió
» el río contra aquella casa, pero no la pudo mover porque
» estaba edificada sobre piedra. Pero el que oye mis pala-
» bras y no obra según ellas, es semejante al que edifica su
» casa sobre tierra sin poner fundamento, contra la que ba-
» tiendo el río, la arruina por grande que sea (1). No to-
» do el que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de
» los Cielos sino solo aquellos que hagan la voluntad de mi
» Padre Celestial. *La Fé sin las obras* dice el Apostol San-
» tiago (2), *es una Fé muerta*. ¿De qué aprovecha dice
este Santo Apóstol, «decir que se tiene Fé, sino se obra
» según ella? ¿Acaso puede sola la Fé salvar al hombre?
» Así como el cuerpo que no tiene espíritu está muerto,
» así la Fé que no está acompañada de las obras buenas es
» una Fé muerta.»

El Padre San Agustín nos explica perfectamente esta
Doctrina diciendo (3): «Si tan solamente crees y vives sin
» esperanzas ó no tienes caridad, entiende que los demo-
» nos también creen y se estremecen. ¿Qué maravilla es
» que confieses que Jesucristo es hijo de Dios? Esto mismo
» dijo Pedro y mereció oír: Bienaventurado eres Simón
» Bar-Jona: Lo dijeron los demonios y Jesucristo les dijo:
» Enmudeced: ahora mismo lo confiesan en el infierno y
» son despreciados y castigados. Unas mismas palabras son;
» pero el Señor no pregunta por la flor sino por la raíz.....

(1) Matt. cap. 7. v. 21.

(2) Epist. Jacob. cap. 2.

(3) Serm. XVI. De verbis Apost.

» Distingue ahora tu Fé de la Fé del demonio , ¿y sabes en
» qué la distinguirás? Los demonios confesaron á Jesucristo
» temiendo , Pedro le confesó amando..... Si crees y no
» amas , aún no has discernido tu Fé de los que confesaban
» temblando : «Sabemos que eres el Hijo de Dios.» Ama
» tú , y la caridad unida á la Fé te conducirá á la paz , á la
» paz verdadera , á la paz completa , á la paz sólida , segu-
» ra , en donde no hay mal , peligro ni enemigo alguno , á
» aquella paz que es el fin de todos los buenos deseos.»
El mismo Santo Padre esplanando las palabras de la Epístola de San Juan : «Todo el que cree que Jesus es Cristo ,
» ha nacido de Dios , » dice (1) : «¿Quién es el que no
» cree que Jesucristo es Hijo de Dios? El que no vive co-
» mo mandó Jesucristo. Muchos dicen : Creo. Pero la Fé
» sin las obras no salva , y las obras de la Fé son la cari-
» dad misma segun testimonio del Apostol que dice : La Fé
» se cumplè por la caridad..... Sin la caridad la Fé es una
» cosa vana: La Fé con la caridad es Fé de un cristiano ;
» sin la caridad es Fé de los demonios. Imposible parece
» que haya quien quiera creer en Cristo como cree el de-
» monio. Este cree en Cristo pero aborrece á Cristo ; tiene
» la confesion de la Fé , pero por el temor del castigo no
» por el amor ni la esperanza del premio..... Añadid á la
» Fé la caridad para que sea una Fé perfecta como quiere
» el Apostol.»

Así debe ser la Fé de un Cristiano , una Fé viva ; una

(1) Ex tract. X in Epist. S. Joan.

Fé acompañada de buenas obras, una Fé cimentada sobre la caridad y amor de Dios. Así es como seremos agradecidos y corresponderemos á Dios por habernos concedido el don precioso é inestimable de la Fé; así lo prometimos y juramos al recibir la Fé en el Santo Bautismo. ¿Y qué hará el Señor con nosotros si así no lo hiciéremos? ¿Qué haría el rey, en el ejemplo que os he propuesto, con los que fueran ingratos y despues de perdonados y admitidos á su gracia se revelasen de nuevo y negasen su obediencia? Jesucristo mismo nos lo dice en su Evangelio valiéndose de varias palabras y muy particularmente en la parábola de la viña (1) *Un padre de familias*, dice el Evangelio de San Mateo «plantó una viña, la cercó de vallado; hizo en » ella un lagar edificó una torre y la arrendó á unos labra- » dores y se ausentó de allí. Llegado el tiempo de los frutos » envió á sus criados á recoger el fruto de los arrendatarios » pero los labradores apoderándose de ellos azotaron á uno » mataron á otro y apedrearon á otro. Segunda vez en- » vió otros criados en mas número que los primeros, é hicie- » ron con ellos lo mismo. Les envió últimamente á su hijo » diciendo: A mi hijo le han de respetar; Pero los labradores » viendo al hijo dijeron: Este es el heredero, vamos á ma- » tarle y será la viña nuestra, y agarrándose de él, le echa- » ron fuera de la viña y le mataron. ¿Cuando venga el » Señor de la viña, que hará con estos labradores? A estos ma- » los hombres, dijeron los mismos que escuchaban á Jesus,

(3) Matt. cap. 21.

» los perderá para siempre y arrendará su viña á otros que
 » le den el fruto á su tiempo. » Aunque esta parábola se di-
 rige espresamente á los Judios, que dieron la muerte á los
 Profetas, crucificaron á Jesucristo Hijo único de Dios, y
 fueron escluidos en justo castigo, no solo de su misma na-
 cion por los Romanos, sino tambien del culto, de las
 promesas y del reino de Dios, que el Señor traspasó á los
 Gentiles formando por sus Apostóles y sucesores una Igle-
 sia compuesta de todos los creyentes Judios ó Gentiles, se
 dirige tambien, dice el P. S. Agustin (1) á todos y cada uno
 de los Cristianos. Esta viña, dice el Santo, es la Iglesia,
 viña escogida que adquirió y compró con el costoso precio
 de su sangre preciosa. La cercó de un vallado, que es la
 Fé por la que se distingue de las Sinagogas de los Judios
 y de los conventículos ó juntas de los hereges. La enri-
 queció con un lagar que son los Sacramentos y el San-
 to Sacrificio, canales abundantes por los que comunica
 la virtud de su sangre y pasion. Edificó para su defensa
 una torre inexpugnable, su presencia misma porque es-
 tará con ella hasta la consumacion de los siglos y jamás la
 vencerán todas las fuerzas del infierno. Los Labradores son
 los Sacerdotes, y la region lejana es el Cielo donde subió el
 Señor despues de haber dado su mision á los Apóstoles.
 Pero puede decirse tambien, continua el Santo, que cada
 uno es el labrador de esta viña, de la viña de su alma que
 plantó Dios, que regó Jesucristo, y á que dió su incremen-
 to el Espíritu Santo con sus gracias y dones abundantes. Con

(1) Serm. 49. de verb. Domini cap. 2.

razon espera y exige de nosotros el fruto con sus misterios, con sus palabras, con sus ejemplos y hasta con sus milagros y nosotros mas ingratos aun y peores que los Judios arrojamos de nuestra alma á Jesucristo y le crucificamos en cuanto está de nuestra parte, como dice el Apostol (1). Los pecados de los cristianos son tanto mas graves y su condenacion tanto mayor, cuanto mayores son las gracias que han recibido. A estos puede dirigirse, con mas razon que á los Judios, aquella sentida queja del Señor por su Profeta Isaías (2) «¿Qué mas he debido hacer á mi viña y no » he hecho? He esperado á que dé uvas y solo ha producido agraces. Destruiré su vallado, arruinaré sus paredes y la dejaré sin abrigo ni defensa para que todos » la pisén y transiten por ella. La abandonaré, la dejaré sin » podar y sin cavar, se llenará de zarzas y malezas y haré que » no caiga sobre ella la lluvia ni el rocío.... Porque esperé » hallar juicio y no hallé sino iniquidad, creí ser pagado con justicia, y solo recibí clamores y burlas.» Y el ser abandonado de Dios, sigue S. Agustin, privado de sus gracias, del pasto de su palabra y de sus sacramentos, y entregado al poder y ludibrio de los enemigos de nuestra alma, es un suplicio muy temible y muy próximo á la eterna condenacion.» «Dios dice el Padre S. Gerónimo (3), quita sus gracias á los indignos para que los que no le aman por sus beneficios, le teman por sus castigos.» «No lo dude-

(1) Heb. cap. 6. v. 6.

(2) Cap. 5. v. 4. et seq.

(3) In cap. 5. Isai.

mos, dice en otro lugar San Agustín (1), si nosotros imitamos la malicia y la infidelidad de los Judíos, si deshonramos nuestra Fé con nuestra mala vida, y no procuramos vivir como hombres santos y escogidos, domésticos de Dios, miembros de Jesucristo y templos del Espíritu Santo, por un justo juicio de Dios nos quitará su reino, y le dará á otros que sean mas dignos de él, nos retirará sus auxilios y los dará á otros que los aprovechen y hagan mejor uso de ellos que nosotros.»

No seamos pues, amados míos, ingratos ni rebeldes á Dios, tengamos siempre presente el don y beneficio tan grande de la Fé que nos ha concedido; no olvidemos que la pena de nuestra mala correspondencia será quitarnos la Fé que nos ha dado; y sin Fé, sin la luz inapreciable de la Fé, Hijos míos, seremos eternamente infelices y también en este mundo seremos desgraciados aunque el mundo, la carne y el demonio nos sugieran lo contrario. *Cuidemos*, como dice el Apostol San Pedro, (2) *de asegurar nuestra eleccion y vocacion con nuestras buenas obras*, alimentemos nuestra Fé con la esperanza, la caridad, con la caridad verdadera de un corazón puro y recto y cuando el Señor busque y nos pida el fruto, le halle copioso y sazonado en todos nosotros y nos dé el galardón del siervo fiel en el gozo de su reino.

(1) Serm. 91 alias de Tempore 154.

(2) 2.^a cap. 1. v. 10.

PLATICA III.

De los motivos que hacen evidentemente creible á la Fé.

¿Qué diríamos, amados míos, de unos criados que pidiesen razon á su señor de cuánto les mandase, de unos discípulos que importunasen á su maestro preguntándole el *cómo* y *por qué* de cuanto les enseñase, ó de un ciego que molestase á su conductor y no diese un paso sin querer saber dónde y á qué iba dirigiéndose? ¿Y qué diremos de los hombres, mas inferiores para con Dios que los criados para con sus señores, que los discípulos para con sus maestros, y mas necesitados de guía que los ciegos, que pidan á Dios razon de lo que los manda creer, y no quieran sujetar su entendimiento á la autoridad de Dios sin examinarlo y comprenderlo? Necedad que parece increíble en el hombre, porque « ¿quién será tan temerario que quiera conocer los altos juicios de Dios, ó tan soberbio que se atreva á ser su consejero? (1). » Y sin embargo esta es la conducta y proceder de los incrédulos. En los negocios de

(1) Rom. cap. 11. v. 54.

la vida y lo mismo en el estudio de las ciencias sometemos nuestro entendimiento y nuestra razón á la autoridad de los hombres. La mujer misma aun en los asuntos de su casa se sujeta y hace con gusto lo que manda su marido sin preguntar los motivos de su voluntad: ¿no nos deberemos someter sin réplica á la autoridad de Dios? Dios sin embargo quiere que nuestro obsequio sea racional, y ha dispuesto que *sus testimonios sean evidentemente creíbles* (1).

Hablo á unos hijos fieles y sumisos á nuestra Santa Madre la Iglesia que por la misericordia de Dios, no tienen repugnancia en creer lo que esta les propone, y tienen su gloria en conservarse unidos á su Fé y enseñanza, por lo que doy gracias sin cesar al Señor. Sabemos que el motivo que tenemos para creer es la autoridad de Dios que revela y de la Iglesia que nos lo enseña, y no tengo necesidad por lo tanto de presentar las pruebas y razones que hay en favor de la verdad de nuestra Fé y Santa Religión para moveros á que creais y la abraceis: pero como por desgracia la Fé se ha hecho objeto de las conversaciones comunes, como no se teme hablar con desprecio de Dios y de sus misterios, como en una palabra, hay incrédulos, que no contentos con serlo quieren hacer incrédulos á los demás y esparcen sus máximas á todas las horas y por todas partes, me parece oportuno, antes de explicaros cada uno de los artículos de la Fé, presentaros en una plática algunas de las muchísimas pruebas y razones que hacen racional y creíble nues-

(1) Psal. 92. v. 5.

tra Fé, y en otra veremos las razones que alegan los incrédulos, y examinándolas y respondiéndolas conoceremos su ninguna fuerza y valor. Es verdad que la causa única de la Fé es la gracia de Dios que mueve é inclina á creer las verdades reveladas, y ya hemos dicho que es un don de Dios que comunica á quien quiere, y que por él debemos serle siempre agradecidos; pero hay tambien muchos motivos exteriores, muchas pruebas invencibles y evidentes tomadas de la misma razon que nos persuaden que debemos creer las verdades de la Fé y que es una imprudencia el ser incrédulos, y de estas voy á hablaros brevemente, y sirven, ya para disponer á la Fé en los que no la tienen ó la han perdido, y ya tambien para roborar y confirmar en la Fé á los que por la gracia de Dios la han recibido y quieren vivir y morir en ella.

Para proceder con toda claridad en materia de tanto interés conviene que recordemos que la Fé no es lo mismo que la ciencia, que por la Fé no comprendemos las verdades reveladas y solo creemos que son tales como se nos mandan creer, que la Fé no nos dá el conocimiento de los misterios, pero que por ella los creemos sin que dejen de ser oscuros é impenetrables. He aquí, dicen los incrédulos, he aquí el error y la ignorancia de los cristianos, creer lo que no entienden. Veamos de parte de quienes está el error, y si los cristianos creyendo lo que no entendemos somos mas cuerdos, mas prudentes y mas filósofos que los incrédulos que se apropian este nombre. Nada, dicen, debemos creer sin que esté demostrado. Sin detenernos en el

exámen de esta proposicion, habrán de convenir con nosotros en que la razon misma distingue dos diversas demostraciones, y requiere dos distintas respuestas para estas cuestiones: *¿Es una cosa? ¿Cómo es?* Asi no solo en los misterios revelados sino en las mismas cosas naturales es preciso advertir que no es lo mismo el *ser*, que el comprenderse ó demostrarse; mas claro, no es lo mismo el *que* y el *porque*. El *que* está á nuestro alcance, y el *porque* está sobre nuestras fuerzas. Se nos dice, por ejemplo: *¿Es Dios uno en esencia y trino en personas?* Y yo digo: lo es, porque Dios así lo ha revelado. Ved aquí el *que* sujeto á la demostracion y al exámen. Se me vuelve á preguntar: *¿Cómo es ó por qué es Dios trino y uno?* A esto ya doy otra respuesta y digo: No lo sé, eso es impenetrable é incomprensible para mí, ese es el secreto terrado con siete sellos que solo se descubrirá en la bienaventuranza; solo sé *que es así* porque Dios lo ha revelado, pero ignoro *por qué es*, porque esto no lo ha revelado Dios, porque si yo lo supiera dejaria de ser misterio, porque el comprenderlo está reservado para los que vean á Dios cara á cara. Ahora bien y digo lo mismo de todos los demas misterios: *¿Porque yo no comprenda porqué es*, he de dejar de creer *que es*, si sé que Dios lo ha revelado? *¿Necesito acaso mas razon para creer?* *¿El sospechar siquiera que la palabra de Dios no es fiel, no es mas bien una blasfemia, que la voz de una razon cuerda, prudente y escrupulosa?* — *¿Y por què Dios nos somete á la autoridad y no nos dá la ciencia?* — Porque la ciencia es de Dios y la Fé del hombre. Dios no cree, sino que sabe, y el hombre no sabe sino que cree. *¿Llegará la soberbia á tal*

punto que se diga; por qué hizo Dios al hombre, hombre, y no le hizo Dios? Acaso llegue á tanto el necio orgullo de los incrédulos que quieran así habérselas con su mismo Criador y el barro frágil entre en cuentas y pida razón al Hacedor Supremo y árbitro de los destinos. Pero no nos estraviemos del asunto, y digo: Cuanto se invente contra todas las verdades reveladas y contra todos los misterios, por mas incomprendibles y oscuros que estos sean, ¿qué se pretende probar? ¿que son imposibles, que son contradictorios y absurdos?—No, esta es una cuestión ociosa é impertinente, porque si lo dijo Dios, así será y no hay contra él razón, ni concluyente ni probable. *No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor (1).* ¿Probará que Dios no lo dijo? Pues ya estamos en otro problema único sujeto al análisis y al razonamiento, á saber; el hecho de la revelacion, si Dios lo reveló, ó no lo reveló. He aquí lo que debe ser claro, inteligible y afianzado con todas las pruebas y razones posibles. Esto es lo que debemos examinar solamente y no confundir dos cuestiones muy distintas en una, porque averiguado que Dios lo dijo, solo nos queda creer; y su palabra es razón soberana.

Sin salir de lo que vemos cada día, tenemos esto mismo entre nosotros. Da un rey una ley ó decreto para todo su reino. ¿Qué les toca hacer á los súbditos? Acaso saber el *cómo* ó *por qué* la da, examinarla, ver si es

(1) Prov. 21. v. 50.

ó no útil ó conveniente, si la entienden ó no la entienden, si puede ó no puede ser? No, solo hay un partido prudente, y es ver si la ley es ó no emanada del rey, si se le comunica en debida forma, y en sabiendo que lo es, solo queda obedecerla y cumplirla. Pues de un modo semejante, hijos míos, abandonando toda cuestión estraña, al cristiano le toca solamente saber si Dios ha revelado ó no las verdades que nos manda creer, y si Dios realmente las reveló no hay mas que someterse, creer y adorar.

Y bien, qué es á lo que debe reducirse todo nuestro trabajo. ¿Ha revelado realmente el mismo Dios las verdades y misterios que forman el conjunto de la Religion que tenemos los cristianos?

Siento, Hijos míos, no poder estenderme en poner á vuestra vista las muchísimas pruebas que tenemos para convencernos de que Dios mismo ha revelado todo lo que creemos como dogma de Fé ó que prueban que nuestra Religion es revelada y divina, pero os las indicaré con la posible brevedad para que veais que creemos apoyados en la misma razon, que nuestra Fé, no es Fé de unos hombres poco cautos, fáciles y faltos de prudencia, os afirméis mas y mas en ella, deis gracias á Dios y compadezcáis á los incrédulos, que no pueden serlo sin ser tambien temerarios, imprudentes y faltos de juicio y de razon.

Jamás nuestra Religion ha reusado el ser examinada. *Os traemos una Religion*, decia el Papa S. Clemente en la primera época del cristianismo (1), *que sujetamos á*

(1) Rom. 9. n.º 8.

vuestra censura. Pero esta Religión no prueba su divinidad con discursos y demostraciones que están al alcance de muy pocos, sino de un modo mas claro, mas perceptible, con demostraciones patentes al sabio y al ignorante, con hechos, que todos pueden ver y comprender. Así decia el mártir S. Ignacio (1): *No me creais á mí sino á las cosas.* Y el mismo Jesucristo dió antes á los discípulos del Bautista las pruebas de su divinidad y verdadera mision en estas palabras (2): «Id y contad á Juan lo que habeis oido y lo que » habeis visto; los ciegos ven, los cojos andan, los lepro- » sos se limpian, los sordos oyen, los muertos resucitan, » y el reino de Dios se anuncia y promete indistintamente » á los pobres y á los ricos.» Las pruebas que Jesucristo alegaba de su divina Doctrina no eran por cierto discursos cavilosos ni demostraciones inconcebibles. Presentaba sus hechos milagrosos; y á la verdad, que una Doctrina confirmada con milagros no puede menos de ser Doctrina de Dios.

Los milagros sobrepujan á todas las fuerzas de la naturaleza y solo pueden obrarse por Dios y no por alguna otra virtud criada. Aunque ahora digamos comunmente que María Santisima y los Santos hacen milagros, esto se entiende en un sentido católico en cuanto que son intercesores que ponemos para con Dios y son los instrumentos de que Dios se vale para obrarlos; pero la causa eficiente, el autor de los milagros es solamente Dios como autor

(1) Epist. ad Rom. n.º 7.

(2) Luc. cap. 7. v. 22.

de la naturaleza y el único que pueda alterar ó suspender las leyes que la ha establecido; siendo Dios la Suma verdad que no puede engañarse ni engañarnos, inferimos legítima y necesariamente que si Dios aprueba ó confirma alguna doctrina con milagros, aquella doctrina es suya, es aprobada por Dios, es verdadera porque no puede ser que Dios apruebe ni confirme un error. ¿Negaremos que Jesucristo obró repetidos milagros en confirmacion de su doctrina? El mismo los daba por señal á los discípulos del Bautista; él mismo decia á los Judios (1): *Si no quereis creerme á mi, creed á mis obras, las obras que yo hago y que ninguno otro hace, dan testimonio de mi.* El Evangelio está lleno de estas obras prodigiosas de Jesucristo. ¿Dirán los incrédulos que los milagros que refieren los Evangelios no fueron milagros verdaderos? Pero los judios que los presenciaron, los judios enemigos los mas fuertes de Jesucristo y los mas interesados en averiguar la verdad los confesaron de plano muchas veces, y para evitar su confusion y convencimiento hallaron el efugio de decir que los obraba en nombre del demonio, como si el demonio fuera capaz ni de obrar bien ni de poder ejecutar lo que no pueden los Angeles ni los Santos si Dios no les comunica su poder. Y cuando los judios endurecidos se obstinasen en negar y desconocer los milagros de Jesucristo; ¿no bastarian para acreditar la verdad otros muchisimos judios que de todo sexo, de toda edad y de toda condicion publicaban los beneficios que habian recibido y lo que habian visto y oido?

(1) Joán cap. 10.

No pueden negarse sin la mayor temeridad los milagros de Jesucristo. Pues ved aquí un sencillo y convincente discurso: La doctrina que se comprueba con milagros es divina, Jesucristo comprobó con milagros la suya, luego la doctrina de Jesucristo es divina ó revelada por Dios.

Tenemos además, Hijos míos, que Jesucristo ha continuado en su Iglesia el don de los milagros. Los Apóstoles obraron muchísimos en el nombre de Jesús y en confirmación de la predicación de su doctrina, con ellos iba el don de lenguas la salud de los enfermos, la espulsión de los demonios, la vida de los muertos porque todo lo obraban invocando el nombre de Jesús crucificado. En todos tiempos ha continuado y continua en la Iglesia, aunque ya no son tan frecuentes, como que no son tan necesarios, con ellos han confirmado muchos Santos su predicación, han convertido á muchas naciones y han distinguido las heregias y todas las falsas sectas de la Iglesia Católica, porque jamás han obrado sus secuaces un milagro verdadero en favor de sus errores, aunque siempre han procurado fingirlos viniendo por juicios de Dios á desacreditarse con sus imposturas, como se vé en las mismas historias de sus sectas. Otra prueba he insinuado ya de la divinidad de la Religión Cristiana. La conversión del mundo por la propagación de la doctrina de Jesucristo. *Cuando no hubiera mas milagros*, decía ya en su tiempo S. Agustín (1) *nos bastaría para creer en Jesucristo el milagro grandísimo de que todo el mundo haya creído sin haber vis-*

(1) Lib. 22. de Civ. Dei cap. 5.

to milagros. Una Religion que propone al entendimiento misterios oscuros que creer, que intima á la voluntad unos preceptos rigurosos que cumplir, que manda refrenar las pasiones, que condena los deleites, que reprueba la avaricia y la sensualidad, que manda la humildad, la abnegacion propia, el desprecio de las riquezas y de los honores y la mortificacion de la carne, una Religion que declara la guerra al vicio sin distincion de personas y que pone por modelo á Jesus crucificado, que se anuncia á unos hombres idólatras sumerjidos y bien hallados en sus errores y licencias, y que sin embargo se propaga rapidamente, no puede menos de ser autorizada y protegida por Dios. Los que la anuncian no son hombres ricos y poderosos, no van al frente de ejércitos ordenados y temibles, son solamente doce pescadores pobres desconocidos y sin mas auxilios que los del cielo. La ciencia y prudencia de los filósofos, los intereses de los Sacerdotes, la Religion antigua y demasiado libre de los pueblos, la dureza de los Judios y el celo por conservar su Religion y sus ritos, todo se opone á la nueva doctrina; los Emperadores quieren sofocarla en su nacimiento, la persiguen con las fieras y cadalsos, se repiten los edictos de persecucion y de muerte, se multiplican los mártires, hombres y mugeres, ancianos y niños, gentes de todas clases y condiciones se sacrifican á la voluntad de los tiranos sin mas resistencia que alegrarse en los tormentos y pedir á Dios por sus verdugos; y sin embargo la Religion triunfa, vencen los corderos á los lobos, todo el mundo abraza la doctrina de Jesus y los emperadores vienen al fin á ponerse á los pies del

Crucificado. Es imposible que este triunfo no sea todo obra de Dios; es imposible tanto valor en los hombres si Dios no se lo comunica, y jamás dará Dios su virtud para sostener falsedades ó imposturas. La propagacion de nuestra Religion es prueba de su divinidad, y á la verdad que en esta demostracion todos son hechos bien públicos perceptibles y palpables al que no quiera cerrar sus ojos á la evidencia.

Las profecías son otra prueba muy principal de la divinidad de nuestra Religion. Todos nuestros misterios, la época de la venida del Mesias, su nacimiento de una Virgen en Belen, su pasion, su muerte, su resurreccion, sus milagros, la venida del Espíritu Santo despues de su vuelta á los Cielos, la propagacion de su doctrina, aun las circunstancias particulares de su vida y muerte como el que no desplegaria su boca para defenderse de sus enemigos, que moriria entre malhechores, que sortearian su túnica y se dividirian sus vestidos los verdugos, todo estaba anunciado por los Profetas muchisimos años antes, y todo tuvo su cumplimiento en Jesucristo. *Registrad las Escrituras* decia el mismo Jesus á los Judios (1) *que ellas dan testimonio de mí*, y muchas veces se aplicó el cumplimiento de las Profecías. *Hoc totum factum est ut adimplerentur scripturæ prophetarum* (2): *Todo esto ha sucedido así para que se cumpla cuanto los Profetas han dicho del Hijo del hombre.*

(1) Joan. cap. 5. v. 39.

(2) Matt. cap. 26. v. 56.

Ahora bien, Hijos míos, la Profecía como que es el conocimiento cierto de lo que ha de suceder libremente, es solamente propia de Dios que es quien conoce todo lo presente, lo pasado y lo futuro y de aquellos á quienes Dios comunica este conocimiento; si nuestra Religión tiene en su favor las Profecías, porque todas se cumplieron en Jesucristo, tiene en su favor al mismo Dios, y si tiene en su favor al mismo Dios claro está que es revelada y divina. ¿Se dirá que los cristianos hemos fingido y escrito las Profecías despues de verificados los sucesos? Los judios son enemigos de Jesucristo y de su Religión, esparcidos están por todo el mundo, decia respondiendo á esto mismo san Agustin (1), para que presenten sus códices, que por cierto no están escritos por los cristianos, y den testimonio de que en ellos y por sus profetas está escrito cuanto decimos.

Jesucristo tambien fué Profeta, anunció la destruccion del Templo y la ciudad de Jerusalem, la dispersion de los judios por todo el mundo, la conversion de los gentiles, todo ha sucedido en confirmacion de su divinidad, y lo que aun no se ha cumplido se cumplirá del mismo modo como la venida del ante-Cristo, el juicio universal de vivos y muertos, la resurreccion de la carne y la vida eterna que esperamos.

Todas estas, mis Amados Hijos, ¿no son unas pruebas palmarias, evidentes é irrefragables de que Dios ha reve-

(1) Tract. 55. in Joan.

lado nuestra Religion? ¿Qué importa que no comprendamos sus misterios? ¿Si demostramos con los hechos mas luminosos que Dios es su autor, qué mas puede exigir el hombre descontentadizo? ¿No es contra toda razon el no dar Fé á un Dios que nos ha hablado? Con verdad decia Masillon célebre Obispo de la Francia: «La Religion abunda » demasiado en pruebas para no dejar á una alma fiel sin » seguridad y sin consuelo, aunque no tiene bastantes pa- » ra dejar al orgullo y á la incredulidad sin réplica... La » Religion por su lado de luz contenta á la razon; y por » su lado de oscuridad deja á la Fé todo su mérito.» «Do- » quier es Dios secreto decia S. Agustin (1) y do quier pú- » blico; á nadie se dió conocerle como es, y á nadie igno- » rarle.»

Siento molestar vuestra paciencia y no poder detenerme en dar ensanche á todas estas pruebas y aducir otras muchísimas entre ellas, la inestabilidad de todas las sectas, que como obras de hombres han sido tan frágiles y tan contradictorias como sus autores, la santidad misma de la Doctrina Cristiana, sus preceptos reducidos á solos dos en que nada queda que desear para el régimen perfecto de todo el mundo, ni nada habrá que añadir en toda la duracion de los siglos como difusamente lo esplana S. Agustin (2); su duracion al través de tantos siglos y tantas revoluciones siendo siempre perseguida y siempre triunfante; el testimo-

(1) In psal. 74.

(2) Epist. 107. ad Volucianum.

nio de los muchísimos sábios que la han abrazado y sometido á la simplicidad de la Fé, sus grandes talentos, el orden, la conexion de todos los sucesos del mundo desde Adán, los Patriarcas, los Profetas, el Templo, los sacrificios, el pueblo judío, todo ordenado á figurar y á anunciar á Jesucristo su ley y sus Sacramentos como lo demuestra el citado san Agustin (1).

«Jesucristo, podemos decir en vista de esto con este mismo Santo (2): ha pedido á los hombres la Fé, pero antes de pedirla la ha merecido.» Justamente podemos esclamar con Ricardo de San Victor (3): «Señor: si es error lo que creemos, Vos mismo nos habeis engañado, porque las cosas que creemos las han confirmado señales y prodigios, que no han sido hechos sino por Vos. Si mi Religion diremos con un sábio (4) fuese falsa, ha sido el lazo mas bien armado que se ha podido imaginar.» Y yo concluiré diciéndoos mis amados Hijos: Si el Cristianismo es obra de Dios, arrodillémonos y adorémosle sometiendo gustosos al Señor nuestro débil y escaso entendimiento y nuestra frágil voluntad. «Humillémonos bajo la mano poderosa del Señor, descansenos en él como en un Padre amoroso que cuida de nosotros, dejémonos conducir de sus paternales avisos, sigamos sus preceptos en el corto tiempo que nos ha dado para prueba, y despues

(1) Ibid.

(2) De Relig. V.

(3) De Trinit. II. 2.

(4) La-Bruyere Caract. 16.

» nos engrandecerá y exaltará en el día que nos llame y
» visite para premiarnos con su reino (1).» Amen.

PLATICA IV.

Respuesta á los pretextos y razones de los incrédulos.

Tiempo ha de llegar, decía el apóstol S. Pablo escribiendo á su discípulo Timoteo (2), « en que los hombres » no querrán sufrir la Doctrina sana, se apartarán de la » verdad y darán crédito á las fábulas y mentiras.» Tiempos hace, Hijos míos, que entre los españoles tan amantes de su Católica Religion se levanta la voz de una sabiduría imprudente y codiciosa de novedades contra las instituciones cristianas; tiempos hace, que se pone á la discusión, á la duda y también al menosprecio y la blasfemia, una Religion que tanto respetaron nuestros padres y en que procuraron instruirnos y radicarnos; tiempos hace, que se ha hecho demasiado pesado á muchos cristianos el yugo del Evangelio y quisieran por todos los medios posibles destruir y aniquilar la Fé de Jesucristo y

(1) 1.^a Petri cap. 5. v. 6.

(2) 2.^a cap. 4. v. 5.

toda su santa Religion. ¿Y olvidarán estos hombres que todo lo deben á las dulzuras y la Doctrina divina del Evangelio? Estos hombres que se dicen tan humanos y benéficos, que tanto invocan la felicidad de los pueblos ¿por qué quieren volvernos á los dias de las víctimas, de los esclavos, de los circos, de los horrores, de la inmoralidad y la licencia y de la política del gentilismo? ¿Cuáles es su propósito en pervertir y hacer incrédulos á los hombres? ¿piensan hacernos felices quitándonos á Dios y la esperanza de sus premios y el temor de sus castigos? Ya podíamos llorar si así lo consiguiesen. La virtud y la verdad huirían para siempre de nosotros. ¡Desgraciados los hombres si vieramos á los príncipes y á los pueblos ensayar los principios de política y de moral que se nos predicán en nombre de la razon y la naturaleza! Pero el Señor sabe hacer inútiles todos sus esfuerzos y no permite su triunfo. Dios mio, vengada está vuestra gloria, y vuestra Religion no tiene necesidad de nuestro celo porque los incrédulos confiesan la victoria mas completa de su verdad cuando para defenderse contra la Fé se ven reducidos á inventar discursos y raciocinios evidentemente reprobados por la razon á valerse de las declamaciones y las burlas demostrando así que para renunciar á la Fé hay que renunciar antes al buen juicio y á la buena crianza. Al cristianismo ¿qué le importa que se le discuta bajo mil relaciones y por mil caminos diferentes? A la manera que á una bóveda perfectamente construida lejos de undirla la afirma y afianza mas y mas, cuanto mas peso se la cargue, así al cristianismo las razones y argumentos de los incrédulos solo sirven para afianzarle esclavos.

recerle y manifestar mas y mas su dignidad. *El Señor vence cuando es juzgado*, como dice el Profeta David (1).

Mi deber, sin embargo, Hijos míos, es el preveniros para que no os dejéis alucinar y os hagan dudar de vuestra Fé. Para esto, despues de haberos manifestado las pruebas y razones que tenemos para asegurarnos de que nuestra Religion ha sido revelada por Dios, y por consiguiente para convencernos de que es verdadera y divina, voy en este rato á poner á vuestra vista las razones mismas que acaso habreis oido, ó podreis oir á los incrédulos, que por desgracia las esparcen con frecuencia en sus escritos y conversaciones, daré las respuestas que mil veces se han dado ya á todos sus argumentos para que veáis en ellas el error y mala Fé de estos hombres, que no las quieren entender, y os convenzais de que nuestra Religion no teme ser examinada, que sabe responder á cuanto pueda decirse contra ella, y de cada vez aparece mas y mas su divinidad.

Repetidas veces habreis oido: Que la Religion es un delirio, un fanatismo, una invencion de los Sacerdotes que han sabido engañar á los pueblos con misterios y patrañas. No pasemos mas adelante; no basta decirlo, nada quieren los incrédulos que se crea sin el debido examen y crítica. Sea asi, y examinemos tambien nosotros lo que nos dicen con tanta arrogancia y sin darnos prueba alguna. La Religion es una invencion de los sacerdotes.

(1) Psalm. 50. v. 6.

¿De quienes? ¿Cuándo? ¿Para qué? No puede decirse con verdad que sea invencion de los sacerdotes de ahora que todo lo que pueden hacer en su sentir será mantener y continuar el engaño, preciso será retroceder á su origen, á diez y nueve siglos atras, al mismo Jesucristo. ¿Habrán sido los inventores de la Religion Cristiana los Sacerdotes gentiles? Pero estos por la conservacion de sus Templos, de sus dioses y su culto estaban interesados en todo lo contrario. El impostor habebido ser el mismo Jesucristo y sus discípulos. ¡Raro descubrimiento! ¿Es impostor el que predica una moral austera, el que está revestido de los augustos caracteres de santidad y sabiduria, el que dá pruebas públicas de su divina mision, el que es anunciado por los profetas, el que confunde con maravillas á sus enemigos, y vé sus pensamientos, el que se vale de hombres ignorantes y sin poder para propagar su doctrina contra los sabios y poderosos del mundo, el que profetiza y se cumple lo que vaticina, el que muda la faz del mundo civil y moral? ¿Se pedirán pruebas de esto? Nada digo que no esté puesto en evidencia con los hechos y los testimonios mas públicos. Serán impostores los Apóstoles puestos de acuerdo con su maestro para seducir á los pueblos y naciones todas? Y se nos dirá qué fin pudieron proponerse? Y cómo siendo impostores pudieron hacer creer y abrazar á sabios y á ignorantes una Religion que manda el desaproio y la abnegacion, la cantidad y la pobreza y prohíbe todo lo que halaga al corazon? Jamás ha visto el mundo impostores de esta clase. Se hace secta predicando penitencia, declarando guerra á todas las creencias, in-

tereses y opiniones, mandando á los príncipes y á los sábios la renuncia del lujo, de los placeres y de las riquezas y la sumision del entendimiento? Se grangea autoridad y crédito aconsejando aborrecer el oro y amar la ceniza, desnudarse de la pompa y abrazar la mortificación? Unos hombres sin apoyo ni recursos, que predicaban Cruz y sufrimiento que presentan por su jefe á un hombre muerto por los suyos en un patíbulo, que enseñan dogmas y misterios incomprensibles, que ningun premio pueden esperar, ni ofrecer recompensa alguna á sus seguidores en esta vida, y toda la reservan para despues de la muerte, no son á propósito para hacerse creer y para que los demas abracen su Doctrina. Si los hombres hubieran inventado el Cristianismo, le hubieran hecho seguramente de otra manera, porque segun ahora es y segun que los Apóstoles le anunciaron no cavia en el cálculo del hombre el inventarle y hacerle abrazar. ¿Y qué esperaban sus inventores? ¿Qué pretendian los Apóstoles con la nueva Doctrina? Al momento se veda y prohíbe la Religion del espíritu y sopena de muerte se manda doblar la rodilla delante de los Dioses, se publican edictos de sangre, se alzan los patíbulos, muestran los verdugos su cara aterradora, y mueren sin honra los que la publican y reciben; y sin embargo triunfa, y ésta religion derrocó los ídolos y abatió la soberbia de Roma, y humilló á los Césares, y cansó á los verdugos, y fueron vanos todos los malos artes de los sacerdotes, y las astucias de los sofistas, y se estendió por todo el mundo, y llegó hasta nosotros. No alcanza á tanto el poder de los hombres, y ha-

bremos de convenir en que fué obra sostenida y amparada por Dios, ó que como hemos dicho ya con S. Agustín (1), hay un milagro superior á todos los milagros, y es el que el mundo todo se haya hecho cristiano sin haber visto obrarse milagros en comprobacion de la divinidad de la doctrina de Jesucristo.

Que comparen, si gustan, los incrédulos el establecimiento y los progresos de nuestra religion; con el establecimiento y los adelantos de esa ciencia incrédula esterminadora de la Fé; esa ciencia llamada despreocupacion y filosofía, que para estenderse ámplia y rápidamente, ha tenido en su ayuda la aprobacion de los apetitos y concupiscencias del corazon, la propension del entendimiento á creer y abrazar lo que lisonjea á la voluntad, la agudeza de los ingenios mas cultos y protegidos, el estímulo y aliento que comunican los aplausos y adoraciones de la multitud viciada que anhela por la libertad de las costumbres, por el desenfreno de las pasiones y por la impunidad de los delitos que la soledad y la noche ocultan á la vista de los hombres, que ha logrado los elogios de los sábios y los grandes, que ha hallado acogida aun en algunos ministros del santuario, que han desamparado la causa de su Fé, y en el silencio y condescendencia de otros que no se han opuesto á sus progresos por los respetos humanos, ó por no ser el blanco de los insultos y ultrages de los libertinos. La incredulidad, lo diré porque así ha sucedido, ha contado en su apoyo para estenderse en todo el mundo, el poder de los tronos, el influjo de los in-

(1) Plática tercera.

genios, el ascendiente de algunos clérigos hipócritas afiliados en sectas condenadas por la Iglesia. No os escandaliceis, Hijos míos, porque Dios permite que en todos los estados haya hombres buenos y malos, y el que algunos sacerdotes hayan sido malos no estorba á la santidad y perfeccion de su santo ministerio. Digo, que la incredulidad ha tenido en su favor para estenderse la ayuda de algunos sacerdotes que no han sido fieles á su Dios y á la Iglesia, los grandes recursos é intereses, las inclinaciones corrompidas de los hombres, la educacion de la juventud, puesta toda á su direccion, nada se ha opuesto á su paso libre y desembarazado, y solo ha encontrado resistencia en las leyes de una religion casi desatendida y olvidada, en los gritos de algunos sacerdotes perseguidos y condenados á la miseria, y en los suspiros y oraciones de algunas almas justas que han clamado al Señor en la humildad y amargura de su corazon. Y la incredulidad sin embargo no ha logrado establecerse despues de tantos años y de tan obstinados empeños, sus triunfos han sido momentáneos y parciales y solo han servido para acrisolar á los justos y hacer mas visible la mano de Dios que conserva la obra tan manifestamente suya. Los hombres, apesar de su propension al mal, han abandonado y mirado con el horror que se merecen á los propagandistas del error, y aunque alguno se haya dejado arrastrar, el mundo no se ha hecho incrédulo. Si el mundo todo creyó, falto de todo auxilio y proteccion, preciso ha de ser confesar que el establecimiento y propagacion de la Fé y religion de Jesus ha sido obra de Dios, y no puede caer ni aun en el entendimiento mismo de los impíos, que es una invencion de los sacerdotes.

¿Dirán, como se dejan tambien decir, que no ha habido tal Jesucristo, ni tales Apóstoles, ni tales persecuciones y martirios en el mundo, que todo es una ilusion y un fingimiento, una fábula compuesta para engañar? ¿Y cómo, les diremos otra vez, y siempre lo mismo, cómo ha podido ser que el mundo haya creído una fábula, y una fábula que exige sacrificios tan costosos? Preciso es, Hijos míos, ser unos ignorantes ó unos locos para recurrir á este delirio que rechaza la razon, la historia, el pueblo judío, los monumentos, el mundo todo que ha cambiado de costumbres, de creencias, de ritos y hasta de leyes y civilizacion. Preciso es estar sin sentido comun para persuadirse y querer persuadir que los emperadores han declarado la guerra y las persecuciones mas sangrientas, y que los hombres se han dejado degollar por una ilusion ó una fábula.

Si somos cristianos, dicen tambien, es en virtud de las ideas y preocupaciones que nos infunden en la niñez; esto aprendemos, esto creemos, y en ello seguimos tenazmente siendo pocos los que tienen un espíritu fuerte y un valor suficiente para despreocuparse, y estas preocupaciones las fomentan los sacerdotes. ¿No hablan así los que os quieren quitar la Fé? Pero que se tomen la molestia de decirnos ¿cómo los primeros cristianos hicieron á la religion el sacrificio no solo de las preocupaciones de su infancia, de su educacion, de sus ideas, de sus hábitos y costumbres, sino tambien el de las inclinaciones de su corazon, el de sus intereses, de su libertad, de su honor y de su vida? Retrocedamos de generacion en generacion, busquemos nuestra creencia religiosa en su origen y veremos por

cierto que no fueron las primeras nociones del cristianismo, ó lo que llaman preocupaciones, las que formaron á los primeros cristianos. Los apóstoles mismos, un Pablo que se declara enemigo y perseguidor, los primeros cristianos todos, y muchos que les siguieron despues, sábios é ignorantes ¿qué eran? Los Justinos, los Tertulianos, los Atenágoras, los Cuadratos los Agustinos, los Dionisios, Orígenes, Lactancios, Gerónimos, el Emperador antes de abrazar el cristianismo? habian recibido en su infancia lecciones de doctrina de los sacerdotes? *No nacemos cristianos*, decia Tertuliano, *sino que nos hacemos*. ¿Qué pudo mover á estos grandes ingenios y lo mismo á los hombres de corto talento á quienes es acaso mas difícil sacar de sus primeras aprehensiones y enseñanza, qué pudo, digo, inclinarlos á mudar de sentir sino la evidencia misma de la verdad, los caracteres de obra de Dios, los milagros con que se anunció el Evangelio y de que fueron testigos? No es pues la religion cristiana una invencion de los sacerdotes ni efecto de las preocupaciones de la infancia que los sacerdotes fomentan; y no es menos falso que sus misterios son patrañas para engañar mas fácilmente.

Si no fueron los sacerdotes los inventores de la Religion, tampoco lo fueron de sus misterios por que todo se anunció á un tiempo, todo está unido y enlazado, y todo es obra de un mismo maestro.

El incrédulo sin embargo, obstinado en cerrar sus ojos á la luz, cree su triunfo seguro diciéndonos con tono altivo y como si estuviera convencido de la verdad: Los medios de los impostores han sido siempre los misterios y las cosas

desconocidas y contradictorias, el corazón humano se deja llevar con facilidad y con gusto á las supersticiones y maravillas, el entendimiento acata y respeta lo que no entiende, y la muchedumbre no quiere que se hable á su razón sino á su imaginación, no quiere examinar sino admirar y creer, y cuanto mas se alienta la credulidad del pueblo con contradicciones y maravillas mas derecho se tiene á su entusiasmo. He aquí el campo y la materia de los impostores, las cosas admirables y desconocidas, he aquí el hallazgo de los sacerdotes en los dogmas y misterios con que alucinan á la multitud. Imponen al pueblo el deber de ser crédulo para justificar así el imperio que ejercen sobre él. En una palabra, los sacerdotes quieren que pongamos una venda sobre nuestros ojos y que sigamos así por donde se les antoje guiarnos.

Ahora bien, Hijos míos, ¿diremos que estos hombres conocen siquiera al cristianismo? Si hablaran de los sacerdotes gentiles llevarían sobrada razón; pero aplicar su argumento á los sacerdotes del cristianismo es el mayor desacuerdo. Está visto que los incrédulos que tanto se precian de críticos y juiciosos no ven sino sus sofismas ó mejor acaso sus deseos, y que desconocen no sólo la Religión de Jesucristo de la que se forman un simulacro para herirle á su antojo, sino también el carácter, las virtudes y la sana filosofía de los sacerdotes católicos magistrados del mundo moral, y aun la misma naturaleza é inclinaciones del hombre á quien, no sé donde han aprendido que tan útiles son las contradicciones y ma-

ravillas que no entiende para hacerle ayunar; mortificarse, abrazar la moral rigurosa del Evangelio, y dar hasta la vida en su defensa. Principios arbitrarios y consecuencias antojadizas es, si se aplica al cristianismo, todo lo que forma su discurso, indigno de todo hombre que sepa pensar. Ya los filósofos gentiles Celso, Porfirio, el apóstata Juliano y otros, hicieron este argumento en su tiempo á los cristianos, los escarnecian como demasiado crédulos, y los acusaban de que no querian ni dar ni recibir la razon de su Fe, sino creer simplemente. Orígenes (1), Teodoreto (2), S. Agustin (3), Arnobio (4), Eusebio (5) y otros muchos cristianos les respondieron victoriosamente, y á la verdad que aquellos y los incrédulos de nuestros dias, podian conocer muy bien lo vago y lo infundado de la acusacion, y haber echado de ver que en sus manos tenian y tienen los títulos y monumentos de nuestra creencia, la historia del cristianismo, y aun las mismas historias profanas de los gentiles para quedar satisfechos completamente. Digo otra vez, que no conocen al cristianismo, porque los cristianos jamas hemos padecido el vicio de credulidad que se nos atribuye y que se tiene por ordinario y connatural al hombre. Es verdad que creyeron, que creemos hoy y que creerán siempre los cristianos misterios tremendos ó impe-

-
- (1) Contra Cel. I.
 - (2) Serm. I. de Fide contra Græc.
 - (3) De util. credendi ad Honorat.
 - (4) Advers. Gent. II.
 - (5) Præpatt. evang. I.

netrables á nuestra razon ; pero ¿ los creemos por ser cosas invisibles y desconocidas ? Ya hemos visto en el día pasado que no : que creemos porque fuertes , victoriosas é irresistibles razones nos han demostrado que vienen de la ciencia de Dios. Lo he dicho ya y lo repetiré para que os instruyais suficientemente en esta materia : la Fé tiene objetos y tiene motivos ; los objetos son por su naturaleza superiores á la razon ; los motivos están sujetos y son examinados por ella ; los dogmas y misterios de la religion los creemos porque son el objeto de la Fé , los hechos en que se funda la verdad de su revelacion , son objeto de la discusion y del examen , y esto hace la razon antes de creer ó para afianzar su creencia. El cristianismo no veda ni aprisiona á la razon ; los católicos no tienen los ojos vendados por sus sacerdotes , estos mismos quieren á la razon libre , crítica , escrupulosa para que examine los hechos y los motivos de su Fé , que es hasta donde alcanza , y persuadida de que no son patrañas ni ficciones sino revelados por Dios crea y respete sus dogmas y misterios.

Pero ¿ por qué es tanto declamar contra los misterios ? En verdad que no deben espantar á unos hombres que sin razones ni motivos creen tantos otros mas bien desvarates y delirios. Yo os lo voy á decir , Hijos míos , los misterios de nuestra Religion son un pretexto para justificar la mala causa de los incrédulos. Si , la incomprendibilidad y oscuridad de los misterios y dogmas católicos no es lo que ofende á los enemigos de la Religion , á quiénes no inquietarian aunque fueran muchísimos más. Es otra la causa de su inquietud. La moral rigida del Cristianismo que no se doblega ,

que amenaza, que condena severísimamente la vida entregada á la licencia y los deleites. Por esto impugnan los misterios, aborrecen é insultan á los Sacerdotes y quisieran borrar y destruir el Evangelio. Quisieran los incrédulos mas ensanches, mas paz para los sentidos, mas goces materiales. Quisieran, aun los mas rígidos, que Jesucristo fuera un Padre indulgente que disimulase las flaquezas y desvíos de sus hijos ó los dejase vivir sin cuidarse ni de sus vicios ni de sus virtudes. Quisieran, en una palabra, un Dios y una Religión á su antojo. Pero «él nos hace á nosotros y no nosotros á él», dice S. Ireneo (1): El Evangelio, la Religión de Jesucristo no es así y por eso la combaten. ¿Se opondrían menos y seria menor la incredulidad sino hubiera misterios? Se opondrán y los habrá mientras haya moral pura, santa, irreconciliable con los placeres, porque este es el yugo, esta es la servidumbre que se trata de arrojar. El negocio difícil no es creer misterios, sino el creer verdades que reglan el corazón, que doman los hábitos viciosos, que reprimen las pasiones, que combaten el ir hacia la independencia; el orgullo, la vanagloria, verdades que llevan nuestra existencia y nuestras obras mas allá del sepulcro. Por eso llaman «locura á nuestra vida» y dicen que «nuestro fin es sin honra (2).» Por eso hay incrédulos, por eso «aman mas las tinieblas que la luz, por eso no quieren ver, por que sus obras son malas y todo el que obra

(1) Contra Hæres. IV. 39 núm. 2.

(2) Sapient. cap. 5. v. 4.

» mal aborrece la luz (1)» y el que se vea y reprenda su maldad.

¿Y evitarán estos miserables por no creerlo y mofarse de nuestra creencia el que llegue el porvenir tan incierto que nos espera despues de la muerte? Si tan seguros están en su incredulidad, ¿por qué les faltan las fuerzas, tiemblan, se estremecen y no se atreven ni aun á pensar que han de morir aunque estén en los últimos momentos de la vida? Si saben que nada hay mas allá de la muerte, que no les aguarda el Dios justo de quien han blasfemado en su salud, ¿por qué tanto miedo, tanta congoja, susto y pesar? ¿porqué tanto abatimiento y desesperacion?

Hijos míos, aun en este mundo tiene la Fé sus dolzuras, la Religion jamás nos abandona, ella nos dá consuelos abundantes en todas las desgracias, no atendamos á las máximas engañosas de los que no tienen Fé y quieren desterrarla de los demás, conservémosla como alhaja de un valor inmenso, mantenednos á todos en ella, Dios mio, y que aunque os hayamos ofendido, tengamos la dulce satisfacción y el consuelo grande de que nos diga con verdad implorando vuestra clemencia el Sacerdote que recomienda nuestra alma: «No os acordeis, Señor, de las ignorancias y flaquezas de su juventud, porque aunque haya pecado, no ha negado la Fé del Padre del Hijo y del Espíritu Santo.

(1) Joan. cap. 5. v. 19.

PLATICA V.

Del mismo asunto.

El buen pastor debe poner todo el esmero posible en apartar á sus ovejas de los pastos venenosos y perjudiciales por mas que estén floridos y frondosos, porque si pudiesen por su culpa, el amo del rebaño le haria justamente responsable de todas las pérdidas. Por esta consideracion, Hijos mios, no temo seros importuno, ni molesto, continuando en presentaros los pretestos y razones que alegan los incrédulos para justificar su incredulidad. En verdad, que no era oportuno ni necesario este trabajo en años no muy remotos en que se gloriaban nuestros ascendientes en aventajarse á los demas en ser fieles y piadosos, en que no se puso en duda nuestra Fé ni nuestros misterios, y en que los hombres todos de todas clases y estados estaban conformes en confesar y querer vivir y morir bajo la ley de Jesucristo. Mis antecesores hubieran hecho un agravio á vuestros abuelos si los hubiesen hablado de incrédulos y de sus argumentos, porque ni se oian estos, ni se conocia tal pecado en su tiempo: pero hoy, Hijos mios, en nuestro tiempo que no hay dia en que no se impriman centenares de novelas, folletines y escritos de todas

clases atestados de impiedades, en nuestro tiempo en que se ha hecho tan comun y ordinario el hablar contra la Fé de nuestros padres, y en el que en periódicos, en conversaciones y en cantares, y mucho mas en los teatros se la burla y escarnece, hoy en que se tiene á mengua y casi á deshonra el ser cristiano y en que parece que á la Religion y sus prácticas se las ha dejado como á una cosa antigua y usada para sola la gente pobre ¿Qué debe hacer un ministro de la Religion, un párroco encargado de apacentar saludablemente á sus feligreses sino gritar, hacerles ver el error, la falsedad y veneno que encubren los escritos y las razones con que quieren engañarnos y pervertirlos los hombres sin Fé enemigos de su felicidad eterna y temporal?

Bien quisiera poder recordar y presentaros cuanto ellos dicen, para que oyendo las respuestas convincentes nada os cogiera desprevenidos, pero continuaré haciéndolo de las razones que les son mas comunes y que tienen por mas fuertes y triunfantes para que veais qué débiles son los apoyos y qué falsas las armas de que se vale el error y la mentira para combatir la verdad.

A nuestra Fé y santa Religion jamás la atacan directamente y de frente, jamás nos prueban que no es obra de Dios que es lo que nosotros les demostramos y lo que nos basta; pruébennos lo contrario y les cederemos el triunfo; pero huyen de esto, y á la manera que aquel que no pudiendo cortar un árbol se contenta con desgajar alguna rama, asi dejándonos el árbol firme de la divinidad de nuestra creencia se contenta y cree muy satisfecho y vic-

torioso el incrédulo , oponiéndose á los misterios , poniendo en ridículo las prácticas religiosas , burlándose de la revelacion , escarneciendo á sus ministros y—si , al fin , pudiéramos decir por única y general respuesta , sí , al fin la religion es obra de Dios , inútiles son todos vuestros esfuerzos : esa Religion que vosotros impugnais no es la nuestra porque en esta , como ordenada , dirigida y sostenida por Dios , nada hay repugnante , imposible , absurdo , inútil ni vicioso : las supersticiones , las prácticas ridículas y todos los vicios con que la quereis denigrar , ella es la primera que las rechaza y reprueba en cualquiera persona que se hallen , así que , os habeis finjido enemigos con quienes pelear y vuestros argumentos nada tienen que ver con nosotros ni con la Religion de un Dios infinitamente santo , sábio y poderoso. Pero para quitar todo pretesto á los incrédulos , entraremos también en su terreno , oírmoslos y los convenceremos.

Volvamos á los misterios en donde piensan hallar una brecha practicable para derribar la Religion. Dios , dicen , no es contradictorio. El nos ha dado la razon para juzgar y para dirijirnos por ella , los misterios de la Religion son contra la razon , y si son contra la razon no son de Dios , que no nos ha de mandar creer lo que es contrario á la razon que nos ha dado ; claro está que si así fuese nos diria una cosa por sí mismo y nos diria todo lo contrario por nuestra razon ; Dios seria contradictorio y nos diria *si* y *no* á un mismo tiempo , en una misma cosa , claro está que los misterios son increíbles , son supersticiones é inventos para engañar. Con tanta facilidad quieren persuadirse y persuadir á los demas ; pero con mayor aun se deshace esta equivocación.

cion ó mas bien , esta mala fe con que proceden. Es muy distinto y hay una distancia inmensa en ser una cosa contra la razon y en ser sobre la razon. Dicen los incrédulos que los misterios y dogmas que creemos son contra la razon, pero ni lo prueban ni lo probarán jamás. Que nos los hagan ver y convendremos tambien con ellos en que no vienen de Dios , por que creemos que Dios es la suma verdad, no es contradictorio, no puede suceder que nos diga una cosa por la Fé y nos diga la contraria por la razon. El cristiano no ha sido jamás tan ignorante ; el hombre menos reflexivo sabe y conoce que no es creible lo que es contra la razon porque para creer hace uso de la razon. El cristiano confiesa desde luego que los misterios que Dios manda creer son sobre nuestra razon , que son inaccesibles al discurso del hombre , que sobrepujan á nuestra débil y pobre inteligencia , pero decir esto , y decir que son contra nuestra razon no es lo mismo. En buena filosofia se dice que una cosa es sobre la razon cuando la razon no la alcanza , cuando por su índole es superior á ella , cuando se carece de una idea clara y distinta , cuando está mas allá de los límites de la luz natural ; tales decimos que son los misterios de nuestra adorable Religion ; y se dice que una cosa es contra la razon cuando hay contradiccion en los términos en que se anuncia ó cuando hay en ella ideas que se escluyan unas á otras. Preciso es conocer la esencia y las propiedades de las cosas para poder calificarlas de contradictorias, y si la esencia y las propiedades de Dios están sobre nuestras luces, si no nos es dado llegar tan allá y comprender á Dios , ¿cómo podremos calificar los misterios de contra-

dictorios sin incurrir en la nota de temerarios? ¿Dirán que son contradictorios, absurdos y contra la razón porque son oscuros é incomprensibles? He aquí en último resultado el discurso del incrédulo. Son absurdos y repugnantes, falsos y contra la razón los misterios porque no los comprendemos. Pero, ¿en qué entendimiento cabe el inferir que es falso y repugnante todo lo que no se entiende? Imposible parece semejante delirio en hombres de razón, pero á esto se reducen todos los discursos dichos con tanta vehemencia y calor, con tantas palabras iachadas, con tantas sátiras y burlas con que alborota diariamente la impiedad, cuando en la frialdad de la reflexión se los despoja de las declamaciones impertinentes y de todos los adornos postizos y se los reduce á una discusión y exámen racional. ¡Imposible, absurdo, delirio lo que nuestra razón no entiende! Si así es, si hemos de escluir del símbolo de la Fé lo que no comprendemos, que nos digan: ¿Qué ha comprendido el hombre de sí mismo? ¿Conocemos la vida, la muerte, sabemos por qué piensa el hombre, por qué se mueve, ama, aborrece, duerme, vela, por qué el ojo, la mano, el pié obedece á su voluntad y la sangre no? ¿Sabemos el cómo y por qué de tantos fenómenos y maravillas que á toda hora y á cada paso observamos dentro y fuera de nosotros? Aun en el arte mismo ¿no vemos maravillas que nos admiran y sorprenden porque no las comprendemos? Luego son imposibles y repugnantes, luego son ilusiones, no existen. Yo veo un reloj, veo que me señala las horas, trato de comprender el cómo y por qué aquella máquina hace tal efecto, yo lo miro pero no lo entiendo, luego aquel no es reloj, aque-

llo es falso no hay tal reloj ni tales horas porque yo no sé como aquello puede hacerse. Mas palpable. Venos una arca pero está cerrada; no tenemos la llave, ignoramos lo que tiene dentro, luego no existe tal arca. Pues tal es, Hijos míos, el argumento y discurso del incrédulo. Segun su modo de discurrir quedarían muy pocas cosas existentes en el mundo; porque son muy pocas ó ninguna las que comprendemos completa y perfectamente. «De lo que pasa debajo » del sol, » dice el Espíritu Santo (1) «no halla el hombre » una razon cierta aunque se llame sábio. Y ¿sino llega » más á lo que vemos todos los dias? por qué » dice san Juan Crisóstomo (2): «por qué quiere nuestra curiosidad » sondear la esencia de Dios?»

¿Y porque, dicen tambien los incrédulos, no nos manifiesta Dios sus misterios de plano y entonces creeremos sin mortificar nuestra razon? ¡Vano é insensato pensamiento! Para ser incrédulo es preciso mortificar y trastornar la razon, más bien que para someterse á los testimonios que nos atestiguan la divinidad de la Fé. ¿Pero conviene así á los juicios de Dios? ¿Qué fuera del mundo de abajo si supiéramos lo que pasa arriba? ¿Quién es el hombre para querer alterar la Providencia de Dios? ¿Qué derecho hay en él para pretender que todo sea luz en la naturaleza y en la gracia? ¿Será justo resentirse de que Dios no le ha dado los ojos y la inteligencia de un ángel, pa-

(1) Eccles. cap. 8. v. 17.

(2) De incomprehens. Dei.

ra ver en los secretos de la naturaleza y de la gracia hasta lo profundo? ¿Quisiera acaso que Dios para artar su curiosidad impertinente hubiese trastornado la armonia universal y le hubiese puesto en un peldaño mas alto de la inmensidad de los seres? ¿No tiene bastantes luces para ir con seguridad por el camino que le trazó, bastantes motivos para fijar sus pasos en él, y bastantes esperanzas para alentar sus esfuerzos y escitarse á llenar y conseguir su fin? No hablemos mas de un orgullo y arrogancia tan reprensible y diabólico.

La revelacion, dicen tambien, es un imposible. La revelacion es la comunicacion de Dios con el hombre lo que no puede ser, y cuando pudiera suceder, por lo menos es inutil, porque, bien que Dios inspire ó hable á una persona; lo que Dios diga será para ella una verdad demostrada pero para los demas no merecerá crédito alguno cuanto aquella persona digese: preciso seria que Dios se comunicase á todos y cada uno de los hombres. Ademas de que ¿para qué la revelacion? Si la Religion que se anuncia es verdadera, la verdad puede ser puesta en evidencia y demostrarse por razones invencibles: demuéstrenos y la abrazaremos, porque damos mas crédito á nuestro juicio y razon que á nuestros ojos y todos los sentidos esteriore. Dejémonos de prestigios, de enderezar cojos, sanar enfermos y resucitar muertos.... Razonemos, porque tenemos confianza en nuestra razon y no debemos dejar nuestra Fé á la merced del primer saltabanco que se presente haciendo maravillas ¿A qué prodigios cuando para aterrarnos basta un silogismo ó un

discurso concluyente? (1) Desentrañemos esta confusa amalgama. La revelacion es imposible ¿Qué, no hay poder en Dios para comunicarse inmediata y extraordinariamente á nuestros espíritus, para disciplinarnos, para traernos al sendero del deber y la justicia sin hacer fuerza á nuestra voluntad, que en el hecho dejaria de serlo, y para intruirmos en verdades que nos son muy convenientes é interesantes? Nosotros, ¿somos incapaces de que Dios nos comunique su soberana voluntad? ¿No sabe Dios los medios de comunicarse á sus criaturas y de hacerlas conocer la certidumbre de su doctrina divina y soberana? ¿Dónde está la implicacion y la imposibilidad? Enmudeced, y si no quereis adorar á Dios, no blasfemeis por lo menos. Pero la revelacion, dicen, será inútil, la persona á quien Dios revele sus verdades no será creida. Y si esta da pruebas evidentes é infalibles de que es enviada de Dios, de que lo que dice lo dice en nombre de Dios, ¿por qué no se la ha de creer? Si los mensajeros que anuncian de parte de Dios la sublime y celestial Doctrina, Doctrina util, necesaria y muy superior á todos los alcances é invenciones del ingenio del hombre, si estos mensajeros, digo, vienen revestidos de un poder extraordinario, emanado y comunicado por Dios y sobre los esfuerzos de la naturaleza y obran en testimonio de lo que dicen prodigios y maravillas propias de Dios solo ¿les creereis?

Decis que os convencereis completamente con discursos

(1) Argumento de Dided. Pens. Filos. I.

y demostraciones mejor que viendo milagros, pues oíd las: Yo soy el Hijo de Dios, en prueba de ello mando á Lázaro que despues de cuatro dias muerto y sepultado se levante del sepulcro bueno y sano. Lázaro se levanta luego yo soy el Hijo de Dios. ¿Quereis ahora que se os demuestre con silogismos que Lázaro se levantó del sepulcro? Los hechos son las demostraciones mas patentes y universales, la notoriedad de hechos es una prueba convincente, sobre hechos demostrados no cave réplica alguna, y tal es el hecho de que hablamos, y como este podemos presentar otros tantos y hacer otras tantas demostraciones, cuántos hechos hay marcados en los libros santos que comprueban la divinidad de Jesucristo, la mision de sus apóstoles y de sus siervos y ministros. Decís que es mas seguro razonar que ver, ó que hay menos claridad en los ojos que en el entendimiento,—pero los hechos son palpables y las razones no, razones hay que parecen serlo y no lo son, ¿cuántas razones filosóficas son evidentes para unos y para otros son errores? En los hechos no hay metafísicas ni sutilezas, el pueblo rudo y el ilustrado, el hombre sábio y el idiota todos pueden convencerse por sí mismos, y cualquiera puede asegurarse de si vió ó no vió. El Señor del mundo cuya sabiduria es infinita, quiso hablar así al hombre. La lengua de los hechos es universal, es para todos los hombres, épocas y paises, es la mas lógica, la mas clara y fácil, la mas proporcionada para el pueblo y para los sábios; los hechos son el language mas inteligible y enérgico, son la lengua divina que los hombres ni innovan ni alterarán jamas. ¿Quiere demostraciones el incrédulo? Pues que elija los hechos que guste de

los muchos que tenemos en favor de la religion de Jesucristo, y tendrá la demostración mas completa é irrecusable. —Pero esos hechos no los hemos visto. —¿Y tenemos quien nos los atestigüe? Muchos testigos que han oído las palabras y visto los hechos frecuentes veces, unos hechos que han sido públicos, unos testigos íntegros, desinteresados, uniformes, que deponen de hechos que van contra sus ideas, contra sus intereses, si á un buen sentido juntan una vida y conducta irrepreensible, si ellos mismos sellan con su sangre sus padecimientos y su muerte lo que han oído y visto ¿merecerán ser creídos? ¿Semejantes testigos depondrán de hechos fabulosos y fingidos? Digamos entónces que nada debe creerse y que no hay orden moral, y los hombres no son hombres. —Pero los Apóstoles y Discípulos de Jesucristo pudieron muy bien engañarse. —¿En qué se habian de engañar? ¿En ver á Jesucristo morir en la Cruz, y verle despues vivo y hablar con él, comer con él, oírle y mirarle? ¿Y unos testigos preocupados convierten al mundo con solo decir que Jesucristo murió, que resucitó á los tres dias y que ellos lo vieron? ¿Y aquel poder con que se hicieron creer, les vino de un fascinamiento ó engaño? ¿O les diremos, « vosotros nada visteis porque no lo ví yo? Esto no es razon ni filosofía.

Esos testigos, dicen aun los incrédulos, esos testigos son recusables, porque todos son interesados; los Apóstoles son cristianos, los Evangelistas cristianos; los discípulos y toda la cadena de testigos que nos presentan en prueba de los hechos del Evangelio todos son cristianos á quienes alucina el espíritu de secta, y no son testigos á propósito. —Cristia-

nos son desde que abrazaron la doctrina de Jesucristo, pero antes eran judíos, eran gentiles, ninguno era cristiano porque no los habia, eran enemigos declarados, eran perseguidores del cristianismo, eran verdugos de los que creian, y es preciso añadir á la razon de testigos la de haberse movido á creer, por haberse antes convencido de la verdad del cristianismo; y sin embargo en el número de testigos intachables están tambien judíos endurecidos, gentiles perseguidores, cristianos apóstatas y gentes de toda secta y religion.

La religion cristiana, dicen tambien, está desvanecida por sí misma, porque ¿quién aprueba ni abraza una religion cuyo espíritu reserva el cielo á los monges ó á los que son unos con ellos en hábitos y costumbres, y aplica el infierno á todos los héroes, los hombres de estado, los legisladores, los poetas, los filósofos, á todos cuantos han inventado y afinado las artes, sostenes, consoladores y ornamentos de la vida; en fin á todos los que han protegido, ilustrado y honrado la humanidad, en quienes no podemos menos de reconocer el mérito mas raro y las virtudes mas sublimes (1). Os engañais y queréis engañar. Nuestra religion no enseña que el cielo es solamente para los monges; es para todos si viven conforme á su creencia y guardan sus preceptos. El cielo está destinado para el que muere en la gracia y amistad de Dios, y el infierno para el que muere en pecado, sea la que fuere su calidad, estado y condicion. A los legisladores, poetas, filósofos, guerreros, artistas y demas

(1) Argum. de Adam Smith *Théorie des sentim. mor.* III. 2.

hombres célebres del mundo que los agradezcan el mundo y sus patrias, sus afanes y trabajos; la religion tampoco los condena por eso, antes consagra y bendice toda buena obra elevándola al fin que ella nos manda. Si contentaron á Dios, si le conocieron y adoraron, la religion los admite á sus esperanzas; pero si fueron enemigos de Dios, si sus costumbres no estuvieron de acuerdo con la sana moral, la religion los escluye de sus goces eternos, no por haber sido héroes de la guerra, de las artes ó de las ciencias, sino por haber vivido sin conocer ó sin amar á Dios; ¡cuántos hombres grandes á los ojos del mundo, son muy pequeños á los ojos de la religion!

Aquí nos dicen tambien que la religion cristiana es anti-social, anti-política, que desdeña la sabiduria y la cultura de las artes, que en fin, para nada sirve sino para hacer hombres adustos y misántropos. Pero en diez y nueve siglos que llevamos de cristianismo ¿cuándo hemos vivido sin sociedad? ¿cuándo la sociedad ha sido mas feliz, que cuando los hombres han sido mas cristianos? ¿qué hombres mas sociales que los que por un principio de religion *dan á Dios lo que es de Dios, y al César, lo que es del César?* ¡El cristianismo anti-social! Preciso es no haber vivido ni vivir en este mundo para pronunciar semejante dislate.

Tales y otras son, Hijos míos, las razones que nos oponen los enemigos de nuestra Fé. Cavilaciones, inexactitudes, dudas, presunciones, burlas, arrogancias, contradicciones, necedades á que basta para desvaratar un juicio recto y desapasionado, y que como os he dicho ya, lejos de destruir el edificio sólido de nuestra religion, le aseguran y afian-

zan mas y mas , y en cierto modo podemos decir que somos mas crédulos y mas firmes en retener nuestra Fé, por lo mismo que hay incrédulos.

Me direis que si nuestra Fé y la verdad de nuestra religion católica está tan demostrada, si son tan luminosas las razones que nos convencen de su origen divino, si tan vanas y fútiles son las razones que se ponen en contrario ¿cómo es que hay incrédulos? No entremos para responder en los altos y adorables fines del Señor, que quiere dejar crecer la cizaña, la mala yerba, y el trigo hasta el tiempo de la mies por no desarraigar el trigo al tiempo de arrancar la cizaña, como un labrador inteligente. Yo no temo deciros, que los que dudan de la verdad, de la Religion Cristiana y tienen por una fábula lo que la Fé nos enseña de la otra vida, son poquitos, que es difícil hallar un hombre que diga en el fondo de su corazón: *no hay Dios*, y prueba de ello es que los corifeos y patriarcas principales de la incredulidad han confesado públicamente sus errores y han dicho los mas de ellos en los momentos próximos á su muerte que han sido hipócritas y han querido enseñar lo que no podian creer ellos mismos, prueba de esto son casi todos los mismos que mas vociferan hoy contra la Religion y sus ministros, que son los primeros á llamarlos cuando los apura una enfermedad; pero en este siglo desgraciado hay personas de todas clases que hacen profesion declarada de ser incrédulos, porque es la moda, porque asi son reputados por sábios y des preocupados, porque asi pueden medrar en el mundo de las pasiones; porque hay hombres tan desgraciados y faltos de juicio que procuran ser y parecer peores de lo que

pueden. Hay incrédulos porque no piensan ni estudian la Religión y porque aunque descubran la verdad en la edad avanzada en que el hombre escucha mejor á su razón se obstinan y resisten á ceder al yugo de la Fé que han despreciado en su juventud por no pasar por inconsecuentes y porque se avergüenzan de confesar que han tenido necesidad de llegar á ser viejos para hacerse racionales. Hay incrédulos y lo son muchos por los respetos del mundo, porque no se los tenga por espíritus débiles y porque si han de entrar en la senda de la Religión les es precioso confesar sus errores, repararlos y hacer penitencia de ellos; porque hay que renunciar á la vida de la incredulidad y no tienen valor para tanto.

La Religión está tan demostrada y sin embargo hay incrédulos. «La luz luce en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron» dice el Evangelista S. Juan (1) Jesucristo mismo vino al mundo y los suyos le crucificaron, los iluminó y siguieron en sus errores. «Los que no reciben la luz, dice S. Agustin (2), no es por estar ausente la luz, porque Jesucristo es la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, sino porque ellos son tinieblas por sus pecados; el ciego tiene presente el Sol, pero él está ausente del Sol, y así todo hombre incrédulo tiene la luz, pero es ciego de corazón. Que quite de sus ojos todo lo que es polvo y maleza, que quiten los im-

(1) Joan. cap. 1. v. 4.

(2) Fract in Joan.

» píos las iniquidades y pecados con que tienen soterrada
» su alma y verán la luz, la ciencia de Dios porque escrito
» está: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos
» verán á Dios.*»

La Religión está tan demostrada y sin embargo hay incrédulos. Preguntad á esos hombres que parece que viven tan tranquilos y con tanta paz en el error por qué caminos han llegado á ese endurecimiento y ceguedad, que os digan los remordimientos que han tenido que acallar, los sacrificios que han tenido que hacer, los esfuerzos que han hecho para olvidar la Fé, para ignorarla, para borrarla de su entendimiento y sumergirse en las tinieblas de la incredulidad. Yo os diré por ellos con mi Angélico Doctor Santo Tomás (1) que todo nace del vicio capital de la lujuria. Que de esta entre otros vicios y pecados, nacen la ceguedad del entendimiento, la inconsideracion, el amor de sí mismo, el odio de Dios, el amor desordenado del mundo, la desesperacion y el horror de la vida venidera. Sucede á los lascivos lo que dice el Profeta Real (2), *supercecidit ignis et non viderunt solem*. Los consume el fuego de la lujuria y liviandad, y no los deja levantar sus ojos al Sol de Justicia Cristo Señor nuestro, ni á los bienes espirituales que se nos manifiestan con esta divina luz. De este vicio nace el odio de Dios á quien detesta el lascivo porque prohíbe los deleites de la carne y los castiga con penas eternas, por esto se des-

(1) 2.^a secundæ quæst. 155.

(2) Spalm. 59. v. 9.

espera, le niega y desconoce y no quisiera que hubiera Dios, y porque él no lo quiere, lo dice, lo vocifera y quiere para aquietarse algún tanto que todos lo digan también.

Convengamos, Hijos míos, en que la incredulidad es una consecuencia de la mala vida, y que al que vive bien le importa poco el creer. He dicho mal. Tiene todos sus consuelos y sus esperanzas en su Fé, en esta Fé que da á todo el que la tiene y vive según ella, la potestad de ser hijos de Dios, y si hijos, herederos también de su reino, del que Dios nos haga participantes, así como por su misericordia nos ha iluminado con su luz.

PLATICA VI.

Del símbolo de la Fé y su primera palabra CREO.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra Fé (1). Así, Hijos míos, hablaba el Apóstol San Juan á los fieles de su tiempo, y yo al empezar á explicaros el Símbolo de nuestra creencia me lleno de una alegría santa al poderos decir también: *Nuestra Fé es la victoria que vence al mundo.* Han desaparecido los grandes imperios, han variado re-

(1) Epístola Joan. cap. 5. v. 4.

petidas veces todas las leyes, el tiempo ha consumido todas las instituciones, nada ha quedado sin tocar en el mundo, todo á su vez ha pasado por las alteraciones y los trastornos, pero nuestra Fé ha llegado sin alteracion hasta nosotros atravesando, siempre la misma, por tantos siglos, por tantas persecuciones, por tantas gentes y tantos reinados: *ha vencido al mundo* y hoy la conservamos tan íntegra como la enseñaron los Apóstoles. Se han levantado sectas y heregias de todas clases, han esparcido sus errores con todo empeño y por todos los medios, y unas tras otras han desaparecido sin mas monumentos de sus sistemas que los que nos conserva la historia. Se ha levantado con todos sus esfuerzos la impiedad, y no ha visto en ella el mundo sino un mónstruo horrible, asqueroso é informe compuesto de principios, teorías y máximas insensatas, absurdas y ridículas. *La iniquidad se ha mentido á si misma*, y jamás el error ha presentado un cuerpo unánime, fundamental, completo y subsistente de lo que llaman sus afiliados convicciones y principios. El error y la impiedad no tiene refutacion mas poderosa que sus variaciones, sus contradicciones y absurdos y la insubsistencia de su Fé, que al fin todos creen y los herejes é impíos nos aventajan en ser crédulos. Sus creencias han perecido al fin unas tras otras como tan frágiles y humanas como sus autores, pero nuestra Fé, digo otra vez, ha sido superior á todos los errores, á todas impiedades á todas las variaciones y á todos los tiempos; y cuando no tuviéramos otra prueba que esta de su divinidad, bastaria para rendirnos á confesar que es emanada de Dios y tan eterna é invariable como su au-

tor divino. Este conjunto de doctrina que forma nuestra Fé desde el tiempo mismo de los Apóstoles es lo que voy á explicaros como primera parte de la doctrina cristiana, que trata de lo que todo cristiano debe creer, y todo está contenido en el Credo ó simbolo de la Fé.

Habiendo recibido los Apóstoles la orden de Jesucristo para predicar y llevar su Evangelio por todo el mundo, tuvieron por conveniente, instruidos por el Espíritu Santo que había descendido sobre ellos, componer una fórmula de Fé cristiana antes de separarse á anunciar el Evangelio á toda criatura, para que todos llevasen y todas las gentes recibiesen una misma doctrina, para que todos los que obedeciesen al Evangelio creyesen y confesasen unos mismos artículos, para que todos conviniesen en la unidad de la Fé y no hubiese entre ellos divisiones ni cismas. Esta regla y profesion de Fé publicada y llevada á todo el mundo de viva voz por los Apóstoles, es lo que llamamos Símbolo, ó bien porque se compuso de las sentencias que cada uno de ellos dijo, ó bien porque es y fué entonces la nota y señal con que se daban á conocer, y distinguían los verdaderos cristianos de los falsos hermanos que se introducían entre los fieles para adular el Evangelio, y por las mismas razones se la llama Símbolo ó Credo de los Apóstoles.

Tenemos también el Símbolo que se llama Niceno ó Constantinopolitano por haberle formado los Padres de estos Concilios generales y es el que se canta en la misa, y además el de San Atanasio que se reza algunos dias en el oficio divino, pero conviene advertir que todos es-

ROMO I.

tos no son sustancialmente distintos, ni mudan ni alteran nuestras creencias, sino que en estos se espone é ilustra la doctrina del de los Apóstoles, á la manera que en los cuerpos aunque se aumenten los miembros de un hombre, por ejemplo, son siempre los mismos en la juventud que en la niñez. Una y la misma es la naturaleza y la persona de Pedro niño y del mismo Pedro jóven y anciano aunque tenga distintos incrementos. «Convien-
» ne; dice Vicente Lirinense.(1) que los dogmas de la re-
» ligion Cristiana sigan estas leyes de natural incremento á
» saber: que la Fé se consolide con los años, se dilate
» con el tiempo y se engrandezca con la edad, pero
» permaneciendo siempre incorrupta é inalterable.... To-
» do lo que en la Iglesia, campo de Dios, sembraron
» nuestros Padres en la Fé, esto mismo debe ser lo que
» la industria de los hijos cultive y observe, esto mismo
» debe ser lo que florezca y madure, y esto mismo de-
» be ser lo que se aumente y perfeccione: justo es que
» los dógmas de aquella primera doctrina celestial con el
» trascurso del tiempo, se aderecen, se limpien, se pu-
» lán, y adornen; pero jamás es lícito el que se muden
» el que se trunquen, alteren ó mutilen. Reciban enho-
» rabuena mas evidencia, mas luz, mas claridad y distin-
» cion, pero es necesario que retengan siempre la misma
» plenitud, entereza y propiedad.» Ved aquí explicado lo
que ha hecho la Iglesia católica en los demas símbolos, y
así es como se entiende que no son distintos nuestros sím-

(1) Common. I. cap. 28 et 29.

bolos y creencias , que es una sola la Doctrina , una la Fé, sin que se haya hecho despues de los Apóstoles otra cosa que esplicarla y aclararla.

En el Símbolo de los apóstoles está contenido todo lo que los cristianos debemos creer , y se divide principalmente en tres partes , que abrazan lo que llamamos doce artículos , en los que se incluyen los dos que esplica el catecismo , diciendo que los artículos de la Fé son catorce. En la primera parte se contiene lo que pertenece á la magestad de Dios Padre ; en la segunda , lo que pertenece á la persona de Dios Hijo y al misterio de nuestra redencion ; y en la tercera , lo que pertenece á la persona del Espíritu Santo , y á nuestra gracia y santificacion. He dicho , que estas tres partes están divididas en doce capítulos que los santos padres llaman artículos de Fé , no porque sean solamente doce las verdades ó dogmas de Fé que debemos creer , sino porque todas ellas se reducen y están contenidas en estos artículos , formando solo uno distinto , todos aquellos dogmas que se nos manda creer separadamente de otros. Un egeemplo : se dice , creo en Dios Padre Todopoderoso, de este artículo se infiere y está contenido en él que Dios es santo , justo , sábio ; eterno con todos sus demas atributos y perfecciones, por lo que todas estas verdades católicas forman un solo artículo de Fé : No asi el decir creo en Jesucristo; esta es ya una verdad distinta y separada de las otras, y por lo mismo forma otro artículo en que se incluyen otros dogmas y asi en todos los demas. Antes de esplicaros cada uno de estos artículos y los dogmas contenidos en ellos quiero llamar vuestra atencion sobre la primera palabra que decimos en el Símbolo : CREO.

Esta palabra que obra la salud eterna del hombre, la conversion del género humano, la mudanza del mundo, que todo lo vence, todo lo arrostra, todo emprende y todo lo consigue: esta palabra que allana los montes, da salud al enfermo, vida al difunto y todo lo hace posible... Lejos de proferir el cristiano esta palabra con frialdad y distraccion su alma debe llenarse de un fervor, de un gozo grande y de una gratitud para con Dios que sin mérito alguno de su parte le ha concedido el don inestimable de la Fé y admitido en el número de sus escogidos, y debe tambien humillarse como el Profeta Real en la presencia de su Dios, teniéndose por indigno de tanta preferencia. Debeis recordar igualmente que esta palabra CREO significa un asentimiento firme á las verdades que se creen, y al mismo tiempo un ánimo resuelto y decidido á defenderlas en todo tiempo y en todo lugar. El decir CREO no significa juzgo, me parece, soy de opinion ó cosa semejante sino estoy ciertísimo, no tengo duda alguna, confieso y admito con todo mi entendimiento y voluntad: aunque sean oscuras las verdades que Dios me manda creer, aunque ni mi corazon ni mis sentidos las comprenden yo las creo, yo las admito mejor que lo que veo y palpó y cautivo mi entendimiento en obsequio de Jesucristo, y no solo creo para yo convencerme y persuadirme, sino que estoy dispuesto á confesar esta Fé delante de los hombres, á no negarla ni disimularla aunque se me amenazase, castigase ó hubiese de perder por ello los intereses, la salud las comodidades y la vida.

Sí, Hijos míos, es un deber de todo cristiano el no avergonzarse del Evangelio como decia de sí mismo el após-

tol san Pablo, y el no dejar de confesar la Fé por el miedo de los hombres. *No podemos menos*, decian los apóstoles á los príncipes del pueblo, «de hablar y publicar lo que nosotros mismos hemos visto y oído, y este mismo espíritu, esta resolución para confesar abiertamente la Fé, es la que debé tener todo cristiano. Tal debé ser nuestra disposicion de ánimo al proferir la palabra CREO. Debemos desterrar de nosotros toda distraccion, toda tibieza y flojedad que haria de nosotros unos hijos desatentos y poco agradecidos; debemos revestirnos de fervor y celo por nuestra santa Fé, y estar dispuestos como los primeros fieles á sufrir las cárceles y la muerte en su defensa.

Otra protestacion hace el cristiano al decir simple y resueltamente CREO que no es menos interesante, y es: renunciar á todo espíritu de curiosidad. La curiosidad Hijos míos, es el deseo de saber mas que lo que nos conviene y penetrar el modo y forma de lo que se nos dice, cuyo vicio en materias de Fé es demasiado reprehensible. Al cristiano que crea le basta la autoridad de Dios que le manda creer, porque si como dice el Padre S. Ambrosio (1) no nos atreveríamos á desmentir ni contradecir al testimonio de hombres graves y respetables que algun hombre nos propusiere, ¿no será una imprudencia el desmentir y escudriñar curiosamente los misterios que de sí mismo nos asegura Dios? Si, debería tenerse por imprudente, falta de juicio y temerario á un hombre que pidiese motivos y esplicaciones

(1) Lib. 1. de Abraham. cap. 5.

de su dicho á otro hombre sabio y reputado por veráz, ¿no será mucho mayor la temeridad de aquel que sabiendo que es de Dios la Doctrina que confiesa no se satisfaga con los dichos de un Dios y pretenda exigir razones y escudriñar la Doctrina de salud?

Verdad es, como sabeis, que la incredulidad es un pecado muy reprehensible, pecado que cierra las puertas del Cielo, escluye de la bienaventuranza y quita toda esperanza de salud, pero el pecado de la curiosidad en los asuntos de nuestra Fé es tambien muy temible porque nos conduce á perder la Fé. Dios, Hijos míos, castiga este pecado con quitar la luz de la Fé. La curiosidad no hace sábios, sino reos. Cuando Dios revela, manda ó promete alguna cosa, justo es que el hombre crea y obedezca, y no lo es el inquirir el modo ni explorar la razon de las cosas que Dios ha hecho ó ha de hacer, ni el cómo ó por qué lo manda así. Una cosa sola le queda que hacer al hombre en este grave negocio y es: saber lo que Dios ha revelado y mandado, y sabiendo que Dios lo ha dicho nada mas debe buscar; no debe sondear en el seno de su inmensidad; ni querer penetrar el cómo y por qué de su infinita sabiduría. Así como el Patriarca Abraan creyó, y sin réplica alguna se dispuso á sacrificar á su hijo, así el cristiano debe creer y obedecer ciegamente á su Dios. «El que es escudriñador de la Magestad» dice el sagrado libro de los Proverbios (1) «quedará oprimido y deslumbrado por tanta grandeza.» Así como pierde la vista el

(1) Cap. 25. v. 27.

que se empeña en mirar al sol, así Dios en debido castigo de la curiosidad en investigar los divinos misterios aparta su luz, desvía del camino de la Fé y deja en las tinieblas á los que son tan temerarios. ¿Cómo habia de ser Dios infinito si nuestro entendimiento pudiese comprenderle? «En los » misterios de nuestra Fé» dice S. Agustin (1) «toda la » razon del hecho es la omnipotencia del que lo hace, y es » muy puesto en razon confesar que Dios puede hacer muchas cosas que nosotros no podemos comprender. Quieres » entender,» dice el mismo santo (2) «pues cree. Dios dice por su Profeta: si no creéis no entendereis porque el » entender y comprender es el premio de la Fé. No quier » ras investigar para creer, sino cree para despues comprender. ¿Para qué» dice S. Bernardo (3), «para qué » quieres abrir demasiado el ojo? Prepara mas bien el oido. » Deseas ver á Jesucristo? Pues primero te conviene oir á » Jesucristo, oir de Jesucristo para que puedas decir despues cuando le veas: Así como lo oimos así lo hemos » visto.»

«Conviene pues, como dice el libro de la sabiduría (4), » sentir de Dios en bondad y buscarle con simplicidad, porque este Señor no se deja encontrar de aquellos que le » tientan, y se aparece á los que tienen fe en él. Los pen » samientos perversos separan de Dios. No busques las co-

(1) Epist. 137.

(2) Tract. 29. in Joan.

(3) Serm. 28. in Cant.

(4) Cap. 1. v. 1, 2, 3.

» sas mas altas que tú» dice el Eclesiástico (1) «y no es-
» cudriñes las que son mas superiores que tú, sino medita
» continuamente lo que Dios te manda y en lo que no en-
» tiendes no seas curioso. No te hace falta saber lo que
» Dios esconde á tu entendimiento. Dios te ha manifestado
» ya muchas cosas que son sobre tus sentidos. El Señor
» castiga la vanidad.... y el que ama el peligro perecerá
» en él. Lo mismo nos enseña el Apóstol. S. Pablo (2).
» Tú, dice, que has tenido la dicha de tener la Fé, no
» quieras investigar lo alto sino teme. Nuestras armas, di-
» ce el mismo (3), no son carnales sino el poder de Dios que
» basta para destruir los consejos y la arrogancia y sober-
» bia de los que se levantan contra su sabiduría.»

El Señor ha castigado repetidas veces este pecado, co-
mo lo vemos en las historias Sagradas (4). Moisés envia es-
ploradores que consideran la tierra de Canaan y vuelven á su
caudillo contándole la abundancia y fertilidad de la tierra; « la
» tierra á que nos has enviado, le dijeron, es abundantísi-
» ma, fluye miel y leche,» pero cuando *Caleb* los envió á
conquistarla clamaron diciendo: esta tierra devora á sus ha-
bitantes, y la Escritura refiere que fueron heridos de una
muerte repentina. ¿Por qué pues, fueron tan severamente
castigados estos exploradores? Por su curiosidad, dice S. Juan
Crisóstomo (5), porque trataron de inquirir el modo de la

(1) Cap. 3. á v. 22.

(2) Rom. 11. v. 20.

(3) 2.^a ad Corinth. cap. 10.

(4) Núm. cap. 13 et 14.

(5) Hom. 2. in Epist. ad Rom.

victoria, perecieron sin entrar en la pelea. Rahab, muger pecadora, quedó libre en el asedio de Jericó (1). ¿Por qué se conservó una muger mala y perecieron tantos hombres inocentes, y fueron degolladas tantas vírgenes por los hebreos? Por su fé, no pereció con los incrédulos, dice el mismo Crisóstomo, y se libró de la ruina de la ciudad porque no tuvo la curiosidad de indagar cómo habian de conquistar los hebreos una ciudad tan fortalecida y preparada á la defensa, sino que creyó desde luego que serian los vencedores los que tenian por su jefe al Dios de los ejércitos. No pereció porque ni aun entre sí misma dudó ni comparó para inclinarse á creer el estado de los ejércitos y fuerzas; hubiera perecido con los otros si hubiera indagado y tenido curiosidad, porque el Señor, dice el mismo Santo, tiene destinado el último suplicio para los curiosos. Enmudezca pues la razon del hombre y conozca que no le asiste derecho alguno para indagar y escudriñar los divinos misterios. « El que busca la Fé » no busca la razon, decia Tertuliano (2). ¿Qué tiene » que ver la Iglesia con la Academia, ni Jerusalem con Ate- » nas? Nuestra institucion es del pórtico de Salomon, y en » él se nos previene que Dios debe ser buscado con sim- » plicidad de corazon..... Nosotros no tenemos necesidad » de ser curiosos despues de Jesucristo, y nada tenemos que » inquirir despues del Evangelio. Se nos ha dado por única » regla la Fé, pues que ceda la curiosidad á la Fé, ceda la

(1) Josue. cap. 2.

(2) Lib. de Præscrip. Harétiqueor. cap. 7 y 14.

» vanagloria á la salud..... El no querer saber nada contra
» esta regla, es saberlo todo.»

Convencidos de estas verdades no pensemos jamas en escudriñar los misterios de nuestra creencia, lo que nos conviene es creerlos firme y sencillamente. El pretender escudriñarlos es una temeridad, es una arrogancia, es querer entrar en cuentas con Dios, el creerlos es piedad, es prueba de nuestro respeto y sumision, y de que somos hijos humildes y obedientes, y el conocerlos está reservado para la vida eterna en que desaparecerán todas las dudas y ansiedades, y gozará el justo de la claridad y el don de ver á Dios por los siglos de siglos.

PLATICA VII.

Del primer Artículo del Símbolo, de Dios uno trino y de sus perfecciones.

Creo en Dios Padre Todo poderoso criador del cielo y de la tierra. Este es, Hijos míos, el primer artículo del Símbolo de nuestra Fé y la primera verdad que debe creer y confesar un cristiano. *Creo en Dios.* Es verdad que la misma razon natural nos persuade y convence que existe un Dios ó un ser criador de todo lo que vemos en el mun-

do, y por los efectos no puede menos el hombre de venir en conocimiento de que debe haber una causa superior á todos, que los ha dado el ser que tienen. *Vanos son los hombres* dice por lo tanto el libro de la sabiduría (1) «en» quienes no hay la ciencia de que hay un Dios y que no» pudieron conocer atendiendo á las obras quién es el ar-» tífice. Las cosas invisibles dice también el apóstol (2) se» hacen conocer por las cosas que vemos, de modo que es» inescusable el que no conoce la suprema virtud y la divi-» nidad por las mismas criaturas del mundo.» Sin salir de sí mismo halla el hombre en su alma la idea y la noticia de la divinidad, como dice San Gregorio (3) y el sentimiento natural, aquel movimiento que tenemos de invocar á Dios en nuestras aflicciones y trabajos es una prueba de que *nuestra alma es naturalmente cristiana* como dice Tertuliano (4). Así que, esta es una verdad natural y la han conocido y confesado muchos filósofos gentiles aunque se hayan dejado llevar del error de la idolatría. Este mismo vicio, este culto ridiculo que tributaban y han tributado todas las naciones á sus dioses es una prueba de que todos los hombres están convencidos y no han podido nunca desconocer que hay un Dios aunque no sepan quien es. No por esto deja de ser para el cristiano un artículo y el primero de su Fé. Aunque sabe por la razón natural que hay un Dios, lo

(1) Cap. 13.

(2) Rom. cap. 1.

(3) Hom. 17. in Ezechiel.

(4) Apol. cap. 17.

sabe tambien por la Fé con mas prontitud, con mas generalidad, porque todos los hombres pueden creer y no todos pueden tan fácilmente discurrir; y lo sabe con mas certidumbre fundado en el testimonio de Dios, como explica mi angélico maestro Santo Tomás (1). Por la luz natural sabe que hay un Dios autor de la naturaleza, pero por la Fé sabe además que hay un Dios autor de los misterios y la gracia, á lo que jamás hubiera el hombre llegado por sola la razon humana, y por la Fé cree al testimonio del mismo Dios que ha revelado á los hombres lo que deben creer, motivo que es mas fuerte, mas seguro é infalible, y enteramente cristiano. Los teólogos distinguen con S. Agustín tres modos de creer en Dios, á saber: creer á Dios, que es creer que es verdad todo lo que Dios nos enseña y ha revelado, y es propio de los cristianos; creer en Dios ó creer que hay Dios autor de todas las cosas, que es comun á los buenos y á los malos; y creer en Dios que es creer amando á Dios, creer no solo con el entendimiento sino dirigiéndose á él con la voluntad y el corazón, no con un conocimiento estéril é infructuoso, sino lleno de afectos y deseos de amarle, servirle y gozarle, lo que es propio de los buenos.

El cristiano sabe y cree por la Fé, y confiesa cuando cree en Dios que por este nombre se entiende un ser el mejor, mas grande y escelente que podemos imaginar, un sumo bien, primero, principal y causa de todos los seres, un ente perfectísimo, y de aqui infiere que necesariamente

(1) 2.^a secundæ quæst. 11. art. 1.

Dios es uno solo, como enseña también la Fé y lo convence la razón. Es un imposible el que haya dos ó mas Dioses, porque si fuesen iguales, ninguno sería Dios, pues ninguno era dueño absoluto y autor de todas las cosas, y si fuesen desiguales el inferior dejaría de ser Dios como lo demuestra Tertuliano y S. Agustín. La unidad de Dios la han conocido los hombres aun con sola la luz natural, y de esta se valieron los apologistas cristianos, S. Justino mártir, Tertuliano, Lactancio, S. Cipriano, y otros muchos, para desvanecer el error de los gentiles que admitían y adoraban muchos Dioses.

La unidad de Dios ó el creer que Dios es solamente uno, no se opone al misterio de la Santísima Trinidad que creemos los cristianos. Nosotros, Hijos míos, creemos porque Dios así lo ha revelado, que en Dios hay tres personas distintas que son Padre, Hijo, y Espíritu Santo; y que estas tres personas son un solo Dios verdadero. Es decir que confesamos una sola esencia con tres personas distintas; no una persona con tres distintos nombres, sino que admitimos y confesamos que las personas son distintas, de modo que el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo, son tres personas realmente distintas, pero todas tienen una misma naturaleza ó esencia divina, y siendo una sola la esencia decimos que Dios es uno, un solo entendimiento, una sola y única voluntad, una sola y única omnipotencia, sabiduría, bondad, providencia y todos los demás atributos únicos indivisos y enteros todos en cada una de las personas divinas. A la primera persona llamamos Padre, á la segunda la-

mamos Hijo y á la tercera Espíritu Santo, no porque una sea anterior ó mayor que otra porque en estas tres personas no hay mayor, ni menor, ni primera ni segunda, sino que son eternas, iguales y solo tienen distintos nombres para que diferenciamos una persona de la otra. Los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo son nombres relativos y estos sirven para distinguir unas cosas de otras, para que cuando nombramos á una persona divina la distingamos de las otras. El nombre de la esencia es solamente uno que es Dios, los nombres relativos son tres, que cada uno conviene á la propia persona, y cada una tiene el nombre de Dios porque todas las personas tienen una misma esencia y todas son un solo Dios. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, dice el Símbolo de San Atanasio, y sin embargo no son tres Dioses sino un solo Dios, el Padre es omnipotente, el Hijo es omnipotente y el Espíritu Santo es omnipotente, y no hay tres omnipotentes sino uno solo, y así en todas las demas perfecciones, de modo que es preciso que en la confesion que hacemos de la verdadera y sempiterna divinidad creamos y adoremos la propiedad y distincion en las personas, la unidad en la esencia y la igualdad en la magestad, preciso es que creamos que aunque Dios es trino en personas no hay mas que un solo Dios. Por esto los Padres del Santo Concilio Niceno añadieron la palabra uno al Símbolo de los Apóstoles diciendo CREE EN UN DIOS.

Seria en vano el querer comprender el misterio de la unidad y Trinidad en Dios, ni yo puedo esplicárosle como

deseárais, porque si comprendiésemos en este mundo este y los demás misterios, dejarían de ser misterios; bástenos saber que este, así como todos los demás, está revelado por Dios, se nos repite con frecuencia en las Sagradas Escrituras y le confesamos en el mismo Símbolo creyendo en Dios Padre Todopoderoso, en Jesucristo su único Hijo y en el Espíritu Santo.

Aunque en todas las comparaciones que pongamos hay una distancia infinita al Misterio de la Santísima Trinidad nos le explican los santos Padres valiéndose de las cosas humanas para que de algún modo lo conciba el Pueblo Cristiano. Un árbol por ejemplo tiene raíz, tronco y ramas y no son tres árboles sino uno solo, y el tronco ramas y raíz son tres cosas distintas. Una fuente, un río, y un vaso que tenga agua todo es una misma sustancia una agua y son tres cosas distintas. Nuestra alma es una sola sustancia y tiene tres operaciones ó potencias que son memoria, entendimiento y voluntad. Con estas y otras comparaciones se explica este adorable misterio, pero debemos guardarnos de creer que es en un todo igual. Este misterio que solo creemos y hemos podido saber por la divina revelación solo le comprenderemos por galardón de nuestros méritos en el Cielo. Entretanto debemos permanecer en la Fé y creencia de una esencia divina y tres personas distintas que son Padre, Hijo y Espíritu Santo, todos tres Dioses, y con todo no hay mas que un Dios. Así lo ha revelado Dios, así se nos manda creer, así estamos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo sin decir en los nombres porque es uno solo nuestro Dios, nada mas podemos

saber en esta vida porque no se nos ha revelado mas y solo en la otra desaparecerán estas tinieblas gozando de la presencia de Dios.

Dejo dicho, que Dios es sumamente perfecto, es eterno, inmutable, inmenso, simplicísimo, sabio, es el sumo bien, el conjunto de todas las perfecciones, Criador, Omnipotente, en una palabra, es el único Ser por esencia porque todos los demas seres y cosas existentes, existen porque Dios las ha comunicado el ser que tienen. Dios es eterno porque no tiene principio ni tendrá fin, no tiene antes ni despues, ha sido, es y será siempre sin que en él haya tiempo futuro ni tiempo pasado, sin que esta propiedad pueda convenir á otra criatura alguna en el sentido propio de la palabra; es inmortal porque no ha recibido el ser de nadie, ni nadie tampoco puede quitársele, y aunque los ángeles y nuestras almas son inmortales, no lo son como Dios por razon de su esencia, sino por un don que su Criador los ha comunicado; es inmenso, es decir, que está presente en todas partes, que no hay lugar alguno en que Dios no esté siempre, que llena el Cielo y la tierra porque todo está dentro de él y no él dentro de las cosas criadas, y aunque decimos que Dios bajó á ver y confundir las lenguas de los hombres, que Dios se retira, que nos llama, busca, que vino á la tierra, que vé y otras cosas semejantes, ó bien es para explicar las obras de Dios segun nuestro modo de hablar y comprender, ó para explicar un nuevo modo de ser, como cuando por efecto de su misericordia se hizo visible tomando carne humana sin padecer mutacion ni alteracion alguna sino solo existir la cria-

tura que antes no existia. Así bajó el Hijo de Dios de los Cielos y se hizo hombre en las entrañas de la Virgen Maria, así bajó el Espíritu Santo sobre Jesucristo en el Jordán en figura de paloma, manifestándose de un modo nuevo, sin dejar por eso de estar en todas partes. Decimos que está en el Cielo porque allí se deja ver y gozar y es el lugar que tiene destinado para premiar á los justos, sin que se crea que por estar allí deja de estar igualmente en todas partes. Es simplicísimo porque no tiene cuerpo, materia ni figura alguna. Es sábio porque todo lo comprende y tiene presente. Es el sumo bien porque de él dimanar todos los bienes de la naturaleza y de la gracia, él siendo suficiente á sí mismo crió á todos los sêres, los conserva, los fomenta, él ha redimido al hombre envuelto en la masa de la perdicion, él hace salir su sol y su lluvia sobre los buenos y los malos, ofrece sus gracias y premia con su gloria.

Inútil es, Hijos míos, el querer explicar ni comprender las divinas perfecciones segun son en sí con un entendimiento tan débil y limitado como el nuestro. En Dios todo es divino, todo es simplicísimo, su esencia y perfecciones no estan al alcance de nuestra inteligencia, pero para conocerlas y explicarlas nos valemós y se valen también las sagradas letras de lo que comunmente pasa entre los hombres. Simplicísimo es Dios, y sin embargo nosotros nos figuramos y la Iglesia tiene admitido el representarnos á Dios Padre, como habreis visto, bajo la forma de un anciano venerable, al Hijo de Dios en la forma de hombre, y al Espíritu Santo en forma de paloma, no porque Dios y las tres divinas personas sean esencialmente así, sino porque

somos sensibles y nuestra alma no puede concebir las cosas espirituales sino por los sentidos; para llamar nuestra atencion por medio de señales exteriores, y elevar así nuestra consideracion á un Dios qué confesamos invisible, y porque en estas formas se ha manifestado Dios á los hombres.

Por la misma razon decimos que Dios se arrepiente, se irrita, nos ama, nos abandona, nos recibe y otros modos de hablar semejantes, acomodados á nuestro modo de entender, sin que por esto debamos creer que en Dios hay alteracion ó mudanza alguna. «Aunque algunas cosas, dice S. Agustin (1), empiezan á decirse temporalmente de Dios, no es porque acontezca alguna nueva á la sustancia divina sino á aquella criatura á la que se dice ó aplica.» Y pone el Santo el ejemplo de una moneda para hacernos en cierto modo perceptible esta verdad. La moneda sirve ya para pago de una cosa que se compra, ya se dá de regalo, ya en prenda, ya prestada, ya se tiene por ostentacion, pasa por muchas manos, sirve para muchos títulos, tratos y contratos distintos, y sin embargo siempre es la misma, sin padecer mudanza alguna. «¿Qué maravilla, concluye el Santo (2), debe causar que se verifiquen de Dios tantos títulos verdaderos y relativos sin que le suceda mutacion alguna?»

Emplearía mucho tiempo, Hijos míos, si hubiera de

(1) De civit. Dei. Lib. 11. cap. 4, 10 et 11. *

(2) Ibid.

hablaros de todas las perfecciones y atributos de Dios, y no podria explicarlas jamas con acierto, porque su conocimiento, como os he dicho, escede nuestra capacidad, y reservando para otros dias hablaros de Dios Omnipotente y Criador, y de su divina providencia, concluiré hoy con decirós que Dios nos ha manifestado de sus divinas perfecciones cuanto nos conviene saber para arreglar nuestras costumbres, y que lejos de examinarlas friamente, las debemos contemplar y mirar con un ojo cristiano, haciendo valer su conocimiento para el arreglo y gobierno de nuestra vida.

Dios confesamos que es uno; pues á él solo debemos adorar. ¡Ay de aquellos que en sus costumbres están en desacuerdo con su Fél! ¡Ay de aquellos que aunque no adoran ídolos y simulacros levantando altares y dando el culto debido á solo Dios á las obras de barro, se forman un Dios y levantan en su corazon un altar, y adoran en él á sus vicios, á sus apetitos y placeres! ¿Hay un solo Dios? ¿Pues por qué adoramos y servimos á la gula de nuestro vientre, á las diversiones, á las concupiscencias, y al dinero? ¿Por qué somos tan locos que teniendo un Dios eterno corremos tras de tantos ídolos que nosotros mismos nos formamos y los damos los cuidados y respetos que debemos al Dios verdadero? Dios es perfecto. *Pues cuidemos de ser perfectos nosotros asi como lo es nuestro Padre Celestial* (1), la suma y complemento de la Re-

(1) Matt. cap. 5.

ligion, dice San Agustín (1), *es imitar á quien se adora*. Dios es simplicísimo é incorpóreo. Pues adorémosle como él nos manda, *en espíritu y en verdad*. Separemonos de los deseos de la carne, seamos simples, sencillos y sinceros en nuestra alma, en nuestro corazón, en nuestras palabras y nuestras obras. ¡Ay de los hipócritas afectados y compuestos, blanqueados por de fuera como los sepulcros y llenos de corrupcion en su interior. Dios es eterno: pues no estimemos tanto los bienes caducos y perecederos, suspiremos por los invisibles y eternos. La eternidad es nuestro refugio, las tormentas y borrascas de este mundo pasan muy pronto, y al otro lado de la muerte nos espera una recompensa eterna: «Sóamente morirá el alma que peca,» Dios condenará al cuerpo y al alma del pecador á vivir eternamente en los tormentos; y «vivir en las penas eternas en que han de sér atormentados los espíritus, mas bien debe llamarse muerte que vida (2).» Dios es inmenso, Dios nos vé y está á todas horas en nosotros y con nosotros, nada podemos ocultarle: pues *procedámonos*, como el Profeta David (3) «del recuerdo de que Dios está siempre á nuestro lado para no dar un paso y acertar en nuestro modo de obrar.» Jamás pecáramos si al intentar el pecado recordásemos que Dios estaba presente, y tiene necesidad el pecador de desconocer ú olvidar la presencia de su Dios para

(1) De civ. Dei. cap. 18. lib. 8.

(2) Id. lib. 6 cap. último.

(3) Psalm. 15.

abandonarse al pecado. Peca como si Dios no le viese. *Non est Deus in conspectu ejus* (1). *Ahora dice no me ve Dios.*

No acabaria, Hijos míos, si me detuviera á insinuaros solamente lo muchísimo útil y provechoso á nuestras almas que puede decirse y que nos han dicho los Santos Padres sobre las perfecciones y atributos de Dios: lo dejo á vuestra consideracion encargándoos que mediteis continuamente sobre ellas con un espíritu cristiano y fervoroso. Recordemos ahora que Dios es el sumo bien; imploremos sin cesar su misericordia; misericordia de que nos hemos hecho indignos, pero sus misericordias son sobre todas sus obras. No desconfiemos porque su misericordia infinita se complace en apiadarse y perdonar, no abusemos tampoco de su bondad y clemencia, «Señor tened » misericordia de nosotros, porque nuestra alma tiene pues- » ta en vos toda su confianza (2).»

PLATICA VIII.

DE DIOS OMNIPOTENTE Y CRIADOR.

Al mismo tiempo que en el Símbolo de la Fé creemos

(1) Psalm. 9.

(2) Psalm. 56.

en Dios le llamamos Padre Omnipotente Criador del Cielo y de la tierra. Este nombre de Padre que damos á Dios puede entenderse y explicarse de dos maneras: ó en cuanto que es la causa de todas las criaturas, ó en cuanto que es la primera persona de la Santísima Trinidad. A la manera que en las cosas humanas á aquel de quien se propaga una familia y á aquel por cuyo imperio, voluntad ó consejo hacemos alguna cosa le llamamos Padre, así á Dios de quien proceden todas las cosas le damos el nombre de Padre, y en este sentido todas las criaturas intelectuales somos hijos suyos. *El es el Padre de todos nosotros*, dice el profeta Malachias (1). «No llameis á nadie Padre sobre la tierra, dice en este mismo sentido Jesucristo por el Evangelista san Mateo (2), » todos teneis un Padre, que está en los Cielos. Sed misericordiosos, nos dice también por San Lucas (3), así como vuestro Padre. Y en este mismo sentido Dios es muy particularmente Padre de los cristianos, que como dice el Apóstol (4), «no hemos recibido un espíritu de servidumbre en temor sino un espíritu de hijos adoptivos con el que podemos llamar á Dios Padre, Padre. Por su amor nos ha dado el que nos llamemos » hijos suyos y cohermanos de Jesucristo que es el primogénito entre todos los hermanos.» Dios es muy es-

(1) Cap. 2. v. 1.

(2) Cap. 23. v. 9.

(3) Cap. 6.

(4) Rom. cap. 8.

pecialmente Padre de los cristianos porque estamos reen-
gendrados en el santo Bautismo en el que se nos dió la
potestad de ser y llamarnos hijos de Dios , y si por des-
gracia perdieramos esta primera adopcion, podemos reco-
brarla por la penitencia obrando Dios en nosotros y con
nosotros por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, por
los que volvemos á hacernos participantes y consortes
de la misma divina naturaleza. El nombre de Padre apli-
cado á Dios como persona de la Santísima Trinidad, no
significa mas antigüedad ni mayor perfeccion , porque
todas tres personas son iguales, sino un carácter relativo con
que la distinguimos de las otras dos. A este padre en
quien creemos y confiamos le distinguimos de todas las
criaturas y dioses falsos llamándole Omnipotente , Criador
del Cielo y de la tierra. Cuando decimos que Dios es Omni-
potente hablamos de todas las personas de la Santísima Triní-
dad que como hemos dicho todas son iguales en magestad y po-
der , y todas son un solo Dios. Este Dios es Omnipotente;
es decir : que lo puede todo en los Cielos, en la tierra y
en el infierno, que nada hay imposible para Dios nada
hay superior á su imperio , nada hay que Dios no pue-
da hacer y que no esté sujeto á su voluntad y provi-
dencia. Dios puede , no solamente aquellas cosas que á
nosotros nos parece grandes como criar repentinamente
muchos mundos , reducirlo todo á la nada, sino tambien el
obrar otras muchas cosas superiores á nuestra inteligencia,
que ni aun podemos nosotros sospechar. Todo le es igual-
mente fácil. Preciso es , Hijos míos , que fijemos nuestra
atencion y nos hagamos todo el cargo posible del poder de

nuestro Dios, porque como dice el Catecismo de S. Pío V, ninguna cosa vale tanto para confirmar nuestra Fé y nuestra esperanza como el fijar en nuestra alma la omnipotencia de Dios. Todo lo que despues se nos mande creer por admirable que sea y superior al orden natural, nuestra razon lo recibe con facilidad; habiendo creido que Dios es Omnipotente, y cuanto mayores y mas imperceptibles son los misterios que se le mandan creer, los cree con el mayor gusto y sin el menor recelo ni desconfianza; y lejos de disminuir en sus esperanzas por árduas y grandes que sean, el cristiano acude á Dios con toda seguridad, se confirma y no duda conseguir lo que pide, creyendo que lo pide á un Dios Omnipotente que tiene en su mano el concederle cuanto le pida.

Por eso, omitiendo todos los demas atributos de Dios, hacemos una expresion terminante de su omnipotencia, porque en este están comprendidos todos, y es tan propio y peculiar de Dios, que solo á él puede convenir. Muchos y muy principales son los bienes que podemos sacar de la Fé en un Dios omnipotente. Nada nos debe detener para acudir en beneficio de nuestras necesidades á Dios, ni debemos creer que hay cosa alguna justa fuera del alcance de su poder, nada nos debe acobardar en los caminos de su amor y servicio, porque en los mayores peligros y tormentos nos puede confortar; si no tenemos ciencia, pidámosla á un Dios omnipotente, y nos dará sus luces con abundancia; si son grandes nuestros pecados, poderoso es el señor para perdonarlos; si estamos enfermos ó afligidos, Dios es omnipotente y puede darnos la salud y el consuelo; si somos perseguidos por la car-

sa de Dios, Dios es el Señor de los que dominan, y nosotros estamos bajo su potestad y protección. «Nuestra alma debe» bendecir al Señor y no olvidarse jamás de sus retribuciones, él perdona todas nuestras iniquidades y sana todas nuestras dolencias (1). Confesando que Dios es omnipotente, creemos también que tiene ciencia y conocimiento de todas las cosas, y que á su arbitrio las conserva, las dirige y las gobierna.

Aunque son innumerables los efectos de la omnipotencia de Dios, podemos reducirlos á dos clases, unos que pertenecen al orden natural, y otros al orden de la gracia. Los primeros son la creación y conservación del mundo y de todas las cosas visibles é invisibles que hay en él, por lo que añadimos en el símbolo al atributo de omnipotente las palabras de Criador del Cielo y de la tierra. Los segundos resplandecen mayormente en la conducta con que procede Dios con las criaturas libres é intelectuales, cuales son los ángeles y los hombres. No pienso establecer en Dios, en este Ser simplicísimo é infinitamente perfecto y poderoso, distinción alguna, ó mas ó menos dificultad para unas obras que para otras, porque todas le son igualmente fáciles, ni cuando digo que algunos efectos de su omnipotencia pertenecen al orden natural, quiero decir, que hayan podido producirse por sí mismos y no emanen de la Divina voluntad, ni que por ser naturales dejen de ser admirables, incomprensibles y propios solamente de un Dios que con su voluntad puede ha-

(1) Psalm. 100.

cerlo todo. Hablo y distingo los efectos del poder de Dios en dos clases, atendiendo solamente al modo distinto con que son dirigidos por Dios. Todas las criaturas irracionales son dirigidas y gobernadas por Dios de un modo necesario respecto de estas, están enteramente sujetas al poder Divino y á sus inmutables disposiciones, y esta sujecion, lejos de serlas injuriosa, contribuye á su mayor perfeccion, renuncian á su propia y natural inclinacion, y se dejan llevar á donde las conduce la omnipotencia de Dios. Un ejemplo. Un cuerpo arrojado á lo alto, camina luego hácia abajo, segun la inclinacion natural que ha recibido de Dios, y el cuerpo ligero segun esta misma inclinacion, camina hácia arriba; pero si la voluntad de Dios lo exige, en cumplimiento de ella sucederá todo lo contrario; el cuerpo pesado subirá al momento y se levantará; y el ligero correrá hácia abajo, de modo que como dice S. Pedro Damiano (1), puede decirse que la naturaleza no tiene otras leyes que la voluntad de Dios, y asi como todas las criaturas conservan las leyes que el Señor las ha establecido, asi las olvidan para obedecer á la voluntad de Dios que es su única ley. Asi dice San Agustin, los efectos estraordinarios que llamamos milagros no consisten en que las causas naturales obren contra la naturaleza, sino en que obedecen á la voluntad de Dios Omnipotente en cuya obediencia consiste la naturaleza de todas las causas naturales. Pero con las criaturas intelectuales y libres cuales son los ángeles y

(1) Opusc. 56. cap. 11.

los hombres, no procede Dios así, su Omnipotencia sin dejar de conseguir todos sus efectos varia su modo de obrar, las dirige fuerte y suavemente á donde quiere sin perjudicar en nada á su libertad; obran bajo el influjo de su gracia Omnipotente, y esta lejos de destruir su libertad la perfecciona. «Así como la voluntad libre puede mudar á su arbitrio sus actos, dice Santo Tomas (1), por razon de su libertad, así tambien y aun mucho mas puede mudarlos en ella el poder de Dios sin dañar en nada la libertad, sin alterarla ni hacerla violencia, puede inclinar el corazon humano donde quiera ella.»

Me he detenido un momento en esta materia, Hijos míos, para que comprendais que todo está bajo el poder omnipotente de Dios que todo le es igualmente facil, y que aunque los efectos sean mas raros y menos frecuentes, todos son obra de su voluntad que gobierna sábiamente á los seres segun la condicion que les ha dado, á los seres materiales ó necesarios necesariamente, y á los libres libremente, ejerciendo sobre todos el influjo de su omnipotencia.

Cuando decimos que Dios es omnipotente, no debemos creer por esto que Dios puede hacer aquellas cosas que son repugnantes ó que desdicen del ser de Dios, así es que no puede mentir, mudarse, pecar, ser infeliz, morir y otras cosas semejantes porque el poder esto, no es efecto de potencia sino defecto de ella; el poder lo malo, lo defectuoso

(1) Quæst. 22. de Verit. art. 8.

è imperfecto, es efecto de flaqueza, de miseria y falta de perfeccion, y en manera alguna es efecto de virtud y poder. «Por eso, Dios es omnipotente, dice san Agustin (1),
» porque no puede hacer estas cosas que manifiestan im-
» perfeccion. Dios es Todopoderoso para hacer las cosas
» mayores y menores, para hacer las cosas celestes y ter-
» restres, las espirituales y corporales, las visibles y las in-
» visibles; es grande en las cosas grandes, y no es peque-
» ño ni aun en las cosas más minuciosas; es Omnipotente
» para hacer todas las cosas que quisiere, pero ni puede
» morir, ni puede pecar, ni puede engañarse; si pudiese
» esto no sería Omnipotente; el poderlo hacer es obra de
» la enfermedad y no obra de la magestad y virtud omni-
» potente.»

Por igual razon decimos tambien que Dios no puede hacer aquello que envuelve contradiccion, como por ejemplo: hacer un triángulo sin tres ángulos; un monte sin valle, que uno vea y sea ciego al mismo tiempo, que no haya sucedido lo que ha sucedido ya, y otras muchas cosas que implican y son contradictorias, y que por eso se llaman imposibles, lo que no prueba falta de poder en Dios, sino defecto del término del poder ó de potencialidad en las cosas como esplican los teólogos.

Efectos de la Divina Omnipotencia hemos dicho que son todos los seres criados ó la creacion del Cielo y la tierra. Y en verdad que, preciso es confesar antes, que Dios es Todo

(1) Serm. 119. de Temp.

Poderoso, para creer que ha sido obra suya la obra grande y maravillosa de la creacion de todo el mundo. Criar una cosa, Hijos míos, significa en su propio sentido, hacer una cosa que antes no era, hacerla no de materiales dispuestos como los artesanos, sino de nada, sin que antes haya cosa alguna existente; y esto no puede hacerse sino por una virtud omnipotente, propia de Dios solo. Cuanto existe en el Cielo y en la tierra lo crió Dios, sin que antes de criarlo hubiese cosa alguna, todo lo hizo salir de la nada, todo se crió por su libre voluntad; sin necesitar de nada quiso comunicar su bondad á tantas criaturas, todo se hizo al imperio de su voluntad, «Dios dijo, hágase la luz, y la luz fué» hecha; Dios dijo: hágase el firmamento, y el firmamento se hizo.» ¡Quién sino un Dios Todo-Poderoso tiene poder para tanto! ¿Quién antes ni despues de Dios ha tenido virtud para criar ni aun una mosca?

Cuando decimos que Dios crió el Cielo y la tierra entendemos por el nombre de Cielo los Angeles, criaturas espirituales y perfectas sobre las demas, á quienes enriqueció Dios con mayores gracias y dones y destinó á que le asistiesen y adorasen. A todos estos espíritus los crió en su gracia y amistad pero muchos habiéndose revelado contra Dios perdieron su divina gracia, á estos los apartó de sí, los escluyó de su servicio y su reino y los desterró á la cárcel del infierno á padecer penas eternas en castigo de su soberbia, y estos espíritus desgraciados son á los que llamamos demonios. Por el nombre de Cielo entendemos tambien el sol, la luna, las estrellas y todo lo demas que está sobre nosotros y fué criado por Dios para señalarmos con un orden

invariable los días, las noches, las estaciones y los años. Por el nombre de la tierra entendemos todo este mundo en que vivimos. En él plantó Dios los montes y los campos, «puso» término á las aguas que no transpasarán, ni retrucederán » para cubrir la tierra, » adornó á esta con los árboles, las plantas, las yerbas y las flores, pobló el aire, la tierra y las aguas de innumerables géneros de animales. Dios crió todas las cosas visibles é invisibles y el hombre fué la última obra de sus manos. A la manera que antes de recibir á un rey se edifica, amuebla y adorna el palacio y se provee de sirvientes, así dice S. Gregorio Nazianzeno (1) crió Dios al hombre despues de haber hecho todas las cosas, y le puso en el mundo cuando ya estaba adornado con todos los demas seres. Y como si fuese poco el poder de Dios para criarle, obraron en su creacion como de consulta todas las tres divinas personas. Al criar todas las demas cosas solo dice el sagrado libro del Génesis: «Hágase y la cosa se hizo,» pero al hablar del hombre nos dice: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza. Le dió un cuerpo que formó de la tierra y una alma espiritual que crió de la nada, le hizo por su divina gracia impasible é inmortal. Le hizo á su imágen y semejanza, no porque Dios tenga figura corporal como los hombres, sino porque le dió un alma con memoria, entendimiento y voluntad, le hizo dueño y señor de todas las cosas criadas en la tierra y le hizo de condicion libre pa-

(1) Orat 43.

ra obrar ó no obrar segun su arbitrio. El hombre asi criado y ennoblecido por su Criador no hubiera muerto y hubiera sido feliz sino hubiera pecado , pero pecó faltando al cumplimiento del precepto que Dios le impuso. «Por el hombre, » dice el Apóstol (1), entró el pecado en el mundo y por » el pecado vino la muerte.»

Reservo para otra ocasion el hablaros con mas estension de la creacion del hombre, de la primera muger y del pecado que cometieron y que les causó la pérdida de la gracia de Dios á ellos y á todos sus descendientes y por una consecuencia quedaron y estamos todos sujetos á la muerte.

Concluyamos hoy congratulándonos con tener y confesar á un Dios á quien por tantos títulos podemos y debemos llamar *Padre*. Gracias infinitas le sean dadas por el beneficio grande de la creacion , obra toda de su bondad , porque sin necesitar mas que de sí mismo ha criado tantos seres para que le alaben y bendigan, y tantas criaturas para el uso , servicio y utilidad del hombre. Hijos amados míos, Dios nos hizo á su imágen y semejanza , cuidemos de no desfigurar ni perder esta imágen que Dios crió en nosotros con el abuso desordenado de nuestra libertad y de nuestras potencias y sentidos ; cuidemos de no ser ingratos á quien somos deudores de todo. Todo lo crió el Señor para nosotros, y á nosotros nos ha criado solo para él; para que le sirvamos, para que le amemos , para que le gocemos. Cuidemos los que hemos sido criados por Dios para dominar á todos los animales

(1) Rom. 5.

y bestias de la tierra de no sujetarnos ni hacernos esclavos de nuestros malos deseos. Cuidemos de que el diablo, el mundo y nuestra misma carne no afeen la imagen de Dios que ha impreso el Señor en nuestras almas, alentémonos á caminar los caminos de la justicia porque aunque hayamos decaído por el pecado del primer hombre de nuestra grandeza, «si abundó el delito ha superabundado la gracia,» como dice el Apóstol (1), pidamos esta sin cesar por los méritos de nuestro Redentor Jesucristo y mediante nuestras buenas obras, llenos de confianza á un Dios Padre Todopoderoso Criador del Cielo y de la tierra.

PLATICA IX.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS.

Un padre no abandona ni olvida á sus hijos sino que los cuida, los alimenta, los enseña y dirige y se interesa siempre en su conservación. ¿Y el Padre universal de todos los seres, y Dios ha de abandonar las obras de sus manos y dejarlas desamparadas sin velar ni cuidarse nada de ellas? Y ¿cómo podría subsistir criatura alguna si Dios

(1) Ibid.

«no quisiese? ¿O cómo se conservaría si el Señor no la sostuviera (1)?» Este cuidado, esta vigilancia que tiene Dios sobre sus criaturas es lo que llamamos Providencia. Con su poder infinito crió todas las cosas de la nada, y con su infinita Providencia las conserva, dirige y gobierna. Conviene, Hijos míos, detenernos en explicar esta divina perfección de Dios, para arraigarnos más y más en la Fé, y consolarnos en todas las adversidades sabiendo que todo está dirigido por una mano tan sabia y poderosa.

Providencia en general, dice mi angélico doctor Santo Tomas (2) es una dirección u ordenación de las cosas al fin propuesto. Así se dirá que aquel Príncipe tiene providencia que ordena las cosas del Estado al fin de la tranquilidad común; y como la tranquilidad común requiere que no solo sean premiados los buenos, sino también que sean castigados los malos, ejercerá la Providencia no solo en premiar á los unos, sino en castigar á los otros siempre que lo exija la paz común. Aquí ya debemos observar un error que generalmente se tiene, porque solo suele llamarse y entenderse por Providencia las disposiciones benéficas y útiles á los particulares, y no se llama así cuando sucede algún mal merecido, siendo así que tanto á una como á otra disposición debe llamarse Providencia porque ambas se ordenan al fin común de la tranquilidad, porque ¿qué paz po-

(1) Sapient. cap. 11.

(2) 1.^a part. quest. 22. art. 5.

dria gozarse si el que perturba la tranquilidad comun con sus delitos no fuera castigado por quién gobierna?

Ahora bien: siendo la providencia esta ordenacion de las cosas al fin debido y conveniente, no pudiendo Dios tener otro fin que á sí mismo, esto es á su gloria, su providencia debe consistir en dirigir á todas las criaturas á este fin.

He dicho á todas las criaturas para que no creais, como algunos por ignorancia y otros muchos por impiedad, que Dios cuida y tiene providencia respecto á las partes principales del universo, y en cuanto á la direccion del mundo en general, pero que en cuanto á lo menos principal y á lo que pasa en los particulares deja correr las cosas ó segun su instinto ó segun su inclinacion y voluntad, sin que atienda ó se cuide de su direccion. El impío al mismo tiempo que confiesa y ensalza á un Dios Criador de todas las cosas, le niega el cuidado, la providencia y aun la alicia de las acciones de los hombres; le parece, ó finge parecerle, impropio y denigrante de la magestad y grandeza de Dios, el descender á cosas tan pequeñas, quiere dejar á Dios en sus eternos palacios gobernando, cuando mas, los astros y elementos, pero le parece que se envileceria si cuidase de las acciones, palabras y pensamientos de un hombre que hoy es y mañana no exista. El impío está muy contento con un Dios á quien no hay que temer, ni respetar, ni rendir cuenta alguna con un Dios que como los ídolos tiene ojos, oidos, y pies que no sirven para andar ni para oir ni para ver; pero el impío insensatamente se engaña: no es así como él discurre y como desea, nos dice primeramente la Fé y despues la razon. Un Dios sin providencia no seria Dios, no seria el ser perfecti-

simo, poderoso é inmenso, se equivoca el que habla de Dios pesando su ciencia, su voluntad y sus fuerzas en la balanza del entendimiento humano; no se envilece la magestad infinita ni su entendimiento se cansa, ni su voluntad se fatiga por atender y disponer de las cosas mas pequeñas; atiende con la mayor facilidad y dispone de todas; y dirige á cada una á su fin, no solo sin cansancio por su parte, sino tambien sin repugnancia ni violencia por parte de las criaturas.

«Todos los vivientes, Dios mio, dice el Profeta David (1), esperan de vos el alimento oportuno, dándoselo Vos lo recibirán, abriendo Vos vuestra mano, todo se llenará del bien que desea. Los ojos de todos los vivientes miran á Vos, Dios mio, y Vos les dais su alimento en el tiempo oportuno.» Y hablando aun mas en particular dice tambien (2): «Dios es quien cubre el aire de nubes y dispone la lluvia oportuna á la tierra. El produce en los montes el heno, y la yerba en los prados para alimentar el ganado destinado á servir al hombre. El es quien suministra á los jumentos su pasto, y aun se estiende su bondad á los pollitos de los cuervos; que con su tierno grito le invocan.» ¿Puede darse testimonio mas claro de la Providencia de Dios sobre todas las criaturas, por pequeñas y viles que sean? Pero es aun mas terminante el del mismo Jesucristo, quien persuadiendo á los hombres á confiar en la Providencia de Dios les dice asi (3): «Yo os

(1) Psalm. 103.

(2) Psalm. 144.

(3) Matt. cap. 6.

» digo por lo tanto que no os afaneis demasiado en procu-
 » rar el sustento á vuestra vida, ni el vestido á vuestro
 » cuerpo, considerad á los pajaritos del aire, ellos no siem-
 » bran, ni siegan, ni llenan las trojes; y sin embargo de-
 » esto nada les falta porque vuestro Padre celestial los ali-
 » menta. ¿Porqué os afanais tanto por el vestido, sigue di-
 » ciendo Jesucristo, considerad como crecen los lirios
 » del campo sin que se fatiguen, ni hilen y sin embar-
 » go ni el mismo Salomón con todo el resplandor de su glo-
 » ria se vió tan ricamente vestido como uno de ellos; si
 » vuestro Dios viste de tal suerte al heno del campo que
 » hoy verdeguea y mañana se seca ¿cuánto mas os pro-
 » veerá á vosotros gente de poca Fé?»

¿Hay cosa mas despreciable que un pajarito ni mas
 vil que el heno? Pues sin embargo Jesucristo nos dice
 que Dios vela sobre ellos. Mas aun, dice el mismo Je-
 sucristo, «Dios tiene contados los cabellos de nuestras
 » cabezas y ninguno de ellos caerá sin su voluntad» (1)
 ¿Por qué tanto huir de la vigilancia de nuestro Dios
 y Señor? ¿Ni cómo podremos evitarla si *en el vivimos,*
nos movemos y somos? ¿Si todas las cosas han sido he-
 chas por él y duran solo el tiempo que es su voluntad?
 ¿Si apartando el Señor su cuidado de ellas, todas se
 volverian á la nada? ¿Si todo vive en él y por él? Otros
 muchisimos textos pudiera alegar tanto de la Sagrada Es-
 critura como de todos los Santos Padres para manifes-

(1) Luc. cap. 12.

taros que Dios tiene un cuidado particular de todas las cosas por pequeñas que nos parezcan, y que prueban mucho más, que el hombre, la obra formada á su imagen y semejanza no nace, vive, se alimenta, obra ó mueve por una casualidad, por sus fuerzas solamente, no está abandonado de su Dios, sino que todo lo hace bajo el influjo de la Providencia divina que le vivifica, que le conserva, que le rige y gobierna en todos sus pasos; prueban que nada hay en este mundo que pueda llamarse casual, ni fortuna, sino que todo es dirigido por la mano sabia y poderosa de un Dios Provisor. Asi lo creis vosotros, Hijos míos, y no quiero molestaros en aumentar testimonios para probar una verdad que confesais con el mayor placer, y que nada sirven para persuadir al impio; que si niega la Providencia no tiene tampoco reparo en negar y burlarse de los testimonios de la Escritura y de los Padres. Ninguna cosa es tan molesta á los incrédulos como el dogma de la Providencia de Dios. Los importa poco que haya un Ser Supremo, no se obstinan en decir: *No hay Dios*. Ellos mismos ensalzan todos sus atributos y perfecciones; pero quieren un Dios Señor de todo, que domine y mande sobre todo, que todo sea suyo; pero que nada gobierne ni de nada disponga. Quieren un Dios sabio, poderoso, eterno, inmenso, pero que se ocupe solamente de sí mismo sin que se ocupe de lo que pasa acá abajo. Sus obras son malas, temen ser juzgados, no quieren ser conocidos ni que se descubra, y mucho menos que se castigue su maldad, y esto no cabe bajo un Dios Provisor, bajo la Providencia de un Dios

infinitamente justo y por eso no se cae de sus bocas el decir que Dios no hace caso de las cosas de los hombres; por eso se obstinan en negar la divina Providencia. ¡Que nieguen tambien los oráculos sagrados que la atestiguan! ¡que desoigan las razones de los varones santos y sábios que la prueban! cuando todo lo nieguen, ¿podrán cerrar sus ojos al espectáculo admirable del mundo que por todas partes se la pone de manifiesto? ¿Podrán desoir al testimonio de todos los hombres y naciones y desoirse tambien á sí mismos?

La variedad tan admirable y tan constante que se observa en el movimiento de los cuerpos celestes; las conversiones anuales y diurnas del sol y los astros tan duraderas y tan fijas, la conservacion de tantas especies contrarias y mudables, la propagacion perpetua de tantas estirpes y de tantos animales, los instintos de las bestias y de los insectos en procurar evitar los peligros y vivir, la vida y los hechos de tantos hombres admirables y prodigiosos, especialmente de los mártires, los ruegos y oraciones con que, no solo los cristianos sino todas las naciones y los hombres de todos los cultos y creencias antes y despues del cristianismo, acuden á Dios á implorar el sôcorro de sus necesidades, todo está manifestando que Dios mismo cuida y atiende á la conservacion y gobierno de todas las cosas, que hay una Providencia divina, y nos lo prueba tambien si lo queremos oir, nuestra propia esperiencia y el testimonio que podemos darnos á nosotros mismos de lo que á cada uno nos sucede: ¡Cuántas cosas que tenemos por casuales, por un incidente venimos despues de algun tiempo á conocer que

han sido dispuestas y ordenadas por una inteligencia superior! ¡Cuántas veces dirijimos inciertamente nuestros pasos y vamos sin pensar á socorrer á un necesitado que imploraba ayuda! ¡Cuántas veces hemos oido una conversacion ó cojido un libro cuya lectura nos ha aterrado! ¡Cuántas veces hemos presenciado sin pensarlo una desgracia de nuestro prójimo, que ha servido para arreglar nuestra conducta! ¡Cuántas veces han escaseado nuestros recursos y Dios ha provisto con tiempo nuestra necesidad por donde menos lo esperábamos!

Quiere el incrédulo é impio hacerse filósofo y convenirse por la razon? Pues que oiga las razones del filósofo cristiano mi Doctor Santo Tomás (1) y diga si puede demostrar algo en contrario. Es preciso, decir que todas las cosas están sujetas á la divina Providencia no solo universalmente sino tambien en particular. Todo operante intelectual, dice el Santo, que obra como sábio, obra por algun fin, por consiguiente estiende tanto la disposicion de los medios y de las cosas al fin que se propone cuanto se estiende su accion ó su influjo. Si sucede respecto de alguno en particular que no se ordene alguna cosa al fin propuesto, esto nacerá de alguna causa que no esté sujeta ó bajo el influjo del operante, porque de otra suerte cuanto depende de él lo dirige á su fin; no pudiendo dudar como no dudan los impios que Dios es la causa de todas las cosas, es un operante de cuyo influjo y dependencia ninguna pue-

(1) 1.^a part. quest. 22 art. 2.

de sustraerse en todos y bajo todos sus respectos , y así no puede menos de suceder el que cuanto se halla en cualquiera cosa sea dirigido por Dios al fin que pretende , que es su gloria , y por lo mismo es necesario que toda criatura , aun en la menor cosa que en ella se halla sea ordenada por Dios á este fin ; nada puede existir que no sea conocido por Dios por pequeño que sea ; y por consecuencia , que no sea ordenado por él al fin de su gloria , y si todo lo ordena al fin de su gloria es lo mismo que decir que todo está bajo el orden de su Providencia. Mas sencillamente se explica el mismo en el siguiente discurso : es necesario que todas las cosas que tienen ser , esten ordenadas por Dios á un fin ; no siendo la Providencia otra cosa que la ordenacion de las cosas á su fin , es necesario que todas las cosas en cuanto participan del ser , esten sujetas á la divina Providencia. Esta doctrina la confirma con el ejemplo de un artífice. Este , dice , si es perfecto no solo ordena las partes principales de su obra al fin que se propone , sino tambien las partes mas pequeñas de ella ; de suerte que no haya ángulo que no se comprenda bajo la direccion de su arte ; y tanto mas perfecto será el artífice cuanto mayor razon dá de cada particula de su obra y del motivo porque la puso en tal sitio. ¿Se podrá dar jamás un artífice criado que en orden á sus obras se pueda comparar con Dios en orden á la produccion del universo? Ciertamente que no. Luego todo cuanto se halla en él cae bajo la direccion de su Providencia infinita como artífice que es de tan grande obra ; y de cualquiera suceso que se siga tiene su motivo tan sábio como pródigo.

Luego de nada sirve al impio obstinarse en su ceguedad si al fin no puede evadirse de la divina Providencia. Luego, amados míos, si todo sin exceptuar cosa alguna está dispuesto por la Providencia divina, acostumbremos en todos los sucesos de nuestra vida, ya sean favorables ó contrarios á mirarlos con los ojos de la Fé, á adorar y bendecir á la Providencia. Congratulémonos viviendo bajo los influjos saludables de un Padre que todo lo «dispone en número, peso y medida.» No entremos á investigar sus adorables juicios, no seamos hombres de poca Fé, y confiados en la Providencia de un Dios infinitamente sábio, infinitamente bueno, infinitamente justo, acudamos á él en busca de los auxilios oportunos clamando sin cesar: He aquí Señor á vuestros hijos, no os olvideis jamás de la obra de vuestras manos. En vos Señor esperamos y no permitireis que seamos confundidos sino que nos llevaréis al último fin de vuestra Providencia que es la Gloria.

PLATICA X.

Los males de este mundo no repugnan, ni son fuera del orden de la Providencia Divina.

Bien entendida la doctrina de la divina Providencia se disipan y disuelven todas las dudas, todas las ansieda-

des y todos los escrúpulos que puedan escitarse en nuestro entendimiento; porque si, según enseña santo Tomás (1), la Providencia es la ordenación de las cosas al último fin que Dios se propone, y este es él mismo ¿cómo podremos juzgar de los sucesos particulares, de lo que se llama la suerte de cada uno, sino sabemos el plan vasto de Dios, y no podemos comprender toda su obra? ¿si no vemos, ni podemos ver en este mundo, sino una parte pequeñísima del todo que Dios se ha propuesto? ¿Qué diríamos ó qué juicio acertado formaríamos de una rueda suelta, sin saber la máquina á que pertenece? Seria un error el tener por despreciable á un material arrojado, que ha de colocarse en un edificio, hasta no ver el edificio concluido. Seria una ignorancia despreciar un color por oscuro y desagradable, hasta ver el cuadro concluido. Tal vez aquellas partes que separadas parecen las mas despreciables, son las necesarias, las que mas brillan y resplandecen en el conjunto de la obra. ¿Por qué pues, si en este mundo no vemos sino partes sueltas de la grande obra de Dios, hemos de ser tan temerarios que queramos juzgar al artífice Supremo, á la divina Providencia, y culparla y condenarla por el destino que dá á algunas criaturas? Llegará un dia en que el Señor manifestará el completo de su obra, y quedará el hombre sorprendido y admirado al ver la sabia colocacion que ha dado á los

(1) Sum. 1.^a pag. 22 art. 5.

materiales despreciados y dispersos: al ver puestas por cimaiento á las piedras que nosotros mirábamós como inútiles... quiero decir, amados míos, que llegará el día en que el Señor manifieste el plan de su providencia, y veremos con cuánta sabiduría ha sabido dar á cada criatura el destino conveniente al fin último para que la había destinado. Veremos y admiraremos á los justos recompensados abundantemente de las privaciones y padecimientos que sufrieron en el mundo, y padeciendo á los poderosos y entregados al desórden, tanto como fueron sus diversiones y deleites. Veremos lo que jamás podemos comprender y nos causa tantas turbaciones interin no veamos la obra de Dios de manifiesto.

Con esto solo deben quedar desvanecidas todas cuantas dudas, cuantas quejas y cuantas murmuraciones pueda escitar contra la Divina Providencia el espíritu mas descontentadizo, porque claro está que no comprendiendo todos los designios que tiene Dios sobre sus criaturas, no podemos racionalmente desaprobár aquella conducta que á nuestro entender parece poco conveniente. Debémos venerarla siempre con sumisión, confesarla siempre infinitamente sabia y justa, y esperar con quietud á que el Señor nos manifieste, si le place, lo escondido de sus consejos. Sin embargo, quiero, para vuestra mayor satisfacción, manifestaros en este rato que los males que vemos en este mundo no se oponen ni repugnan á la Divina Providencia, no solo por la razón dicha, sino también por otras que voy á presentaros.

Todos los que llamamos males en el mundo podemos

reducirlos á tres clases, que son: males de naturaleza, males de pena y males de culpa. Llamo males de naturaleza á las faltas de perfeccion que respectivamente tienen las criaturas comparadas con el Ser perfectísimo; males de pena llamo á las molestias de esta vida, enfermedades, pobreza, hambre, cansancio, la muerte y los castigos de la otra vida; y por males de culpa entiendo los pecados que cometemos. Todos estos males digo, que se explican bajo la Providencia Divina sin que repugnen á la infinita bondad y justicia de Dios. Los males de naturaleza son absolutamente necesarios. Solo un Ser es el perfectísimo, que es Dios; y por consiguiente todos los demas tienen que tener su perfeccion participada de Dios, que es dueño de haber comunicado á unos mas que á otros, y así de su voluntad únicamente depende el que haya unos seres mas perfectos que otros. ¿Y quién podrá entrar en cuentas con Dios sobre la distribucion de sus dones? Verdad es que *todas las obras de Dios son perfectas*, como dice la Sagrada Escritura (1). Pero esto se entiende de cada una en su clase, en cuanto que todas tienen lo necesario para el fin á que Dios las destinó; no en cuanto que sean perfectísimas, porque esto es propio solamente de Dios. El plomo, por ejemplo, es una cosa perfecta en su clase pero si lo comparamos con el oro decimos que el oro es mejor y mas apreciable. Asi todos los seres si se comparan con Dios. Los males de pena que son las molestias enfermedades y

(1) Deuter. cap. 32. v. 4.

aflicciones que se padecen en esta vida asi como las penas eternas de la otra, las ordena Dios para castigo de los pecadores ó bien para purgar y acrisolar á los justos. La Providencia Divina saca grandes utilidades de esta clase de males. «No hay mal, dice S. Paulino (1), que no tenga un autor bueno. Todas las obras de Dios son hermosas y acabadas y
 » dispuestas en todo el mundo de un modo que siempre son
 » útiles. A unas cosas las destinó Dios para servir, á otras para
 » ejercitar y á otras para dominar. Asi los hombres, por la razón dominamos á las naturalezas corporales y animales; y
 » para que esta potestad no se convierta en licencia somos utilmente egercitados por las desgracias, por los espíritus malignos, por los afanes de nuestros negocios y á las veces
 » por los mismos elementos para que tratados y perseguidos
 » asi seamos prudentes y temerosos de Dios. Las que llamamos adversidades son beneficios de Dios. ¿Qué cosa hay,
 » dice S. Agustin (2), que no se dé á los hombres misericordiosamente por nuestro Dios y Señor de cuya mano, la
 » tribulacion misma es un beneficio? Porque la prosperidad
 » es un don de Dios que nos consuela y la adversidad es un
 » don de Dios que nos avisa. » Y en verdad que lo que comunmente vemos es que el hombre en la abundancia se olvida casi siempre de Dios, y en la afliccion, en la pobreza, en la enfermedad le llama y le busca como á su único refugio. ¡Cuántas veces se ha debido á una enfer-

(1) Epist. 58.

(2) Epíst. 210.

medad, ó á un contratiempo, la mudanza de vida y las conversiones asombrosas! Los Judios abandonaban sus fiestas y dejaban desiertos los caminos del templo cuando les era fácil el poder ir á adorar á su Dios y á ofrecerle sacrificios; y en la cautividad se acordaban del templo y se sentaban á contemplar las fiestas de Sion llorando sobre los rios de Babilonia. La pobreza, la persecucion, la enfermedad y las tribulaciones todas sirven para refrenar los apetitos, impiden en gran parte los vicios, hacen fijar con mas frecuencia la contemplacion en Dios y sirven cuando recaen en un justo como Job, para probar la virtud y poder de Dios, sirven para manifestar á la virtud triunfante y superior á todos los males, y para escitar y mover á los hombres á ser virtuosos.

Una reflexion podemos añadir á todo esto tomada de san Juan Crisóstomo, y es: el reuerdo de la caida y degradacion del hombre, porque ¿quién ignora que por el pecado de nuestro primer padre quedamos sujetos á todas las calamidades y á la muerte? ¿Qué cosa debe ser mas natural en el hombre que padecer, ya considerado en sí mismo, ya con respecto á la malicia agena? En sí mismo tantos honores contrarios como le componen ¿no le hacen una sentina viva de mil enfermedades? Considerado con respecto á la malicia agena. ¿Las riquezas, la fama, los honores y las dignidades, no son otros tantos objetos gustosos á la emulacion, á la envidia, al robo y á la venganza? Si pues al hombre en su depravacion y naturaleza corrompida le son tan naturales las enfermedades y desastres, culpa es de su natural viciado, culpa es

del delito con que ofendió á Dios el padecerlas y sufrirlas, y no es en manera alguna defecto de la divina Providencia.

Los males de culpa son los pecados que se cometen contra Dios. Estos no los hace Dios, solamente lo permite por sus altos juicios, sin ser injusto ni pecador porque no tiene obligacion de estorbarlos; y sabe sacar de ellos innumerosos bienes. Con ellos logra que sus escogidos, que alguna vez los cometen reconozcan su flaqueza y recobren mas humildad, una penitencia mas fervorosa, que sean mas cautos y vigilantes y que se encomienden con mas frecuencia á su amparo y misericordia. Sirven, y se vale de ellos el Señor para manifestar su justicia en los réprobos y para otros fines tan sábios como justos. ¿Qué cosa mas mala que el diablo? ¿Y cuántos bienes ha sacado Dios de su maldad? «La sangre del Redentor » no se hubiera derrumado por nuestra salud, dice San- » Agustín (1), sino hubiera sido por la malicia de un an- » gel desertor.... Dios quiso mas bien sacar beneficios » de los males, que haber estorbado todos los males. » Del pecado de Adán sacó la encarnacion de su Hi- » jo. Bajó un médico grande porque habia un grande » enfermo en la tierra. Quitad las enfermedades y las » llagas, y no hay necesidad de medicinas..... De la » ruina de los ángeles sacó la exaltacion de los hom- » bres (2). Siendo Dios sumamente omnipotente y su-

(1) Serm. 174. y 175

(2) S. Aug. in Iuch. cap. 29.

» mamente bueno, en manera alguna permitiría en sus
» obras cosa alguna mala, sino fuese tan bueno y tan om-
» nipotente que haga bien hasta del mismo mal,» dice
el mismo San Agustín (1).

A la manera que en los cánticos, las pausas de silencio en los debidos intervalos, aunque sean faltas ó privaciones de las voces, hacen mas agradable el cántico y se ordena á este fin con acierto por los buenos profesores, y al modo que las sombras ó colores oscuros distinguen los objetos en las pinturas, y agradan, no por su especie sino por el lugar y órden que ocupan, así en este mundo mezclados los males, y ordenados por Dios entre los bienes hacen mas recomendable la hermosura del cuadro grande obra de la providencia y sabiduría de Dios. Y ved aquí como todos los males que vemos en el mundo pueden explicarse sin que repugnen á la providencia divina, como se percibe que todo es obra de Dios que obra y permite obrar á las criaturas para sus fines, incomprensibles, si, pero siempre santos y tan buenos como el mismo Dios en quien es imposible la impotencia y la maldad.

¡Ah Señor! podreis decirme: Yo venero, adoro y me someto á la Divina Providencia, pero padezco una fuerte tentacion al ver por lo comun á los hombres malos llenos de prosperidades y riquezas y á los buenos despreciados y pobres; yo veo que ordinariamente prevalece la iniquidad á la justicia, y que muchas veces sirve de mérito á los

(1) Ibid. cap. 11.

impíos su malicia, y perjudica á los justos su inocencia; Veo recompensado el vicio y llenas de abundancia las mismas manos que están llenas de iniquidad, y al hombre de bien, al que madruga para encomendarse á su Dios, lo veo ser desatendido, burlado y casi sin tener que comer. ¿Será verdad lo que dice el impío: (1) que Dios no hace caso de lo que pasa en la tierra? Verdad es y hijos míos, que este es el escollo en que tropiezan los hombres; éste es el escándalo de la providencia; si puedo llamarle así con San Agustín, esta es una de las tentaciones mas comunes y por lo mismo es muy antigua. En vano es querer comprender con nuestras reflexiones esta conducta de la Divina Providencia, pero se comprende con facilidad al entrar en el santuario como dice el real profeta: (2) al contemplar la ley de Dios y saber en ella cuáles son los novísimos de los pecadores y la ruina y precipicio que ha de suceder á su engañosa paz y elevación. Este mismo es el pensamiento que tanto atormentó al profeta Jeremías, y que al fin se determinó á representar á Dios sus inquietudes con estas palabras: (3)

« Vos, Señor, sois y sereis siempre justo por mucho que
 » yo me queje de vos y por justa que me parezca mi que-
 » ja. ¿ Por qué pues prosperan los impíos y la felicidad
 » corre tras de aquellos que se precipitan en continuas pre-
 » vaticaciones y obran inicuamente? Cada día se radican
 » mas en los bienes presentes, y sus cosechas son siempre

(1) Psalm. 72.

(2) Ibid.

(3) Cap. 12.

» mayores. Alaban y ensalzan vuestra bondad con los lá-
 » bios, pero su corazón está muy distante de vos; y yo
 » paso una vida perseguida y penosa no obstante que vos
 » conocéis mi inocencia y habeis experimentado mi buen
 » corazón.» No creo podáis decir mas ni reducir á otras
 vuestras ansiedades y quejas; pero oid ahora la respuesta:
 «Están juntos y congregados, dice Dios al profeta Jere-
 » mías, como un rebaño que se engorda para llevarlo á la
 » carnicería y para sacrificarlos en el día de su infelici-
 » dad.» Ved aquí, Hijos míos, el mayor castigo que pue-
 den tener en este mundo los pecadores. El ser felices y vi-
 vir en el regalo y la abundancia es una señal de que estan
 reservados para la muerte en el día de las venganzas
 como sucede al rebaño destinado al degüello, que se le
 deja descansar libremente en medio de los pastos para
 que llegue más gordo al matadero. *La Prosperidad de los*
necios dice por lo mismo el Espíritu Santo (1) los perde-
rá y el justo tendrá un placer en ver la venganza (2).

A este intento recordaba á los fieles el Padre San
 Ambrosio la parábola de Jesucristo sobre el rico Gloton que
 aunque pecador nadaba en la abundancia mientras que Lá-
 zaro justo penaba entre millares de angustias, pero á es-
 te despues de su muerte lo llevaron los ángeles al seno
 de Abraham y el rico fué sepultado en el infierno de los
 tormentos. Aquí está descubierto todo el misterio y toda

(1) Prov. cap. 1.

(2) Psal. 57 v. 9.

la economía de la divina Providencia. La vida presente no es el lugar donde se recibe el premio ó el castigo; esta vida es el campo donde se pelea; no es el palacio en que se premia. Mientras tanto, la herencia del justo en la tierra son los trabajos y la cruz. Toda la doctrina del Evangelio nos persuade el desprecio de los placeres y grandezas del mundo, y nos manda poner nuestra solicitud en los bienes venideros. Jesucristo vivió pobre y perseguido, y el ser perseguidos y atribulados en este mundo es ser semejantes á Jesucristo; es ser Bienaventurados. Las obras buenas de los malos quiere recompensarlas Dios con los bienes presentes para no deberles nada de los eternos, y tiene reservado el recompensar y dar su merced á los justos en la vida venidera. No murmureis pues, Hijos míos, de la divina Providencia. «Mal-» dito es el hombre que confía en el hombre y aparta su» corazón de su Dios. Bienaventurado el varón que con-» fia en el Señor. Arrojad en Dios todos vuestros cui-» dados; y él os protegerá porque jamás dejará fluctuar pa-» ra siempre al justo. Depositad en él vuestras solici-» tudes porque él tiene cuidado de vosotros. Apreciad» como favores que os envía la Divina Providencia las» varias desgracias y persecuciones que os vienen por me-» dio de los hombres. Bienaventurados los que padecen» persecucion por la justicia. Ni ¿Qué gloria es, dice» el Príncipe de los Apóstoles(1), ser castigados y tener

(1) Epist. 1.^a cap. 2.

» que sufrir como pecadores y criminales? Pero si des-
» pues que habeis obrado bien sufris con paciencia, esta
» es una gracia que Dios os da. En esto probareis que sois
» discípulos de Jesucristo que padeció por nosotros, deján-
» donos ejemplo para imitar su paciencia. Alegráos en las
» tribulaciones porque dichosos son los que son dignos de su-
» frir desprecios por el nombre de Jesucristo. » Nada mas
me queda que deciros, Hijos míos, sino que pongamos
en Dios todos nuestros cuidados y todas nuestras espe-
ranzas, que confesemos que dependemos de su Divina Pro-
videncia en todos los acontecimientos. Cuide de nosotros
el que nos ha dado el ser. Jamás nos faltará; pero pon-
gamos de nuestra parte los medios que nos manda; no que-
ramos nosotros faltarle para que nunca nos falte, confiemos
en un Dios, que como dice el Profeta David *es solícito
de nosotros*. Obremos siempre el bien para que podamos
decirle con fiadamente en todas nuestras prosperidades y en
todas nuestras desgracias con el mismo Real Profeta (1). *Ego
autem in te speravi, Domine dixi: Deus meus es tu in mani-
bus tuis sortes meæ*. Vos Señor sois mi Dios, mi destino
está en vuestras manos, haced vuestra voluntad, yo siem-
pre me resignaré y conservaré puesta en vos toda mi es-
peranza.

(1) Psalm. 30. v. 18.

PLATICA XI.

***Del segundo artículo del Símbolo. Y en Jesucristo su único
hijo nuestro Señor.***

El cristiano, mis amados hijos, no solamente tiene que admirar las obras de Dios como Criador; sino tambien, y mucho mas las obras de Dios como Redentor de todos los hombres. ¡Cuánta luz recibe; y con qué seguridad procede con los conocimientos que le dá la Fé, para conocer á Dios y aun para conocerse á sí mismo! El hombre mismo es un misterio incomprensible para el que no tiene Fé; porque cómo pueden explicarse tantas contradicciones, como experimenta, y la guerra continua en que vive? En él hay una lucha perpetua entre su entendimiento y su voluntad; conoce el bien y le aborrece, detesta el mal, y le sigue. En él hay un divorcio espantoso entre la razon y la concupiscencia, una voluntad debilitada y rota como dicen los padres del Concilio de Trento. Tiene deseos de saber, y nunca sale de la ignorancia. Tiene pensamientos grandiosos, un alma elevada, y tiene tambien bajezas y abominaciones sin término. Se advierte en él un principio de escelencia, de dignidad, de grandeza, pero entre mil defectos, á la manera de un

magnífico palacio cuyas torres, pórticos, jaspes y mármoles están envueltos entre el polvo y los escombros de las ruinas. Grandeza y miseria, derechos sublimes y degradacion, grandes presentimientos y mucha ignorancia, deseos de inmortalidad y una muerte continua... Este es el hombre. ¿Ha sido siempre lo mismo? ¿Salió así de las manos de su Criador? ¿Proviene de un Hacedor sábio nuestros dolores, nuestras desdichas, nuestras lágrimas, el triunfo del vicio y el apego al mal resistiendo á una voz interior que nos llama á la virtud? Yo desafio al mas sublime pensador á que nos responda; á que nos enseñe y explique la causa y el origen de tantas contradicciones, y nos diga por qué razon el hombre no es mas que una continua enfermedad.

Establezca el incrédulo los sistemas y suposiciones que quiera, finja y amalgame el origen del hombre como quiera, jamás podrá explicar ni comprender al hombre, mientras que el cristiano tranquilo y sumiso á su fé, todo lo sabe, todo lo explica, todo lo halla en la historia sencilla que le da la Escritura Sagrada del origen, formacion, degradacion y caida del hombre.

El incrédulo grita: esa historia es una fábula, una sandez; una quimera, una novela inventada sin arte; pero el hombre humilde que no se avergüenza de reconocer su primitivo origen, que oye y lee la Historia Sagrada con un espíritu cristiano, descubre en la narracion del envilecimiento castigo y degradacion del primer hombre, una luz brillante, una filosofía profunda que de todo le instruye, que todo se lo explica, y sin la que nada puede explicarse. Sabe por qué los restos de su grandeza están cubiertos con sus miserias, por

qué la obra es enferma aunque es perfectísimo su autor. ¡Que se burle el incrédulo de nuestra sencilla creencia! Si así no es el hombre, es un misterio mas impenetrable que todos los que niega el incrédulo.

Veamos, Hijos míos, lo que la Historia Sagrada nos dice y lo que literalmente y sin interpretacion alguna creemos por la Fé. Dios crió al hombre en un estado de gracia y santidad, y habiendo unido á un cuerpo material y perfecto un alma espiritual y perfecta, le puso en el paraíso terrenal: durante un sueño que el Señor le dió formó Dios á la mujer de una de sus costillas y se la dió por compañera para que de ellos descendiese todo el género humano. Felices hubieran sido sin haber experimentado jamás ni las desgracias, ni las enfermedades ni la muerte. El Señor su Dios les dió licencia para comer de las frutas de todos los árboles del Paraíso y les prohibió solamente el comer la fruta del árbol del bien y del mal. «En el día que comas de la » fruta de este árbol, morirás,» le dijo Dios á Adán que es como se llamó el primer hombre. Su mujer llamada Eva de quien todos descendemos, se dejó llevar de la tentacion del demonio que la sedujo; comió de la fruta prohibida y dió tambien á comer á Adán que la gustó y comió. Faltó á la obediencia debida á su Criador, despreció el precepto de su Señor, Adán pecó y Adán en seguida perdió su inocencia, y todas las gracias con que Dios le habia enriquecido, su entendimiento quedó oscurecido, su voluntad rebelde, sus pasiones y apetitos atrevidos y sublevados contra su razon en castigo justo de haberse revelado la razon del hombre contra Dios. El hombre pecador quedó enfermo,

sujeto á las penalidades, á sudar para ganar su alimento y á la muerte.

He aquí en esta sencilla noticia que nos da la Fé y que creemos así porque Dios así lo ha revelado, aunque no entendemos las causas y motivos que Dios tuvo para obrar de este modo, he aquí digna en esta historia del origen del hombre explicado todo el misterio del hombre. Pecó y por eso háy en él contradicciones, concupiscencias ignorancias entre los restos que conserva de su dignidad. Pero la Fé instruye aun mucho mas al hombre. No le considera solamente con respecto á sí mismo y á la vida de este mundo sino tambien con respecto á su Dios y á su último destino. La Fé le enseña que en el estado de pureza en que fué criado el hombre era amigo de Dios y estaba destinado á conseguir y gozar una bienaventuranza eterna, pero que por la culpa perdió esta amistad y gracia, que se hizo enemigo de Dios y que Dios le arrojó no solo del Paraíso, sino que tambien le cerró las puertas eternas y le desheredó de la gloria á que estaba destinado y no le quedó otra esperanza ni otro destino que las molestias, la muerte y el infierno. La Fé nos enseña tambien que jamás hubiera podido recobrar el hombre su primera dignidad ni reconciliarse con su Dios y por consiguiente, jamás se le hubieran abierto las puertas de la gloria ni á él ni á ninguno de todos sus descendientes porque todos pecamos en él, todos somos hijos de ira y maldicion, hijos de un padre que fué prevaricador, todos sujetos á las penalidades y castigos del primer hombre, y ninguno hubiera podido interponer su mediacion con un Dios de quien era enemigo. Dios necesitaba una satisfaccion por la ofen-

sa que habia recibido, pero una satisfaccion proporcionada á la misma ofensa; necesitaba el hombre un mediador, y reparador, un salvador. Dios se le ofreció por su bondad infinita, y este es «Jesucristo su único Hijo nuestro Señor.»

Ved aquí hijos míos, lo que creemos en este artículo que voy á explicaros. Creemos cuando decimos creo en «Jesucristo su único Hijo nuestro Señor,» en la segunda persona de la Santísima Trinidad que se llama Hijo, igual como hemos dicho ya hablando de este misterio, eterno, consustancial y Dios verdadero como el Padre y el Espíritu Santo, que no ha sido criado, sino engendrado eternamente por el Padre de un modo que nosotros no comprendemos. Decimos que es Hijo único de Dios porque así llamamos á la segunda persona divina y la distinguimos del Padre y el Espíritu Santo á quien no llamamos Hijo, sino como al Espíritu Santo. Le llamamos nuestro Señor, porque siendo Dios como el Padre, es Padre, Señor y Criador nuestro así como de todas las cosas, por lo que añade el Símbolo del Concilio Niceno que se canta en la misa *per quem omnia facta sunt*. Por quien todas las cosas han sido criadas.

Cuando decimos creo en Jesucristo, creemos todavía mas, Hijos míos. El nombre de Jesus significa Salvador y creemos que Jesucristo Hijo de Dios y Señor nuestro, es el que nos ha salvado librándonos del pecado y de la muerte eterna, es el que nos ha reconciliado con Dios y abierto las puertas de la gloria que nos cerró el pecado de Adán. En el estado de ruina á que nos redujo este, no podia hombre alguno con sus esfuerzos, como os he dicho, satis-

facier á Dios y alcanzar su gracia , no bastaba tampoco un ángel ni criatura alguna , y Dios con su bondad y eterna sabiduría , dispuso que su mismo Hijo , sin dejar de ser Dios , se hiciese hombre en el tiempo acordado en sus eternos decretos , para salvar y redimir al hombre , y este Dios hecho hombre es á quien llamamos Jesus. Creemos en Jesus , no solamente en el Hijo eterno de Dios segunda persona de la Santísima Trinidad , sino tambien en Jesus hecho hombre , en nuestro Redentor y Salvador. Creemos que es verdadero Dios y verdadero hombre con cuerpo y alma racional como nosotros , unido todo á la divinidad. Perfecto Dios y perfecto hombre pero un ser mas que una sola persona Divina con dos naturalezas divina y humana , dos entendimientos y dos voluntades sin confusion ni mezcla alguna , sin resultar por eso dos distintas personas , sino una sola. Asi como nuestro cuerpo y alma unidos es un solo hombre , asi Dios y el hombre unidos es un solo Cristo. Un Dios hombre , el Hijo de Dios , Dios verdadero sin dejar de serlo , unido á un cuerpo y alma racional resultando de esta union una sola persona divina con dos naturalezas divina y humana , ved aqui , Hijos míos , la doctrina que creemos cuando decimos creo en Jesucristo. No necesitamos comprender las dificultades que se nos presentan acerca de esta union misteriosa de Dios con el hombre que nos son impenetrables y su conocimiento como el de todos nuestros misterios está reservado para la otra vida ; pero es de necesidad para salvarnos que creamos fiel y rectamente en un Dios hecho hombre que creamos en Jesucristo nuestro Salvador. Sin la Fé en un Redentor y mediador entre Dios y los hombres ninguno puede salvarse. Este es

el fundamento de nuestra Fé; dice el Apóstol (1); « creer » en un Dios y un mediador entre Dios y los hombres, el » hombre Jesucristo. No hay otro nombre dado á los » hombres debajo del Cielo, decia el Apóstol San Pedro en » su predicacion (2), con el cual puedan conseguir la salud » eterna. » Los santos padres prueban difusamente esta verdad y especialmente san Agustin que en el libro del pecado original que escribió (3), prueba que sin la Fé y creencia del misterio de la Encarnacion, muerte y Resurreccion de Jesucristo ni los justos de antes del diluvio, ni los del tiempo de la ley escrita que hubo entre los hijos de Israel, ni los que hubo fuera del pueblo como el santo Job, ni los de la ley de gracia pueden ni han podido conseguir su justificacion, limpiarse de sus pecados ni ser aceptos á Dios. Jesucristo es el único medio y fundamento para que el hombre se justifique y se salve y «ninguno, dice el Apóstol (4), puede poner » otro fundamento que el que está puesto que es Jesucristo. » El mismo escribiendo á los romanos dice (5). Asi como por la desobediencia de un hombre todos nos hicimos pecadores, asi todos los que se justifiquen y salven ha de ser por la obediencia de un hombre Dios que es Jesucristo.

Los hombres pues de todos los tiempos, segun esta doctrina, han tenido necesidad de creer en Jesus ó en el divino

(1) Timot. 1.^a cap. 2.

(2) Act. cap. 4. v. 11.

(3) Cap. 26.

(4) 1. Cor. cap. 3.

(5) Rom. cap. 5.

Salvador para salvarse, sin otra diferencia que antes que viniese al mundo creyeron que vendria y nosotros creemos que ha venido. Así vemos que las figuras, ceremonias y vaticinios se dirijian á recordar la promesa del libertador ó Mesias; que Dios hizo repetidas promesas á Abraham, Isaac, y Jacob. Moisés librando al pueblo Hebreo del cautiverio de Egipto, fué una figura del Mesias, y un pueblo enteramente acaudillado por él tenia toda su ley, sus ritos y su política sobre la esperanza del Mesias. A David le aseguró Dios que naceria de su descendencia. Los Profetas anunciaron públicamente su nacimiento, sus obras admirables, sus costumbres, su vida, su muerte y su Resurreccion; y un ángel por fin dijo á una virgen llamada María (1): «concebirás y parirás un hijo y le llamarás Jesus.» Un ángel tambien le dijo á José esposo de María, que su esposa pariria un hijo obra del Espíritu Santo á quien daria por nombre Jesus porque seria el Salvador de los hombres. Todo lo que manifiesta que Dios reiteró continuamente sus promesas y que todos los justos creyeron y esperaron la redencion por medio de Jesus.

A este nombre añadimos el de Cristo, que quiere decir ungido, y significa honor y dignidad, porque los antiguos llamaban Cristos á los Sacerdotes, los Reyes y los Profetas, á quienes ungian en su consagracion en señal de que eran escogidos y fortalecidos con la gracia para ejercer su ministerio, y á Jesus conviene llamarle Cristo ó Ungido, como á Sacer-

(1), Luc. cap. 1. v. 31.

dote Sumo y Eterno, á Rey que ha de reinar sin fin en Jacob, y á Profeta, Doctor y Maestro de todos los doctores y profetas, que fué ungido, no con el óleo material como los demas, sino interiormente llenando el Espíritu Santo su alma bendita de todas sus gracias y dones, sabiduría, ciencia, entendimiento, consejo y todos los demas.

Creemos que este Jesucristo, en cuanto hombre, es hijo de Dios único, porque su concepcion no fué obra de hombre, y porque como en él no hay mas que una persona y esta es Divina, siendo la persona Divina el hijo de Dios, él mismo debe ser unido á la naturaleza humana, y asi no puede decirse católicamente que Jesucristo es hijo adoptivo de Dios, ni aun como hombre, porque se daria á entender que no era el Hijo de Dios tan eterno como el Padre y el Espíritu Santo. En este sentido solo Jesucristo es hijo de Dios, y aunque llamamos tambien á los hombres hijos de Dios, es solamente en cuanto que nos adopta y admite á su gracia y á su gloria. De aqui es que de Jesucristo en cuanto Dios; no podemos ser ni llamarnos hermanos, porque no tenemos la naturaleza divina, pero si de Jesucristo en cuanto hombre porque tenemos la misma naturaleza, y podemos, por la Fè y gracia de Dios, conseguir la herencia de un mismo Padre, que es la gloria.

Confesamos al fin que Jesucristo es nuestro Señor, y le llamamos asi con verdad, no solo en cuanto Dios sino tambien en cuanto hombre, porque ha sido nuestro Redentor, porque nos ha librado del pecado y de la cautividad del Demonio, porque es autor de la ley de gracia y de los Santos Sacramentos, por los cuales nos salvamos, porque «en él

» está toda la potestad en el Cielo y en la tierra (1), porque
» el Señor le dió un nombre sobre todo nombre, para que
» al nombre de Jesus se arrodille todo el mundo y confiese
» su gloria igual á la del Padre. (2).

Esto es, Hijos míos, lo que creemos en este artículo del Credo, que contiene muchísimos misterios, y en el que podemos ejercitar nuestro entendimiento con muy útiles y santas consideraciones, y sacar frutos abundantes y provechosos para nuestras almas. Tales son, Hijos míos, el conocimiento de nuestra miseria, de nuestras flaquezas emanadas del pecado, nuestra ruina y perdición... La infinita bondad y misericordia de Dios que no permitió dejar al hombre para siempre en el pecado, y que sin mérito alguno le ofreció el remedio á su caída. La dignacion de un Dios en hacerse hombre y tomar nuestra naturaleza, para engrandecerla, para salvarla, para reconciliarla con Dios y volver la paz y la alegría al mundo, para hacernos dioses, como dice S. Agustín, y puede muy bien decirse, porque por Jesucristo podemos unirnos á Dios... Yo quisiera, Hijos míos, que meditáseis continuamente en estas saludables verdades, y ahora no quiero dispensarme de llamar vuestra atencion sobre el dulce nombre de Jesus.

Este nombre que quiere decir Salvador y que en Jesucristo fué no solo nombre sino realizado. Este nombre amable, suave, poderoso, temible á los espíritus malignos, este nombre que dá virtud á los sacramentos para perdonar

(1) Matt. cap. 28.

(2) Philip. cap. 2. v. 9.

los pecados y para dar la gracia, este nombre con el que se obra todo género de milagros, que arroja y vence á los demonios y sana las enfermedades, este nombre por el que alcanzamos todo lo que pedimos y por el que debemos pedir siempre á Dios como nos enseña la Iglesia. Este nombre, que como dice San Bernardo (1) es un aceite derramado que luce, alimenta y unge, luce cuando se predica; alimenta cuando se contempla, unge, alivia y mitiga cuando se invoca, este nombre que llevado por el Apóstol delante de las gentes y de los reyes era la luz que iluminaba en todas partes y con la que alumbrando decia á todos (2) *Nox præcessit*..... «Es pasado la noche y la oscuridad, ya estamos» en la luz y claridad del día, desterremos las obras de tinieblas y obremos las obras de luz, obremos con la honestidad del que obra en medio del día.» Este nombre que no solamente es luz, sino tambien alimento que conforta cuando se recuerda, que repara, fomenta y fortifica las buenas costumbres, en el que se halla la medicina contra la ira, la soberbia, la avaricia y todas las enfermedades del alma. Este nombre en fin, es «en el que está nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurreccion, y por el que hemos sido hechos sanos y salvos.

¿Por qué pues, Hijos míos, apartamos de nuestro corazón y de nuestras bocas este divino nombre? ¿Porqué manchar las lenguas con cantares indecentes, palabras des-

(1) Serm. 15. in Cant.

(2) Rom. cap. 13. v. 12, 13.

honestas, con dichos escandalosos y torpes y tal vez con juramentos y blasfemias? ¿Porqué en vuestros trabajos y desgracias, en vuestras encuentros desagradables hechais mano de esas palabras asquerosas, como si os pudieran traer otra cosa que el desprecio de Dios y de los hombres que os oyen, y no invocais á Jesus como os enseñaron vuestros Padres? ¿Os avergonzais de confesarle delante de los hombres? Pues Jesus no os confesará por suyos delante de su Padre Celestial. ¿Es bajeza, es mengua, es cobardía y deshonor ya el nombrar á Jesus? Pues sin Jesus nada lograreis, nada se os concederá, vuestros males no se remediarán, vuestros bienes no se aumentarán, vuestras desgracias serán cada vez mayores, porque los juramentos y las imprecaciones apartan á las almas de Dios, porque las desgracias y las pérdidas entran en la casa del maldiciente y jurador. Vuestros hijos se rebelarán contra vosotros, y os llenarán de sentimientos porque no habeis sabido enseñarlos con el nombre de Jesus, sino con el del diablo y del infierno, con la maldicion y el juramento.

Hijos míos, por Jesucristo Nuestro Señor, por este Jesús á quien tanto debemos, por nuestra alma que ha de darle cuenta de todas las palabras, por vosotros mismos, por vuestros hijos, por vuestros prójimos á quienes escandalizais, por vuestros mismos bienes temporales también, desterrad de vuestras bocas toda palabra indecente y escandalosa, todo juramento y maldicion. Acostumbráos á invocar el dulce nombre de Jesus, no se aparte de vuestros labios este divino nombre, no os avergonceis de repetir un nombre que ha puesto el mismo Dios, un nombre que co-

mo dice el Crisostomo (1) *contiene mil tesoros de bienes*. Invoquémosle, Hijos míos, en nuestros bienes y en nuestros males, y cuidemos que no nos sea inútil por nuestra culpa. ¡No tengamos que temer como juez al que invocamos como Salvador! El que lo invoque será salvo, pero es necesario invocarle con el corazón, con amor, con deseos de servirle y cumplir su ley. Invoquémosle así, Hijos míos, y confesemos siempre con esta disposición de nuestra alma a Jesucristo Hijo de Dios y nuestro señor.

PLATICA XII.

Del artículo tercero del símbolo. Fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de santa María virgen.

Desde que Dios prometió a nuestro primer padre Adán un redentor y mediador que reconciliase y satisficiera por el género humano, esperaban con ansia los hombres la venida de este mediador. El pueblo escogido depositario de todas las promesas había visto y oído por muchos siglos á sus Profetas, hombres inspirados por Dios, recordarles las comunes esperanzas y anunciarles con mas ó menos claridad los

(1) Hom. 4. in Matt.

caracteres y las obras del que habia de ser el Salvador, y muy espresamente dijo Isaias (1), que una virgen concebiria y pariria un hijo, que su nombre seria *Emmanuel* que quiere decir Salvador. Llegó por fin el tiempo aplazado en los eternos decretos y Dios envió al ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una virgen desposada con un hombre de la casa de David llamado José y el nombre de esta virgen era María, y habiendo entrado el ángel donde ella estaba la dijo: Dios te salve llena de gracia; el Señor es contigo bendita tú entre todas las mugeres: habiéndole oido ella se turbó con sus palabras y pensaba dentro de sí qué significaria esta salutacion, mas el ángel la dijo: No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, tú concebirás en tu vientre y parirás un hijo á quien darás el nombre de Jesus, este será grande y será llamado hijo del Altísimo, y el Señor le dará el trono de David su padre; reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin. Dijo María al ángel ¿cómo sucederá esto, porque yo no conozco varon? Y el ángel la respondió: el Espíritu Santo bajará sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y así el fruto santo que nacerá de ti, será llamado hijo de Dios; y sabe que tu parienta Isabel también ha concebido un hijo en su vegez, y la que se llamaba estéril está ahora en el sexto mes, porque nada hay imposible para Dios; entonces dijo María: ve aquí la esclava del Señor cúmplase en mí segun tu palabra. Ved aquí, Hijos míos, como

(1) Cap. 7.

nos refiere el evangelio de san Lucas (1) el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Ved aquí como fué la venida de nuestro Salvador. En el instante en que la virgen María sometió su voluntad á la de Dios, «el Verbo eterno se hizo» carne en sus purísimas entrañas» y nació despues de esta bendita Señora, y esto es lo que creemos en el tercer artículo del Símbolo cuando decimos que «fué concebido por obra» y gracia del Espíritu Santo y nació de santa María virgen.»

Voy á esplicaros con la claridad y brevedad posible este artículo de nuestra santa Fé que contiene muchos mas misterios que palabras, y sin entrar en discusiones, sin escitar dudas ni reproducir tantas heregías como se han suscitado contra el misterio de la Encarnacion, y que han sido reprobadas y condenadas por la Iglesia, os diré lo que se nos manda y debemos creer como Hijos sumisos de la Iglesia Católica, Apostólica Romana, y os escitaré á los sentimientos de gratitud y á las resoluciones provechosas que debe escitar en nuestras almas la Fé de este misterio de la bondad y misericordia de Dios.

Decimos que Jesucristo fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. El Hijo de Dios como segunda persona de la santísima Trinidad tiene un nacimiento eterno, anterior á todos los siglos, es Dios como ya hemos dicho consustancial eterno igual en todo al Padre y al Espíritu Santo y en este concepto no hay en él antes ni despues. Pero confe-

(1) Cap. 1.

samos que esta misma segunda persona de la santísima Trinidad, el Hijo eterno del Padre sin dejar de ser Dios se hizo hombre: es decir, tomó un cuerpo perfectísimo y un alma perfectísima que es lo que llamamos naturaleza humana. El cuerpo se formó por virtud del Espíritu Santo en las entrañas de la virgen María de su purísima sangre como los demás hombres, por lo que su carne fué real y verdadera y no aparente, como han dicho algunos hereges, y por consiguiente fué descendiente de la carne de Adán, pero fué sin intervención de varón, fué por virtud del Altísimo, fué sobrenatural y milagrosamente. El alma fué criada por Dios y adornada de todos los dones del Cielo y á este cuerpo y alma se unió el Hijo de Dios, de lo que resultó un Dios hecho hombre, verdadero Dios y verdadero hombre, compuesto de cuerpo y alma racional. Un Dios hecho hombre sin dejar de ser Dios porque no fué mudándose de lo que era sino tomando lo que antes no tenía. Se vistió, digámoslo así, de hombre sin dejar de ser Dios á la manera que un hombre que si viste de militar, por ejemplo, decimos que es militar sin dejar de ser hombre. De aquí se infieren las siguientes verdades que creemos como de Fé católica.

Que Jesucristo es Verdadero Dios tan eterno, tan inmortal, tan inmenso como el Padre y el Espíritu Santo, que es tambien verdadero hombre con cuerpo verdadero y alma racional. Que en Jesucristo hay dos naturalezas perfectas, completas y sin mezcla, que son la naturaleza divina y la naturaleza humana, con dos entendimientos y dos voluntades, pero que no hay mas que una sola persona que es Jesucristo Dios y hombre verdadero.

Se infiere; que Jesucristo en cuanto es verdadero Dios es igual á las otras divinas personas, y en cuanto que es verdadero hombre es inferior á ellas. Pero siempre debemos confesar que Jesucristo es una sola persona con las dos naturalezas completas y perfectas. «El mismo es, dice » San Leon (1), en la forma de Dios, que en la forma » de siervo; el mismo es permaneciendo incorpóreo, y » tomando cuerpo; el mismo es sin separarse del trono » del eterno Padre, y crucificado en el Calvario; el mismo es siendo inviolable en su virtud, y haciéndose pasible » en nuestra enfermedad; el mismo es sobre la altura » de los cielos triunfante de la muerte, y asistiendo á su » Iglesia hasta la consumacion de los siglos.» Dios y el hombre se unieron en Jesucristo segun la doctrina católica, no con una union moral como es la union de los íntimos amigos, la del marido y la muger, la de los justos con Dios, la de los Santos y enviados de Dios que obran maravillas y milagros en su nombre ó con su poder sino con una union física, personal, hipostática que llaman los teólogos, sin mezclarse ni confundirse, asi como el alma racional y el cuerpo unidos en un solo hombre, asi Dios y el hombre unidos es un solo Cristo, como lo esplica la Iglesia en el símbolo de San Atanasio. *El verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*, y Cristo es el mismo que fué llamado *Hijo de Dios* cuando fué anunciado por el Angel, y sobre el que se oyó la voz del

(1) Epist. 24 ad Flavianum.

Padre cuando fué bautizado en el Jordan: «Tú eres mi
» Hijo querido en quien tengo mis complacencias. Uno
» es Dios, dice el Apostol (1), de quien dimanán todas
» las cosas, y uno es Jesucristo por quien todas las co-
» sas se han hecho.» Y para evitar toda duda y cer-
rar la entrada á todo error, la Iglesia, con la doctrina
de los Santos Padres, ha definido, que esta union no fué
solamente de afectos, de voluntad, de gracia, de poder,
de acuerdo ó conformidad en el obrar, sino real y ver-
dadera.

Como el Hijo de Dios sin dejar de estar en los cie-
los, estuvo y habitó entre nosotros, aunque es un mis-
terio que no podemos entender porque no podemos saber
cómo es la inmensidad de Dios, y solo decimos que fue un
nuevo modo de estar el haberse hecho hombre, no quiero
privaros de la esplicacion que de esto hace San Agustín (2).
Cuando Dios, nos dice, tomó la carne y los miembros hu-
manos, no por eso dejó las obras divinas; cuando se vistió
de la carne, no fue cerrado en el vientre virginal, sino so-
lamente recibido, para que no se quitase el alimento de la
eterna sabiduría á los ángeles, y nosotros experimentáse-
mos y gustásemos qué suave es el Señor. Y ¿por qué admi-
ramos esto del Verbo de Dios ó de la palabra eterna de
Dios como llamamos al Hijo? Si mis palabras, estas mismas
que ahora pronuncio y que todos oís, todos y todo lo tomáis

(1) 1.^a Corinth. cap. 2.

(2) Serm. 27 de Tempore.

cada uno de vosotros, y no tememos cuando hablamos que oyéndonos uno lo reciba todo sin dejar oír nada á los demas, sino que estamos ciertos que á nadie defraudamos el que nos oiga y entienda y el que todo lo oigais cada uno y todo lo dejeis oír á los demas, sin que se diga que esto sucede en diversos tiempos ó pase de uno á otro, sino que todo llega á todos y cada uno al mismo tiempo, y si vuestra memoria pudiese, así como habeis venido á oírlo todo, cada uno lo conservaria todo sin quitarle nada á otro que tambien lo conservaria todo. ¿Cuánto mas el verbo de Dios pudo fecundar el vientre de Maria Santísima tomando cuerpo en él, y no salir por esto del seno del eterno Padre? ¿Hacerse visible á los ojos de los hombres y no dejar de ilustrar á los espíritus angélicos? No creamos pues, concluye el mismo Santo, que el Hijo de Dios se mudó ó convirtió en hijo del hombre, sino que sin consumirse la naturaleza divina, y tomando en toda su perfeccion la naturaleza humana se hizo hombre sin dejar de ser hijo de Dios.

Cuando decimos que Jesucristo fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo no queremos decir con esto que la obra de la Encarnacion fuera hecha solamente por la tercera persona de la Santísima Trinidad: esta, así como todas las demas obras que Dios hace fuera de sí, son igualmente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, son obras de Dios uno y trino; pero se atribuye al Espíritu Santo, porque á esta persona como á «dedo de Dios» se le atribuyen todas las obras sobrenaturales y milagrosas, y el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios es un milagro

de los mas grandes en cuanto que , como ya he dicho , en el momento en que la Virgen María asintió á las palabras del ángel diciendo: He aquí «la esclava del Señor , hágase » en mí según tu palabra ,» se formó el cuerpo de Jesucristo de su purísima sangre , se le unió el alma racional y en el mismo punto se unió también el Hijo de Dios quedando desde luego perfecto Dios y perfecto hombre. Porque «en el vientre de María Santísima , como dice San Fulgencio (1) , no hubo intervalo de tiempo entre la concepcion » de la carne , y el advenimiento de la magestad. En un » punto fué la concepcion de la divinidad y de la carne , » fué concebido Cristo Hijo de Dios con dos naturalezas.» También se atribuyen al Espíritu Santo todas las obras del amor y gracia de Dios , y como el misterio de la Encarnacion nos manifiesta y es la prenda mas grande del amor de Dios , por eso se la atribuimos tambien ; y para significar la diferencia que hay de esta concepcion á la de todos los demas hombres que somos concebidos por la voluntad y concupiscencia de la carne , y la de Jesucristo fué hecha por el amor de la verdad y el ardor escesivo de la caridad ; «no » por la concupiscencia de la carne que quema , dice San » Agustin (2) , sino por la caridad de la Fé que fervoriza.»

De aquí se deduce como doctrina católica que estamos obligados á creer : Que en Jesucristo no hubo pecado original , ni otro pecado alguno porque fué enteramente santo.

(1) De Incarn. et Grat. cap. 4.

(2) Sermon. 214.

è impecable ; que desde el instante mismo de su Encarnacion tuvo uso perfectísimo de razon como enseñan los Teólogos con Santo Tomás , y todas las perfecciones de un alma y cuerpo gloriosos y bienaventurados , pero que sin embargo de haber podido ser impasible suspendió esta dote del cuerpo glorioso , tomó carne mortal y pasible y se sujetó á todas las miserias y flaquezas del hombre, escepto el pecado, para poder sufrir y padecer como los demas hombres.

NACIO DE SANTA MARIA VIRGEN. Con esto Hijos mios , creemos : que así como Jesucristo fué concebido, así tambien nació por virtud del Espíritu Santo , que no nació como los demas hombres sino sin detrimento de la virginidad de María Santísima y que esta Señora fué Virgen antes del parto , en el parto y despues del parto. Creemos tambien que es y debe llamarse Madre de Dios y no solamente Madre de Jesucristo , como lo definió el concilio general Efesino contra la heregia de Nestorio. Porque así como las demas madres aunque no engendran el alma del hombre y solo el cuerpo se dicen propriamente madres de los hombres, así la Virgen bienaventurada que concibió , llevó nueve meses en su vientre al Hijo de Dios y al tiempo debido le dió á luz , es propriamente Madre de Dios aunque no engendró á la divinidad.

Ahora bien , Hijos mios , despues de explicaros lo que creemos en este artículo , justo es dar alimento á nuestras almas con el recuerdo al menos , de los grandes beneficios, de las gracias inmensas que hemos recibido de Dios por el misterio de su Encarnacion y Nacimiento. Justo es darle gracias y aprovecharnos de sus mercedes. Por nosotros los

hombres y por nuestra salud bajó de los cielos, encarnó y se hizo hombre, como decimos en el credo que se canta en la misa. Bajó, no solamente por los hombres, sino por los hombres pecadores. Tomó forma de siervo, se humilló y fué obediente hasta la muerte para reconciliarnos con Dios y librarnos de la muerte y perdición eterna. «Bajó del cielo», dice san Agustín (1); se hizo hombre de una Virgen para ser el camino por donde lleguemos á Dios. Jesucristo mismo dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, y por ninguna otra criatura se llega al padre; sino por el Hijo... Por Jesucristo se llega á Jesucristo. El es el camino por donde vas y el término adonde vas. ¿Quieres caminar? Yo soy el camino. ¿Quieres no ser engañado? Yo soy la verdad. ¿Quieres no morir? Yo soy la vida te dice el Salvador, y no tienes que buscar otro camino. Hombre perezoso, dice el mismo Santo, levántate, no para buscar el camino, porque el camino ha venido á ti, te ha despertado del sueño en que estabas sumergido, se ha hecho carne el verbo eterno, sino para que sigas por él.»

¿Qué amor y gratitud no debe ser el nuestro para con un Dios que aun siendo sus enemigos nos amó de tal modo que nos envió á su hijo único para que nos amase y satisficése por nosotros? «No puede inclinarse á otro á amar de un modo mas poderoso y eficaz, dice el mismo S. Agustín (2), que amándole primero. Es muy duro de alma aquel que

(1) Tract. 13. in Joan.

(2) Lib. de Catehizandis rudibus cap. 4.

» si no queria amar, y al menos viéndose amado no quiera
 » corresponder. Por eso vino Jesucristo, para que viendo
 » el hombre lo mucho que Dios le amaba, amé y correspon-
 » da á Dios que le amó primero.»

El misterio de la Encarnacion y Nacimiento de Jesucristo nos presenta tambien los grandes ejemplos de virtud que debemos imitar. La humildad, la pobreza, la mortificacion de la carne. ¿Quién ama la riqueza, las comodidades y regalos de este mundo, viendo á un Niño Dios que nace en el rigor del frio, á la hora mas intempestiva de la noche, á la inclemencia de la estacion, sin otro abrigo ni regalo que un pesebre, ni otra compañía que la de dos animales y la de la Virgen María y su esposo José? ¿Quién no ama la pureza y virginidad viendo á una Virgen elevada á la dignidad de Madre de Dios? ¿Quién no admira á una Virgen tratando con un Angel de la reparacion del hombre, y que obediente, sumisa, sin vacilar se somete en todo á la voluntad de su Dios? ¿Quién no acude á implorar la proteccion de una Virgen llena de gracia, Madre de Dios, y Madre de los pecadores? Si, Hijos míos, Madre de los pecadores, porque si Jesucristo se hizo hombre para redimirnos, María Santísima fué el conducto de nuestra redencion. María Santísima concibió y parió al autor de la vida, es la Reina de los Angeles, la mediadora entre Dios y los hombres, es un piélago de gracias, tálamo del Espíritu Santo, Cielo animado, toda hermosa, toda amable, es por fin y despues de las innumerables alabanzas con que la honran los Santos Padres, la Madre de Dios, y siendo nosotros hermanos de Dios hombre, es tambien nuestra madre; invoquémosla, Hijos míos,

en todas nuestras necesidades. Es la estrella que nos guía en este mar del mundo tan lleno de tempestades, como dice san Bernardo (1). Entre las olas de la soberbia y de la avaricia, entre los peligros de la ira y la lascivia, en los peligros de la vida y de la muerte, María es nuestro norte seguro, nuestra ayuda, nuestro amparo y nuestro refugio. Invoquémosla y no seremos desatendidos, si á nuestras súplicas unimos la sinceridad de nuestro corazón y queremos, con todas veras su gracia. Virgen Santísima socorre á los miserables, ampara á los débiles, ruega por el pueblo, intercede por el clero, interpon tu poder del sexo devoto, sientan tu ayuda todos los que te invocan. ¡Madre de Dios! Ruega por nosotros para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

PLATICA XIII.

Del artículo cuarto del Símbolo: Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado muerto y sepultado.

Muchos de los judíos, especialmente los escribas y fariseos esperaban que el Redentor del Mundo, el Mesías

(1) Hom. 2. in Ev. Missas.

prometido sería un rey poderoso y rodeado de grandeza y majestad, que conquistaría y se haría dueño de todas las naciones sujetándolas á su imperio. Su prudencia y ciencia mundana tomaba á la letra los divinos oráculos, pero estos debían entenderse en un sentido muy distinto. En verdad que á la razón humana, nada aparece mas distante de la redención y conquista del mundo, que una muerte llena de ignominia y afrenta en un patíbulo; pero esta era la medida adoptada por un Dios ofendido. La redención debía hacerse á costa de un sacrificio, y Dios habia anunciado por sus profetas, que la muerte de su hijo sería el precio de nuestro rescate. Jesucristo la sufrió, y los Apóstoles predicaron á «Jesús crucificado» y persuadieron al mundo que el negado, entregado á sus enemigos y muerto en una cruz por sentencia de Pilatos era el Salvador prometido, y nosotros confesamos que Jesucristo, Salvador y Redentor nuestro «padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado muerto y sepultado.»

Decimos y creemos que Jesucristo padeció, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre, padeció en la naturaleza humana, pero unida á la persona divina por lo que podemos decir que Dios padeció y murió. La naturaleza humana unida á la persona divina era mortal y pasible porque así la tomó, con todas las miserias y flaquezas del hombre excepto el pecado. Padeció no en apariencia sino real y verdaderamente. Los Profetas anunciaron lo que habia de padecer y el Evangelio con toda la llanura y sencillez de la verdad nos hace una relacion de los padecimientos de su vida y de su muerte. De de que nació en un pesebre en Belén toda su

vida fué pobre, desconocida sin séquito ni otro ascendiente ni proteccion que su doctrina y sus milagros desde la edad de treinta años que se dió á conocer en el bautismo de Juan, hasta que murió en el Calvario despues de haber anunciado su nueva ley por tres años por todas las regiones de la Judea y Galilea.

En su pasion y muerte padeció tormentos y penas que no menos afligieron á su alma que maltrataron y desfiguraron su cuerpo. Su alma fué triste hasta la muerte al contemplar los enormes pecados de todos los hombres, por los que tomaba á su cargo satisfacer el eterno Padre. La perdicion de los judios y demas autores de su muerte, la caída de sus discipulos, un Judas troidor, un Pedro que le niega y desconoce, todos los demas que le desampararon y huyen, la perdicion eterna de tantos hombres que desprecian la vida eterna preciosísima, que los adquirió con su sangre y que como dice Jeremías (1) «dejan su casa y su herencia» propia y entregan su alma y se hacen parte con sus enemigos. El ningun fruto que habian de sacar de su preciosa sangre un número grande de hombres que abusan de la gracia de la redencion y hacen nula la medicina crucificando de nuevo con sus pecados á Jesucristo cometiendo un crimen, en cierto modo mas grave que el de los judios, quienes si hubieran conocido que Jesucristo era el autor de la vida, no le hubieran crucificado. Los pecados tambien de tantos cristianos, que gloriándose de confesar á Jesucristo, le

(1) Cap. 12.

niegan con sus hechos y ponen en él en cierto modo sus manos violentas. Contradicción enorme, por la que son mas reprobables que los enemigos declarados de Jesús. « Pare- » ce la mayor maldad, dice san Agustín (1) la de los que » crucificaron al Hijo de Dios, pero es mayor la de aque- » llos cristianos que no quieren vivir bien, y aborrecen los » preceptos de la verdad, santificados con la muerte del » mismo Hijo de Dios. » El conocimiento cierto de todos estos pecados, la vista de tantas abominaciones no pudo menos de escitar en su alma un dolor, un temor, una pena acerbísima, una agonía larga y congojosa que como nos dice el Evangelio (2) le hizo padecer sudores de sangre.

Su cuerpo padeció gravísimos y crueles tormentos, tantos que no quedó en él parte alguna sana, porque después de haberle apresado y amarrado, le llevaron de tribunal en tribunal, le escupieron, le abofetearon, le azotaron, le hicieron cargar con la cruz, le coronaron de espinas y le crucificaron. Sus pies y manos fueron traspasados con los clavos, su cabeza con las espinas y su cuerpo despedazado con los azotes. Padeció en su libertad porque fué preso y arrastrado; padeció en su honor y fama porque fué reputado por peor que un facineroso, padeció en su gloria y honra porque fué burlado y escarnecido y al fin crucificado entre ladrones, padeció en su honestidad porque le dejaron desnudo levantado en alto á la vista de todo el pueblo; en su

(1) Enar. in psal. 7.

(2) Luc. cap. 22.

paladar, porque tuvo sed y le dieron á beber hiel y vinagre; en sus oídos, porque oyó las voces; las irrisiones, las mofas, las injurias de los que se reían y blasfemaban; las acusaciones y deposiciones de los testigos y las inicuas sentencias de los jueces. ¡Cuánto herirían también á su alma los insultos, las irrisiones de un populacho desenfrenado é ingrato que acababa de recibirle en aquellos mismos días con triunfo! Sufrió y padeció en su vista viendo á su Madre Santísima y al discípulo amado seguirle hasta el calvario y acompañarle al pie de la cruz. Padeció todos sus dolores y tormentos sin consuelos, sin amigos, sin asistencia de ninguna especie, y por fin una muerte prolongada, levantado en alto y pendiente de la cruz. Todo esto, Hijos míos, y mucho mas que nos refiere la historia de su pasión creemos que padeció Jesucristo sintiéndolo real y verdaderamente como hombre perfecto que era, y para expresar mas la verdad de su pasión señalamos el tiempo en que sucedió, que fué bajo el poder de Poncio Pilato; ó en el tiempo que mandaba Pilatos en la Judea, y para confesar también que se cumplió lo que el mismo Jesucristo habia dicho (1) que seria entregado á los gentiles para que le azotasen y crucificasen.

Decimos también que Jesucristo fué crucificado para expresar el género de muerte que sufrió, el mas cruel y afrentoso, y el que entre los Judios estaba destinado para los hombres mas malvados. Sin embargo el cristiano no por esto se avergüenza y cree que este género de supli-

(1) Matt. cap. 20.

cio. fué conveniente para los fines que Dios se habia propuesto. Habia venido á satisfacer por una ofensa infinita, y el castigo de la ofensa debia ser el mas cruel y penoso. Habia venido á satisfacer á Dios por el pecado del hombre, y como aquel habia pecado comiendo la fruta del árbol vedado, así Jesucristo quiso satisfacer muriendo crucificado en el árbol de la cruz. «Adán, dice San Agustín (1) habia estendido sus manos á la dulzura de la fruta, este á la amargura de la cruz. Aquel dió á conocer el árbol de la muerte, este el de la salud. Aquel causó la muerte á todos, este á todos preparó la vida.» Fué conveniente que fuese crucificado Jesucristo, porque así estaba anunciado por los Profetas del Mesías prometido. Porque esto significaban las figuras de un Abel muerto por la envidia de su hermano, de un Isaac llevado al sacrificio por su Papre Abraham, del cordero de la Pascua sacrificado por los Judios, de la serpiente de metal levantada por Moyses en el desierto; y convino asidespues de otras muchas razones que señalan los Santos Padres, para darnos á entender, y que no olvidemos nunca la gravedad de la culpa, por la grayedad del castigo con que Dios aplaca su venganza; y viendo que no perdonó á su hijo con todo de no ser sino un fiador por los pecados ajenos, conozcamos cual será el castigo que Dios tiene destinado á los hombres por sus pecados propios.

Creerros tambien que Jesucristo crucificado murió en

cuanto hombre real y verdaderamente y no con una muerte aparente y fingida. Clamando con una voz grande *Emissit Spiritum*, entregó su espíritu en manos de su eterno Padre, salió su alma de su cuerpo quedando éste difunto y pendiente en la cruz con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Penetrados de la pasión, crucifixión y muerte de nuestro Señor Jesucristo que creemos en este artículo, es necesario, Hijos míos, que sepáis y creáis: que Jesucristo no padeció obligado de los hombres, sino que padeció libre y voluntariamente, y que no tuvo otra causa que el precepto del eterno Padre, y el amor del mismo Dios á los hombres. El se entregó porque quiso, él se entregó por nosotros, él anunció todas las circunstancias de su muerte á sus discípulos, él les dijo al subir á Jerusalén (1) que el hijo del hombre sería entregado á los Principes de los sacerdotes y al poder de sus enemigos, que le condenarían á muerte y le entregarían para que le burlasen, azotasen y crucificasen. El tenía á sus órdenes legiones de ángeles que le defendiesen, pero él salió al encuentro de sus enemigos, él mismo dijo levantaos, vámos, hé aquí los que vienen á entregarme y prenderme. El dijo: El hijo del hombre vá segun lo que se ha dicho de él, á ser entregado, ¡ay del hombre que le va á entregar! «El Padre, dice San Anselmo (2), entregó

(1) Matt. cap. 10.

(2) Lib. cur. Deus. Homo cap. 9.

al Hijo, y el Hijo se entregó á sí mismo. El Padre entregó al que queria, al que él mismo se ofrecia.» *Vivo en la Fé del Hijo de Dios*, habia dicho antes el Apóstol (1), que «me amó y se entregó á sí mismo á la muerte por mí.»

Verdad es que leemos en la historia de su pasion el miedo con que oró al eterno Padre en el huerto; aquella oracion en que pedia que pasase sin beber aquel caliz amargo de tantos tormentos; pero no fué por reusarlos y no quererlos sufrir, sino porque tomó tambien nuestros afectos asi como nuestra carne y nuestra alma, para vencerlos y marcarnos el modo con que debemos obrar con su mismo ejemplo; para que acudamos á Dios en nuestras tribulaciones, y nos sometamos resignados á su voluntad, para que no desconfiemos viendo que ni el mismo Dios en nuestra carne estuvo exento de las tribulaciones, y nos sirviese su ejemplo de consuelo y de auxilio. «Me hubiera dado menos, dice San Ambrosio (2), sino » hubiera tomado mis afectos. Tomó mi tristeza para dar- » me su alegría..... Predicando la Cruz no temo nom- » brar con confianza á la tristeza. No tomó el Hijo de » Dios una carne aparente sino verdadera, y si verdadera, » debió tomar tambien el dolor y no escluir la triste- » za, sino vencerla... Parecia triste, y realmente estaba » triste, no por su pasion sino por nuestra dispersion; » estaba triste porque nos dejaba como á niños desam-

(1) Galat. cap. 2 v. 20.

(2) In cap. 22. Luc.

» parados. ¿Cómo había de temer por sí el que se ofreció
 » constantemente á la muerte, salió al encuentro á los que
 » le buscaban, alentó á los que se turbaron, provocó
 » á los que temieron y recibió con un beso de amistad
 » al que le entregaba? ¿Y cómo no había de temer y
 » estar triste por sus mismos perseguidores que sabía
 » que se hacían reos de un inmenso sacrilegio? Por
 » eso dice: «Pase de mí este caliz» no porque el Hijo de
 » Dios temiese la muerte, sino porque no quería que pe-
 » reciesen los malos. ¿Cómo no había de temer y dolerse
 » por todos el que lloró por uno? ¿Qué extraño es que
 » tema al morir por todos, el que derramó lágrimas al
 » resucitar á Lázaro?»

Murió pues voluntariamente y fué sepultado para dar
 á entender que fué realmente muerto, confesando como
 confesamos que fué sepultado también. Muerto Jesucristo
 ó separada su alma de su cuerpo no por eso se separó
 de la divinidad ni el cuerpo ni el alma, sino que ambos
 quedaron unidos á la divinidad, y así se dice con toda verdad
 y rectitud que el Hijo de Dios fué sepultado. De aquí es
 que el cuerpo Santísimo de Jesús ni padeció ni pudo
 padecer alteracion ni corrupcion alguna en el sepulcro
 como los cuerpos de los demás hombres, conservándole
 el poder de la divinidad. «Jesucristo, dice San Fulgen-
 » cio (1), tuvo la corrupcion de la muerte, però no la
 » corrupcion de la podredumbre. » Y antes había dicho

(1) Respond. Regino. cap. 2.

Isaias (1), «que su sepulcro habia de ser glorioso.» Y si se dice que Jesucristo se quejó de que el eterno Padre le habia desamparado, diremos con Hugo de San Victor que Dios le dejó, porque no le dió sus auxilios, pero no le dejó porque no quitó su presencia. Sustrajo la protección, pero no separó la union.

Explicado todo lo contenido en este artículo de nuestra Fé resulta que creemos y confesamos que Jesucristo padeció real y sensiblemente en su alma y en su cuerpo los tormentos de su pasión. Que sufrió muerte de cruz por convenir así á la voluntad y disposicion de Dios, y para la satisfaccion de los pecados de los hombres. Que todos sus tormentos y su muerte fueron voluntarios, sin ser impelido ni obligado por otra cosa que por su voluntad y su amor á los hombres, y en manera alguna por la necesidad de la fuerza ó por no poder librarse de ellos. Que aunque la divinidad ó la segunda persona de la Santísima Trinidad unida á la humanidad, no padeció porque Dios es impassible, espiritual y perfectísimo, decimos en virtud de la union de las dos naturalezas en la única persona de Jesucristo, que Dios padeció, murió y fué sepultado, y por ser persona divina la que padeció sus padecimientos fueron de un precio y valor infinito y superabundantes para salvarnos y satisfacer por el pecado.

El cristiano verdadero, Hijos míos, ¿se contentará con saber los trabajos y padecimientos de Jesus? ¿Oirá su pa-

(1) Cap. 11.

sion con la frialdad que se oye una historia que nada interesa? El mundo todo se reformaría si los hombres fijasen su atención en Jesús crucificado y meditasen su pasión. Reflexionad por un momento: Quién padeció, por quién padeció, y para qué padeció. Un Dios santo, bueno y amable, por unos hombres pecadores, perversos y dignos de eterno aborrecimiento, el justo por los injustos, y para librarlos del pecado, para rescatarlos de la esclavitud del demonio á que ellos mismos se habían sometido, para pagar por ellos las penas debidas por sus delitos, para hacerlos aceptos y agradables á Dios, para abrirles las puertas del cielo, para darlos ejemplo de humildad, de obediencia, de mansedumbre, de caridad, de justicia.....

¿Qué deberemos hacer, Hijos míos? qué retribuiremos al señor por tantos beneficios? Os diré con el Apóstol (1), «Que Jesucristo murió por nosotros para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que ha muerto por ellos.» Os diré con el mismo (2), que no sois vuestros, que erais esclavos y miserables y que *Jesús os ha comprado*, no con tesoros corruptibles, ni á precio de oro ni plata *sino con el gran precio de su misma sangre*. Tampoco os pide el señor lo que no teneis, tampoco pide vuestros tesoros ni riquezas que para nada le hacen falta, pero os pide y vosotros le debéis lo que él dió por vosotros. ¿Le habeis costado la sangre y la vida? pues la sangre y la vida le debéis. Suyo es lo que el señor nos pide, Hijos míos, y nos pide lo que todos

(1) 2.^a Cor. cap. 5. v. 15.

(2) 1.^a Cor. cap. 6 v. 20.

tenemos, podemos y debemos darle. Vivir para Jesus, vivir en Jesus, crucificarnos con Jesus y dar nuestra vida si es necesario por Jesus, hé aquí el pago y la retribucion que debemos al Hijo de Dios que ha muerto por nosotros. Sin esto se perderá en nosotros el fruto de pasion, porque es preciso creer: que si Jesucristo murió y satisfizo por nosotros y por todos los hombres, que si sus méritos fueron superabundantes para reconciliarnos con Dios, es tambien una verdad de fé que no basta que Jesucristo satisfaciese, que es preciso que se nos apliquen sus méritos infinitos, que los hagamos nuestros y esto no podemos lograrlo de otro modo que uniéndonos al mismo Jesucristo como los miembros de un cuerpo á la cabeza, uniéndonos á Jesucristo con unidad de Fé, de esperanza de caridad, poniéndonos en su amistad y gracia porque sin esto no seremos miembros suyos, seremos miembros cortados, secos y destinados al fuego. El que no permanezca unido á Jesucristo no entrará en el reino de Jesucristo, será desarraigado de la tierra de los vivientes. Procuremos esta union con Jesucristo, que no sea nula y vacía en nosotros la redencion; no nos hagamos indignos de la gracia resistiendo sus llamamientos y endureciéndonos en nuestros pecados. Si abusamos de las gracias que el señor nos ha concedido nos negará las gracias ulteriores, «nos quitará » su reino y le dará á otras gentes que hagan frutos dignos de » él (1).» No hay cosa mas eficaz para merecer la piedad y la gracia de Dios, para retenerla y para recobrarla, dice

(1) Matt. cap. 21.

san Bernardo (1); que contemplar en todo tiempo á Jesucristo. ¿Quién ha de pecar, Hijos míos, mirando á Jesus crucificado? Viendo en Jesus el estrago de la culpa! Y si así castiga Dios á un Hijo, ¿qué penas tendrá preparadas para sus enemigos? Si así paga el justo, ¿qué pago será el que Dios exija de los pecadores? Contemplemos á Jesus crucificado, Hijos míos, no para llorar por él, sino para llorar por nosotros mismos, por nuestras rebeldías, por nuestros pecados. Lavémoslos en el agua y la sangre que salió de su costado para remisión de todos ellos. Jesus está con los brazos extendidos y abiertos llamando á todo el mundo para recibirle. Corramos á unirnos con él, á consolarnos con él, á llorar con él, á no separarnos de él, para que formando con él un mismo cuerpo por la union de las voluntades le amemos en esta vida y le gocemos despues sin fin en la eterna.

PLATICA XIV.

Del artículo quinto del Símbolo: Descendió á los infiernos, al tercero día resucitó de entre los muertos.

La vida de Jesucristo habia estado destinada para el abatimiento y humillacion; era la víctima destinada para

(1) Serm. 51. in Cant.

apacar las divinas venganzas, habia venido á la tierra para reconciliar al hombre con su Dios; y así como el primero habia sido soberbio y desobediente, así era necesario que el reconciliador fuese humilde y obediente hasta la muerte. Preciso era que viviese pobre, desconocido, despreciado y que muriese en los tormentos y afrentas para triunfar así del pecado y del demonio. Murió Jesucristo, y cuando la muerte parece que está destinada para el fin de las glorias y el olvido de los mayores hechos; en Jesucristo fué el principio de sus glorias y sus triunfos. Su sepulcro fué glorioso, y sobre él edificó las grandes obras de la reconciliación, de la paz; del triunfo de los vivos y los muertos. En el sepulcro venció á la muerte despojándola de todas sus victorias, y se dió á conocer por superior á todos los principados y potestades. Murió, como todos los hombres, pero su alma, sin separarse de su divinidad, descendió á los infiernos, y al tercero dia volvió á unirse á su cuerpo divino y resucitó de entre los muertos. Ved aquí, Hijos míos, los grandes triunfos de Jesucristo, y lo que creemos en el artículo quinto del credo cuando decimos que: «descendió á los » infiernos y al tercero dia resucitó de entre los muertos.»

Jesucristo murió pendiente de una cruz, en la que quedó su cuerpo unido á la divinidad hasta que fué sepultado, y su alma separada ya de su cuerpo creemos que bajó á los infiernos. Voy á esplicaros brevemente donde bajó, como bajó, y para qué bajó. Decimos que bajó á los infiernos. Llamamos así á todos aquellos sitios en donde están detenidas las almas que no han conseguido la bienaventuranza ó no gozan de la vision de Dios, y los distinguimos en cuatro cla-

ses ó mansiones: una en la que estaban las almas de los justos que habian muerto limpios de todo pecado personal y sin tener nada que purgar antes de la venida de Jesucristo; y en ella sin padecer mal alguno gozaban de una santa alegría nacida de la esperanza de la venida del Redentor del género humano que los sacaria y llevaria consigo á la gloria, hasta cuyo tiempo no podian gozarla porque no habia otra llave para abrir el cielo que la pasion y muerte del Redentor, es decir: que no estaba satisfecha la justicia de Dios por el pecado original, sin cuya satisfaccion ninguno podia gozar de la bienaventuranza. Esta mansion se llama tambien el Limbo de los Padres y seno de Abrahan. Otra mansion es el purgatorio á donde van las almas de los que, ya antes ó ya despues de la venida de Jesucristo, mueren en gracia de Dios, pero con manchas de pecados veniales ó sujetas á las penas temporales que deben por los pecados perdonados por no haber satisfecho plenamente por ellos en esta vida, y padecen allí hasta que satisfacen á Dios, y pasan, ahora á la gloria, y antes de la redencion al limbo de los Padres. Otra es la destinada para las almas de los niños que mueren con solo el pecado original, las cuales aunque no sean atormentadas con pena alguna, estarán para siempre privadas de la gloria por no haber recibido el bautismo ni haberse borrado de su alma la culpa original. Y otra es el infierno de los condenados, á donde van las almas de los que han muerto en pecado mortal sin haberse arrepentido para ser eternamente atormentadas con el diablo en el fuego, y privadas para siempre de toda esperanza de gloria.

A estos infiernos ó mansiones decimos que descendió el alma de Jesucristo luego que se separó de su cuerpo, pero de diversos modos. Una persona, dice mi Angélico doctor santo Tomás (1), decimos que está en una parte de dos modos: ó por su presencia, ó por su virtud. Un rey, por ejemplo, decimos que está presente en la corte donde se halla su persona, y decimos también que está en todo su reino porque en todo él manda, da leyes, premia y castiga. Decimos, ahora con el mismo santo, y creemos con la Fé, que el alma de Jesucristo bajó al Limbo de los padres real y verdaderamente, unida á la divinidad y no solo con su virtud ó haciendo sentir su poder, y magestad. Bajó á consolar á aquellas almas justas que le estaban esperando, y á infundir en ellas, según el sentir del mismo Santo Tomás, el resplandor de la gloria, haciéndolas en aquel momento bienaventuradas con su presencia, quedándose con ellas hasta el momento de volver á unirse á su cuerpo para resucitar. Lejos de bajar á los infiernos el alma de Jesucristo á padecer tormentos ó privación de gloria, bajó triunfante y lleno de potestad á destruir el Limbo de los padres en que estaban detenidas las almas justas, porque satisfecha ya la divina justicia con la muerte que acababa de sufrir, se habían abierto los cielos y ya ninguna mas volveria á aquel lugar desde que entrase Jesucristo en ellos acompañado de los suyos. Bajó á comunicar á aquellas almas el fruto de su redención, á arrancar los despojos de su triunfo al demonio; bajó porque habia pro-

(1) 5.^a part. quest. 52. art. 2.

metido al Buen Ladrón estar con él en aquel día en el paraíso, y para que se manifestase su victoria en todas partes y al nombre de Jesús se doblase toda rodilla no solo en los cielos y la tierra sino en los mismos infiernos. He dicho que á las demas mansiones bajó Jesucristo con su poder haciendo sentir su virtud; así en el purgatorio aumentó en las almas la esperanza de subir pronto á la gloria, y en el infierno de los condenados infundió mas espanto, pena y confusion, haciéndoles ver su malicia, su incredulidad y sus inexcusables vicios á aquellos miserables. En el limbo de los niños no causó alegría ni temor porque como no eran participantes de la Fé de Jesucristo tampoco recibieron su fruto.

Ved ya explicado lo que creemos y entendemos cuando decimos que descendió Jesucristo á los infiernos. Pero antes de pasar á explicar su resurreccion no quiero dispensarme de haceros una reflexion y llamar vuestra consideracion hácia la conducta de Jesucristo. ¿Quién duda que si aquella alma bendita hubiera querido estarse en aquellos tres dias en algun otro lugar lo podria muy bien haber hecho? Pero el amor escesivo que tiene Jesucristo á las almas justas no le permitió dilatar un solo momento el pasar á consolarlas. ¿Quién, Hijos míos, no admirará la bondad de un Dios que no solamente sufrió una muerte cruelísima por salvar á los hombres; sino que tambien quiso bajar sin detencion alguna en busca de aquellas almas benditas y santas que le estaban esperando, para hacerlas participantes de la bienaventuranza? ¿Quién no se rinde al ver este amor de Dios, esta lealtad y correspondencia que tiene con sus amigos, al ver el empeño grande que tiene por llenarlas de

bienes? ¿Y quién no estraña la grande obcecacion de los hombres; el poco aprecio que hacen muchos cristianos de la amistad de Dios? Si sabemos, porque la Fé nos lo enseña, que la amistad de Dios se pierde por el pecado, ¿por qué los cometemos con tanta facilidad y con tanta frecuencia? Si se aprecia tanto la amistad de un grande del mundo, si se sufren molestias, bajezas y mil incomodidades y trabajos por conservar una amistad que creemos que puede sernos útil ¿por qué vendemos tan barata la amistad de Dios? Con gusto me detendria sobre este asunto, pero lo dejo á vuestra consideracion por no seros molesto y paso á explicaros la segunda parte de este artículo que es: «Resucitó al tercero dia de entre los muertos.»

Muerto y sepultado Jesucristo resucitó, al tercero dia de entre los muertos: es decir: que volvió su alma á unirse al cuerpo que estaba en el sepulcro y salió de él glorioso y triunfante para nunca mas morir. Creemos que resucitó real y verdaderamente para oponernos á los que niegan la resurreccion de Jesucristo ó que fué solamente una apariencia. Resucitó por su propia virtud y poder, porque el resucitar es obra propia solamente de Dios, y siendo Jesucristo Dios y hombre verdadero, pudo resucitarse á sí mismo. «Ningun » muerto, dice san Agustin (1), se resucita á sí mismo, so- » lo aquel pudo resucitarse, que despues de muerta la car- » ne, él no murió y resucitó lo que estaba muerto. Solo » aquel pudo resucitarse que vivia en sí, aunque estaba

(1) Serm. 8. de Verb. Dom.

» muerta la carne que habia de resucitar. No solo el Padre
» resucitó al Hijo de quien dice el Apóstol: *Dios le exaltó*, si-
» no tambien Jesucristo se resucitó á sí mismo, esto es á su
» cuerpo, porque él mismo dijo: *Destruid este templo y en*
» *tres dias lo reedificaré.* » Resucitó al tercero dia, no por-
que estuviese tres dias completos en el sepulcro, sino porque
estuvo tres dias incohados, ó parte de tres dias que fueron
el viernes, sabado y domingo. Quiso así y no antes ni des-
pues, porque así lo habia anunciado, y porque bastaba el nú-
mero de tres dias para que se conociese que como hombre
habia muerto real y verdaderamente, y no quiso diferir su
resurreccion hasta el fin del mundo, para manifestar su dig-
nidad y hacer creer que era Dios. No solo decimos que Jesu-
cristo resucitó sino tambien que fué el primogénito de los
muertos, porque aunque otros hombres habian resucitado ya,
no resucitaron con una resurreccion perfecta, no resucitaron á
una vida inmortal; resucitaron para volver á morir, y en este
género de resurreccion Jesucristo es el primero no solo en digni-
dad sino tambien en tiempo. Está tan acreditada la resurreccion
de Jesucristo, que es necesario estar obcecados para no creerla.
Los judios y los que guardaban el sepulcro no la desmintieron
y se contentaron con decir que estando dormidos habian ro-
bado el cadáver los discípulos, cosa fuera de toda probabili-
dad en las circunstancias en que estos se hallaban. Por espa-
cio de cuarenta dias se dejó ver y conversó ya con unos ya
con otros; y si creyeron todos, fué convencidos de la resurrec-
cion de Jesucristo. Imposible es, atendiendo la condicion hu-
mana, que hombres de todo sexo, de toda edad, de toda
condicion, de diversos paises y de intereses contrarios, con-

viniesen en atestiguar la resurrección de Jesucristo si ella no hubiera sido cierta, y mucho mas cuando ningún interés ni emolumento les seguia de estender y patrocinar un engaño, ni se hubieran dejado jamás atormentar y quitar la vida por sostener un hecho que no habia, por llevar adelante una ilusion ó un engaño que ningun beneficio temporal les acarrearba. La razon y la historia estan de acuerdo con nuestra Fé y creyendo que Jesucristo resucitó realmente como él lo habia anunciado, voy á manifestaros que su resurreccion fué gloriosa, que fué necesaria y que fué de grande fruto y utilidad.

Fué gloriosa. El alma de Jesucristo, Hijos míos, no solo volvió á unirse á su mismo cuerpo, sino que aquel cadáver lleno de tormentos y desfigurado con los trabajos de su pasion, apareció íntegro y resplandeciente conservando, si, las señales y cicatrices de sus llagas para memoria de su triunfo y de nuestro rescate, pero sin corrupcion, sin dolor, impassible, y no solo íntegro sino lleno de claridad; un cuerpo verdadero con carne, huesos y sangre que se deja palpar, un cuerpo de la naturaleza del hombre, pero de distinta gloria, que se introducía en la habitacion estando las puertas cerradas y desaparecia de la vista sin abrirlas. «No saltó la naturaleza, dice el Padre » San Leon (1), sino que se mudó la cualidad. Se hizo » un cuerpo impassible el que pudo ser crucificado; se hizo » zo inmortal el que pudo ser muerto; se hizo incor-

(1) 1. de Res. chris.

» ruptible el que pudo ser herido. Pudo decirse con verdad
» que ya no se conocia á Jesucristo en aquel estado en
» que habia sido conocida su carne, porque en ella nada
» quedó pasible, nada enfermo, de modo que quedó la mis-
» ma por esencia, pero quedó muy distinta por gloria.»

Fué necesaria, tanto para gloria de Dios como para confirmar á los hombres en la Fé. Para gloria de Dios, porque era conveniente que Dios levantase á la mayor gloria, al que por obedecerle se habia deprimido y humillado á tantos sufrimientos y á una muerte de tanta ignominia. «Se humilló á sí mismo, dice el apóstol (1) y se
» hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, y por
» eso Dios le exaltó.» Necesario era que Dios le exaltase por que fué humilde y Jesucristo mismo habia predicado que este era el camino del engrandecimiento y exaltacion. Para confirmar á los hombres en la Fé afirmando así la verdad de su divinidad. A la verdad, ningun argumento prueba tanto que Jesucristo es el Hijo de Dios, como el haber resucitado. La Encarnacion es el misterio de su humildad y anonadamiento, la resurreccion es el de su glorificacion. «Si Jesucristo no hubiera resucitado, dice San
» Agustin (2), si su carne se hubiera corrompido como
» la de los demas hombres, y hubiera dilatado el resu-
» citar al fin del mundo ¿Para qué derramó su sangre? Si
» no hubiera resucitado á ninguno hubiera sido anunciado,

(1) Philip. cap. 2.

(2) In Psal. 29.

» á ninguno hubiera logrado. Su carne resucitó y no fué
 » á la corrupcion para aumentar las maravillas, las alaban-
 » zas, la vida eterna del Señor; porque si se hubiera cor-
 » rompido como la de los demás hombres, ¿de qué uti-
 » lidad hubiera sido su sangre?» Razon porque decia el
 Apóstol (1) «Si Jesucristo no ha resucitado es en valde
 » nuestra predicacion y vuestra Fé.» En la verdad de la
 resurreccion de Jesucristo estriba la verdad y divinidad
 de su Religion; él mismo la habia dado por señal de que
 era el verdadero Mesias, él la habia anunciado á sus dis-
 cipulos, y ella era la confirmacion de todos sus milagros.
 Solo una resurreccion gloriosa borraba el escándalo de la
 Cruz y hacia inescusables á los que no creyesen en él,
 á aquellos mismos que le mandaban bajar de la Cruz pa-
 ra reconocerle por Dios.

Fué necesaria tambien la resurreccion porque ella com-
 pletaba el misterio de nuestra redencion. Jesucristo con
 su muerte nos libró de los pecados, pero con su resurreccion
 nos restituyó los bienes principales que habiamos perdido
 pecando. El Apóstol nos dice por esto (2): «Que Jesucristo
 » fué entregado por nuestros pecados y resucitó por nues-
 » tra justificacion.» Por eso la miramos como el mayor
 triunfo, y el origen de nuestra exaltacion. Este es propia-
 mente el dia del Señor y el de nuestra alegria. Dia del
 Señor que llamamos en memoria de esto al domingo en que

(1) 1.^a Cor. cap. 15.

(2) Rom. cap. 4.

sucedió, que quiere decir que es el suyo por su triunfo y que nosotros debemos consagrarle. Desde el día de la resurrección empezó á formarse la Iglesia cristiana. Los discípulos antes dispersos y llenos de miedo, se reunieron, el Señor sopló en ellos, les dió su espíritu, infundió en ellos aquel espíritu vivificante que «no les habia sido dado antes; por-» que aun no habia sido Jesucristo glorificado;» y transformados con él en otros hombres, difundieron y publicaron con valor una doctrina que antes se avergonzaban de confesar. La resurrección es tambien el apoyo y sustento de nuestras esperanzas, porque habiendo resucitado Jesucristo, tenemos una esperanza cierta de resucitar tambien nosotros. Somos sus miembros, y los miembros deben seguir la suerte de su cabeza. Sabemos, podemos decir con el Santo Job (1); que nuestro Redentor vive, y que en el último día hemos de resucitar tambien nosotros, y ver con nuestros mismos ojos y en nuestra misma carne á nuestro Salvador, y esta esperanza que abrigamos en el seno de nuestra alma, es la que endulza nuestras penas y nos llena de consuelos. La resurrección, os he dicho ya, es la prueba mas luminosa é irresistible de la verdad y divinidad de toda nuestra religion; y si nuestra religion es verdadera y divina, verdaderos y divinos son todos los consuelos, todas las promesas, todas las esperanzas que nos ofrece y con que nos alimenta.

De aqui podeis inferir con facilidad lo útil y provecho-

(1) Cap. 19.

sa que es la resurreccion de Jesucristo. No solo nos facilita la resurreccion de nuestros cuerpos, sino tambien la de nuestras almas que es sin comparacion mas estimable. Hablo, Hijos mios, de una resurreccion espiritual, porque solo así muere nuestra alma. Muere apartándose de Dios, perdiendo su gracia y cometiendo el pecado; y su resurreccion espiritual consiste en salir del estado de la culpa y vivir en la vida de la gracia. Esta es la utilidad grande y el fruto provechoso que debemos sacar de la contemplacion del misterio de la resurreccion de Jesucristo, resucitar tambien nosotros espiritualmente, salir de la muerte del pecado por medio del santo Sacramento de la penitencia, emprender una vida nueva en la que no tengamos nada terreno y envuelto en corrupcion, sino pureza, santidad, modestia, justicia, humildad, oracion y culto de Dios. Jesucristo resucitó á una vida nueva y resucitó para nunca mas morir. Ved aqui, Hijos mios, el modelo que debemos tener presente para nuestra resurreccion espiritual. Resucitar á una vida nueva dejando no solo el pecado, sino los malos afectos, las malas compañías, las ocasiones y todo lo que pueda incitarnos al pecado; removiendo los escándalos, los motivos que hemos dado á nuestros prójimos para ofender á Dios con nuestro buen ejemplo y con el buen olor de nuestras virtudes; y resucitar para no morir mas. ¿Si una vez lloramos nuestras culpas, si una vez conocemos y detestamos su malicia ¿qué motivo tenemos para volverlas á cometer? ¿Por qué hemos de volver al pecado que sabemos que dá la muerte á nuestras almas y solo nos deja, no una resurreccion de vida, sino una resurreccion de juicio y condenacion? *Si habeis resuci-*

tado con *Jesucristo*, decia el Apóstol (1), *buscad las cosas del cielo*. El que busca las cosas de la tierra, la vida mundana, los honores las riquezas, la ociosidad y el regalo, no busca á *Jesucristo* que está á la diestra de Dios en los Cielos, no ha resucitado para no morir. «*Apeteced las cosas del Cielo,*» si *apeteceis la justicia, la honestidad, las lecturas y conversaciones santas, la asistencia al templo, la frecuencia de la confesion y comunion, si vivis apartados de todas las concurrencias peligrosas, si aborreceis al mundo con todas sus pompas y vanidades, si mortificais la carne para sujetar sus apetitos desordenados, si sois humildes y fervorosos en vuestras oraciones á Dios para que no os sorprenda y venza la astucia del demonio, conoceremos que habeis resucitado espiritualmente y que sois unas nuevas criaturas en Jesucristo* (2).

Ved aquí el fruto que debemos desear y á lo que debemos aspirar por la contemplacion del misterio de la resurreccion de *Jesucristo*. Fruto del mayor interes, fruto en que se asegura nuestra eterna suerte, fruto que debe ser el objeto de todas nuestras ansias y cuidados. Por esto el Apóstol encargaba y recomendaba tanto á su discípulo *Timoteo* la memoria de la resurreccion de *Jesucristo*. «*Acuérdete,* le decia (3), *que nuestro Señor Jesucristo ha resucitado de entre los muertos,*» y yo voy á concluir haciéndoo el mismo encargo. Acordáos continuamente, Hijos

(1) Coloss. cap. 3.

(2) 2.^a Cor. cap. 5.

(3) 2. Tim. cap. 2 v. 8

mios , que nuestro Señor Jesucristo ha resucitado de entre los muertos , y hallareis firmeza en vuestra Fé , consuelo y apoyo en vuestra esperanza y motivos para vuestra caridad, para morir al pecado , vivir para Dios y no apetecer ni buscar sino á Dios. Acordáos que Jesucristo resucitó de entre los muertos , y en su resurreccion hallareis el modelo de la resurreccion de nuestras almas, de una resurrección verdadera , de una resurreccion constante , de una resurreccion para nunca mas morir y vivir siempre con Jesucristo en este mundo por la gracia y despues en el otro por la gloria,

PLATICA XV.

Del articulo sexto del Símbolo: Subió á los cielos está sentado á la diestra de Dios Padre Todo Poderoso.

Despues de haber resucitado Jesucristo quiso estar en este mundo con los hombres por espacio de cuarenta dias, tanto para dar un testimonio mas cierto y seguro de su resurreccion apareciéndose y tratando en este tiempo varias veces á sus discípulos y á otras personas, como para instruirlos acerca de las verdades de la Fé y de otras muchísimas cosas tocantes *al reino de Dios*, es decir al régimen y gobierno de su Iglesia, á la administracion de sus sacramentos y á otras muchas que han llegado hasta nosotros por una constan-

te tradicion, porque los Apóstoles las recibieron de Jesucristo las comunicaron á sus discípulos y estos á los suyos, y así han llegado hasta nosotros y nosotros las pasamos á nuestros sucesores: pero al cabo de los cuarenta dias, concluidos ya los designios que el Señor se habia propuesto, reunió á todos sus Apóstoles con su Madre Santísima y otros muchos discípulos en el monte Olivete, y despues de haber conversado con ellos teniendo todos los ojos fijos en él, comenzó á elevarse y subir con grande magestad á los cielos. Una nube resplandeciente y llena de claridad se interpuso y les privó verle mas. Subió á los Cielos y entró lleno de gloria acompañado de las almas justas que habia sacado del Limbo de los Padres, y fué recibido de un modo correspondiente á su dignidad y grandeza, quedando sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

Esto es, Hijos míos, lo que decimos y creemos en este sexto artículo de nuestro Símbolo que voy á esplicaros y del que podemos sacar muchísimos y muy útiles frutos para nuestras almas.

Cuando decimos que Jesucristo subió á los Cielos hablamos de Jesucristo en cuanto hombre, porque en cuanto Dios estaba en él y está en todas partes porque es inmenso. Subió en cuanto hombre, subió su cuerpo y alma racional unido á su divinidad á los cuarenta dias de haber resucitado. Creemos y decimos tambien que Jesucristo subió á los Cielos por su propia virtud, no por ayuda de los ángeles que le acompañaban y alababan, sino por la omnipotente virtud de su divinidad, y por la virtud de su alma bienaventurada que pudo facilmente mover su cuerpo glorioso segun

su voluntad. Jesucristo subió á los cielos por su propia virtud en cuerpo y alma. Ved aquí lo que nos enseña la fé y lo que debemos creer y nos basta acerca de la ascension del Señor á los cielos, sin tener la curiosidad de querer saber dónde y cómo esté su cuerpo en los cielos. Porque «no » es de nuestra fragilidad, dice san Agustin (1), el discutir los secretos de los cielos, y solo es de nuestra fé el sentar con toda honestidad y grandeza de la dignidad del cuerpo del señor. »

Cuando decimos que está sentado á la diestra de Dios Padre, no queremos decir con esto que Jesucristo en cuanto hombre esté sentado como nosotros nos sentamos, ni que esté al lado derecho de Dios Padre, que como espíritu infinito é inmenso, no tiene parte diestra ni siniestra, y solo damos á entender con estas palabras que Jesucristo goza en la gloria una felicidad grande é incomparablemente mayor que la de todos los bienaventurados: que tiene una potestad en los cielos y en la tierra, superior, como dice el apostol (2), á todos los principados y potestades, á todas las virtudes y dominaciones, y á todo lo que tiene nombre, no solamente en este mundo, sino tambien en el otro. A la manera que entre nosotros cuando queremos honrar á una persona la ponemos á nuestra mano derecha en señal de la estimacion y aprecio que de ella hacemos, así para significar la plenitud de gloria y potestad dada á Jesucristo en cuanto

(1) Lib. de Fide et Symb. cap. 6.

(2) Ephes. cap. 1.

hombre, decimos; que está sentado á la diestra de Dios Padre. Decimos tambien con estas palabras, que Jesucristo en quanto hombre ha recibido la potestad de juzgar, la que aunque tiene siempre dando á cada uno segun el mérito de sus obras, será mucho mas manifiesta quando venga á juzgar á los vivos y á los muertos. Y lo decimos tambien para dar á entender que tenemos un intercesor con Dios en todas nuestras necesidades. «El interpela por nosotros, dice » el apostol (1), él tiene un sacerdocio eterno (2), él no » entró en los santuarios fabricados por mano de hombres, » sino en el mismo cielo para permanecer delante de Dios » para nuestra utilidad y provecho (3); él es, segun san » Juan (4), nuestro abogado con el padre.» De modo que siendo Jesucristo como Dios nuestro criador, como Dios hombre, no solo es nuestro bienhechor y redentor, sino tambien nuestro intercesor y abogado en los cielos. «Siem- » pre, dice el apostol (5), está interpelando por nosotros, » como sacerdote eterno y ofreciéndose á sí mismo por nues- » tros pecados. Tenemos un sacerdote y pontífice santo, » inocente, sin mancha, que no tiene necesidad cada dia, » así como los demas sacerdotes, de ofrecer hostias por » sus pecados y despues por los del pueblo, porque lo hi- » zo una vez, ofreciéndose á sí mismo. Tenemos un pontí-

(1) Rom. cap. 8.

(2) Hebr. cap. 7.

(3) Ib. cap. 9.

(4) 1.^a cap. 1.

(5) Hebr. cap. 8.

fice tan grande, que se sienta á la diestra de Dios en los cielos y es el ministro de los santos y del verdadero tabernáculo fabricado por Dios y no por los hombres. Y como todo pontífice está constituido para ofrecer hostias y ofrendas, es necesario que éste tenga algo que ofrecer, dice san Juan Crisóstomo (1): ¿Qué es pues lo que ofrece? No una nueva víctima, dice el mismo santo, ni un nuevo sacrificio sino la hostia misma que ofreció una vez para destruir el pecado y continúa ofreciéndola incesantemente por nosotros. El mismo es el sacerdote, la hostia y el sacrificio que puede aplacar al padre.

Insensiblemente, hijos míos, he pasado á deciros los frutos que podemos sacar, y las ventajas que nos ha proporcionado la ascension de nuestro Señor Jesucristo á los cielos. Pero no menos para vuestra instruccion que provecho, quiero deciros antes, algunas de las muchas causas que señalan los santos padres, que tuvo Jesucristo, despues de confesar por la principal y poderosísima á su santísima voluntad para subir á los cielos y no dejar su cuerpo y alma inmortal y glorioso en esta tierra de oscuridad y de miseria.

Una es para premio de su humildad, dice el padre san Agustin (2), para que el que se encerró en el vientre de una virjen, el que tomó carne en una madre que él mismo habia criado, el que estuvo reclinado en un pesebre, el que

(1) Hom. 17 et 19 in Epist. ad Heb.

(2) Sermon. 13. de Diver.

como un niño fué alimentado con la leche de una virgen madre, el que sosteniendo al mundo era sostenido por los brazos de Maria; para que el que tuvo sed por nosotros, el que tuvo hambre por nosotros, el que se fatigó en los caminos por nosotros, el que fué vendido por Judas, el que compraron y no poseyeron los judios, el que fué preso, atado, azotado, coronado de espinas, clavado en la cruz, atravesado con la lanza, muerto y sepultado, fuese exaltado sobre los Cielos y reconocido por Dios. Justo es, dice el mismo santo, que se siente en los cielos el que' estuvo pendiente en el madero. Justo es que reciba la potestad de juzgar el que fué juzgado, y que se estienda su gloria sobre toda la tierra. *Exaltare super caelos Deus, et super omnem terram gloria tua.*

Otra razon porque quiso subir á los cielos, es: para darnos á entender que su reino no es de este mundo, no es un reino temporal como esperaban y querian los judios, sino espiritual y eterno. Tambien quiso subir á los cielos, para que todos pudiésemos subir despues de él, porque «no un hombre» solo, dice el padre san Ambrosio (1), sino todo el mundo «entraba en el Redentor de todos.» Subió para que se cumpliese todo lo que estaba escrito en la ley y los profetas. «Subió sobre todos los cielos, dice el apostol (2), para llevar y cumplir con todo. Porque toda la vida y todos los misterios de Jesus se ordenaban á su ascension á los cielos como á fin y complemento de todos.

(1) Lib. 4. de Fide. cap. 1.

(2) Eph. cap. 3.

Subió para prepararnos á nosotros el camino y el asiento en la casa de su Padre , como dijo á sus discípulos (1). Y subió tambien , como ya he dicho , para interpelar y rogar incesantemente por nosotros , para ser el sumo sacerdote y la hostia eterna por nosotros , para ser el cordero sin mancha , que aunque muerto una vez en la cruz , no deja de ofrecerse sin interrupcion en el eterno tabernáculo ; no con el fuego material sino con el fuego divino , despues que ha quedado absorta la muerte con su victoria. Subió para que le siguiésemos á los cielos con nuestros afectos y deseos , y asi como en su muerte y su resurreccion nos dejó el ejemplo de morir al pecado y de resucitar y vivir á Dios y á la justicia y santidad , asi en su ascension gloriosa nos enseñó á que dirijamos todos nuestros pensamientos , nuestros suspiros y nuestros esfuerzos al cielo , á que conozcamos que somos huéspedes y peregrinos en la tierra y que busquemos la patria como conciudadanos de los Santos y domésticos de Dios , á que nuestra conversacion sea en los cielos como dice el Apóstol , de los cielos y para los cielos. No subió para dejarnos abandonados , porque quedó con nosotros hasta la consumacion de los siglos (2), pero sustrajo de nuestra vista su presencia corporal subiéndose á los cielos para proporcionarnos asi mayores ventajas.

Y estas ventajas , Hijos mios , son los frutos que debemos sacar en beneficio de nuestras almas de la Fé y contem-

(1) Joan. cap 14.

(2) Matt. cap. 28.

placion de este adorable misterio. La Ascension del Señor sirve para hacer meritoria nuestra Fé, para afirmar nuestra esperanza y para inflamar nuestra caridad. Da mérito á nuestra Fé, porque si Jesucristo Señor nuestro no se hubiera separado de nosotros y hubiésemos podido verle, se hubiera disminuido mucho el mérito de creer: él mismo dijo (1): «Bienaventurados los que no vieron ni creyeron.» Los Apóstoles mismos que tantos milagros habian presenciado, que habian sido introducidos por el mismo Dios, temblaron con la atrocidad de la Pasion; no recibieron la verdad de la resurreccion sino despues de mucho exámen y muchas dudas, pero al ver la Ascension se afirmaron tanto, que todo lo que antes les habia causado miedo se convirtió en alegría; observa san Leon (2). La Ascension de Jesucristo afirma nuestra esperanza, porque creyendo que subió á los cielos y está sentado á la diestra del Padre, esperamos con mucho fundamento que tambien hemos de subir á unirnos como miembros á nuestra cabeza. Jesucristo nos dijo: que subia á disponernos y prepararnos el lugar, y que donde él estaba estaríamos tambien nosotros.

Y últimamente, inflama nuestra caridad. Si hubiera quedado entre nosotros, todos nuestros pensamientos se hubieran fijado en su vista y en su trato, pero ha hecho asi nuestro amor mas espiritual para que teniéndole ausente le veneremos y amemos como Dios. Habiendo subido á los cie-

(1) Joan. cap. 20.

(2) Serin. 2. de Ascens. cap. 2.

los ha puesto allí todo nuestro tesoro para que nosotros pongamos nuestro corazon. «Os conviene, decia por esto á sus discípulos el mismo Jesus, os conviene el que yo marche.» Quiso quitar de nosotros todo afecto carnal y sensible y elevarnos á un amor espiritual, porque este es el que vivifica.

¿Qué nos queda que hacer, Hijos míos, sino alegrarnos como los discípulos, considerando y creyendo que nuestro Señor Jesucristo subió y está en los Cielos lleno de poder y magestad? ¿Qué nos queda que hacer sino confiar y esperar uniros á él? ¿Qué nos queda que hacer sino esforzarnos y procurar por todos los medios esta union con Jesucristo en los Cielos, por la penitencia, por la castidad, por la justicia, por el amor? Si, Hijos míos; este es nuestro deber, uniros con Jesucristo, pero no hay otros lazos para esta union que los lazos de su amor. «Subamos todos, dice san Hilario (1), á uniros con nuestra cabeza y sigámosle con la compuncion, con la benevolencia hácia nuestros prójimos, con la concordia, con la paz, con el amor; sigámosle con nuestras mismas pasiones. ¿Me preguntais cómo? Pues os diré que nos servirán de escala reprimiéndolas, pisándolas, venciéndolas; así nos levantarán y los vicios mismos pisados serán escalones que nos ayuden á subir. Querer subir de otro modo es no querer, es una presuncion y temeridad digna de castigo, porque no puede subir con Jesucristo, maestro de la humildad, la soberbia,

(1) Serm. de Asc. Dom.

» ni con el autor de la bondad puede subir la malicia.
» ¿Cómo se ha de unir la discordia con el amigo de la paz,
» y la lascivia con el Hijo de la Virgen? No, no suben los
» vicios en pos del Padre de las virtudes, ni los pecados en
» pos del santo de los Santos.»

Así es, Hijos míos, los amores sensuales é ilícitos, las amistades impuras, las disoluciones y escándalos no juntan á las almas con Jesucristo, sino que las apartan de él. Las malevolencias y discordias, las murmuraciones, las palabras óbscenas y escandalosas, lejos de ayudarnos á subir, nos precipitan en el infierno. La avaricia y la soberbia la ociosidad y tibieza en servir á Dios, el olvido de las cosas santas, y mucho mas la licencia desenfrenada en blasfemar, y la impiedad é irreligion, conducen directamente á la union con los espíritus infernales. Hijos míos, ¿Queremos subir á los Cielos con Jesucristo? Pues sigamos los caminos de Jesucristo. Caminos de humildad; de abnegacion y de penitencia, caminos de Cruz. « El que quiere venir conmigo, nos dejó dicho el mismo Jesus (1); » que se niegue á sí mismo, que tome su cruz y que me siga. » Y todos sabemos que para entrar al goce de la vida eterna no hay otros medios que cumplir los mandamientos de la Ley de Dios. Cuidemos cumplirlos; esforcémonos y trabajemos por no quebrantarlos, para que « podamos salir al encuentro á Jesus hechos unos varones perfectos; » es decir: adornados de las perfecciones de la virtud y la gracia, que recibirán por premio la gloria.

(1) Matt. cap. 16.

PLATICA XVI.

Del artículo sétimo del Símbolo: Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y los muertos.

Los profetas habían hablado de diversos modos acerca de la venida del Mesías prometido. Ya le presentaron humillado, sumiso y desconocido, y ya lleno de poder y magestad; ya como un manso cordero que se dejaría degollar sin despegar sus labios, y ya como un león vencedor; ya como un Padre de misericordia, y ya como un Dios de venganza. Los judíos confundieron los oráculos divinos y no distinguieron al que había de ser libertador del que había de venir á juzgar. No distinguieron dos venidas de Jesucristo. Nosotros, Hijos míos, creemos y distinguimos la primera venida de la segunda, á cada una de las cuales corresponden distintos caracteres; según los distintos oficios que en ellas tiene Jesucristo. En la primera vino á salvarnos, y por eso vino pobre, vivió desconocido y murió en los tormentos; en la segunda ha de venir á juzgarnos, y por eso vendrá rodeado de gloria y resplandor. Así concordamos los divinos oráculos y así conviene al poder de Jesucristo. A él ha sido dada toda potestad, y en virtud de ella le toca redimir á los hombres con su pa-

sion y muerte, ser su protector en los Cielos donde subió para ser su abogado; y le toca también juzgarlos al fin de los tiempos á lo que «bajará con una potestad grande, dice » San Agustín (1); porque fué juzgado con grande humildad; aparecerá terrible el mismo que apareció despreciable; hará alarde de su poder, el que admiró por su humildad; será poderoso en el juicio el que fué paciente en la Cruz. Aparecerá el juez, pero en claridad y resplandor: así vendrá, dijeron los ángeles á los discípulos, » como le habeis visto subir á los Cielos.» Esta segunda venida de Jesucristo nuestro Señor y su oficio de juez universal es lo que creemos y confesamos en este artículo al decir: «Que desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y » los muertos.»

Para explicaros este artículo del Símbolo con la posible claridad, os manifestaré: «Quién es el que vendrá á juzgar, » cómo vendrá; cuándo vendrá, á quiénes juzgará, por » qué los juzgará y cuál será la sentencia de su juicio.»

Aunque la potestad de juzgar es propia de Dios, y por consiguiente es de todas las tres personas de la Santísima Trinidad, se atribuye sin embargo á Jesucristo á quien como Dios atribuimos la Sabiduría, y como hombre le conviene también la facultad de juzgar á los hombres, porque á él le ha sido dada toda potestad, y es muy justo que el mismo que ha sido condenado por las sentencias inicuas de los hombres sea el juez de todos ellos. «El es el que está

(1) Enarr. in psal. 85.

» constituido por Dios por juez de vivos y muertos (1), » Jesucristo, no solamente como Dios sino tambien como hombre vendrá á juzgar. Su venida será de un modo visible, patente á los ojos y los oidos de los buenos y los malos, pero no con abatimiento, pobreza y humildad, sino rodeado de gloria, magestad y grandeza, acompañado de ángeles y lleno de resplandor. Cuándo será su venida nos es desconocido. Sabemos que será al fin del mundo, pero no sabemos cuándo ha de suceder estè. El dia del juicio se llama en las sagradas letras «el dia del Señor,» y de este dice el Apóstol (2) que vendrá como un ladrón que viene por la noche cuando menos se le espera y sin dejarse sentir. Útilmente sabemos que ha de venir, y útilmente ignoramos cuando ha de ser, para que viviendo bien estemos siempre dispuestos y preparados, y no solo no temamos su llegada sino que la deseemos «esperando en ella el cumplimiento de nuestras esperanzas y la exaltacion y gloria pública de nuestro Dios y Salvador Jesucristo. (3). » Cuándo será aquel dia y aquella hora, dijo el mismo Jesucristo preguntado por sus discípulos, ninguno lo sabe, ni los ángeles, ni los hombres, sino solo el Padre Celestial, y cogerá tan descuidados á los vivientes como el diluvio universal, y concluyó encargándoles por lo mismo, que velasen y estuviesen despiertos y preparados.

(1) Act. cap. 10. v. 42.

(2) The cap. 5.

(3) Tit cap 2.

A este juicio final precederán algunas señales para que los hombres se dispongan y muevan á reverencia hácia un juez á quien anunciarán señales tan terribles y formidables. Sabemos que antes ha de predicarse el Evangelio por todo el mundo para que todos los hombres sean inescusables. Precederá tambien la venida del Ante-cristo hombre malísimo que perseguirá á la Iglesia con mas crueldad que todos los tiranos, y procurará seducir y apartar de la Fè á todos los hombres sin perdonar medio; precederá tambien la conflagracion general ó el incendio de todo el mundo, para que sea purgado y renovado, asi como antes lo fué por el diluvio; precederán otras señales no menos espantosas que terribles de que nos dá noticia el Evangelio, como las guerras entre las gentes y los reinos, los terremotos, las hambres, el oscurecimiento del Sol y la Luna con otras varias, y despues de todas vendrá el Señor, y todos los hombres vivos y muertos nos presentaremos ante su tribunal para dar cuenta cada uno de sus obras. Decimos que juzgará á los vivos y á los muertos para dar á entender tanto á los que vivan aun en aquel tiempo y que morirán antes del juicio por el incendio general y á los que antes hayan muerto desde el principio del mundo; ó á los justos y á los injustos á quienes distinguimos con el nombre de vivos y muertos. Todos sin distincion nos presentaremos en cuerpo y alma porque todos hemos de reucitar para aquel dia, como veremos cuando se explique el artículo de la resurreccion de la carne. He dicho que Jesucristo vendrá á juzgar á todos en el último dia, pero no creais por esto que todos los que mueren antes están sin juzgar hasta entónces. «Es-

» tá establecido, dice el Apóstol (1), que todo hombre
 » muera una sola vez y despues de su muerte se sigue su
 » juicio.» Inmediatamente que el alma sale del cuerpo, se
 encuentra con Jesucristo su juez inexorable, quien con aque-
 lla mauera y con aquella claridad que sabe obrar un Dios
 Omnipotente, la presentará á los ojos de su entendimiento
 todas sus obras hasta las mas mínimas y será convencida de
 sus palabras, pensamientos, deseos, de todos sus vicios ó
 de todas sus virtudes, y recibirá en aquel momento el justo
 galardón ó castigo; pero sin embargo de que esta sentencia
 ha de ser irrevocable, todos los hombres, repito, se pre-
 sentarán á un juicio universal y público delante de Jesucris-
 to en el último dia, despues de haber vuelto á tomar los
 mismos cuerpos que antes tuvieron. Por qué ó para qué es
 este juicio, es lo que brevemente os voy á esplicar.

Creemos en primer lugar que asi ha de ser y que asi
 conviene por la Fé y la palabra de Dios que asi nos lo di-
 ce; y nos persuaden lo mismo las razones que espone mi
 angélico doctor Santo Tomás, y el catecismo de San Pio V.
 Una de ellas es: porque los hombres, asi buenos como malos,
 obraron en esta vida con sus cuerpos y sus almas, y es por
 lo tanto muy conveniente que los cuerpos sean participantes
 de los premios ó castigos de las almas, y esto no puede ha-
 cerse sin la resurreccion general y el juicio general. Otra
 es, la calidad de muchas acciones buenas ó malas que se
 llaman de consecuencia, porque sus efectos duran hasta el

(1) Heb. cap. 9. v. 27.

fin del mundo. No se puede dudar, por ejemplo, que un pintor que haya hecho una imágen sagrada con intencion recta y buena, si se salva adquirirá muchos grados de gloria accidental por los actos piadosos que los fieles hagan en vista de aquella imágen: que un escritor que haya compuesto un libro útil y provechoso para las almas, conseguirá, si está en los cielos, nueva gloria accidental del fruto que saquen de su lectura cuantos le lean hasta el fin del mundo. Pues del mismo modo y por el estrémo contrario hemos de decir de un pintor lascivo, de un poeta obsceno, de un escritor impío, de un padre jurador y maldiciente, y de todos los que dejan á la posteridad memorias y ejemplos que inducen al mal; la calidad de estas acciones exige un juicio universal para que vean y se regocijen los buenos de todo el fruto de sus buenas obras, y los malos contemplen y les sirvan de tormento los daños que han causado con sus vicios, impiedades y conducta relajada. Todos comparecerán cargados, no solo con sus pecados, sino tambien con los ajenos; es decir con los efectos que han causado con sus malas obras, y serán juzgados tambien segun ellos y por ellos. Allí verán la continuacion sucesiva y la infeliz propagacion de los pecados que causaron y de los escándalos que dieron. Por esto encarga á los párrocos el catecismo de San Pio V, que avisen á los Padres sobre los malos ejemplos que dan á sus hijos, á los maestros de la educacion que dan á sus discípulos, á los superiores del ejemplo que dan á sus súbditos, á los sacerdotes, á los amos, á los escritores, impresores, libreros respecto á las obras que componen, imprimen ó venden, á los pintores, escultores y demas artistas respecto á

las obras de su oficio y á todos los que con su ejemplo ó de cualquiera otra manera inducen á pecar para que todos entiendan que en el día del juicio han de ver distintamente todas las consecuencias de sus obras buenas ó malas, y han de lograr un gran premio y consuelo, ó un gran castigo, tristeza y confusion. Otra razon es la misma rectitud de la justicia divina. En este mundo está muchas veces perjudicada la fama de los hombres buenos y piadosos, y los impíos saben cubrir sus maldades y gozar la fama de hombres virtuosos é inocentes; allí aparecerán las conciencias de todos. El juez sacará á la luz todo lo escondido, manifestará los consejos de los corazones, y cada uno recibirá de Dios y de los hombres la alabanza ó la confusion, allí verán tambien los malos entre la suerte de los Santos á los que burlaron y mofaron en este mundo y conocerán y confesarán cuando ya no pueden remediar lo que erraron y se apartaron del camino de la verdad. La providencia, la sabiduria y la justicia de Dios piden tambien ser vindicadas á la vista de todos los hombres y esto no puede hacerse sino en un juicio general. En este mundo están mezclados los bienes y los males, los impíos gozan de la prosperidad, de los honores y comodidades, mientras que los justos padecen tribulaciones y trabajos: el juicio final descubrirá la suerte de cada uno y todos verán vindicada la justicia de Dios y lo profundo de su sabiduria y providencia, conociendo que ha dado á cada uno segun su merced. Otra razon es nuestra utilidad para que teniendo presente el juicio que ha de venir, arreglemos nuestras costumbres y no sirva de freno segun el oráculo del libro de la sabiduria: «acuérdate de tus novi-

«simos y nunca pecarás.» Los pecadores se apartarán de sus vicios con este temor santo que debe servir para reprimir los deseos de la carne, y para recreo y consuelo de los justos, para que no desfallezcan en sus trabajos levantando sus cabezas para ver que se aproxima el fin de sus males y el principio de sus bienes. El juicio debe temerle útilmente el pecador para arrepentirse y el que ama á Jesucristo, el que sirve sinceramente á Jesucristo debe esperar con ansia aquel día, debe desear la venida de Jesucristo, es contra toda razon dice San Agustín (1) el temer la venida de aquel á quien se ama, se debe desear que llegue y rogar porque venga á nosotros su reino. Estas y otras muchas razones son las que señalan los Santos Padres con Santo Tomás para hacernos conocer la conveniència del juicio universal.

Veamos ahora cuál ha de ser la sentencia de este juicio. Este juez recto, Jesucristo, testigo fiel que sabrá todos los dichos, hechos, y pensamientos de todos; Jesucristo, juez Santísimo que no ha cometido pecado jamás, ni ha habido engaño en su boca, Jesucristo juez íntegro y justísimo que no aceptará la persona de nadie, Jesucristo juez severísimo que no se doblará y descargará su juicio sin misericordia sobre aquellos que no obraron la misericordia. Jesucristo que es el juez constituido por Dios sobre los vivos y los muertos manifestará las maldades ocultas, las palabras, los consejos, cada uno verá en su conciencia el número, la

(1) Ep. 199.

gravidad y fealdad de sus pecados sin poderlos encubrir con excusas ni pretextos, ni poderlos llorar con fruto, porque ya no es tiempo de penitencia ni de misericordia. Entonces todos los atributos de Dios acusarán, convencerán, y condenarán á los pecadores. La omnipotencia porque no obedecieron á un imperio con tanto poder para premiar y castigar. La bondad y misericordia porque fueron ingratos á tantos beneficios, porque no se aprovecharon de la pasión y muerte de Jesucristo, porque no quisieron recibir el fruto saludable de los Santos Sacramentos, porque despreciaron la predicación de la palabra de Dios, las amonestaciones, los buenos ejemplos, porque abusaron en este mundo de sus bienes y sus males. Entonces el mundo entero se volverá contra estos insensatos. Conocerán que nada había en el mundo que no los incitase á conocer, á amar y á merecer á Dios. Clamarán en balde á los montes y dirán en vano á las piedras «caed sobre nosotros, ocultádnos de la vista del juez.» Verán aquel Jesus de quien apartaron sus ojos, á quien escárnecieron, á quien despreciaron, á quien repetidas veces crucificaron con sus pecados, pero no verán ya á un Jesus Salvador misericordioso, verán á un juez terrible. Entonces Jesucristo no callará, pero no será nuestro abogado, será un juez que hablará con tantas bocas como heridas recibió. Jesucristo clamará y en vano buscarán los malos á donde huir. El juez les dará por sentencia: Id, » malditos de mi Padre, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles (1).» Despreciaron la voz

(1) Matt. cap. 25.

del que como esposo les llamó á las bodas, los trató con amor y brindó con dulzura, pero no podrán menos de oír la voz del juez, la voz del Señor en su magnificencia, la voz de trueno que quebranta los cedros del Líbano, la voz de maldición: «Id malditos de mi Padre al fuego eterno.»

En estas palabras, Hijos míos, están comprendidas las penas que padecen los condenados al infierno. *Id, apartaos de mí*, que manifiestan la pena de privación de la vista de Dios ó pena que se llama de daño. Están siempre sus almas sin esperanzas de gozar á Dios y envueltas en su maldición, lo que debe aumentar su miseria; desconsuelo y desesperación, *y al fuego eterno preparado para el diablo*, esto es, á padecer y sufrir los mayores tormentos, que es la pena de sentido, en compañía de los demonios para siempre, para siempre, para siempre. ¿Qué necesitamos saber mas de las penas de los condenados? ¿Cómo comprenderlas ni compararlas con los tormentos de este mundo? ¿Qué mas es necesario para temerlas y procurar evitarlas, que saber que son tormentos eternos preparados por la Divina Justicia? Justicia que se hará mas sensible al condenado despues de haber oído la sentencia de los justos y virtuosos á quienes el Señor llamará á recibir los premios y coronas. «Venid» benditos de mi Padre á recibir el reino de los cielos que » se os está preparado desde el principio del mundo.» Gozar siempre de Dios, poseer las delicias de la gloria, entrar para siempre en el gozo del Señor, esta es, Hijos míos, la suerte destinada á los buenos. ¿Nos asusta el recuerdo del juicio? ¿Le tememos? Mudémonos y no temeremos; la paja, dice San Agustin, tema enhorabuena al fuego, pero el oro

qué motivos tiene para temer? En nuestro poder y á tiempo estamos de escojer ¿no serán bastantes los males eternos para apartarnos del mal? ¿Y no serán suficientes los bienes eternos para movernos al bien? ¿De qué nace nuestro descuido y olvido de estas verdades eternas sino de nuestra poca fé? Juzguémonos á nosotros mismos, veamos lo que hallamos en nuestras conciencias y sino queremos temer, vivamos bien. Aun estamos en el tiempo de misericordia, aun podemos ingerirnos en el árbol de la vida, aun podemos hacer frutos de penitencia y no ser arrojados al fuego. ¿Queremos no temer? ¿Queremos entrar en la suerte de los Santos? Pues ved lo que nos dijo Jesucristo para librarnos de la desolacion (2) «velad sobre vosotros para que
 » no se hagan pesados vuestros corazones con la demasiada
 » comida y bebida y con los cuidados de este mundo, y venga
 » ga de repente sobre vosotros aquel día. Porque será echado
 » como un lazo sobre todos los que habitan y se afanan
 » por toda la faz de la tierra. Velad, pues, orando en todo
 » tiempo, para que seáis hallados dignos de evitar los males
 » que han de suceder y de parecer *sin miedo* delante del
 Hijo del hombre.» El Señor por su misericordia nos concede esta gracia y nos cuente en el número de los suyos.
 Amen:

(1) Luc. cap. 21.

PLATICA XVII.

Del artículo octavo del Símbolo: Creo en el Espíritu Santo.

Hemos hablado de las dos primeras personas de la Santísima Trinidad, y de las obras que atribuimos á cada una de ellas, que son las de la creación, que atribuimos al Padre y las de la redención, que atribuimos al Hijo. Nos falta hablar de la tercera persona que es el Espíritu Santo, y de las obras que, para nuestro modo de explicarnos, le atribuimos, que son las obras de la gracia y corresponden á la tercera parte en que está dividido el Credo.

Decimos con respecto á la tercera persona de la Santísima Trinidad, «que creemos en el Espíritu Santo.» Es decir: Que creemos, que la tercera persona de la Trinidad santísima llamada Espíritu Santo, es Dios como el Padre y el Hijo, igual, eterno, inmenso, poderoso, santísimo y ser por esencia como las otras dos personas con las que es un solo Dios, una sola esencia y naturaleza como hemos dicho hablando del misterio de la santísima Trinidad y á que nada tenemos que añadir. El nombre de Espíritu Santo no le damos á esta persona de un modo esclusivo, ó para dar á entender que las otras personas no son Espíritus. Todas tres son Espíritus, y todas son Santísimas; pero habiendo seña-

lado á una el nombre de Padre, y á otra el de Hijo; dejamos á esta para diferenciarla de las otras dos, el nombre de Espíritu Santo. También los ángeles y las almas de los hombres son Espíritus, y á los que gozan de Dios los llamamos Santos: pero hay la misma diferencia que digimos hablando de la inmortalidad de Dios y la de estas criaturas. Dios y por consiguiente el Espíritu Santo es Espíritu y Santo por naturaleza y esencia, sin haberlo recibido de nadie ni nadie poder privarle de estas perfecciones; y los ángeles y las almas lo son por un don que han recibido de Dios. Son Espíritus creados, y Dios es Espíritu increado.

He aquí lo que debemos creer al decir: «Creo en el » Espíritu Santo.» Que es Dios, omnipotente, eterno, sabio y santo como el Padre y el Hijo, uno en esencia con las otras dos personas, aunque es persona distinta, no mayor ni menor sino en todo igual á las demás, y por consiguiente Dios y Señor nuestro en quien debemos creer, esperar y á quien debemos amar.

Pasemos á hablar de las obras que atribuimos á esta divina Persona. He dicho ya, Hijos míos, y quisiera que lo entendierais bien, que en las obras exteriores de Dios concurren todas las tres personas divinas igualmente. Son obras de Dios, y por consiguiente son igualmente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que todos son omnipotentes, creadores y demás, sin que haya mas que un solo omnipotente, un solo sabio y un solo Señor; pero que nosotros atribuimos unas á una y otras á otra persona para nuestro modo de explicar, y fundados en las santas Escrituras; y en este sentido atribuimos al Espíritu Santo las obras de la gracia por lo que

le llamamos en el Símbolo Niceno. «Vivificante ó nuestro » vivificador.»

En las divinas letras se llama con frecuencia al Espíritu Santo: «Dedo de Dios, Espíritu Paráclito, » que quiere decir consolador ó abogado, «Espíritu recto, Espíritu principal, Espíritu bueno, amor y caridad sustancial, » para darnos á entender con estas y otras denominaciones las gracias y favores que recibimos de Dios y atribuimos al Espíritu Santo. También se le llama *don de Dios*, y así decimos comunmente cuando recibimos algun don de Dios, que hemos recibido al Espíritu Santo. También llamamos con frecuencia Espíritu Santo á las mismas obras y efectos que le atribuimos y que infunde en nosotros. Así se dice: «Recibid el Espíritu Santo, es decir: las gracias y dones de Dios. «Los Apóstoles se llenaron del Espíritu Santo, » es decir de la gracia y los auxilios de Dios. «Resistid al Espíritu Santo. No contristéis al Espíritu Santo, » esto es, á las gracias y las inspiraciones de Dios. «Recibid el Espíritu Santo: » esto es Recibid la virtud y potestad que Dios os concede; sin que entendamos ni debamos entender que en nosotros habita ó toma asiento el Espíritu Santo, sino que obra y nos comunica con mayor ó menor abundancia los favores y gracias del Señor. Aunque confundamos los nombres, nunca debemos confundir la persona divina con los efectos que comunica.

Segun los distintos fines para que Dios dá sus gracias á los hombres conocemos y distinguimos sus Donces que reducimos á siete que llamamos Donces del Espíritu Santo, y son Don de Sabiduría, Don de Entendimiento, Don de Conse-

jo, Don de Ciencia, Don de Fortaleza y Don de Piedad y Don de Temor de Dios.

Los cuatro primeros pertenecen al entendimiento y los otros tres á la voluntad. El Don de Sabiduría, no es tener la ciencia de las cosas del mundo, sino que es el Don de conocer las cosas divinas con cierta complacencia y placer espiritual. El de Entendimiento es por el que conoce el alma los misterios de nuestra Fé, no por el estudio que de ellos hace sino por una contemplacion y placer que tiene en creerlos y meditarlos. El de Consejo es aquel por el que el alma se dirige á la ejecucion de lo que sabe por la sabiduría y entendimiento que la conviene practicar para el logro de los bienes eternos. Por este Don halla el alma ciertas salidas admirables acertadas y repentinas en algunas perplejidades. Por él eligieron algunos Santos un género de vida tan extraordinario como los Anacoretas en las selvas y entre tigres, y otros entre penitencias espantosas, impulsos que proceden del Espíritu Santo por el Don de Consejo, pero que no deben creerse en las almas, ni alguno debe tomar tales resoluciones con ligereza sino despues de mucha reflexion, consulta y prueba de si vienen ó no de Dios. El Don de Ciencia es por el que el alma conoce y juzga de las cosas criadas por motivos criados pero dirigidos á la honra y gloria de Dios. A este Don se atribuyen los actos de defender la Fé con pruebas fuertes y oportunas: el discernir las cosas que deben abrazarse y las que se deben huir: y el saber conversar con las gentes de un modo irrepreensible. De los que pertenecen á la voluntad, el primero es el Don de Fortaleza con el que el alma se dispone y fortalece en los peli-

gros por graves que sean por el desco de defender ó dilatar la Fé y la gloria de Dios, obrando á las veces contra las reglas de la prudencia y de lo que se nos manda obrar ordinariamente, como lo que leemos de los Santos que se arrojaron á las llamas, ó se echaron ellos mismos entre las fieras; y otros ejemplos que admiramos, pero que no debemos imitar sin una mocion especial de Dios. Sabremos que el alma es tan extraordinariamente favorecida por los efectos ó por el juicio de la Iglesia. Por el de Piedad, se mueve el alma á dar á Dios el culto debido como á Padre amantísimo, y despues á los Santos; imágenes y reliquias, experimentando un gozo y complacencia en estos actos, de donde proceden los ejercicios de devocion. El Don de Temor de Dios no es aquel temor servil aunque virtuosos, por el que el alma teme la culpa por la pena con que se la castiga; de modo que el temor quite hasta el afecto á la culpa; ni es aquel temor inicial por el que teme el alma la culpa, parte por la pena y parte por la ofensa que se hace á Dios; es aquel temor por el que teme el mal del pecado únicamente porque es ofensa de Dios, porque es un Padre tan bueno y digno de ser amado de modo que aunque no hubiera infierno temeria ofenderle y pecar.

Tambien llamamos frutos del Espíritu Santo á aquellos movimientos actuales y pasageros del alma que proceden de las virtudes sobrenaturales que residen en ella, y que comunican en su ejercicio un deleite particular y sobrenatural. Por ejemplo el primero de los doce que señala el catecismo, que es la caridad: no es ni denota la virtud teologal por la que amamos á Dios, sino el gusto y placer espiritual, mas ó

menos intenso, según Dios se le comunica, que experimenta el alma en el ejercicio y los actos de la caridad. Lo mismo se explican los Frutos de gozo, paz, paciencia, longanidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia y castidad.

Os he hecho esta breve explicacion de los Dónes y Frutos del Espíritu-Santo, hijos míos, según la hace de esta materia tan santa y espiritual, mi angélico doctor santo Tomás (1); y que explican los autores contemplativos. ¡Ojalá supiésemos comprenderlos por experiencia propia y sin hablar mucho de Dios, hablásemos mucho con Dios, amásemos mucho á Dios y anduviésemos siempre en la presencia de Dios, teniendo fijos en él nuestros pensamientos y deseos! ¡Ojalá tuviésemos siempre la gracia de Dios en nuestras almas aunque no supiésemos comprenderla ni explicarla. Verdad es que estos Frutos y Dónes del Espíritu-Santo son apetecibles y los debemos desear, pero mas que todo debemos ocuparnos y desear la obra del Espíritu-Santo que todos necesitamos, aquella gracia que vivifica nuestras almas, que nos saca del pecado, que nos hace justos, santos, amigos de Dios y herederos del Cielo. Esta es la gracia que debemos pedir sin cesar, por eso llamamos al Espíritu-Santo santificante y vivificador, porque da la vida y salud á nuestras almas, sacándolas de la muerte del pecado y dándolas un nuevo ser, ser de justicia, de santidad, de adopcion y amor de Dios. Esta es la gracia por la que el Espíritu-Santo santificó

(1) 1. 2. q. 70. art. 4.^o

á los ángeles, y no solamente santifica á los hombres que vivimos despues de Jesucristo, sino que tambien santificó á los que vivieron antes, de modo que cuantos se santifiquen ha de ser por virtud de la gracia del Espíritu-Santo. Por esto le llamamos tambien vida de nuestras almas. Sin la gracia del Espíritu-Santo ni podemos ni han podido jamás los hombres ser santos ni justos.

No pienso esplicaros la naturaleza, esencia y divisiones que los teólogos hacen de la gracia, ni menos entrar en el inmenso pelágo de los secretos divinos para investigar por qué dá á unos y niega á otros sus gracias. No nos toca á nosotros escudriñar estas cuestiones que debemos dejar, si no queremos caer en mil errores al cuidado y providencia de Dios. Nos basta saber que no podemos ser justos ni miembros vivos de Jesucristo sin la gracia del Espíritu Santo, y lo que despues de este conocimiento debemos procurar útilmente saber es cómo debemos disponernos ó qué pide Dios de nosotros para darnos la gracia santificante por su Espíritu Santo.

La primera disposicion de un cristiano para recibir al Espíritu Santo ó para recibir la gracia de Dios que santifique su alma, es la espiacion de su conciencia por medio de una penitencia verdadera y fervorosa. La gracia es incompatible con el pecado mortal, y el primer paso que debe dar el que desea la gracia, es salir del pecado por la penitencia, por el dolor, arrepentimiento y detestacion de sus pecados; debe apartarse del mal y obrar el bien, debe compungirse y suplicar con humildad y constancia, implorar la piedad y misericordia de Dios. Por eso el Espíritu Santo,

como observa el Padre San Gregorio (1) bajó sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego para que aquellos que eran simplemente hombres, y por consiguiente pecadores, se encendiesen en un fervor espiritual contra sí mismos, y castigasen con su penitencia los pecados que Dios perdonaba por su misericordia. Porque cuanto mas templada es para nosotros la severidad del juez, debe ser mas encendida y mas fuerte nuestra flaqueza para tomar venganza contra sí misma.

Otra disposicion es, la humildad, porque sabemos que Dios mira y atiende á los humildes, los alivia y dá su gracia, y resiste á los soberbios. Otra es la pureza y castidad del alma y del cuerpo. El Espíritu-Santo no habita en un alma manchada, ni entra en un cuerpo sujeto al pecado. «La » castidad, dice Tertuliano (2) es la centinela del templo » de nuestra alma que no debe permitir entrar en él ninguna cosa inmunda ni profana, no sea que Dios el que le » habita, hallando su asiento manchado, se ofenda y le abandone.»

Otra disposicion es la oracion con perseverancia, es decir, no una oracion de muchas horas, sino una oracion frecuente, repetida y fervorosa sin cansarse de pedir al Espíritu-Santo que se digne venir y llenar el alma con sus dones y gracias. Dios, Hijos míos, quiere darnos su gracia, pero quiere tambien que la pidamos y la pidamos sin cesar hasta lograrla. Los Apóstoles sabian que habia de bajar sobre ellos el Espíritu-Santo y sin embargo despues de la

(1) Hom. 30.

(2) Init. Lib. 2 de cultu Fœminæ.

ascension de Jesucristo á los cielos «estaban perseverantes unánimemente en la oración» para prepararse á recibirle y no dejaban de invocar su gracia con fervorosos deseos. Cuantas veces tambien quisieron impetrar para otros el Espíritu-Santo, otras tantas oraban imponiendo las manos. Tambien debe tener union, paz y concordia con sus prójimos el que desea recibir la gracia del Espíritu-Santo; aquella paz que Jesucristo nos dejó, aquella paz por la que nos reconcilió con el Padre. El espíritu de paz no puede entrar sino en los Hijos de la paz. El cristiano que desea recibir la gracia vivificante de su alma debe tener, como los Apóstoles, un corazon unido por la caridad á sus prójimos, un corazon unánime, y quien no le tiene así no puede recibirla. Aquel que discurre modos de resarcirse y vengarse, que está roido de la envidia de los bienes ajenos, que se alegra de las desgracias de los otros, que se complace en manifestar, en acrecentar ó en fingir acciones malas de sus prójimos, el que oscurece la fama, siembra discordias, fomenta enemistades, y el que de cualquier modo interrumpe la paz y rompe la concordia de los hombres, jamás podrá recibir la gracia mientras no se reconcilie y goce la paz y union verdadera con los demas hermanos. Tambien es necesario disponerse con la caridad y amor de Dios. El que es amigo de este mundo, se engaña si dice que es amigo de Dios. Este amor de Dios no debe ser fingido, es necesario que le atestigüen la lengua, el alma y las obras. «Jamás está ocioso el amor de Dios, dice san Gregorio (1), obra cosas

(1) Hom. 30 in Ev.

grandes donde está, y si rehusa obrar, es prueba de que aquel amor de Dios no es verdadero.» *Spiritus veritatis mundus non potest accipere* dice Jesucristo. (1). El mundo no puede recibir el espíritu de verdad, es decir, los hombres que aman al mundo, los que siguen sus pasatiempos y deleitos, los que viven según las ideas y los vicios del mundo, los hombres carnales que tienen todo su afecto puesto en los negocios temporales de este mundo, no pueden recibir el espíritu de verdad, *quia non videt eum, nec scit eum*, porque no tienen ojos invisibles los amadores del mundo, no se cuidan ni atienden sino á las cosas que ven con los ojos del cuerpo, no cuidan de ilustrar su entendimiento con la fé y su corazón con los afectos de la caridad, y el espíritu de verdad no puede verse con ojos corporales *vos autem cognoscetis eum*, vosotros que vivis separados de las costumbres del mundo aunque no veais con los ojos corporales al Espíritu-Santo porque es imposible, le conoceréis sin embargo, *quia apud vos manebit et in vobis erit*, porque estará interiormente con vosotros, conversará con vosotros familiarmente, para enseñaros, para consolaros, para defenderos.

Ved hijos amados míos, cómo hablaba Jesucristo á sus Apóstoles instruyéndoles acerca del Espíritu-Santo, y ved cómo debemos prepararnos para que entre en nuestras almas el espíritu de verdad, no con el amor al mundo y sus placeres y riquezas, sino con el amor y la caridad de Dios. Sin la gracia del Espíritu-Santo nuestra alma está muerta é incapaz

(1) Joan. cap. 14 v. 17.

de la bienaventuranza. Pues cuidemos de prepararnos para recibirla; invoquemos al Espíritu paráclito que nos anime, nos consuele, nos vivifique, nos aliente y llene de sus dones en este mundo, cooperando nosotros con la oración, con la humildad, con la unión con nuestros prójimos, con nuestro amor a Dios, para que gocemos después los frutos y premios de la gracia que es la gloria.

PLATICA XVIII.

*Del artículo nueve del Símbolo: La santa Iglesia Católica.
La Comunión de los Santos.*

«Pedia el recto orden de la confesion de nuestra Fé, dice »san Agustín (1), que á la confesion de la santísima Trini- »dad se siga la de la Iglesia como á un habitador su casa, á »un Dios su templo, y al propio fundador su ciudad.» Por eso después de creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu-Santo, creemos, no en la Iglesia, sino que hay una Iglesia Católica, para manifestar con el diferente modo de explicarnos, que no ponemos en ella nuestra fé como en las tres divinas

(1) In Enchir. cap. 56.

personas, ni la reconocemos por Dios, sino solamente por templo de Dios, y por una obra de Dios, que nos proporciona innumerables beneficios. Y si, como hemos dicho, en la tercera parte del Símbolo se trata de las obras de la gracia que se atribuyen al Espíritu-Santo, ¿qué gracia mas general que la Iglesia; fuera de la que ninguna gracia puede conseguirse? Conviene mucho, Hijos míos, que sepáis lo que creéis en este artículo de nuestra Fé, y yo procuraré explicároslo con la posible claridad.

Por el nombre de Iglesia pueden entenderse varias cosas: se llama Iglesia el lugar ó templo en que se reúnen los fieles á la celebracion de los oficios divinos, á oír la palabra de Dios á orar y á todos los actos de religion. Se entiende tambien por Iglesia á los Prelados ó señores Obispos y demás superiores que la gobiernan y representan; así como llamamos comunmente *la ciudad* á los que gobiernan una ciudad, y decimos *el pueblo* á los que rigen ó representan un pueblo. Tambien se llama Iglesia á alguna parte de la misma Iglesia como cuando hablaba el Apóstol de la Iglesia de Corinto, es decir de los fieles que vivian unidos al Obispo de Corinto, de Efeso, de Galicia ó de otra cualquiera Iglesia particular unida á la universal y así decimos ahora tambien, Iglesia de Toledo, Iglesia de Segovia, de Avila de otra cualquiera, que son partes de la Iglesia Universal. Y últimamente entendemos por Iglesia, la multitud compuesta de todos los fieles ya sean Prelados ó ya simples fieles, ya sean buenos ó sean malos, á la manera que diciendo: *la España*, por ejemplo, entendemos todos los españoles ya sean ricos, pobres, militares ó paisanos que componen la nacion Española.

Y en este último sentido hablamos de la Iglesia en este artículo de el Símbolo.

A esta Iglesia la llama el Apóstol (1) «Casa de Dios,» para manifestarnos que todos somos una familia gobernada por un mismo Padre y que todos participamos de unos mismos bienes espirituales. El Evangelista San Juan la llama (2) «Rebaño de las ovejas de Jesucristo,» que es el Pastor que las conoce á todas. La llama también el Apóstol (3) «Esposa de Jesucristo» á quien lavó de los pecados con su propia sangre, la limpió con el lavatorio del agua y las palabras de vida, se desposó con ella, y siendo pobre, enferma, manchada y cautiva, la reunió de toda tribu, lengua y nación, la sanó, redimió, enriqueció, dotó y vistió con incomparable hermosura, «con vestidos de oro,» á saber: con la sabiduría, la fé, la caridad, la unidad, y con «la variedad» de diversas lenguas, diversas gracias y diversos órdenes. El mismo la llama en otro lugar (4) «Cuerpo de Jesucristo de que él mismo es la cabeza,» pero cuerpo no sólo místicamente ó por una comparacion figurada, como decimos que es un cuerpo, una ciudad, un ejército ó toda una nación, por la uniformidad de sus leyes ó de su régimen, sino de un modo mas real y significativo que nosotros no alcanzamos á comprender y que nos significa el Apóstol diciendo (5) «Así como el cuerpo es uno,

(1) 1.^a Ad Tim. cap. 3.

(2) Cap. 10.

(3) 2.^a Corint. cap. 11.

(4) Ad. Eph. cap. 1.

(5) 1.^a Corint. cap. 12.

» y tiene muchos miembros, y todos los miembros, con
» todo de ser muchos son un solo cuerpo,» así Cristo, llama-
mando al mismo Cristo cuerpo y cabeza como observa San
Agustin (1). Y al fin mi Angélico Doctor Santo Tomás pa-
ra darnos la esplicacion de lo que es la Iglesia, nos dice
en varias partes que es «La congregacion de los fieles.» De
aquí se infiere que componen y son miembros de la Iglesia
tanto los bienaventurados que están en el Cielo como los
fieles que estamos en la tierra y los que están en el purga-
torio; y tanto los fieles de antes de la venida de Jesucris-
to, como los que ha habido y haya despues, porque to-
dos forman un mismo y solo cuerpo unido á una sola ca-
beza que es Jesucristo. Oid lo que en orden á esto dice San
Agustin (2). «Dos son las partes principales de la Iglesia,
» una que llamamos triunfante y otra militante. Esta es
» la que peregrina aun en la tierra invocando y alabando
» á Dios, y aquella es la que está siempre unida á Dios
» desde que fué criada sin experimentar mal alguno. Es-
» ta es siempre dichosa en los ángeles y los bienaventura-
» dos y favorece á su parte peregrinante, porque una sola
» será con el vínculo de la eternidad y una sola es ahora por
» el vínculo de la caridad, y porque toda está instituida pa-
» ra adorar á un solo Dios.....» «La militante está en la
» Fé, la triunfante en la vision, una en el tiempo de la
» peregrinacion, la otra en la quietud de la eternidad; una

(1) Lib. 1.º de Peccat. Mer. CXXXI.

(2) In Enchir. CLVI.

» en los trabajos , la otra en el descanso ; una en el cami-
 » no, otra en la patria ; una se aparta del mal y obra el
 » bien , la otra no conoce mal que evitar ni hay bien que
 » no goce ; una pelea con enemigos , otra reina sin ellos ;
 » una es fuerte en la adversidad , la otra no tiene nada
 » contrario ; una refrena los apetitos de la carne , otra se
 » entrega á los deleites espirituales ; una está inquieta con
 » el cuidado de vencer , la otra vive segura en la paz de la
 » victoria ; una alivia al indigente , la otra está donde no
 » hay indigentes ; una es afligida con males para que no
 » se ensoberbezca con los bienes , la otra tiene tanta gra-
 » cia que carece de todo mal y está unida al sumo bien sin
 » miedo de ser tentada por la soberbia ; una experimenta
 » bienes y males , otra solamente bienes ; una es buena
 » pero aun en la miseria , la otra es mejor y ya en la biena-
 » venturanza (1).» «Ni tampoco las almas de los fieles di-
 » stintos dice el mismo Santo (2) están separadas de la
 » Iglesia que es el reino de Jesucristo, y si no fuesen miem-
 » bros suyos, en balde se oraria y pediria por ellas en los
 » sacrificios.»

Los fieles que vivieron antes de Jesucristo son tambien miembros de esta misma Iglesia que empezó en Adán y Eva despues de su caída y su fé en el mediador ; porque á es- ta pertenecen «todos los que tienen un mismo espíritu de
 » fé,» y Jesucristo con su venida no hizo mutacion de Dios

(1) Trac. 124 in Joan.

(2) Lib. 20 de Civil. Dei cap. 9.

ni de Religión ; ni de Fé ; sino solamente de sacrificios y Sacramentos. «Jesucristo, dice San Agustín (1), Hijo único genito del Padre, Verbo del Padre, igual y coeterno con el Padre, por quien han sido criadas todas las cosas, se hizo hombre por nosotros para ser cabeza de todo el cuerpo. Pero así como al nacer un hombre, aunque nazca antes algún pie ó alguna mano, no nace mas que un hombre con sus miembros unidos á su sola cabeza ; así todos los santos que hubo antes de Jesucristo aunque nacieron antes, todos estuvieron unidos á un mismo cuerpo de que es cabeza Jesucristo.»

La Iglesia pues, segun su naturaleza y esencia, es la congregacion de todos los fieles que ha habido desde el principio del mundo y habrá por toda la eternidad, unidos á su cabeza Jesucristo. Sin embargo la Iglesia, considerada en el estado que ahora tiene, y que con la nueva ley ha recibido de Jesucristo, es segun esplican los teólogos: «La congregacion de todos los hombres unidos en la profesion de la misma fé cristiana, y en la participacion de unos mismos sacramentos, gobernados por legítimos superiores, y principalmente por el Vicario de Jesucristo en la tierra que es el romano pontífice.» Decimos que es una congregacion de hombres, no de ángeles cual era aquella que siempre estuvo unida á Dios y gozó de Dios antes que Jesucristo abriese á los hombres las puertas del cielo. Una congregacion ó república sagrada, muy distinta de las repúblicas

(1) Lib. de Cath. rudib.

humanas que solo están constituidas por la razón y prudencia humana, esta lo está por la sabiduría eterna y consejo de Dios. Este nos congregó y llamó interiormente con la gracia del Espíritu-Santo y exteriormente con el ministerio y las obras de los pastores y predicadores. Es una congregación y un reino que no tiene por sus autores á los hombres, sino al mismo Dios eterno é inmortal que la fundó sobre una piedra firmísima. Es la herencia de Dios, es el pueblo de Dios. Decimos que es la congregación de todos los hombres que están unidos en la profesión de la misma fé, ó que tienen una misma fé y unos mismos sacramentos, con cuyas palabras se excluyen de la Iglesia, los infieles, así los que nunca entraron en ella porque no recibieron el bautismo, como los judíos, los turcos y gentiles, como los herejes y apóstatas que se apalaron de ella, y los catecúmenos que son los que queriendo recibir la fé y el bautismo están instruyéndose en la doctrina antes de bautizarse cuando son capaces de instrucción por su edad, quienes no son miembros de la Iglesia hasta que están bautizados. Tampoco son miembros de la Iglesia los escomulgados ó aquellos á quienes la Iglesia aparta de la participación de sus santos sacramentos. Entre los que no son miembros de la Iglesia hemos de tener presente una diferencia notable, y es que sobre aquellos que jamás han entrado en ella ningún poder ni autoridad tiene, como sobre los judíos y demás que no están bautizados, pero sobre los que entraron en ella y después se han apartado tiene autoridad y poder para juzgarlos y condenarlos, como un rey á sus súbditos rebeldes y pertinaces ó á unos desertores de su milicia. Se aumentan las pa-

labras, gobernada por legítimos superiores y principalmente por el vicario de Jesucristo en la tierra que es el Romano Pontífice, para escluir con ellas de la Iglesia á los cismáticos, que son aquellos que tienen la misma fé y los mismos Sacramentos pero que no obedecen ni reconocen al Papa vicario de Jesucristo por cabeza de la Iglesia en la tierra ó por el supremo pastor.

De aqui se infiere que son miembros de la Iglesia todos los hombres que tienen una fé, unos sacramentos y un pastor supremo el pontífice de Roma, ya sean buenos ó ya sean malos. El ser pecador ó el perder la gracia de Dios no es bastante para quedar fuera de la Iglesia y aunque seamos pecadores, somos todavia miembros del mismo cuerpo. Esta es una verdad de fé y es una heregia el decir lo contrario como lo tiene definido la Iglesia contra los herejes que se llamaron Donatistas y se prueba con varias razones por los Santos Padres tomadas de la Sagrada Escritura de las que os daré algunas para que mejor la podais conocer. La Iglesia se compara muchas veces á el arca de Noé, en la que hubo animales inmundos; se compara tambien á un campo en el que hay cizaña sembrada entre el trigo: á una hera en que está mezclado el grano y la paja, á una red arrojada al mar que recoge de todo género de peces: á un rebaño en que hay ovejas y cabritos: á un convite nupcial al que entran convidados los buenos y los malos: á las diez virgenes de las que unas eran prudentes y otras fatuas. Jesucristo mismo nos enseña que los pecadores pertinaces en sus crímenes que no se enmiendan con la correccion fraterna, son miembros de la Iglesia hasta tanto que por sentencia de los Prelados sean separados de

ella y tenidos como Gentiles y Publicanos (1), Jesucristo mismo toleró en el número de sus discípulos á Judas y le tomó por su apóstol aunque tenia bien conocida su maldad y traicion. El incestuoso de Corinto estaba en la Iglesia de cuyo gremio le escomulgó san Pablo. El mismo apóstol se quejaba de los falsos hermanos que se contaban entre los fieles. Estas y otras razones comprueban que la Iglesia contiene en su número á los malos que los tolera y aguarda á penitencia; llora sus vicios y extravíos que aborrece, pero porque algunos hijos los cometan, no se contamina el cuerpo de la Iglesia ni está deja de ser Santa como os diré al hablar del carácter de santidad de la misma Iglesia.

De aquí se infiere tambien que aunque alguno ó algunos particulares constituidos en alguna dignidad sean pecadores ó cometan algun crimen, no por eso dejan de ser miembros de la Iglesia y conservar su autoridad interin no sean legitimamente despojados de ella, y por consiguiente estamos obligados á obedecerlos y respetarlos en todas las cosas lícitas, y todos los actos de su ministerio tienen valor, porque no les priva el pecado de la autoridad y jurisdiccion que tienen. Preciso es tambien observar que aunque los buenos y malos cristianos son miembros de una misma Iglesia, están en ella los unos de un modo y los otros de otro. Los malos están en ella sin pertenecer á la sustancia y fruto de la casa; están como la paja entre el grano. Los buenos están en la Iglesia como los vasos de oro y plata, y los malos como los va-

(1) Matt. c. 18.

zos de barro destinados á la contumelia. Los buenos y elegidos son miembros de la Iglesia, no solo segun el estado que ahora tiene, sino tambien segun el estado que tendrá perpetuamente, cuando no pase por ella ningun incircunciso, ni ningun inmundo, cuando aparezca gloriosa y sin tener mancha ni arruga: pero los malos y réprobos pertenecen á la Iglesia tan solo segun el estado en que ahora está y no á aquel que ha de tener en la otra vida. Los malos en cierto sentido son miembros muertos, porque aunque estén unidos por la profesion de la Fé y la comunión con los buenos, no lo están por la gracia y caridad, y puede decirse que pertenecen á la Iglesia, considerada segun su cuerpo y no segun su espíritu. Los malos y principalmente los réprobos son miembros de la Iglesia, como Júdas lo era del colegio de los Apóstoles «por el número y no por el mérito; por la unión » corporal y no por el vínculo espiritual, por la unión de » la carne y no por la unidad de corazón; segun la comunión de los sacramentos son de nosotros, y segun la » propiedad de sus crímenes no son de nosotros,» como dice San Agustín (1).

De toda esta doctrina se infiere tambien que la Iglesia es una congregación visible, manifiesta y abierta á quien quiera entrar en ella. Así lo manifiesta la esplicación que de ella hemos dado. Los Profetas la anunciaron como á una ciudad puesta sobre un monte elevado á la que concurrirían las gentes de todos los pueblos y naciones para oír la pala-

(1) Tract. 61. in Joan.

bra de Dios, y recibir su ley; sus puertas, dijeron que estarían abiertas día y noche para que las gentes entrasen por ellas; que todos acudirían con su luz y verían con ella la gloria del Señor. Jesucristo mandó que los que no se enmendasen con la amonestación y corrección fraterna fuesen denunciados á la Iglesia, todo lo que manifiesta que es una corporación visible, y no puede menos de ser así como poniéndose de hombres buenos y malos como hemos dicho. Y debo deciros aún, que es tan visible y manifiesta que nada puede oscurecerla ni empañarla. ¿Apagará su resplandor la persecución? Con las persecuciones se aumentó. ¿Las heregias? «Nacen para que los que estén probados se manifiesten (1).» ¿Los pecados y escándalos de los malos cristianos? No pueden oscurecer ni apagar á la que «ilumina Jesucristo todos los días hasta la consumación de los siglos (2).»

Pero cómo, direis creemos en la Iglesia si la Iglesia es visible? La Fé es creer lo que no vemos y si vemos á la Iglesia no será artículo de Fé creer que hay Iglesia. Hijos míos, una cosa vemos y otra creemos. Vemos la Iglesia y creemos la verdad de la Iglesia ó que es la verdadera, vemos una congregación de fieles con unos mismos sacramentos y sujetos á un mismo Pastor y creemos que esta congregación de fieles bajo la misma Fé y obediencia es la Iglesia verdadera, lo que no vemos sino con la fé, á la manera que

(1) 1.^a Corint. cap. 11.

(2) Matt. ult.

los apóstoles y discípulos veían á un hombre llamado Jesucristo hijo de Dios vivo, pero que aquel mismo hombre era el hijo de Dios no lo veían sino que lo creían. Nosotros vemos el cuerpo de la Iglesia pero no vemos al Espíritu-Santo; por el que está regida y gobernada; no vemos el fin espiritual y sobrenatural á que se ordena que es Dios y su gloria no vemos los misterios que en ella se contienen; ni la virtud y eficacia de los sacramentos que en ella se hacen y administran; ni vemos su nacimiento, su dignidad, sus atribuciones, las llaves del cielo que se la han entregado; la potestad de perdonar los pecados; de excomulgar; de consagrar el cuerpo de Jesucristo en el santo sacrificio de la misa y otras muchas facultades que su fundador divino la ha concedido. No vemos la gracia, las virtudes y los dones por los que se santifican los fieles y se hacen templos del Espíritu-Santo. Todo esto lo creemos y no lo vemos. El nacimiento y fundación de la Iglesia, su Santidad, su infalibilidad, su estabilidad y duración hasta el fin de los siglos son cosas que ni vemos con los ojos ni se pueden demostrar ni percibir por la razón humana sino solo por la Fé. Por esto Hijos míos, aunque vemos la Iglesia hacemos profesión de creer á la santa Iglesia católica, y ved aquí lo que creemos en este artículo del Símbolo.

Me falta explicaros cuales son los caracteres y señales que nos da la sagrada Escritura para conocer y distinguir á la Iglesia verdadera de todas las falsas sectas y no equivocarnos en asunto de tanta entidad, pero lo suspendo para otro día por no seros molesto y hoy concluiré con deciros que: Cuidemos mis amados hijos, de no ser miembros muertos del

cuerpo de la Iglesia, á que estamos unidos. Millares de gracias sean dadas al Señor por habernos concedido el nacer en el seno de esta madre; pero no seamos hijos espureos y reprobados, no seamos la paja y la cizaña de este campo del padre de familias, porque al llegar el tiempo de la mies será arrojada al fuego inextinguible toda la mala hierba; no nos descuidemos como las vírgenes necias y nos cierre para siempre la entrada en las bodas el celestial esposo. No malogremos los Santos Sacramentos, los auxilios y todos los medios que nos proporciona la Iglesia para ser sus miembros vivos y poder unirnos á la Iglesia triunfante. ¡Cuánto será nuestro dolor, nuestra rabia y desesperacion si por culpa nuestra quedamos escluidos del reino eterno que tan facilmente podemos lograr!

¡Dios mio! yo os pido con todo mi corazon que no permitais por vuestra bondad y misericordia infinita, que se pierda ninguna de las ovejas del rebaño que me habeis confiado. Concedéme Señor la gracia de dirijirlas á todas por el camino recto, para que unidas á su pastor despues de esta Iglesia de prueba y tentacion, seamos todos miembros de la Iglesia triunfante en la que con los ángeles y Santos os alabemos y gocemos para siempre.

PLATON, XIX

**De los caracteres y señales de la verdadera Iglesia, de la
unidad, y de la indiferencia de Religión.**

alguna los hereges y cismáticos que no crean, sigan, obedezcan y se unan á la Iglesia verdadera, porque culpa suya es su separacion y falta de obediencia en vista de la luz con que tan ostensiblemente se nos señala y manifiesta. Veamos cuáles son estos caracteres y señales, y veamos á qué Iglesia convienen y conoceremos que a quella es la verdadera, la fundada por Jesucristo, depositaria de su doctrina, la que ha de durar hasta el fin de los siglos y á la que todos debemos unirnos, respetar y obedecer.

Los caracteres y señales de la verdadera Iglesia son: el ser « Una, Santa Católica, y Apostólica. » Asi se repite con frecuencia en las sagradas letras y asi se la distingue en el Símbolo Niceno de todas las demas.

La Iglesia verdadera debe ser sola una. Su autor es solo uno que es Jesucristo y no debe reconocerse otra Iglesia que la fundada por Jesucristo. « Un solo rebaño con un solo » Pastor, un solo cuerpo, un solo Señor, una sola Fé y » un solo bautismo. » Ved aquí lo que repetidas veces hallamos en la sagrada Escritura. El Apóstol decia á los fieles de Efeso (1), « Cuidad de guardar la unidad.... Decid y » confesad todos una misma cosa, y no haya entre vosotros » cismas ni divisiones. Sé que hay disputas entre vosotros, » uno dice; yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, » yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Acaso Pablo » ha sido crucificado por vosotros ó habeis sido bautizados » en nombre de Pablo? » Uno solo es el que murió por los

(1) Cap. 1 et 4.

hombres, una sola es la doctrina predicada por Jesucristo y la que debe permanecer, porque ella fué perfecta y completa en su origen, y á ella prometió su autor durar hasta la consumacion de los siglos. Todo lo que no esté unido á esta doctrina no es doctrina de Jesucristo, no es del cuerpo de Jesucristo, no está vivificado por el Espíritu de Jesucristo, no es del edificio de Jesucristo fundado sobre un solo cimiento y una sola piedra. La razon misma, Hijos míos, nos manifiesta esta verdad; porque si Jesucristo fundó una sola Iglesia, claro está que una sola debe ser la verdadera y que todas las que estén en oposicion con ella no son la Iglesia de Jesucristo, son obras de los hombres y por consiguiente son falsas. Los santos Padres, despues de los Apóstoles se han explicado constantemente en este mismo sentido en todos los siglos.

Han comparado á la Iglesia de Jesucristo á la ciudad santa de Jerusalem, fuera de la que no era lícito ofrecer á Dios sacrificios de ninguna especie. Al arca de Noé fuera de la que ninguno pudo salvarse del diluvio. A la casa destinada para comer el cordero de la pascua fuera de la que el que comiese se hacia profano en la ley del pueblo de Dios (1). «La Iglesia es una, dice San Cipriano (2) que se multiplica con el incremento de su fecundidad con toda la mayor estension; pero á la manera que los rayos del sol son muchos y uno solo es el cuerpo lumínar de donde salen; como un árbol

(1) Exod. cap. 12.

(2) Lib. de Unit. Ecc.

» estiendo por todas partes sus ramas, pero uno solo es el
 » tronco fundado sobre su raíz, y á la manera que de una
 » sola fuente salen muchos arroyos y aunque se extiendan á
 » muy lejos siempre conservan la unidad de su origen, así
 » la Iglesia es una sola aunque se extienda por todo el mun-
 » do, es una sola luz que alumbra y se difunde por todas par-
 » tes; es un solo árbol que estiendo sus ramas y sus frutos por
 » toda la tierra; es una fuente, y manantial fecundo, una sola
 » madre que estiendo sus gracias por todas partes: en su se-
 » no nacemos, con su leche nos nutrimos, con su espíritu
 » nos animamos. La Esposa de Jesucristo no puede ser adúl-
 » tera, es incorrupta y guarda á los hijos que engendró
 » para el reino de Dios. El que se separa de esta Iglesia se
 » junta á una adúltera, se separa y renuncia á las promesas
 » hechas á la Iglesia, no puede venir á los premios de Jesu-
 » cristo; el que deja la Iglesia de Jesucristo, es ageno, es
 » profano, es enemigo. Sepárese el rayo de luz del sol y
 » no recibirá luz; córtese una rama del árbol y no podrá dar
 » mas fruto, apártese á un arroyo de la fuente y se queda-
 » rá seco; pues ved aquí la suerte de los que se separan de la
 » unidad de la Iglesia.» «En vano, dice tambien, celebran
 » sacrificios los que estan fuera de la Iglesia, estos aunque
 » padeciesen el martirio, ni aun con su sangre limpiarían su
 » mancha. El que no está en la Iglesia no puede llegar al rei-
 » no porque se ha separado de la que únicamente ha de
 » reinar.» «Cuando algunos, dice Lactancio (1), toman nom-

(1) Lib. 4. Div. Institut. cap. 50.

» bres humanos y empiezan á llamarse Novacianos, Valen-
 » tinianos, Marcionistas ó con cualquiera otro nombre de-
 » jando el de Cristo, dejan de ser cristianos. Sola la Iglesia
 » católica es la que tiene el verdadero culto, sola una es la
 » fuente de la verdad, en una sola está el domicilio de la Fé,
 » una sola es el templo de Dios, y si alguno no entrase en él
 » ó alguno le desamparase, pierda toda esperanza de salud
 » eterna.» «Sola la Iglesia católica, dice san Agustin (1),
 » es el cuerpo de Cristo, de la cual es cabeza él mismo,
 » que es su salvador. Fuera de esta Iglesia á ninguno vi-
 »ifica el Espíritu-Santo. No es participante de la divina
 » caridad el que es enemigo de la unidad.» «El que quie-
 »ra recibir al Espíritu Santo guárdese de salir fuera de la
 » Iglesia, dice san Fulgencio (2), una es la Iglesia de Cris-
 »to, una es la amada, una es la esposa. Asi como en Je-
 »ricó el que estuvo fuera de la casa de Rahab no pudo
 » salvar la vida, asi todo el que esté fuera de la Iglesia
 » católica no puede conseguir el perdon de los pecados,
 » Fuera de esta Iglesia ni el nombre cristiano sirve de ayu-
 »da, ni el bautismo salva, ni se ofrece á Dios un sacrifi-
 »cio agradable, ni se encuentra la felicidad de la vida
 » eterna.»

Ocuparia demasiado tiempo si me detuviera á manifes-
 taros lo mucho que todos los Santos Padres han dicho sobre
 esta materia conviniendo y comprobando todos la verdad que

(1) Epistola 50

(2) Lib. 1.º de Remiss. Peccat. cap. 22.

os estoy manifestando, á saber, que la Iglesia de Jesucristo es una sola, que es un solo cuerpo, que debe convenirle el carácter y señal de ser *una*.

Pues este carácter, esta unidad conviene á sola la Iglesia Católica Apostólica Romana. Esta es una, porque en ella, aunque difundida por todo el mundo, es una sola su Fé, una sola su doctrina, tiene en todas partes un mismo bautismo, y todos los mismos sacramentos, tiene una misma esperanza que es la gloria que todos esperamos, y tiene una misma cabeza, un rector y gobernador invisible y eterno que es Jesucristo, y otra visible que está en la tierra y es el sumo Pontífice de Roma Vicario de Jesucristo como sucesor legítimo del Apóstol San Pedro á quien el mismo Jesucristo encargó y autorizó para el gobierno universal de toda su herencia y para pastor de todo su rebaño.

Un cuerpo no puede tener sino una sola cabeza, siendo uno solo el cuerpo que se llama Iglesia debe ser una sola su cabeza. Esta, como todos tenemos obligacion á confesar es Jesucristo su autor y fundador, pero invisible que está en los Cielos á la diestra de Dios Padre. Pero el mismo Jesucristo que hizo visible á su Iglesia, á sus sacramentos, á su culto, y compuesta de hombres con cuerpo y alma sin dejar él de darla su asistencia y su espíritu, quiso que su culto y sus sacramentos se administrase por manos de hombres, que su doctrina se anunciase por los hombres y que su Iglesia se rigiese y gobernase por los hombres; y para conservar la unidad y uniformidad en toda ella quiso poner por su encargado y representante con facultades para cumplir su encargo á un hombre que llamamos cabeza visible de la

Iglesia en la tierra, y este fué el Apóstol San Pedro. Y como este habia de morir dejó las mismas facultades y el mismo encargo á todos sus sucesores. De entre todos los Apóstoles á solo San Pedro dijo Jesucristo: «Tú eres Pedro y » sobre esta piedra edificaré mi Iglesia contra la que no » prevalecerán jamás las puertas del infierno. A tí te daré » las llaves del reino de los Cielos, todo lo que desatares » será desatado, y todo lo que atares en la tierra será atado en el Cielo.» Y despues de su resurreccion le dijo: «Apacienta mis corderos y apacienta mis ovejas.» Jesucristo le dió una potestad superior á la de todos los demas Apóstoles, y aunque es verdad que á todos los mandó á predicar por todo el mundo con facultades amplias segun exigian las circunstancias, fueron solamente personales para la pronta predicacion y conversion de todas las gentes al cristianismo, pero á San Pedro le autorizó el primero, recibió una autoridad por separado de la de los demas, no solo para sí sino para todos sus sucesores, para demostrar dice San Cipriano (1) que una sola es la Iglesia de Cristo, una sola la Cátedra fuera de la que no hay Fé verdadera. Segun toda esta doctrina habremos de decir que aquella será la Iglesia verdadera la que sea una, y será una la que tenga unidad en su doctrina, en su Fé, en sus sacramentos y en su cabeza; que aquella será la cabeza verdadera la que sea puesta por Jesucristo, y sabremos cuál es la cabeza puesta por Jesucristo buscando aquella que por una sucesion y duracion

(1) De Unit Ecc.

constante y sin interrupcion tenga su origen y descendencia de San Pedro. Y esto, Hijos míos, conviene tan solo á la Iglesia de Roma. El Pontífice de Roma es el sucesor de San Pedro, es la cabeza visible de la Iglesia; es el centro de todos los fieles, el origen de donde dimanau todos los miembros que componen el cuerpo de la Iglesia. Es el Vicario de Jesucristo; el Pastor, Padre y Doctor universal de todos los fieles de cualquier género y órden. Pastor, no solo de los corderos sino tambien de las ovejas; es decir: el primer Obispo superior á todos los Obispos en quien por ordenacion y derecho divino reside la potestad de gobernar y regir á toda la Iglesia. De la necesaria union que deben tener todos los fieles católicos con el Pontífice de Roma, como cabeza de toda la Iglesia, ha nacido el llamarse los católicos desde tiempos antiquísimos: Romanos, y á la Iglesia verdadera: Católica, Apostólica Romana, que quiere decir: que somos obedientes y tenemos la misma Fé que tiene y profesa la Iglesia de Roma de que es cabeza el sucesor de San Pedro.

De aquí se infiere con toda claridad y precision que fuera de la Iglesia católica no puede haber salud, ó que es absolutamente necesario estar unidos y obedientes á la Iglesia de Roma y su Soberano Pontífice con unidad de fé para salvarnos. Asi lo manifiesta cuanto habeis oido de los Santos Padres hablando de la unidad de la Iglesia y para mayor comprobacion os diré lo que dice San Agustin (1): «El alma vegeta todos los miembros, ve por los ojos, oye por

(1) Serm. 267.

» los oídos, huele con las narices, habla por la lengua,
» obra por las manos, anda por los pies, á un tiempo mismo
» asiste á todos los miembros para que vivan; á todos da
» la vida y á cada uno su propio oficio: no oye el ojo, no
» ve el oído, ni la lengua; no habla el ojo y el oído pero
» viven; los oficios son diversos pero la vida es común.
» Así es la Iglesia de Dios, en unos Santos obra milagros,
» en otros predica la verdad, en otros guarda la virginidad,
» en otros la fé y la pureza conyugal, en unos unas
» y en otros obra otras cosas y cada uno obra aquello que
» le es peculiar, pero todos igualmente viven. Mas á la
» manera que en un cuerpo humano si algun miembro se
» corta pierde la vida que tenia estando unido, así todo
» hombre cristiano si se separa del cuerpo de Cristo, que es
» la Iglesia, queda cortado y sin vida.» Al mismo intento,
dice San Gerónimo (1), «Me uno á la comunión de la cá-
» tedra de San Pedro. Sé que sobre aquella piedra está
» edificada la Iglesia. Todo el que coma el cordero fuera
» de esta casa será profano. Si alguno no estuviere en el
» arca de Noe perecerá en el diluvio.» San Cipriano des-
pues de decir lo mismo y valerse del mismo egemplar del ar-
ca de Noe dice (2): «Que no puede tener por su Padre á
» Dios el que no tiene á la Iglesia por su Madre.» Del
mismo sentir es San Gregorio y todos los Santos Padres, y
el hombre sensato no puede menos de convencerse en vista
de sus razones.

(1) Epíst. 57.

(2) De Unit. Ecc.

Podrá decirse á esto: que bien pudo ser que la Iglesia de Roma gobernada por San Pedro y algun tiempo despues conservase la integridad y pureza de la fé, pero que despues ha podido muy bien relajarse y caer en algun error, y los que se han separado de ella serán entonces los depositarios de la verdadera doctrina y por consiguiente la Iglesia verdadera, y no la de Roma ni el sucesor do San Pedro. Pero esto, Hijos mios, no puede suceder. Jesucristo no dejó su Iglesia espuesta al error, la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, dijo que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno; el Pontífice de Roma no puede errar en sus decisiones en materias de fé, y en cuanto al buen régimen y gobiérno de la Iglesia porque está asistido del Espíritu-Santo. Su doctrina será siempre la verdadera y el error está de parte de los que se separan de su sentir, á quienes no está prometida la infalibilidad, y cuando no tuviéramos otra prueba y testimonios, basta la experiencia de diez y nueve siglos en que habiendo variado sin término todas las sectas sus creencias, la Iglesia de Roma conserva la que recibió de los Apostóles: como ya os he dicho en otra ocasion (1).

Pero, se me podrá decir tambien, aunque la Iglesia sea y deba ser una, pueden muy bien todas las que se llaman sectas como los Luteranos y Calvinistas salvarse y vivir en la unidad de la Iglesia, porque esta unidad consiste en tener unos mismos artículos de fé fundamentales, cuales son el

(1) Mat. 6.

creer el misterio de la Santísima Trinidad, y el de la Encarnacion, Pasion, Muerte, y Resurreccion de Jesucristo. Conviniedo en estos es suficiente porque los demas artículos son arbitrarios y no son de necesidad para ser del cuerpo de la Iglesia católica. Asi, hijos míos, dicen los calvinistas y otros hereges; pero no es esta la doctrina de Jesucristo: *El que no oyere á la Iglesia*, dijo absolutamente, *sea tenido por gentil y publicano* y los Santos Padres de todos los tiempos han tenido por necesaria la union con la Iglesia Romana en todos sus artículos, porque todos son necesarios y fundamentales. La Iglesia tambien ha separado de su seno á los que no han convenido con ella, no solo en la fé de los misterios de la Trinidad y Encarnacion, sino en la fé de otras verdades que profesa. Es pues necesario creer todo lo que la Iglesia de Roma cree para salvarse, vivir en su union, en su obediencia y ser miembro suyo. Y á la verdad que fuera de esta Iglesia y centro de unidad no le queda al hombre medio alguno para llegar á Dios. Los judíos no tienen en sus sinagogas otra cosa que el cántico desordenado de algun salmo y oír á sus ministros alguna interpretacion torcida y forzada de su Biblia. No tienen padres espirituales, no tienen libros piadosos, no tienen costumbre de examinarse á sí mismos, ni tiempo determinado para arrepentirse de sus culpas, ni aun ley es del culto interior que deben dar á su Dios. Mucho menos les proveyó de estos medios el Alcoran á los mahometanos, porque en él no se les ordena ser agradecidos á Dios, ni que recurran á él sino, que todo lo dejan al destino inevitable, en su oracion no piden á Dios sino bienes terrenos, todas sus esperanzas son terrenas y sus

lavatorios solo podrán limpiarles el polvo del cuerpo, pero en ninguna manera los pecados del alma, porque ninguna virtud pudo darlos su autor para ello. Los hereges y cismáticos carecen tambien de los medios para santificarse, porque habiéndose apartado del gremio de la Santa Iglesia Católica, rechazando impiamente sus ritos, sus ceremonias, sus usos y sus constituciones, no retienen sino algun sacramento y aun á estos los varían, cambian, alteran y contaminan con mil errores; pudiéndose muy bien decir que *han destruido todo lo que el mismo Señor perfeccionó* (1).

Y si esto es así ¿Qué diremos, hijos míos, de la indiferencia de religion? ¿De esas ideas que muchos tienen y manifiestan queriendo persuadir á título de tolerancia y humanidad, que Dios admite todas las religiones y se honra igualmente con todos los cultos, que igualmente va al cielo el judío, el protestante, el mahometano, el gentil y el católico guardando cada uno su ley, y que debe acomodarse el hombre á la religion del país en que vive ó á la que haya en donde se halla? Pero ¿qué hemos de decir sino que estos hombres por mas que presuman de sabios y políticos no tienen idea alguna de Religion, que para estos toda religion es obra de los gobiernos y política de los hombres, que segun estos no fué Jesucristo Dios y hombre verdadero que vino al mundo á dar á los hombres una religion universal y única porque si tal creyeran habrian de confesar por necesidad

(1) Psal. 10. v. 4.

que la religion del hombre Dios es sola la verdadera. Diremos mas, hijos míos, porque así es: diremos que estos hombres no solo no tienen fé ni religion, sino que no tienen tampoco Dios, porque si creen que le hay, preciso es adorarle y darle culto, y si él ha marcado el modo con que quiere ser adorado, aquel debe ser el único culto que se le tribute. Si creen que le hay es preciso que crean que es uno solo y el mismo en todas partes, y no ha de tener en unas por buena una cosa misma, y en otras por mala; no ha de decir en unas partes que hay purgatorio y en otras que no; en unas que Jesucristo es Dios y hombre, nuestro Salvador y redentor y en otras que es un impostor y falsario. Diremos que valiera mas á estos hombres el decir de una vez que no hay Dios, que no el blasfemar contra él queriendo santificar y recibir igualmente todos los cultos, que les valiera mas no tener religion alguna y decirlo así abiertamente que incurrir en el delirio de adoptarlas todas. — ¿Pero no hemos de ser tolerantes? — ¿Y es la tolerancia el vivir entre los judíos, los hereges y las gentes de toda religion? La tolerancia es el sufrimiento y la resignacion en los trabajos, adversidades y males que Dios nos envía, y no es en manera alguna el acomodarse á vivir en toda secta y con toda secta. Dejemos á la prudencia de los reyes y superiores el permitir que vivan ó no en sus dominios gentes de distintas creencias; á nosotros no nos toca juzgar en este asunto, pero debemos desear vivir y morir en nuestra fé y creencia, y debemos ser celosos de la honra de Dios y el triunfo de su Iglesia, debemos decir animados de los sentimientos del real Profeta: *Magnificate Dominum mecum et exaltemus nomen ejus in id*

ipsum (1), Magnifiquemos al Señor y juntémonos todos para exaltar su santo nombre. Hereges, Cismáticos, hombres indiferentes que tan fácilmente os acomodais á todas creencias, gentes todas del mundo venid con nosotros. ¿Por qué quereis romper el cuerpo de Jesucristo? Vino el perseguidor y no le rompió las piernas, íntegro quedó en la cruz entre sus enemigos; estos le desnudaron, pero no rompieron ni dividieron su túnica ¿Por qué quereis que no esté entero el cuerpo ni la túnica de Jesucristo en las manos de los cristianos? Juntémonos y exaltemos y magnifiquemos el nombre del Señor.

Unámonos al menos nosotros hijos míos y dando gracias á Dios por habernos dado el vivir en el seno de su Iglesia, amémosle por nosotros y por todos los hombres, bendigámosle en todo tiempo y no se aparten de nuestra boca sus alabanzas. *Exaltemus nomen ejus in id ipsum*. Alabémosle y exaltemos todos juntos su nombre con la paz, con la union, con el amor y no dejemos de bendecirle hasta unirnos á los coros de los Angeles y santos á cantarle las eternas alabanzas. Amen.

(1) Psalm. 33 v. 4.

PLATICA XX.

De los caracteres de la Iglesia: Santa, Católica, y Apóstolica.

La Iglesia verdadera no solamente debe de ser *una* sino que deben convenirla tambien los caracteres de ser *Santa, Católica, Apóstolica*. Asi la llaman constantemente y la distinguen tanto los sagrados libros como los Santos Padres. Debe ser *Santa*, porque es Santo Jesucristo su autor y fundador, porque Jesucristo mismo es su cabeza y forma con ella un solo cuerpo, y siendo santa la cabeza debe ser santo todo el cuerpo. *Santa* porque su fin debe ser santo cual es el santificar á los miembros que la componen, y hacerlos por la gracia merecedores de la gloria. *Santa*, porque debe estar regida, asistida é inspirada por el Espíritu-Santo continua y constantemente, segun las repetidas promesas de su divino fundador. *Santa* porque su doctrina y moral debe ser verdadera, sin mezcla de error, pura y como conviene para que los fieles aprendan á vivir de un modo que pnedan ser santos. *Santa* porque en ella debe estar el legítimo culto, el legítimo sacrificio y deben estar tambien los santos sacramentos como medios que dejó establecidos Jesucristo para conseguir por ellos la reconciliacion, la gra-

cia, la justicia y el amor de Dios. *Santa* porque debe ser la Esposa santificada por Jesucristo, toda gloriosa y sin arruga, sin mancha ni deformidad alguna (1). Debe ser *Católica*, y es preciso que todos convengan en señalar este carácter á la verdadera Iglesia, que quiere decir *Universal*. Jesucristo no reservó el Evangelio para solo un pueblo, le destinó para todos los reinos y lugares. *Euntes docete omnes gentes* dijo á sus Apóstoles. Los envió á predicar por todo el mundo, y en toda la tierra hasta sus confines se oyó el sonido de la voz de los ministros del Evangelio. Vuestra Fé decía el apóstol, se anuncia á todas las gentes y por todo el mundo. La Religión verdadera debe ser universal porque en todos los lugares la mandó Jesucristo predicar, á todas las naciones llamó y atrajo desde lo alto de la cruz; porque debe dominar de mar á mar hasta los términos de la tierra, deben adorarle todos los reyes, servirle todas las gentes, en él deben de ser benditas las tribus, deben magnificarlo todas las naciones, el nombre de Jesus debe ser bendito para siempre y toda la tierra debe llenarse de su poder y magestad (2). Las repetidas promesas del Mesias y de su reino universal y sin fin de su triunfo sobre todas las gentes y naciones, de la celebridad de su nombre desde donde nace el Sol hasta donde se pone no hablan de un reino temporal, no quieren decir otra cosa sino que el reinado de su Evangelio y de su Iglesia seria por todo el mundo y se re-

(1) Eph cap. 5.

(2) Psalín. 71.

cibiria por todas las naciones. Debe ser universal no solo para todos los lugares, sino para todos los tiempos y para todas las personas. Debe serlo tambien por su doctrina que debe ser la misma en todos los reinos, en todas las épocas y en todas las circunstancias, sin admitir variacion ó mutacion alguna; y debe tambien ser Apostólica, porque debe ser la que fué fundada por Jesucristo, y promulgada y anunciada por sus Apóstoles; porque su doctrina debe ser, no nueva sino la que publicaron por todo el mundo los discípulos del divino Maestro, porque debe ser aquella que por una sucesion constante tenga su origen de los mismos apóstoles.

Veamos ahora, hijos míos, á qué Iglesia convienen estos caractéres, y si convienen á la Iglesia Romana en cuya union y seno estamos, asi como hemos visto que la conviene el carácter de ser Una, esta será la Iglesia verdadera. A la Iglesia de Roma, y por consiguiente á todos los que estamos unidos á ella, conviene el carácter de ser Santa. Su autor y fundador es Jesucristo, es su cabeza invisible como os he manifestado en otro dia, la Iglesia de Roma sigue siendo su única Esposa; por consiguiente por razon de su fundador y Cabeza es Santa. La Iglesia de Roma está asistida del Espíritu-Santo, porque en ella está el sucesor de San Pedro á quien Jesucristo prometió la asistencia de su Espíritu Paráclito. Es Santa, porque contra ella no han prevalecido jamas las puertas del Infierno, no ha sido contaminada con el error, y como depositaria fiel de la doctrina Santa, la conserva hoy con la integridad que la recibió de su Autor y Maestro. Su culto es Santo, sus ritos sagrados son los que ha recibido de los Apóstoles y va

legando por una tradicion constante á todos los sucesores. En la Iglesia de Roma están los verdaderos sacramentos, y por lo tanto es santa porque en ella puede conseguirse la verdadera santidad que no puede lograrse sino dentro de su comunión. La verdadera justicia dice san Agustín (1) está en aquella república cuyo autor y conservador es Jesucristo. En aquella sola ciudad está la justicia verdadera de la que la Escritura santa dice «Ciudad de Dios, de ti se han anunciado cosas gloriosas.» No negamos dice el santo que fuera de la Iglesia de Roma puede haber algunas obras buenas, algunos sacramentos, algunos dogmas verdaderos y aun algunos dones de Dios; pero la justicia, la santidad, el perdón de los pecados y la gracia que es prenda de la gloria, no se halla sino en la Iglesia que es una. Estos bienes son hereditarios en la casa, en que somos herederos de Dios y coherederos de Jesucristo. Hay bienes para los hijos de Jerusalén libre nuestra madre, y los hay para los hijos de las esclavas que están fuera, pero los herederos serán solamente los hijos de la libre, estos solos recibirán el espíritu de adopción de hijos, que no puede darse sino por la caridad, y fuera de la Iglesia Católica ni hay caridad ni se recibe el Espíritu-Santo, porque no pueden tenerla ni recibirle los que no aman la unidad. Así es, hijos míos, que solamente en la Iglesia de la comunión de Roma es donde hay y ha habido en todos los siglos ejemplares heroicos de fortaleza y santidad. Mártires, Confesores Vírgenes y miem-

(1) Lib. 2.º de Civit. Dei CXXI.

bros suyos de toda edad, sexo y condicion que se han sacrificado en defensa de la fé de su Iglesia, ó han merecido el título de santos por lo esclárecido de sus virtudes de que no pueden presentarnos ejemplos ninguna de las demas sectas. Asi es que solo en la Santa Iglesia Romana se conserva el don de obrar milagros verdaderos como lo publica la esperiencia, y jámas fuera de ella han podido acreditar uno los sectarios ni herejes. Es Santa la Iglesia de Roma porque es santa su doctrina. En sus dogmas nada hay falso, nada contradictorio nada que no sea santo. En ella está en su pureza la ley del Señor que convierte á las almas, en ella se conservan con fidelidad los testimonios para alumbrar á los humildes, y los preceptos para dirigir con rectitud los corazones. Los pueblos concurren á la Iglesia para aprender como deben vivir en el tiempo para vivir en la eternidad, y la Iglesia de Roma desde su cátedra, y á la vista del mundo entero, anuncia su doctrina á todas las naciones sin temor de las burlas de los sectarios ni de las amenazas y falsos pronósticos de los impiós: y anuncia siempre la misma, porque la verdad es eterna y siempre invariable, mientras las demas sectas, se pierden entre sus mismas variaciones como fundadas sobre el cimiento movedizo del error y la mentira: anuncia su doctrina pero doctrina santa de union de reconciliacion, de paz, de fraternidad y de obediencia. Jamás manda á sus hijos correr á las rebeliones y alborotos, ni anima ni conlata á las turbas al furor como los Apóstoles de la heregia y de la impiedad. Su espíritu es santo como su autor y el espíritu divino que la anima y la sostiene.

La Iglesia Romana por su cabeza, por sus sacramentos,

por el culto divino que tributa á Dios , por las gracias que en ella derrama el Espíritu-Santo , por el perdon de los pecados que en ella se concede , por la gracia y la gloria que en ella sola se logra , porque su doctrina es toda pura , virtuosa y santa , decimos que es y debe apropiársela exclusivamente el carácter de santa.

De aquí debemos y podemos fácilmente inferir que no es preciso ni queremos decir llamando Santa á la Iglesia Romana que todos sus miembros son santos. Os he dicho ya , que la Iglesia de Dios en este mundo se compone de buenos y malos ; pero se llama Santa porque su fin es santo , porque todos sus hijos que han recibido la Fé y el bautismo se han hecho pueblo de Dios , y aunque sean pecadores y malos cristianos han hecho profesion de santidad , y pueden llamarse santos al modo que los que han profesado ó sido aprobados en un arte como el de carpintero por ejemplo se llaman carpinteros aunque no guarden las reglas del arte. La Iglesia aunque sus hijos sean malos no pierde nada de su santidad , porque lejos de aprobar y consentir en sus maldades los reprende , los condena y los corrige con su doctrina , con sus amonestaciones y con sus ejemplos ; y los cristianos aunque sean malos tienen en su Iglesia los sacramentos , la penitencia y los demas medios para santificarse , y esto basta para poder llamar Santa á la Iglesia , y santos á los que la componen. En este sentido llamaba el Apóstol santos á los fieles de Corinto y sin embargo los reprendia por carnales , por contenciosos y por otros escosos (1).

(1) 1.^a Corint. cap. 1.^o

No menos conviene á la Iglesia Romana el carácter de Católica. Es universal ó Católica por razon de los lugares, porque en todas las naciones hay hijos de esta Santa Iglesia que la reconocen por su Madre y maestra. En todas las partes del mundo se anuncia su Evangelio y tiene sus Ministros y operarios. No está circunscripta á un reino ó nacion como las sectas de los hereges, sino que abraza á todos los reinos y naciones. Es universal por razon de los tiempos, porque es la Iglesia de todos los siglos y la que durará por los siglos de los siglos. Lo es por razon de las personas, porque á todas igualmente admite á su seno, á todas da entrada en sus sacrificios y en su culto, á todas sin distincion hace participantes de sus sacramentos y de sus oraciones. Reyes, súbditos, ricos, pobres, hombres, mugeres, señores y esclavos, todos igualmente pueden ser miembros de esta Iglesia, en todos vé igualmente hijos de Jesucristo y á todos hace participantes de una misma Fé, de unas mismas gracias, y de unas mismas esperanzas y premios. Es Católica tambien por razon de su doctrina que como hemos dicho conserva la misma en todos los siglos y conviene y es aplicable á todas las personas, á todas las edades y á todos los reinos. Y últimamente es Católica ó universal, porque es completa y perfecta en todas sus partes, porque en ella nada ha habido contradictorio, no ha habido mancha ni arruga que haya empañado su hermosura. No quiero dejar pasar esta ocasion sin haceros observar la profunda sabiduría y prudencia que preside á las disposiciones de la Santa Iglesia Romana, aun á aquellas que al parecer son inconducentes y de ninguna utilidad. No habreis dejado de oir, y aca-

¡o vosotros mismos habreis tenido por una impropiedad ó imperfeccion el conservar una lengua distinta de la de nuestra nacion, una lengua que no se entiende, y el que se celebre el Santo Sacrificio de la Misa y se administren los santos sacramentos y canten las alabanzas de Dios en una lengua tan antigua y sin uso mas que para la Iglesia; pero no habeis reflexionado ni comprendido que la Iglesia Romana es Católica ó universal y debe tener tambien una lengua universal. ¡Qué idea tan grande Hijos míos! De una provincia á otra provincia, de un reino á otro reino, de un polo ó extremo del mundo al otro, el católico que entra en una Iglesia de su rito puede decir que entra en su casa, y que nada estrañan sus ojos. Vé en todas partes lo que ha visto en toda su vida, oye lo mismo y desde el primer momento puede confundir su voz con la de sus hermanos, los comprende y ellos le comprenden y puede decir con verdad; ¡mi Iglesia está en todas partes! Verdad es, que el santo sacrificio, los santos sacramentos y los sagrados cánticos se celebran en una lengua que os es desconocida, pero muchos podeis facilmente comprenderla, la dignidad de nuestros augustos misterios se hace mas respetable en un idioma eterno y esento de mudanzas y su contenido se os explica tanto en la predicacion que siempre es en la lengua del propio pais como en los libros de devocion. De nada se priva á los fieles y reportan la ventaja entre otras muchas de poderse unir á los fieles y participar de los beneficios de su Iglesia en todo el mundo.

No menos que el ser santa y católica conviene á la Iglesia de Roma el ser *Apostólica*, lo es no solamente porque

en ella se conserva la misma doctrina que anunciaron los apóstoles sino porque se conserva tambien el sucesor legítimo de san Pedro. Que nos den el origen de todas las Iglesias, decia Tertuliano en su tiempo (1), que revuelvan el orden de la sucesion de todos sus obispos y contando desde el último lleguen al primero y que nos digan si este fué algun santo Apóstol, ó al menos alguno de los varones Apostólicos puesto por los Apóstoles como San Policarpo fué puesto en la Iglesia de Smyrna por San Juan y san Clemente fué ordenado por san Pedro en la de Roma, asi como podemos hacer los que nos gloriamos de descender de los mismos apóstoles. Y aun podemos hacer mas si queremos saciar nuestra curiosidad y afianzar nuestra opinion en un asunto en que se interesa nuestra salud eterna. Recorramos las mismas Iglesias en que tuvieron su silla los mismos Apóstoles, en las que nos consta y existen los monumentos que comprueban y hacen en cierto modo oir la voz de cada uno de los Apóstoles que las gobernaron; Achaya, Corintho, Macedonia, Philipos, Thesalonica. En Asia tenemos á Efeso; en Italia tenemos á Roma, esta Roma feliz en que san Pedro dejó su doctrina juntamente con su sangre y la que hasta ahora está regida por sus legítimos sucesores. Nosotros, Hijos míos, podemos dar mas fuerza á este argumento, porque despues de tantos siglos en que casi todas las Iglesias de los demas Apóstoles han desaparecido, vemos la de Roma ocupada y regida por el sucesor legítimo de san Pedro nuestro santísi-

(1) Lib. de prescriptionibus cap. 32 y 36.

mo Padre Pio VIII. Con la prueba de esta legítima sucesion convención y echaban en cara á los hereges la falsedad de sus Iglesias; san Ireneo, san Optato y san Agustin y otros santos padres porque esta sola basta para manifestar cuál es la Iglesia verdadera y la que la distingue de todas las nuevas sectas. Es preciso confesar que allí estará la Iglesia Apostólica donde esté la doctrina de los Apóstoles, y allí estará la doctrina de los Apóstoles donde continúe la legítima sucesion de los Apóstoles hasta nosotros, y continuando en Roma la Iglesia de Roma, es la Apostólica, es la depositaria y conservadora de la doctrina de los Apóstoles, y siendo la misma, «Católica, Santa y Una, tendremos que reconocerla por la verdadera porque tiene todos los caracteres y señales con que debe conocerse y distinguirse la Iglesia verdadera.

Despues de este conocimiento y confesion ¿qué nos toca que hacer, mis amados Hijos? Si debemos justamente honrar y querer á nuestros padres carnales; ¿cuánto no deberemos amar á nuestra madre y de todos los católicos cristianos, á la Iglesia esposa de Jesucristo, que nos dió el ser en el bautismo para una vida de gracia y una esperanza de inmortalidad? ¿A nuestra madre que nos alimenta en su seno, nos fortalece con la uncion del Espíritu-Santo, nos dá en comida el cuerpo sacramentado de Jesucristo, nos instruye con la palabra de Dios, nos levanta si caemos en el pecado, nos aparta de los caminos de perdicion y nos medicina y nos sana si caemos en las enfermedades del alma? «Hijo mio, dice el libro sagrado de los proverbios (1), oye

» la enseñanza de tu padre y no dejes nunca la ley de tu madre. » Seamos obedientes á las leyes de nuestra madre la Iglesia no por el temor de la pena sino por el amor de la justicia, porque así es la voluntad del Padre que está en los cielos. Amémosla honrando á los señores Obispos, Párrocos, Sacerdotes y demas ministros puestos en ella por Dios para regirla y gobernarla. Honrémoslos aunque sean pecadores, porque así lo manda Dios y quiere que en su Iglesia no se mire al hombre, sino á su ministro, á su encargado, á Jesucristo mismo representado en la persona de su sacerdote. Dios juzgará á su rebaño y no juzgue jamás la oveja á su pastor ni se escuse con su ejemplo sino pida á Dios por él y así dará honor á la Iglesia. Amemos á la Iglesia conformándonos con sus juicios, respetando sus disposiciones y obrando conforme su doctrina, porque el que la oye, oye á Jesucristo su autor. Amemos á la Iglesia llorando sus males, sus persecuciones, los desprecios, las calumnias y todos los malos medios de que se valen sus enemigos para destruirla y aniquilarla si pudieran, congratulándonos de su prosperidad, de sus aumentos y rogando á nuestro Dios que la pacifique, que la guarde y que reduzca á una sola obediencia á todo el mundo. Amémosla honrándola con nuestras costumbres que sirvan de ejemplo á todos y no la deshonremos siendo hijos licenciosos libertinos, hijos rebeldes que demos que llorar y sentir á nuestra piadosa madre y la causemos mas penas que los que no son sus hijos. Amémosla en fin de un modo que estemos siempre dispuestos á defender con nuestras razones y con nuestra sangre si fuese necesario su unidad, su santa doctrina, su disciplina gene-

ral establecida desde el tiempo de los Apóstoles, y deseando vivir y morir en su seno, en su obediencia, sin ofender á una madre que nos ama para poder merecer el cariño y los premios de su esposo Jesucristo nuestro Padre, que nos dió el ejemplo de amarla y entregarse por ella á la muerte (1).

PLATICA XX.

SE ESPLICA LA COMUNION DE LOS SANTOS.

No solamente para nuestra instruccion, sino tambien para nuestro provecho y para nuestro consuelo nos conviene saber y penetrarnos de lo que es la comunion de los Santos, que como dice el catecismo de San Pio V, es un complemento y una mayor explicacion del articulo de la santa Iglesia católica. Hemos visto ya, mis amados Hijos, que la Iglesia verdadera es solamente una; que es un cuerpo cuya cabeza es Jesucristo, y creyendo y profesando la comunion de los Santos damos á entender la union que todos los miembros de este cuerpo, asi los que están en el cielo, como los que están en el purgatorio y en la tierra, tenemos tanto con

(1) Ad. Ephes. cap. 5.

nuestra cabeza Jesucristo como entre nosotros mismos. Por la comunión de los Santos significamos la unión de Sacramentos por los que todos los miembros de la Iglesia se unen con unos vínculos sagrados á Jesucristo, y Jesucristo los comunica sus méritos especialmente los de su pasión y muerte recibéndolos dignamente. Esta unión se nos concede por el bautismo que es la puerta que nos da entrada á la Iglesia y á todos los demás sacramentos, y muy particularmente por la Eucaristia, por medio de la que todos nos alimentamos de una misma sustancia, todos comunicamos del cuerpo y sangre de Jesucristo, y nos hacemos *concorporales* de Cristo, para usar de las mismas palabras de los Santos Padres. Significamos también por la comunión de los Santos la comunión de los dones ó gracias que se llaman *gratis datas* cuales son: la ciencia, la profecía, el don de hacer milagros, el de curar enfermedades, de hablar distintas lenguas y otros varios que se conceden á la Iglesia, no para provecho propio del que los recibe, sino para utilidad pública, para edificación de la Iglesia, y á veces Dios los concede también á los fieles pecadores. La unidad de Espíritu que anima y rige á la Iglesia, exige que los dones de los unos sean para beneficio de los otros, según ordena la caridad, porque para con Dios no hay judío ni Griego, no hay siervo ó libre, no hay pobre ó rico, no hay docto ó indocto, sino que en todo género de hombres, en toda condición, en todo orden y en todo estado *in omnibus Christus* en todos debemos mirar y respetar á Jesucristo.

Se entiende también y significa principalísimamente la comunión de los Santos, la comunicación de todos los sufra-

gios, de todas las buenas obras y de todos los merecimientos que tienen todos los miembros de la Iglesia, como unidos todos en un mismo Espíritu por el vínculo de la caridad. La caridad que es paciente, benigna y generosa, y que no ambiciona ni busca la utilidad propia sino el mejor servicio de Dios, hace todas las obras buenas, piadosas y santas que los fieles hacen pertenezcan á todos, sean propiedad de todos como miembros de un cuerpo y como hijos de un Padre y de una Iglesia, y que les aprovechen á todos aunque estén separados por la distancia de lugares con tal que estén en la unidad y comunicación de la Iglesia.

La Iglesia, Hijos míos, no es como una república ó una ciudad humana en que aunque todos vivan y estén regidos por una misma ley y todos obedezcan á un mismo Príncipe, hay muchos que no son participantes de los bienes, ni se les dá parte en los negocios, y mucho menos se les llama á recibir las utilidades y provechos; no es como una ciudad en que cada uno procura para sí, busca su utilidad y atiende cuando mas á los suyos; la Jerusalén, nuestra madre la Iglesia está edificada como una ciudad en que todos son participantes de sus bienes unánimemente como dice el real profeta (1), en la que todos somos conciudadanos de los Santos y domésticos de Dios, tanto los que están en el cielo como los que están espionando sus culpas y lavando sus manchas en el purgatorio como los que estamos militando y ejercitándonos en la tierra. Os he dicho ya que todos los justos de todos

(1) Psal. 121 v. 5.

los tiempos y todos los fieles unidos á Jesucristo formamos una sola Iglesia con una sola cabeza que es Jesucristo, de lo que resulta que, todos como miembros de un solo cuerpo, estamos tan unidos y confederados, que formamos una comunión perfecta de los bienes espirituales, así con nuestra cabeza Jesucristo como entre nosotros mismos. De aquí es que los Santos que están reinando en los cielos ayudan á los fieles de este mundo, son sus intercesores, y presentan á Dios sus ruegos y oraciones, y los que vivimos en este mundo nos ayudamos mutuamente, y socorremos á las almas fieles del purgatorio con las oraciones, los ayunos, las buenas obras y muy principalmente ofreciendo por ellas el santo sacrificio del altar como declara el santo Concilio de Trento, y de aquí es también que todos participamos de los bienes espirituales de los fieles de todos los «tiempos y lugares y podemos decir cada uno como el profeta David (1). Soy participante de todos los que temen á Dios y guardan sus mandamientos.» Por esto Jesucristo enseñándonos á orar, nos manda que pidamos las cosas necesarias al Padre comun, no para nosotros en particular sino para todos sus hijos, y enseñados por él decimos: «Vénganos, tu reino, dános el pan, perdónanos y libranos de todo mal.»

Toda la doctrina de la comunión de los Santos la explicó con toda claridad el mismo Jesucristo valiéndose de la semejanza de una vid. A la manera que todos los sarmientos uni-

(1) psal. 118. v. 65.

dos á la cepa participan del mismo jugo y sustancia, y separados de ella se secan, del mismo modo los fieles todos unidos á Jesucristo participamos el jugo de vida hasta tanto que alguno sea separado.

«Yo soy la vid y vosotros los sarmientos, dice Jesucristo: » to así como el sarmiento no puede producir fruto alguno » por sí solo sin permanecer en la vid, así vosotros si no » permanecéis en mí, pero el que está unido lleva mucho » fruto (1).»

El Apóstol San Pablo explicando esto mismo á los fieles de Corinto los dice (2): «como el cuerpo siendo uno solo » tiene muchos miembros, y aunque sean muchos son un » solo cuerpo, así es Cristo: y nosotros somos regidos y » gobernados por el mismo espíritu, por el bautismo que » hemos recibido ya seamos judíos ó gentiles, ó siervos ó libres todos hemos bebido del mismo espíritu. El cuerpo » no es un solo miembro, sino lo que resulta de la unión de » muchos miembros, y así, si el pie digera no soy del » cuerpo porque no soy mano, ¿se diría por esto que no es » parte del cuerpo? Igualmente, si la oreja digera que no era » parte del cuerpo porque no era ojo, ¿Bastaría esta razón » para no serlo? No por cierto, porque si todo el cuerpo fuera ojo, adonde estaría el oído? Y si todo fuera oído, adonde estaría el olfato? Dios es el autor de la distinción de » los miembros, y ha dado á cada uno el oficio y sitio que

(1) Joan. cap. 15.

(2) 1.^a cap. 12.

» le corresponde, como mejor le ha parecido: pues si todos
» los miembros fueran uno, Cómo seria un cuerpo organi-
» zado? Luego son muchos miembros y un solo cuerpo.
» Y así no puedo decir el oído á la mano: yo no necesito de
» tí, ó el cuerpo á los pies: de nada os necesito; sino que
» por el contrario cuanto mas débiles son los miembros son
» mas necesarios, y cuanto mas viles son mas los respec-
» mos; y cuanto mas vergonzosos son, piden mayor ho-
» nestidad, porque los honestos no tienen necesidad de
» otro: mas Dios temperó de tal suerte el cuerpo que dió
» mayor honra al miembro que tenia menos; y esto para
» que no hubiese cisma en el cuerpo y una parte cuidase de
» la otra. Y de aquí proviene que si uno padece todos pa-
» decen; y si uno logra un gusto todos gozan de él.

» Así todos vosotros sois el cuerpo de Cristo (esto es,
» la Iglesia) y cada uno en particular es miembro de este
» cuerpo. Y en este cuerpo y en esta Iglesia quiso que unos
» fueran Apóstoles, otros profetas y otros Doctores; des-
» pues distribuyó segun su voluntad el poder de hacer mi-
» lagros, la virtud de curar los enfermos, la gracia de ejer-
» citar las obras de misericordia, la ciencia de conducir las
» almas, el don de hablar muchas lenguas y el de interpre-
» tar las Escrituras. ¿Son todos Apóstoles? ¿Son todos Doc-
» tores? ¿Son todas virtudes? ¿Tienen todos el don de cu-
» rar? ¿Tienen todos el don de lenguas? ¿Son todos intér-
» pretes? Procurad vosotros apetecer las cosas mas perfec-
» tas.» Hasta aquí el Apóstol, y en vista de esto podeis com-
» prender lo que es la participacion de los bienes espiri-
» tuales en los miembros de la Iglesia, que es el cuerpo de Je-

sucristo, con lo que es la participacion que tienen todos los miembros de un mismo cuerpo. Todos, como veis viven de un mismo espíritu, todos son parte sí, y son tambien para los demas; todos se socorren reciprocamente, todos se ayudan, todos experimentan placer cuando uno goza, y todos se entristecen del mal del otro. Es comun entre ellos todo el bien, y es comun tambien todo el mal por la compasion que se tienen.

Lo mismo sucede en el cuerpo de la Iglesia. Todos, como he dicho ya, vivimos del mismo espíritu que recibimos en el bautismo y en los demas sacramentos y, muy particularmente en la Eucaristia, que es la señal mas significativa de la union y coligacion de los fieles: todos participan de las oraciones comunes, de los frutos de los santos sacrificios y de los méritos de cada uno; todos ruegan á Dios el uno por el otro reciprocamente y se socorren mutuamente con las obras de misericordia asi espirituales como corporales, sin que á esta union y santa coligacion sirva de impedimento ni la variedad ni la desigualdad de los miembros, porque la cabeza y los miembros que sirven como de ojos, de oídos, de lengua y de olfato digámoslo asi, como son los Pontífices, los prelados, los pastores y predicadores sirven para la instruccion y custodia de los miembros menos elevados y mas débiles, y estos contribuyen con su obediencia, con su dependencia y respeto, y con sus oraciones á sostener, conservar y defender á los otros: los unos procuran que los otros no se estravien y vuelvan sobre sí, y estos otros trabajan por el servicio de aquellos. En una palabra todos conspiran á la conservacion de la Fé, de la es-

peranza, de la caridad, de la Religión y de la gracia de Dios en todo este cuerpo, y aunque de distinta manera, todos tienden á un mismo fin, que es, á que se viva con la vida de la gracia, para vivir despues con la vida de la gloria, y pasar del estado de militantes al de triunfantes. «Hasta » que salgamos todos en unidad de fé y conocimiento del Hijo de Dios á su encuentro exentos de toda imperfeccion y » flaqueza á recibir el lleno de nuestros merecimientos, como dice el Apóstol (1).

De toda esta doctrina, Hijos míos, debemos inferir con toda precision y necesidad, lo que el mismo Jesucristo al explicar este mismo asunto: «El que no permanezca en mí » será arrojado fuera, y á la manera de un sarmiento cortado se secará, le recojerán y le destinarán á arrojarle al » fuego. Todos los que están separados del principio de vida, todos los que son miembros cortados y separados del cuerpo de la Iglesia, no puedan participar bien alguno suyo, están escluidos de la comunión de los Santos, cuales son los paganos, los judios, los hereges, los cismáticos, y de entre los mismos fieles, aquellos que sean justamente excomulgados. Deben advertir también, que aunque todos los fieles sean participantes de esta comunión de los Santos, no todos participan por igual, sino segun la medida de su fé y de su caridad. Mayor fruto han de sacar de esta sociedad sin duda alguna aquellos que depositan en ella mayores y mas obras espirituales, porque «á todo el que tie-

(1) Ad Ephes. cap. 4.

» ne se le dará y abundará» dice Jesucristo (1). Este como cabeza y juez recto de esta santa sociedad dará á cada uno sus méritos y segun su misericordia y sus fines. Debemos tambien advertir que de todos estos méritos de la comun-ion de los Santos participan, no todos los que están unidos á la verdadera Iglesia, sino solamente aquellos que son miembros suyos vivos, es decir, aquellos que estén en gracia de Dios, y no tienen participacion los miembros muertos, que son aquellos que viven en pecado mortal y privados de la gracia de Dios. Si, Hijos míos, esta es una verdad que espanta y desconsuela, pero no por eso deja de ser una verdad. Mientras un miembro de la Iglesia vive en el estado del pecado, está muerto, está privado de la gracia y por consiguiente privado de todos los méritos que nacen de la comun-ion de los Santos; á la manera que un brazo ó mano tocada de apoplegia mientras esté en este estado sin embargo de estar unida al cuerpo, no recibe influjo alguno vital sino que está privada de sentido, de movimiento y de todas las utilidades y ventajas de los demas miembros. «De los » beneficios tantos y tan grandes de la comun-ion de los fie- » les de la Iglesia, dice el catecismo de San Pio V., como » doctrinas de fé (2) gozan tan solamente aquellos que tie- » nen una vida cristiana y son justos y amigos de Dios, » pero los miembros muertos, aquellos que viven implica- » dos en los vicios y enagenados de la gracia de Dios, es

(1) Matt. cap. 13. v. 25.

(2) Part. 1.^a cap. 10. n. 29.

» verdad que no se privan, ni dejan por eso de ser miembros del cuerpo de la Iglesia, pero son unos miembros muertos y no pueden recibir el fruto espiritual que reciben los vivos, cuales son los hombres justos y piadosos.»

Quiero quitaros toda ocasion de error y explicaros lo que la fé nos enseña en este asunto. Los miembros muertos aunque uada puedan participar de los méritos de la Iglesia, pueden sin embargo recibir algun bien por medio de las oraciones de los demas fieles y de las suyas propias. Es de fé que las obras buenas y las oraciones de los justos son meritorias y satisfactorias para con Dios, porque proceden de unas almas amigas suyas, de unas almas que tienen la gracia santificante que es el principio de todo mérito. Tambien es de fé que las obras buenas y las oraciones de los que están en pecado mortal nada merecen para con Dios, porque son obras de un alma enemiga suya, de un alma privada de la gracia santificante, que como he dicho es el principio y la raiz de todo merecimiento. ¿Qué deberá pues hacer ó qué partido podrá tomar el pecador si nada puede merecer con sus obras? ¿Deberá abandonarse y entregarse á la desesperacion? ¿Deberá suspender el ejercicio de sus obras buenas? A esto os diré con la doctrina católica y que enseñan los teólogos con mi Angélico doctor Santo Tomás (1) que debemos hacer la debida distincion: una cosa es decir que el pecador es incapaz de merecer, y otra es decir que es incapaz de impetrar. Verdad es que el pecador es incapaz de

(1) 2. 2. quast. 85. art. 16.

merecer porque es aborrecido de Dios, porque no tiene derecho alguno de justicia que le haga acreedor á la gracia de Dios de quien es enemigo ; pero es tambien un error el decir que el pecador es incapaz de impetrar para con Dios. El que impetra se funda solo en la bondad y misericordia de aquel á quien suplica, de suerte que aunque nada quiera conceder no perjudica derecho alguno como aquel á quien se le pide la justicia. Asi se conoce que las obras buenas del pecador no son meritorias, porque no tienen, como hemos dicho, el principio del mérito de justicia que es la gracia santificante, pero pueden ser impetatorias en cuanto que se fundan en la misericordia infinita de Dios á quien el pecador invoca y pide, no por sí, sino por su piedad; y asi se conoce tambien que es útil y bueno que pida el pecador, que ruegue y se ejercite en obras buenas para impetrar los divinos auxilios y salir del estado de la culpa. En este sentido les son útiles y provechosas tambien á los pecadores como miembros de la Iglesia las buenas obras, oraciones y méritos de los justos porque aunque sean incapaces de participar de ellos, son capaces de impetrar la gracia y los demás beneficios de Dios por los ruegos de los que son sus amigos, por lo que dice el citado catecismo: «Aunque los » pecadores sean miembros muertos, como todavía están » en la unidad de la Iglesia, son favorecidos por los que viven espiritualmente, para que recobren la gracia y vida espiritual que perdieron, pudiendo por los riesgos » de los buenos alcanzar su conversion, de cuyos bienes » están privados aquellos que están del todo cortados y separados de la Iglesia.»

Concluiré por hoy, amados míos, poniéndoos en resumen toda la doctrina que os he explicado: *Comunion de los Santos* es decir todos los merecimientos, todas las obras buenas, todos los frutos de salud de todos los justos y santos de todos los tiempos y lugares que componen el cuerpo de la Iglesia, son nuestros, son comunes, son de la casa de nuestro comun Padre Jesucristo, y éste los distribuye según su justicia y su misericordia. Los judíos, paganos, hereges y cismáticos nada participan de todos estos bienes, como que no son de la casa ni miembros del mismo cuerpo, y tampoco los fieles que son justamente escomulgados; y ved el terrible efecto de la escomunión y separación de la Iglesia. Los escomulgados son miembros que se cortan y que ningún fruto pueden recibir del cuerpo de que se los separa. Y por fin los pecadores por estar sin la vida de la gracia de Dios se hacen también incapaces de participar de los bienes de la comunión de los Santos, no pueden merecerlos, pero como miembros unidos aun, aunque enfermos, pueden recobrar la salud pueden impetrar la gracia, implorando la misericordia de Dios con sus buenas obras y ayudados de los méritos de los justos y Santos.

El conocimiento solo de estas verdades, Hijos míos, ¿no nos lleva directamente á la necesidad de obrar bien y de ser miembros vivos del cuerpo de la Iglesia? El gozar y ser participantes de los méritos de Jesucristo y de todos los Santos y bienaventurados ¿no debe ser un estímulo de nuestra codicia? Y la reflexion de que de todo nos privamos por el pecado, el horror que debe causarnos el contemplarnos como miembros enfermos y escluidos de la participación de

los bienes que con tanta abundancia reciben nuestros hermanos ¿no debe movernos á procurar la salud, á salir cuanto antes del pecado y ponernos en el estado de la gracia y de poder recibir nuestra parte de este copioso tesoro?

Demos infinitas gracias al Señor que por su bondad y misericordia infinita nos conserva dentro del cuerpo de su Iglesia, porque aun somos sarmientos de la vid verdadera plantada por el Padre y regada y cultivada con la sangre preciosa de Jesus; pero tenemos hijos míos, la sentencia del Señor: *Omnem palmitem in me non ferentem fructum tollet eum* (1).» Mi Padre eterno dice Jesucristo, cortará de su vid todos los sarmientos que no lleven fruto. El cristiano que carece de buenas obras es un sarmiento sin frutos. Aunque por el bautismo y la fé seamos sarmientos de su vid, si carecemos de los frutos de la caridad y de las obras de santidad y justicia seremos arrancados de la vid verdadera de Jesucristo como sarmientos inútiles y seremos arrojados al fuego para siempre. Esta es la suerte del pecador. Pero los sarmientos que lleven fruto los podará el Señor para que lleven mas. *Et omnem qui fert fructum purgabit eum ut fructum plus afferat.* Alentémonos á limpiarnos de todas nuestras imperfecciones; procuremos ingerirnos y permanecer unidos á Jesucristo por la caridad y la gracia, y si el Señor nos aflige con la desgracia, la pérdida temporal, la persecucion ó con otro cualquier conflicto, adoremos su mano divina y entenda-

(1) Joan. cap. 15.

mos que entonces nos poda, nos purga y quiere quitar las imperfecciones y afectos terrenos para que demos mas fruto y tengamos mayores aumentos. Cuidemos de vivir en la gracia y union de Jesucristo, porque como dice San Paulino (1): «si permanecemos en su amor no nos secaremos, » viviremos del jugo de su raiz eterna; su ira no nos cortarà para el fuego, sino que con su disciplina, con la » podadera de sus preceptos evangélicos nos limpiará de » todo afecto lascivo, rebelde y pecaminoso, para que demos frutos abundantes de gracia» con las que mereceremos la gracia.

PLATICA XXII.

De la Intercesion, de los Santos, de su culto y de la veneracion de las Imágenes y reliquias.

Os he dicho, que en virtud de la comunión de los Santos hacemos comunes los méritos y nos ayudamos todos los miembros de la Iglesia, de todos los tiempos y de todos los lugares, tanto los que están en la gloria como los

(1) Epist. 2.^a ad Severum.

que están en el purgatorio y en la tierra. Me ocupé el día pasado, en explicaros el modo con que disfrutábamos ó podíamos disfrutar este beneficio los que estamos aun en este mundo, y no quiero dejar de hablaros de la union que tenemos con los Santos del cielo y con las almas del purgatorio, y dejando á estas para otro día, os hablaré hoy tan solamente de los Angeles y Santos manifestándoos su intercesion y sus servicios en nuestro favor, y por una legitima consecuencia el culto y veneracion que nosotros debemos tributarlos y el que debemos tambien á sus imágenes y reliquias. Conviene que recordeis para mayor claridad y conocimiento que la Iglesia militante y triunfante es una sola, que no son dos distintas sino una misma en dos distintos estados; que los santos que reinan en el cielo, y nosotros que peregrinamos en la tierra, tenemos una misma cabeza que es Jesucristo; que en el cielo no tienen necesidad de Vicario, como nosotros en esta vida porque tienen y gozan al mismo Jesucristo Dios y Hombre verdadero en persona. Pues bien, Hijos míos, esta union que tenemos con los Angeles y Santos, hace que nos comuniquen sus méritos, ofreciéndolos á Dios para nuestro socorro, que interpongan su patrocinio y su intercesion en favor nuestro, y que interesen su celo caritativo para el logro de nuestra salvacion. El rogar por otros, dice mi angélico doctor Santo Tomás (1) nace de la caridad. ¿Y quién puede dudar que los Santos en el cielo no pierden la caridad

(1) 2. 2. quæst. 83. art. 12.

que tuvieron en este mundo sino que la tienen mas perfecta? Pues habiendo estado prontos á socorrernos cuando vivian en la tierra, es muy natural que nos socorran desde el cielo, y que pidiéndolos nosotros, dirigiéndolos nuestras súplicas y honrándolos con nuestros obsequios, supliquen ellos á Dios por nosotros, le presenten nuestras oraciones y hagan valer en nuestro beneficio su amistad y todo su poder. «Si los Apóstoles y Mártires, dice San Geronimo (1) viven» do aun en su cuerpo mortal y debiendo ser solícitos por sí, » rogaron por los demás ¿cuánto mas no harán ahora des- » pues que han conseguido sus victorias, sus coronas y » sus triunfos?» « Cuando alguno de vosotros se aflige, » me aflijo yo tambien decia el Apóstol San Pablo (2), » cuando veo alguno en peligro de caer, al instante corro » á socorrer su flaqueza, si alguno se escandaliza de al- » go, me siento penetrado de un estremado dolor y de un » celo ardiente de curarle y de quitar la ocasión de su » escándalo.» Esta caridad, este celo, este deseo de servir á sus hermanos no le pierden ni le olvidan los Santos en el cielo. Jeremias oró despues de su muerte por su pueblo, como se dice en el libro de los Macabeos (3). «Este es dice el sagrado testo, Jeremias Profeta de Dios, » este es el amante de sus hermanos y del pueblo de Is- » rael: este es el que ruega mucho por su pueblo y por la » Santa Ciudad.» El Apóstol San Pedro ofrece sus ora-

(1) Lib. contra Vigil.

(2) 2. Cor. cap. 11.

(3) 2.º cap. 15.

ciones y su patrocinio á los fieles despues de su muerte (1). El Apocalipsis está lleno de testimonios que prueban que los santos ofrecen á Dios las preces de los fieles, y Dios tambien, Hijos míos, se complace y atiende á las súplicas de sus santos. «Déjame y concluiré con ellos en mi furor,» dijo el Señor á Moises despues que el pueblo habia fabricado y adorado el becerro de oro en el desierto, pero Moises rogó á su Dios, le recordó á Abraan, Isac y Jacob sus siervos, y el Señor aplacó su ira y desistió de obrar el castigo con que habia amenazado (2). Diez justos que se hubieran hallado en Sodoma, hubieran sido bastantes para que Dios no hubiera castigado con el fuego del cielo á todos sus habitantes, como nos dice el sagrado libro del Génesis (3). Un justo que se hallase en la ciudad de Jerusalem, dice el Señor, que era bastante para suspender sus castigos y para serla propicio (4). El mismo Señor protegió á esta ciudad, como se le dijo á Ezequias, por atencion á su siervo David (5), tanto ama el Señor la justicia dice el padre san Gerónimo (6), que defiende y ampara á los descendientes, por los méritos de los justos sus antepasados.

Si Dios atiende á los ruegos de los Santos que viven todavía en la tierra y suspenden por ellos sus castigos, si con-

(1) Epíst. 2.^a c. 1.^o

(2) Exo. cap. 32.

(3) Cap. 18.

(4) Jer. cap. 5.

(5) Isai. cap. 37.

(6) In hunc loc.

cede sus bienes y su proteccion en este mundo á los descendientes de los justos, ¿cuánto no hará en obsequio de los Santos que están reinando con él en la gloria y mas cuando intercedan y pidan por nuestros intereses espirituales y para alcanzarnos los medios de nuestra salvacion? Bien sabidos son los beneficios que prestan los Angeles á los hombres y todos los dias se os recuerdan los favores que recibis, y que Dios os dispensa por la intercesion de sus Santos. Bien públicos son muchos de los milagros obrados por su medio en favor de los fieles que los han invocado con fé: Vosotros lo sabeis hijos míos, y por eso los honrais y celebrais con tanta alegría sus festividades. Y en verdad que es muy justo el serle agradecidos.

Corresponde muy debidamente el que honremos en la tierra á los que nos ayudan y se interesan por nosotros en el cielo. Veamos cómo debemos honrarlos para saber cuál es el culto que debemos tributar á los Angeles y los Santos. A los Angeles y á los Santos que están reinando con Jesucristo, no les debemos tributar, ni la Iglesia permite que los tributemos el culto propio de Dios, ó aquel culto debido solamente á Dios; sino un culto ó mas bien un honor y una veneracion correspondiente á unos amigos de Dios sabedores de sus misterios y arcanos, y deseosos de nuestra salud; no hemos de reconocer ni adorar en ellos un supremo dominio y señorío de todas las cosas, ni aun de aquellas que les pedimos, sino solamente un poder grande para con Dios que es el único autor de todas las gracias y de todas las cosas. Por eso no los damos un culto de *Latria*, que es el culto propio de Dios, sino un culto que llamamos de

Dulia. Jamás pedimos á un angel ó á un santo que nos perdone los pecados, que nos oiga, que tenga misericordia de nosotros, ni aun á María Santísima, que es la reina de todos los ángeles y santos, y solo los decimos que rueguen, que interpongan su mediacion con Dios, y nos alcancen lo que le pedimos. Ni ofrecemos el santo sacrificio de la misa á ningun santo, ni los erigimos templos ni altares, sino solo á Dios que premió á sus santos; y en memoria y honor de los santos á quienes Dios premió. No se consagra ningun templo á la Virgen, ni á los santos, sino á Dios en honor de la Virgen ó de algun santo. Y aunque decimos comunmente, la Iglesia de santa Maria, la Iglesia de San Pedro, el altar de San Juan, el dia festivo de San Antonio, por ejemplo, no es porque dediquemos los dias, los altares ó los templos á la Virgen ó á los Santos, sino á Dios en honor de tal Santo ó con su advocacion. Esta es la doctrina católica que conviene saber para discernir el culto que debemos dar á Dios y el que debemos dar á sus criaturas santas, y que no se nos diga que adoramos y tenemos muchos Dioses. Esto supuesto ¿qué cosa mas justa que honrar y venerar á los Santos con el culto que les es correspondiente? Este culto es propio de nuestra gratitud y reconocimiento y en manera alguna disminuye ni oscurece la gloria de Dios, sino que al contrario la aumenta y la ilustra. Con este culto honramos tambien á Dios confesándole y reconociéndole admirable y glorioso en sus Santos. Este culto es acepto y agradable á Dios, porque si es voluntad suya y nos manda en su santa ley que honremos y veneremos á los Sacerdotes, á los Reyes, á los Padres

y á todos los que tienen alguna potestad , ó en quienes reconocemos alguna virtud ¿cuánto mas debe ser del agrado de Dios el que honremos á los que están con él en los Cielos como que son sus amigos ; son de una dignidad superior y tienen una perfeccion y escelencia mayor que nosotros y que nunca la pueden perder? Si los Santos son honrados del mismo Dios ¿por qué no ha de ser de su agrado el que los honremos los hombres? «Si alguno me sirve , dijo el mismo Jesucristo ; mi Padre le honrará (1)» y antes habia dicho el Real Profeta (2): «En nada Señor descubro mas claramente vuestra paternal providencia que en lo que hacéis por vuestros amigos colmándolos de gloria y afirmando su poder.» *Mihi autem nimis honorati sunt amici tui Deus, nimis confortatus est principatus eorum.* San Cipriano , San Gerónimo , San Basilio , San Gregorio Nacianceno y Niseno , San Juan Crisóstomo , San Agustin , San Ambrosio , San Leon y todos los santos Padres defienden unánimemente la doctrina del culto y veneracion de los santos contra los hereges, y últimamente el Santo Concilio de Trento (3) manda á los señores Obispos y á todos los que tengan obligacion de enseñar, que instruyan diligentemente á los fieles y los expliquen como doctrina católica la verdad recibida por el uso de todos los tiempos, á saber: que «los santos que están reinando con Jesucristo, ofrecen á Dios

(1) Joan. cap. 12.

(2) Psal. 138.

(3) Sess. 25.

» sus oraciones por los hombres, que es bueno y útil in-
 » vocarlos con remision y acudir á ellos, implorar su ayu-
 » da y sus oraciones para alcanzar los beneficios de Dios
 » por nuestro Señor Jesucristo que es el solo Redentor y
 » Salvador nuestro: que aquellos que niegan que los santos
 » que están en la eterna felicidad, deben ser invocados, ó
 » que sostienen que en el cielo no ruegan por los hombres
 » ó que el invocarlos es idolatría; ó que es contra la pala-
 » bra de Dios y contra el honor del mediador entre Dios
 » y los hombres nuestro Señor Jesucristo, ó que es una ig-
 » norancia suplicar á los santos del cielo con las palabras ó
 » con el corazon, sienten impiamente y contra lo que en-
 » seña la Fé.» Os diré en resumen que tenemos tres prin-
 cipales razones para honrar y venerar la memoria de los
 santos: primera, para alabar á Dios y sus obras admirables
 en sus santos y por los beneficios que los dispensa y dispen-
 sa por su medio á los demas hombres. Asi alaba con fre-
 cuencia á los santos la Escritura Sagrada, y asi invita á ala-
 bar á Dios en sus santos; segunda, para que pongamos
 nuestra atencion en aquella grande Fé de los santos con que
 vencieron los reinos, obraron la justicia, consiguieron las
 eternas recompensas, y los honremos como á hijos perpe-
 tuos de Dios, hermanos y coherederos de Jesucristo y tem-
 plos del Espíritu-Santo. Ni puede menos de ser un sober-
 bio y un impío el que rehusa y se niega á honrar y venerar
 á aquellos mismos que honra y engrandece el Padre Celes-
 tial. Y la tercera es para que los honremos del modo que
 les es mas agradable, con la imitacion de sus virtudes, con
 el ejercicio de una vida santa, proponiéndonoslos por

ejemplares y modelos asi como ellos se propusieron á Jesucristo. ¿Quién no sabe que las vidas y ejemplos de los santos aumentan nuestra Fé y nuestra confianza de llegar á conseguir el premio al fin de nuestra carrera, que nos dan ánimo y esfuerzo para obrar, y que al ver la gloria que han conseguido aspiramos, nos enardecemos, suspiramos y debemos suspirar y trabajar por conseguirla nosotros tambien? Para eso ensalza el libro sagrado del eclesiástico (1), á los justos del Antiguo Testamento Enoch, Noé, Abraham, Isaac, y Jacob, y por esto mismo el Apostol San Pablo (2), despues de haber hecho el elogio de muchos Santos Patriarcas y Profetas, concluye proponiéndonos su ejemplo y exortándonos á tolerar las aflicciones, á procurar la paz, la concordia, la santidad..... «En vista de » esto, dice, y teniendo una nube tan grande de testigos, » despreciemos todas las aflicciones, dejemos todo el peso y desprendámonos de todos los vínculos que nos » amarran al pecado, y corramos por la paciencia y la » virtud á la pelea sin temor alguno mirando, como los » Santos, al autor de nuestra fé Jesucristo.»

Segun esto conoceréis, que vanamente se nos puedē decir: que los Santos no necesitan de nuestro respeto, y que de nada les sirve nuestro culto en un estado tan feliz como el que gozan en el cielo. Segun esto tampoco deberiamos honrar á Dios, porque no necesita nuestros obsequios y es

(1) Cap. 44.

(2) Hebr. cap. 12.

suficiente para sí mismo; pero nosotros necesitamos honrar y bendecir á Dios, conocer su poder, respetar la sublimidad y la gloria de sus santos, venerar á sus amigos y favorecidos y animarnos y esforzarnos con su ejemplo y con la vista de sus recompensas, y esto basta para que los veneremos aunque estén en la mansion de la eterna felicidad.

Convencidos de que debemos honrar y venerar á los Santos y bienaventurados, nos convenceremos igualmente de que debemos tributar veneracion y respeto á sus imágenes y reliquias. No adoramos á las imágenes y las reliquias para servir á las criaturas mas que al criador sino que honramos á las imágenes y reliquias de los Santos para honrar al Dios de los Santos; honramos á los siervos para que este honor redunde en el Señor de todos como respondia San Gerónimo á Vigilancio. Es verdad que las imágenes son obras materiales fabricadas por los hombres en madera, piedra, lienzo, oro, plata ú otra cualquiera materia, y las reliquias son los despojos mortales de los Santos ó aquellas cosas de que se sirvieron ó usaron en este mundo, pero nos representan y recuerdan á los bienaventurados que están en el cielo y nos postramos á adorarlas, no por sí, sino por el santo que nos representan; están en los altares, como dice el catecismo de la doctrina cristiana, para que por ellas nos acordemos de los Santos ó la Virgen que está en el cielo, y por ser sus imágenes las hagamos la reverencia. A la manera que un retrato del rey es solamente un lienzo ó pintura, pero se le honra y respeta por la persona y dignidad que representa.

No damos á las imágenes y reliquias un culto absoluto sino un culto respectivo refiriendo á los santos que están en el Cielo los respetos que hacemos delante de sus sagradas imágenes y reliquias; y de aquí es que debemos honrarlas con el mismo culto y por las mismas razones que á los mismos santos y bienaventurados á quienes representan. ¿Qué prueba mayor de la aprobacion y de la justicia y rectitud en el culto de las imágenes, decia San Gerónimo, que la Iglesia misma de Roma cuyo Pontífice ofrece á Dios el santo sacrificio sobre el túmulo y los huesos venerandos de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo? Dios ha manifestado y manifiesta cada dia que aprueba y es de su agrado el culto que damos á las Imágenes y reliquias sagradas obrando continuamente milagros por su intercesion. La vista, el oído, los miembros, la vida misma se ha recobrado en los sepulcros de los santos muchas veces, los demonios han sido espellidos de los cuerpos con su contacto, y han sido tantos y tan públicos y patentes que no temió decir San Agustin predicando de San Esteban (1): «Un poco de polvo es el » que ha reunido á tantos pueblos; la ceniza está oculta » pero los beneficios son públicos y patentes. Pensad ahora, carísimos, qué premios no reservará Dios en la re- » gion de los vivos, cuando tanta gloria sabe dar al polvo » de los muertos.» Pero ¿cómo hemos de estrañar las maravillas y prodigios que Dios obra por las Imágenes y reliquias de sus siervos, si sabemos que la sola sombra de San

(1) Serm. 92 de Divers.

Pedro cuando aun vivia , si las ropas de San Pablo , si las cadenas con que estuvo aprisionado san Pedro y otras muchas cosas que tuvieron contacto con los santos limpiaban de las enfermedades y restituian las fuerzas? Para confirmarnos en nuestra Fé y sancionar el uso piadoso de los fieles de dar culto y veneracion á las Imágenes y reliquias de los santos, establece y declara el Santo Concilio de Trento (1): «Que los cuerpos de los santos mártires y demas » bienaventurados que están reinando con Jesucristo en el » Cielo , que mientras vivieron fueron miembros vivos de » Jesucristo y Templos del Espíritu-Santo y que han de re- » suscitar á una vida eterna y gloriosa , deben ser venera- » dos por los fieles , y que por su medio ha dispensado » Dios muchos beneficios á los hombres ; y por consiguien- » te , que condena , como siempre ha condenado la Iglesia , » á todos los que digan que no se debe honor y venera- » cion á las reliquias de los santos , ó que se honran inú- » tilmente por los fieles , ó que estos frecuentan sus san- » tuarios y sepulcros neciamente é invocan en vano su » ayuda y el socorro de sus males por su intercesion.» No podemos , segun esto , separarnos de aprobar el culto sagrado de las Imágenes y reliquias de los santos sin separarnos de la doctrina de la Iglesia Católica.

Debemos tambien admirar y respctar la providencia de Dios que por sus juicios y sus fines inescrutables obra con mas frecuencia milagros por medio de unas imágenes y re-

(1) Sess. 25.

liquias que de otras; los obra mas patentemente en unos santuarios que en otros, porque asi es su voluntad, sin que podamos dar otra razon mas que porque asi lo quiere y dispone el Señor de toda bondad y sabiduría.

Segun esto es muy facil conocer que es un desacato, una profanacion y un crimen muy culpable el mofarse y burlarse de las sagradas Imágenes y reliquias, el maltratarlas ó destruirlas en odio de la religion y de los Santos á quienes representan, el no tenerlas con el debido aseo y del modo correspondiente á un culto cristiano, y es mayor crimen el defraudar las limosnas y legados que los fieles ofrecen y han dejado para sostener su culto, el convertirlos en otros usos acaso profanos y pecaminosos y el arrebatarlos sacrilegamente con cualquier pretesto y por cualquiera persona no siendo legitimamente autorizada por la Iglesia, que es la que puede disponer segun exijan las circunstancias.

Pongamos en resúmen la doctrina que os he manifestado en este rato: Honor y veneracion á las Imágenes y reliquias de los Santos como que en ellas están representados los bienaventurados y nos los recuerdan. Honor y veneracion á los Santos que están en el cielo como á nuestros medianeros y abogados. Grandes ventajas y beneficios en favor nuestro por la union que tenemos con los Santos y con toda la Iglesia triunfante como una misma con la Iglesia de Jesucristo en la tierra. Ved en pocas palabras contenida una doctrina tan útil tan provechosa y de tanto consuelo y esperanza; doctrina que vosotros practicais y que habeis recibido con los usos y buenas costumbres de vuestros Padres. Pero Hijos mios, ¿la practicais con fruto? Esto es lo que yo no puedo asegurar y

sobre lo que no puedo menos de llamar vuestra atencion. Es verdad que os inclináis y arrodilláis delante de las imágenes de los Santos y de María Santísima; que quereis tenerlos por vuestros mediadores y protectores, que los rezais oraciones devotas, que pedis.... ¿Pero qué los pedis? Generalmente bienes terrenos, la salud de vuestros enfermos, el buen éxito de vuestros negocios, la abundancia de vuestras cosechas, las aguas para vuestros campos, vuestra prosperidad y bien temporal. ¿Y os acordáis alguna vez de pedir los bienes eternos, las virtudes y la gracia y amistad de Dios y su gloria? ¿Y sois miembros vivos de la Iglesia unidos con los Santos por la gracia y caridad de Dios? Y si así no es, si sois miembros muertos y enfermos, si estais separados de Dios por el pecado ¿con qué mérito, derecho ni justicia pedis su intercesion? Creéis poder ser amigos de los Santos y de María Santísima siendo enemigos de Jesucristo? Entended, Hijos míos que en el estado de la culpa, que jurando y blasfemando, continuando en el trato deshonesto y en la amistad peligrosa, en el odio y rencor con el prójimo, reteniendo lo mal habido, difamando á nuestros hermanos, y en fin mientras seamos esclavos del pecado no podemos ser amigos de los Santos, ni los santos nos ayudan, ni somos acreedores á su intercesion. Entended que es preciso para lograr los bienes de la comunión de los Santos, empezar, como ya os he dicho, poniéndose en gracia de Dios y recobrando la vida del alma.

Si mientras tanto acudimos á los Santos, si los pedimos su ayuda para salir de nuestro mal estado, nos ayudan, interceden por nosotros, y mas que todos María Santísima que es madre de pecadores, consuelo, refugio, vida, y esperan-

za de los pecadores. Maria Santísima es superior á todos los Angeles y á todos los Santos, y por lo mismo la debemos mas respeto y veneracion y un culto superior á todos y solo inferior al culto que debemos á Dios. Esta Señora se complace en amparar y socorrer á los pecadores, los acoge como á hijos débiles y enfermos, pero no á los pecadores obstinados y endurecidos, no á los que quieren vivir y morir en el pecado, sino á los que procuran levantarse y salir del pecado, á los que vienen humillados y contrictos, á los que la invocan con deseos de reconciliarse con su Hijo Jesus y lavar sus ofensas y manchas con la penitencia.

Asi somos nosotros, Madre clementísima y piadosa, dispensádnos vuestra proteccion, rogad por nosotros pecadores para que con vuestra ayuda y la intercesion de todos los ángeles y santos logremos ser miembros vivos del cuerpo de la Iglesia y triunfar despues con todos unidos á Jesucristo en la gloria.

PLATICA XXIII.

Del purgatorio y los sufragios.

Ademas de los bienaventurados que están gozando de Dios en el cielo, y los fieles que estamos aun en la tierra, estamos unidos tambien por la fé y la caridad con aquellas al-

mas justas y santas que habiendo muerto en la gracia del Señor tienen algun reato de pena temporal que pagar, ó algunas manchas leves de que limpiarse en los tormentos antes de entrar á ver á su Dios y de ser admitidas á los gozos eternos. Estas almas dichosas y al mismo tiempo atormentadas, estas almas á quienes Dios ama y á quienes al mismo tiempo castiga, están tambien unidas con nosotros y forman parte de la comunión de los santos. No hablo, Hijos míos, de las almas de los que mueren en pecado mortal y por consiguiente en enemistad y desgracia de Dios. La Fé nos enseña que estas infelices se condenan y van al infierno para siempre, en donde ya no hay esperanza de redención, ni con aquellas almas miserables nos une vínculo alguno como miembros cortados, secos y arrojados al fuego eterno: os hablo de otras almas mas dichosas y mas dignas de nuestra compasión, de las almas del purgatorio. Estas digo que están unidas con nosotros y pertenecen en cierto modo á la Iglesia militante. Nosotros imploramos los socorros de los justos que están en el Cielo y estos nos los conceden y dispensan; y los justos del purgatorio imploran los auxilios y sufragios de los que estamos en la tierra y nosotros tenemos en nuestra mano su alivio. Así quiere el Señor unir tan admirablemente á todos los miembros de la Iglesia para que todos se ayuden y socorran mutuamente.

Para instruiros con la posible claridad en esta materia, os manifestaré el estado y las necesidades de estas almas, los medios con que debemos y podemos socorrerlas y os haré observar lo cautos y vigilantes que nos debe hacer sobre nosotros mismos la verdad católica del purgatorio.

Es una verdad de Fè que las almas de los fieles que al salir de este mundo están en gracia de Dios y sin tener pena alguna que satisfacer, son destinadas directamente á la gloria. Tambien lo es que las que mueren en pecado mortal van á padecer los tormentos eternos del infierno: Pero hay tambien algunas almas que al salir de esta vida están sin pecado mortal, pero sí con algunos veniales ó sin haber plenamente satisfecho por el reato de la pena temporal debida por los pecados que les han sido perdonados, y estas aunque están destinadas á gozar de Dios, no pueden pasar á la Bienaventuranza sin satisfacer antes por las penas que deben, y esto lo hacen en el lugar que llamamos pargatorio con las penas que allí padecen y en que se acrisolan, digámoslo así para poder presentarse enteramente limpias y resplandecientes delante de su Dios.

Conviene saber como verdad católica, que el hombre por el pecado mortal se hace reo de las penas eternas del infierno, pero en virtud del sacramento de la penitencia ó de un verdadero dolor de perfecta contricion, se le perdona no solamente la culpa sino tambien la pena eterna en que habia incurrido, lo que se le conmuta en una temporal. Por esta pena temporal y por las que merecemos por los pecados veniales podemos satisfacer á Dios en este mundo con todo género de obras buenas, ayunos, oraciones, limosnas y el logro de indulgencias, y para esto son las penitencias satisfactorias que el confesor nos impone en el tribunal de la penitencia; pero aquellas almas que salen de esta vida sin haber satisfecho este reato tienen que pagarle en la otra por el tiempo que exija la divina justicia, y este

es el destino de las almas del purgatorio. En la eterna bienaventuranza no puede entrar cosa alguna manchada, nada que no sea digno de un Dios de santidad, las almas mismas conociendo sus manchas rehúsan entrar en los gozos del cielo por lo mismo que son justas, santas y que no tienen otra voluntad que la voluntad de su Dios, y sufren con paciencia el destino del purgatorio. Las penas de este lugar no son eternas como las de los condenados, y durarán en cada una el tiempo que establezca el supremo juez y que nosotros no podemos saber, ni tampoco serán atormentadas por los demonios como que son amigas de Dios; pero sabemos que en aquel lugar padecen dos clases de penas, la que se llama de sentido y la que se llama de daño. La pena de sentido consiste en los tormentos de fuego, pero un fuego encendido por la justicia de Dios, un fuego de una actividad mayor que la del fuego elemental, un fuego que segun dice San Agustin es mas sensible que todos los tormentos que se pueden padecer en esta vida; mas, dice el mismo Santo, hace padecer el fuego á las almas del purgatorio, que todo lo que han padecido todos los malhechores en este mundo, y aun que todos los tormentos que han padecido los Santos mártires en defensa de nuestra Santa Religion (1). Todas estas penas aunque tan grandes é inconcebibles, son muy pequeñas comparadas con la pena que padecen en la privacion, ó mas bien, en la dilacion de la bienaventuran-

(1) Enarr. in psal. 17.

za ó de entrar á ver y gozar de Dios. Si nadie puede explicar bastante el tormento del fuego ó la pena de sentido que padecen estas almas, nadie tampoco es capaz en este mundo de explicar lo grande de la pena de daño; ó lo que atormenta ó hace padecer á aquellas benditas almas la dilacion de la gloria y privacion de la vista de Dios. Esta privacion para un alma que ya no está en el camino, para un alma separada del cuerpo, aunque sea por corto tiempo, es una pena gravísima. Al que ama la patria le es muy sensible y le causa una pena muy grande el destierro de la patria; y como estas almas justas, aunque manchadas con algunas culpas leves, aman á Dios y á la patria celestial, como están inquietísimas hasta que descansan en Dios, padecen un dolor imponderable por esta dilacion, preguntándose á sí mismas sin cesar: alma mia ¿dónde está tu Dios? Si las esperanzas que se dilatan allijen al alma ¿cuánto no aflijirá á unas almas que ya no están oprimidas con el peso de los desiertos terrenos, que ya no se ocupan en afanes del mundo ni se distraen con sus sentidos corporales, sino que libres de la cárcel y la carga del cuerpo, tienden y se encaminan únicamente á Dios con todo el ímpetu de su amor, la esperanza del sumo bien mayor que todos los bienes? Comparemos, si así nos place, todas las esperanzas de Jacob por Raquel; todas las ansias de José por abrazar á su hermano Benjamín y á su Padre anciano; todas las penas de Ana por ver á su hijo Tobías, y sin embargo de que el sagrado texto las explica con las expresiones mas fuertes, de nada sirven para formar un concepto que nos manifieste con alguna exactitud el dolor de aquellas almas atormentadísimas del deseo de

unirse á Dios, y de la esperanza de poseerle eternamente. Nosotros no podemos entender hasta donde llega esta pena y dolor, porque no sabemos lo intenso que es el amor que éstas tienen á su Dios. Solamente un alma que ame á Dios, solamente un alma que sepa apreciar á su Dios y suspire noche y dia por su Dios como la esposa de los cantares, solamente un alma que en esta peregrinacion esté llena de amor y de sed por su Dios, dice S. Agustin, podrá entender, aunque muy imperfectamente, lo que cuesta esta privacion. Y ciertamente que aun en este mundo es tanto mayor el tormento que nos causa la privacion de algun bien, cuanto mayor es el amor que le tenemos y mas ardiente el deseo con que le apetecemos, ¿cómo no ha de ser grandísimo el dolor de estas almas por la privacion de un Dios, de un bien infinito, de un bien que siempre gusta y siempre se desea, que hace feliz eternamente al que le posee, cuando su amor no puede menos de ser verdadero, intenso, sincero, nacido de una amistad y caridad sobrenatural? No puede negarse que su pena, por esta privacion, excede á todas las penas de acá abajo, cuanto excede su amor divino á los amores que conocemos en la tierra, y cuanto el bien porque suspiran y apetecen el gozar de Dios es superior y aventaja á todos los bienes imaginables. Penas sensibles sobre toda nuestra ponderacion, privacion de los bienes eternos y de la vista de Dios, cuya desgracia nosotros no podemos acertar á ponderar y encarecer: Este es, hijos míos, el estado de las almas del purgatorio, presentado con toda verdad y sencillez y sin el aparato de comparaciones ni declamaciones espantosas para aterrorizar, pero que debe ser

lo bastante para mover á toda alma cristiana á ayudarlas y socorrerlas.

A ayudarlas y socorrerlas, Hijos míos, sí, porque Dios no ha abandonado á aquellas almas santas. Verdad es que no entrarán en la gloria hasta que queden sin mancha; verdad es que no saldrán de aquel lugar hasta haber satisfecho el último cuadrante; verdad es que en aquel estado no pueden ya merecer y que solo pueden padecer; pero tambien es verdad que Dios ha dejado sus recursos y su alivio en nuestras manos, nosotros podemos socorrerlas y ayudarlas á salir de su destierro; Dios ha puesto á nuestra disposicion los sufragios, nosotros podemos presentar á la divina justicia nuestras oraciones, ayunos y limosnas y ofrecer ó hacer ofrecer por ellas el santo sacrificio de la misa y el Señor lo admite y aplica á aquellas almas en alivio y descuento de sus penas. Esto es lo que entendemos por sufragios, y por esto os he dicho que aquellas almas pertenecen todavia en cierto sentido á la Iglesia militante. Asi afirma Santo Tomás, que aunque su suerte está terminada porque han de ser bienaventuradas, en cierto sentido están todavia en el estado de viadoras; no pueden ya merecer porque se acabó el plazo de la vida en el que solo se puede obrar, solo pueden padecer y pagar sus culpas con sus tormentos, pero nosotros podemos pagar por ellas y anticiparlas el término de su destierro, y el alivio de sus tormentos.

No creais que os digo solamente una sentencia piadosa por mi buen deseo, ni mucho menos una opinion apoyada en el interes y provecho temporal que de esto resulta á los Sacerdotes como impío y heréticamente propalan algunos

malos cristianos, os anuncio un dogma y verdad definido en el Santo Concilio de Trento (1) y admitido en la Iglesia en todos los tiempos como enseñado por Jesucristo y recibido por los Apóstoles, y condenados como hereges á los que dijeren y enseñaren que no hay Purgatorio, y que las almas que están detenidas en él no pueden ser ayudadas con los sufragios de los fieles y principalísimamente con el santo sacrificio de la misa. Esta ha sido la Fé y el uso de todos los tiempos en la Iglesia Católica.

Siendo así como confesamos y creemos ¿por qué Hijos míos, por qué no hemos de aliviar á estas almas que imploran nuestro socorro? ¿por qué hemos de ser duros, sordos é inhumanos contra estas almas que piden nuestra misericordia, contra estas almas que lloran inconsolablemente toda la noche y bañan sus mejillas con sus lágrimas, porque no hay entre sus amigos uno que las consuele, porque todos las han despreciado y se han hecho sus enemigos? ¿Cuál es nuestra caridad que no se mueve á auxiliar á unos

almas santas y amigas de Dios? ¿Qué las falta para movernos á socorrerlas? Son nuestros parientes, son nuestros amigos, son nuestros maestros, son los compañeros de los juegos de nuestra niñez, son acaso nuestros Padres, son los hijos, los esposos á quienes tanto cariño teniais en este mundo, son los que se sacrificaron por dejaros la subsistencia y los bienes que gozais y á quienes debeis cuanto teneis son almas cristianas y esto solo debería ser lo suficiente para escitaros á procurar á toda costa su ayuda.

Pero y ¿qué es lo que nos piden? ¿qué trabajos ni que sacrificios exigen de nosotros? Nuestras oraciones solamente, nuestras obras piadosas, nuestros ayunos y limosnas ó hacer aplicarlas el santo sacrificio de la misa. ¿Diremos que no podemos aplicarlas estas obras? Cuántos pasan su vida en diversiones, en pasatiempos, y tal vez en deleites pecaminosos gastando sus haciendas en satisfacer desordenadamente sus pasiones ¿no podrían destinar algun tiempo para pedir á Dios por estas almas ó alguna porcion del dinero que malgastan para limosnas y sacrificios? ¿No podrían todos y cada uno de los cristianos recibir dignamente los santos Sacramentos de penitencia y comunión, aprovechar el tesoro de indulgencias y jubileos y aplicarlo todo por aquellas almas necesitadas?

Esta obligacion que es general en todos los cristianos por la caridad que á todos debe unirnos, es mucho mayor cuando á ella se allega el deber de justicia. Tal es el que tienen aquellos que reciben bienes ó disfrutan herencias con cargas de sufragios, limosnas ó aniversarios, tal es la de los hijos y demas que heredan las haciendas con carga de misas y mandas piadosas que el testador dejó por su alma, tal es la de todos los que poseen ó administran haciendas con legados y cargas para estos santos usos. En estos y otros semejantes hay la doble obligacion de caridad y de justicia, y el no cumplir tales encargos, el retener estas haciendas ajenas, el aprovecharse de ellas, el destinarlas á otros usos y aun el dilatar los debidos cumplimientos es un robo que lleva consigo la obligacion de restituir. Es un robo, porque robo es el retener la hacienda ajena contra la voluntad de

su dueño dice mi Angélico Doctor Santo Tomás (1). Es robo, porque lo mismo es retenerla que el tomarla. Y aquellas almas que con el cumplimiento de sus legados piadosos que tanto encargaron hubieran sido libradas antes y habrían ya pasado á los gozos eternos, viéndose precisadas á sufrir los tormentos, viéndose defraudadas por aquellos mismos á quienes socorrieron, viendo engrandecidos y sumergidos en los deleites á caso á sus mismos hijos y mas allegados parientes con el precio de su rescate, sino la man venganza ¿no podrán al menos decir con la voz de Job (2): *Quare persequimini me..... et carnibus meis saturamini?* «¿Por qué ingratos me perseguís y os artáis de mi sustancia » y de los bienes que reservé para mí? Y si el Apóstol Santiago dice (3): Que habrá un juicio sin misericordia para » aquel que no obró la misericordia, » ¿cuánto mas severo será el juicio para aquel que no obró ni la misericordia ni la justicia?

La caridad y la justicia exigen de nosotros los socorridos de los fieles difuntos, exigen el pronto y debido cumplimiento de sus piadosas voluntades, exigen el que atendamos al bien de sus almas antes que á aprovecharnos de sus bienes y á olvidarnos con el ruido de las herencias de los mismos que nos las han dejado; pero es preciso y la religion exige de nosotros que seamos prudentes y cristianos en nuestros sufragios y en el modo de ofrecer nuestros servicios á las almas

(1) 2. 2. quæst. 66. art. 3.

(2) Cap. 2.

(3) Cap. 2. v. 13.

del purgatorio; que no erremos torpemente en el destino y modo con que debemos honrar á los difuntos. El lujo y aparato, las pompas sumptuosas de los funerales, son vácias, de nada aprovechan á los muertos. Fuera del modo acomodado á la clase de las personas y del órden establecido por la Iglesia, el Santo sacrificio de la misa las limosnas, y las oraciones son los socorros verdaderos que debemos darlos. «Des-
» preciamos, dice San Juan Crisóstomo (1) el esquisito y
» supérfluo aparato de las exequias que no está dirigido por
» la misericordia sino por la vanagloria. Dejémonos de esa
» loca diligencia, y procuremos aquel honor y cuidado de
» los difuntos que contribuya para ellos y para nosotros
» á la gloria de Dios. Demos por ellos abundantes limos-
» nas, y ofrezcamos por ellos sacrificios.... Estos son los
» mejores y mas sumptuosos funerales, estos aprovechan
» á los que van y á los que quedan. Si procuramos enter-
» rarnos así apareceremos llenos de claridad en la resur-
» rección; pero si esmerándonos en la pompa y aparato del
» cuerpo descuidamos el alma, padeceremos mucho allá y
» tendremos la confusion de que se rían de nosotros. Por-
» que ¿no es una afrenta salir del mundo con un alma po-
» bre, desnuda y desprovista de virtudes, y cuidarse del
» rico sepulcro para el cuerpo? No sería tanta el que el
» cuerpo quedase arrojado é insepulto como el no llevar el
» alma vestida de virtudes. Vistamos á esta con las ves-
» tiduras que han de durar para siempre.» San Gerónimo

(1) Hom. 84. in Joan.

escribiendo á Pammachio acerca de la muerte de Paulina su Esposa, es del mismo sentir y dice (1): «Los demás maridos derraman rosas, lirios, y flores purpúreas sobre los sepulcros de sus esposas y mitigan con estos oficios el dolor de su corazón y la tristeza de su pérdida. Pero Pammachio riega los huesos y el cadáver venerable de su esposa Paulina con las aguas y el bálsamo de las limosnas. Estos son los adornos y relieves, estos son los aromas con que adorna su sepulcro, y en que envuelve sus cenizas. Sabe muy bien que está escrito: como el agua apaga el fuego, así la limosna apaga el pecado.»

Imitemos la piedad de la santa madre de san Agustín que al ver que se la acercaba su hora última no mandó cubrir con lujo su cuerpo, no mandó enterrarse con aromas y bálsamos, no mandó fabricar un sepulcro distinguido, ni colocar en él epitafios sorprendentes, ni menos ser trasladada á su patria. «Deseó tan solamente que se hiciese conmemoracion de ella en el santo sacrificio del altar, donde sabia que se dispensa la víctima santa con que se quitó el *chirographo* que estaba en contra de nosotros.» Y San Agustín encargó á sus amigos y hermanos, y á cuantos leyesen su escrito, que hiciesen conmemoracion de su amada madre santa Mónica en el santo sacrificio del altar (2). Oficios de piedad, oraciones, ayunos, limosnas, y sacrificios, tal es el modo prudente y cristiano con que debemos socorrer á las almas del purgatorio.

(1) Epist. 26.

(2) Lib. 9. conf. cap. 12 et 19.

No vale escusarnos con nuestra pobreza y falta de recursos. En la satisfaccion, dice santo Tomás, se atiende mucho mas al afecto del que ofrece, que á la cantidad de la oferta. Bien podemos todos tener un afecto grande, un grande amor y caridad para con estas almas y para con Dios, y así nuestras ofrendas, nuestras limosnas, nuestras oraciones serán de un valor grande aunque sean pequeñas en la cantidad, porque sabido es, que Dios no mira á las manos sino al corazon. Y ved como ninguno podemos escusarnos, y cómo podemos socorrer á las almas santas del purgatorio.

Ahora podría detenerme á haceros reflexionar el beneficio grandísimo y las recompensas que podiais prometeros á por vuestros ruegos y sufragios saliese del purgatorio un alma y os debiese el salir de aquel lugar de tormentos á gozar de su Dios, podría haceros observar el manantial de gracias y mercedes que podeis proporcionaros por este medio teniendo un justo en el cielo que os debiese su felicidad. Podria tambien haceros entender, que tal vez os espera. Hay, Hijos míos, os debeis tener por dichosos, si os espera la misma suerte, y el Señor permitirá que, según tiene dicho seais medidos con la misma vara que midais vosotros: pero no quiero seros molesto y dejo todas estas consideraciones á vuestro discurso: quiero, sí, que en vista de cuanto os he dicho, y sin que os olvidéis jamás de las almas del purgatorio, os atendais á vosotros mismos, y que viendo las penas de aquellas almas seais cantos y vigilantes sobre vosotros, que contempleis que á aquel lugar de tormentos las llevó un pecado venial, un descuido en una conversacion, una con-

descendencia por no disputar, un reato que satisfacer por sus pecados confesados : que tengais presente , que el pecado no puede quedar impune , que es preciso pagar hasta el último cuadrante , que ha de castigarse ó por el hombre penitente , ó por un Dios justo , ó por la penitencia ó por la venganza.

Viviendo como vivimos en el mar proceloso del mundo en que nos entra el pecado por todas las hendiduras de nuestra fragilidad y de nuestra corrupcion, amparémonos del seguro de la oracion , de los fuertes de la limosna , del ayuno , de las obras buenas. Seamos cantos y vigilantes y entendamos que caminamos y vivimos en medio de peligros y de lazos y que no basta prevenirnos una vez, sino que es necesario perseverar hasta el fin. Todos los dias pecamos y todos los dias debemos hacer penitencia. Temor al pecado , venganza contra el pecado , vigilancia y temor de nosotros mismos , piedad y misericordia con los fieles difuntos , exacto cumplimiento de las obligaciones que los debemos de justicia , devocion y celo por socorrer á las almas benditas del purgatorio; ved cuál debe ser nuestra resolucion y deseo. ¡Quiera el Señor concedernos el que por nuestros socorros y sufragios pasen algunas á gozar de Dios, y pidiendo allí por nosotros nos alcancen el ir tambien con ellas á disfrutar de los bienes eternos! Amen.

PLATICA XXIV.

Del artículo décimo del Símbolo, el perdón de los pecados.

Imperfecta sería la Iglesia de Jesucristo si no hubiera establecido en ella su divino Fundador un orden para regirla, gobernarla, conservarla y hacerla durar hasta el fin de los siglos. No hubiera formado un cuerpo y una sociedad si además de haber puesto en ella un representante ó cabeza visible no le hubiera dado las facultades necesarias para enseñar la doctrina sana, para corregir, para premiar, castigar, argüir á los que contradicen, arrojar de su seno á los díscolos y para obrar en todo cuanto conduce y conviene al bien y conservacion de una perfecta sociedad. Jesucristo lo hizo así. Pero la Iglesia tiene un fin mas elevado que todas las sociedades humanas, su Autor divino la estableció para salvar á los hombres, y es preciso que los hombres hallen en la Iglesia los medios de conseguir la salvacion eterna que son la gracia y las virtudes. Los miembros de este cuerpo al unirse é incorporarse á él reciben su vida y su aliento, pero estos mismos miembros pueden enfermar y es preciso que haya poder en el cuerpo para sanarlos. Es decir, Hijos

mios , que los hombres de quienes se compone la Iglesia de este mundo, nacemos todos en el pecado y somos siempre frágiles y pecadores, y aunque al admitirnos la Iglesia en su número nos perdona y vivifique con la gracia , podemos repetir el pecado, y es muy conducente al fin de la Iglesia, que tenga un poder no solo para admitirnos y perdonarnos por la primera vez , sino cuando pequemos despues de ser sus hijos. Si así no fuere , los miembros todos podrian perder la salud , y enfermos todos los miembros pereceria el cuerpo. Jesucristo la ha provisto abundantemente de un poder y unos recursos para poder sanar à los miembros enfermos y restituirlos la salud. Jesucristo la ha dejado su poder y facultades, no solo para el buen orden y régimen exterior, sino tambien para perdonar los pecados de los hombres ; y ved aqui lo que creamos y confesamos en este artículo del Símbolo diciendo que creemos *El perdon de los pecados*. Por esta facultad dura y se conserva la Iglesia en la tierra , por esta no parece lo que ya se habia perdido y ha sido recobrado , dice el Padre San Agustin (1).

No pienso detenerme hoy à esplicaros los medios y las disposiciones de que debemos valernos para conseguir el perdon de los pecados ; reservo este asunto para cuando os hable de los santos sacramentos , y para manifestaros con la claridad posible lo que debemos creer en el artículo de el perdon de los pecados , que es à lo que voy à ceñirme, voy à deciros : Que en la Iglesia verdadera de Jesucristo

(1) In Enchir. cap. 64.

hay poder y facultad para perdonar los pecados de los hombres : Hasta donde se estiende esta facultad : y por fin , lo conveniente que nos es aprovecharnos de ella.

El creer y confesar que en la Iglesia hay poder para perdonar los pecados nos es , no solamente útil y consolatorio ; sino necesario é indispensable , porque sin esta Fé no pondria nos los medios que la Iglesia nos ordena para lograr el perdon ; y sin esto mal podremos conseguirle. Creemos que la facultad de perdonar los pecados es propia y peculiar de solo Dios y que no puede convenir á ninguna criatura : «Yo soy , dice el Señor (1), el que quito los pecados.» El » Señor es , dice el libro sagrado de los Reyes (2), el que » mortifica y el que vivifica.» Los pecados son ofensas contra Dios y deudas á su favor , y á la manera que nadie puede perdonar las ofensas y las deudas sino el mismo ofendido y acreedor , así tampoco puede nadie perdonar el pecado sino Dios , y por eso á él solo decimos todos los dias : «Perdónanos nuestras deudas.» Tenemos tambien que no se requiere menos poder y virtud para convertir á un hombre de pecador en justo , y para resucitar á un alma de la muerte del pecado á la vida de la gracia , que para resucitarla á la vida del cuerpo , y en sentir de San Agustin , no se necesita menos poder para redimir del pecado y perdonarle , que para criar todo el mundo ; si esto solo puede hacerlo Dios que es inmenso é infinito en su poder , es cla-

(1) Isai. cap. 45.

(2) Lib. 1 cap. 2.

ro que sólo él es quien puede perdonar los pecados. «¿Y
» quién, decía el Santo Job (1), puede dejar limpio al
» que está concebido en la maldad sino Vos, Señor, que te-
» neis el ser y la omnipotencia por esencia?» La remision
de los pecados significa no solamente la abolicion de las cul-
pas sino tambien la remision de las penas y todos los efec-
tos de la gracia de Jesucristo, todos los frutos de su sangre
preciosa; significa una plena y completa redencion del hom-
bre en la tierra que se consumará con la salud eterna de la
gloria. De aquí es que se llama indistintamente en los libros
santos al perdon de los pecados, remision y redencion por
la sangre de Jesucristo. «Esta es mi sangre, dijo el mismo
» Señor (2), que se derramará para la remision de los pe-
» cados. En él, dice el Apóstol (3), tenemos la redencion
« por su sangre en remision de los pecados,» y como ya
os he dicho, la remision de los pecados es el fruto de la pa-
sion y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Pues así como
la redencion es obra de solo Dios, y solamente Jesucristo
Dios y Hombre verdadero pudo librarnos y redimirnos del
pecado, así solo Dios es el que puede obrar la remision
de nuestros pecados. Así es que Jesucristo fué el primero
que ejerció en la tierra tan alta potestad. «Para que sepais
» que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para per-

(1) Cap. 14.

(2) Matt. cap. 24.

(3) Col. cap. 1.

» donar los pecados, dijo al paralítico; levántate, toma
» tu cama y vete á tu casa (1).»

En prueba de esto mismo vemos que antes de la venida de Jesucristo, no se confirió á hombre alguno potestad sobre los pecados sin embargo de haber habido tantos Patriarcas y Profetas muy favorecidos de Dios, y que estuvo reservada para el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. De aqui la alarma y el tener por blasfemo á Jesucristo los Escrivas y Fariseos al oirle que perdonaba los pecados, porque ¿quién, decian ellos con razon, puede perdonar los pecados sino solo Dios? ¿Quién es este, murmuraban entre sí al oirle perdonar á la Magdalena, que perdona tambien los pecados? Prueba de que hasta entonces no habian visto ni oido los hombres semejante potestad en la tierra. Jesucristo Dios y hombre verdadero, en virtud de su suprema potestad, fué el primero que la ejerció en el mundo, y no contento con haberla ejercido en varias ocasiones por sí mismo, dió su potestad á su Iglesia para que la ejerciese en su nombre. Estableció sus Santos Sacramentos y autorizó á los hombres para que los administrasen en la forma que él los ordenó, y para que con la debida recepcion obtuviesen el pèdon de los pecados. Con esto se entiende, que así los Santos Sacramentos como los hombres que los administran, son puramente instrumentos de que Dios se vale para la remision de los pecados y para conferir sus gracias obrando el hombre no por virtud propia, sino por virtud y como representante de

(1) Marc. cap. 2.

Jesucristo, y que aunque sean distintos los que administran los Sacramentos á unos de los que los administran á otros, todos reciben el perdón y la gracia de uno solo que es Jesucristo, en quien está la potestad y de quien los hombres son solamente instrumentos, Jesucristo solo bautiza decia por esto el Apóstol.

El Sacramento del Bautismo es el primer medio establecido por Jesucristo para perdonar los pecados, y por esto en el Símbolo Niceno se une la confesion de un bautismo y de la remision de los pecados. Por este Santo Sacramento se nos perdona el pecado original y todos los que hubiere en la persona que se bautice; se nos dá la fé y entrada en la Iglesia y se nos une y hace miembros del cuerpo de Jesucristo. El que no renazca de el agua y del Espíritu-Santo no puede entrar en el reino de Dios, y por esto al enviar Jesucristo á sus Apóstoles á predicar por todo el mundo su doctrina, los mandó que bautizasen á los que creyesen con el bautismo del agua en remision de sus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu-Santo. Como este Sacramento es de tanta necesidad, quiso el que vino á recoger y salvar á los pecadores, que en caso de necesidad le administrase cualquiera hombre ó muger para que ninguno perezca por falta de medios.

Nada mas necesitaríamos si fuésemos perseverantes en la gracia, si conservásemos la vestidura blanca del bautismo y mantuviésemos siempre viva y encendida la luz de la Fé; pero el hombre está siempre espuesto á los peligros, está siempre rodeado de enemigos, vive en un mar borrascoso y muchas veces naufraga, pierde la gracia del bautismo, pe-

ca y se hace enemigo de Dios, y entonces le queda una tabla para salvarse del naufragio, una tabla que le preparó el divino Redentor en el Sacramento de la Penitencia ó confesion sacramental. Jesucristo, sumamente sabio y misericordioso, conocia muy bien nuestra condicion y flaqueza y nos provejó del oportuno remedio. Estableció el Santo Sacramento de la Penitencia para que por él se nos perdonasen los pecados cometidos despues del Bautismo, y para administrarle no autorizó á todos indistintamente sino á aquellos solos á quienes él quiso elegir por sola su voluntad. Eligió al apostol San Pedro á quien entregó las llaves del reino de los cielos, que quiere decir, las facultades ámplias para perdonar y absolver de los pecados á los demas hombres: *A tí, le dijo, «te* » *daré las llaves del reino de los cielos, todo lo que ligares* » *sobre la tierra será ligado en el cielo, y todo lo que desatases* » *sobre la tierra será desatado en el cielo (1).»* Tambien dió este poder á los demas Apóstoles diciéndoles: «*Recibid el Espíritu-Santo, los pecados que perdonáreis á los* » *hombres les serán perdonados, y los que los retuviereis les* » *serán retenidos (2).»* Autorizó en varias ocasiones á San Pedro edificando sobre él su Iglesia, dándole sus veces sobre todos los fieles y un poder ámplio para perdonar, porque todo lo que Pedro perdona en la tierra será perdonado en el cielo. El vicario de Jesucristo en la tierra, como sucesor de San Pedro, en virtud de este poder de las llaves de la Igle-

(1) Matt. cap. 16.

(2) Id. cap. 18.

sia ó de esta plenitud de potestad para perdonar, es el ministro elegido por Jesucristo para administrar el Sacramento de la Penitencia en toda la Iglesia, no solo por sí mismo, sino que puede dar sus facultades y comunicar su jurisdicción á otros, porque de otra suerte no podrán ejercerla con facilidad en toda la Iglesia. De él la reciben los Señores Obispos, Párrocos y Sacerdotes, quienes reciben solamente aquella facultad que les concede y nunca mas. Por esta razón, solamente los sacerdotes autorizados competentemente pueden administrar el Sacramento de la Penitencia ó perdonar los pecados. Estos reciben sus facultades con mas ó menos amplitud de sus Señores Obispos, los Obispos del Pontífice de Roma, y éste las recibió de Jesucristo en la persona de San Pedro, y así es como solo Dios es el que perdona los pecados, y todos los perdonan en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu-Santo, por eso se les dice á todos: recibid el Espíritu Santo; los pecados que perdonáreis serán perdonados: esto es, el Espíritu Santo que es Dios, es el que perdona y no vosotros: Dios perdona por los Sacramentos recibidos dignamente y administrados por los Sacerdotes que tengan la competente autoridad. Esto no estorba para que pueda muy bien Dios valerse de otros medios extraordinarios, porque el que perdona los pecados por el hombre, puede perdonarlos tambien sin el hombre. Así vemos que santificó al Bautista en el vientre de su madre, y no podemos dudar que puede, cuando sea su voluntad, perdonar los pecados y dar sus gracias por los medios y por el ministerio de quien mejor le plazca.

Tenemos en vista de esto, que hay en la Iglesia una

facultad para perdonar los pecados, ya se cometan antes ya despues del bautismo, tenemos que la Iglesia ha recibido las llaves del cielo, lo que no nos dá á entender otra cosa que el poder de perdonar ó retener los pecados en el sacramento de la penitencia; que esta facultad nos la trajo Jesucristo, que la comunicó á San Pedro y sus sucesores para que la ejerciesen en su nombre, que de éste la reciben los Señores obispos, y estos la dán á los sacerdotes para que puedan usar de ella en beneficio de todos los fieles.

Veamos ahora hasta donde se estiende esta facultad. Se estiende á todas las personas, á todos los pecados, á todos los lugares y á todo el tiempo de la vida. A todas las personas con tal que estén dentro del gremio de la Iglesia, porque los que se separan de esta, ó no han entrado en ella, ni son participantes de sus beneficios ni se estiende á ellos la jurisdiccion sobre los pecados, concedida solamente al sucesor de San Pedro y á aquellos á quienes éste se la comunica. Conservándose unidos al edificio fundado sobre la piedra firme en que edificó Jesucristo su Iglesia, conservándose en el gremio y obediencia de la Santa Iglesia católica, apostólica romana, todos pueden prometerse conseguir el perdon de sus pecados, pero en todos es necesario, para que le obtengan y que el sacerdote pueda absolverlos de ellos, que se conviertan, se arrepientan y hagan una penitencia sincera, porque si Dios es misericordioso, es tambien justo, y donde hay misericordia y justicia perfecta, dice San Fulgencio (1), ni el justo puede perdonar los pecados ni el mi-

(1) Lib. de Remiss. Peccat. cap. 11.

sericordioso puede negar la indulgencia á los convertidos y contritos. *Si llorares y te convirtieres te salvarás* dice el Señor por el Profeta Isaias (1). «Este es el convenio y condición entre Dios y el hombre, dice el mismo San Fulgencio, el convenio entre el Señor que manda y el siervo que pide. Yo te daré lo que pides si haces lo que yo te mando. Tú me pides la salud, y yo te mando tu conversión: si obedecieres al precepto gozarás del beneficio. Pero como á Dios no se le puede engañar es necesario que el pecador llore y se arrepienta sinceramente, no como algunos que gimen en largas oraciones por sus iniquidades, pero no se apartan de sus malas obras. Acusan humildemente los pecados de que están oprimidos en la presencia de Dios, y sin embargo no desisten de amontonar con un corazón contumaz y perverso aquellos mismos pecados que acusan humildemente en su oración. La indulgencia que piden con sus gemidos y lágrimas se la quitan ellos mismos con sus malas obras. Piden la medicina al médico, y ellos mismos toman lo mismo que saben que aumenta su enfermedad. Quieren en vano aplacar con sus palabras, á un juez á quien con sus malas obras irritan mas y mas, el furor. Estos jamás borrarán sus pecados llorando, porque no desisten de pecar despues de sus lloros. Con razon dice Dios al hombre, si te convirtieres y llorares serás salvo.» Necesita pues todo hombre que quiera recibir el perdón de sus pecados, no solo im-

(1) Cap. 30.

plorar la divina misericordia, sino tambien conocer sus iniquidades, llorarlas y arrepentirse de ellas. Necesita decir como el Profeta Real: Tened, Señor, misericordia de mí y compadecéos segun vuestra grande misericordia, porque conocen mi iniquidad, y mi pecado está siempre contra mí. Conocia su iniquidad, no para aumentarla mas pecando, sino para borrarla con su penitencia. Prévias las debidas disposiciones para recibir el Santo Sacramento de la Penitencia, de que os hablaré cuando tratemos de este asunto, á ninguno se niega el perdon de los pecados; á todos indistintamente se les concede, sea la que fuere su clase, su estado y su condicion. El Sacerdote que administra el Santo Sacramento de la Penitencia, no distingue sino dos clases de hombres entre todos los que se le acercan á pedir el perdon de sus pecados. Ve personas indispuertas sin dolor, sin pesar de haber ofendido á Dios y sin ánimo de enmendarse, y á estas no puede desatar de sus pecados, los tomaría sobre sí y se haria reo delante de Dios si alargase su mano para absolverlas por el uso sacrílego del poder de Dios que ha recibido, y las vé contritas y sinceramente arrepentidas y á estas puede y debe conceder el perdon, porque no quiere Jesucristo que ninguna se pierda, sino que todas se salven; y asi es como la facultad de perdonar se estiende á todas las personas. Se estiende tambien á todos los pecados, porque no hay clase de pecado alguno que no pueda perdonarse, ni hay un número fijo de pecados que perdonar, Jesucristo dió sus facultades á su vicario en la tierra para perdonar todos los pecados: *Todo lo que perdonares será perdonado.*

No hay pecado por enorme que sea, cualquiera que fuere su género y su gravedad, que no haya poder en la Iglesia para perdonarlo, y si alguna vez se dice que los pecados son irremisibles que no los perdona Dios, no es por falta de poder en la Iglesia para perdonarlos, sino por falta de disposicion y de verdadera penitencia en los que los cometen. Con la buena disposicion aunque sean mas en número que las arenas del mar y las estrellas del Cielo, todos pueden perdonarse; aunque despues de una vez perdonados se vuelvan á cometer, pueden una y otra y mas veces volverse á perdonar. ¿He de perdonar á mi hermano, preguntó San Pedro á Jesucristo despues de haberle autorizado para perdonar, he de perdonarle hasta siete veces? No te digo respondió Jesucristo hasta siete veces sino hasta setenta y siete veces, es decir, como esplican San Gerónimo y San Agustin, siempre ó infinitas veces. Se estiende tambien á todos los lugares, porque donde quiera que el pecador se hallé y haya confesor puede recibir el perdon de sus pecados. No necesita el hombre emprender largos viajes ni aguardar como los enfermos de Jerusalem el movimiento de las aguas por el Angel del Señor para entrar los primeros en la Piscina y sanar (1). Es mas universal el remedio de la ley de gracia y se dispensa la salud espiritual en todos los lugares, no solo en aquellos que son los Templos del Señor y están destinados á implorar en ellos su misericordia, sino tambien en nuestras mismas casas y en nuestras mismas ca-

(1) S. Juan cap. 5.

mas cuando así lo pide la necesidad. Se estiende tambien á todo el tiempo de la vida. Digo de la vida porque solo la vida presente es el tiempo del indulto divino, es el tiempo que Dios concede para negociar el perdón, mientras vivimos en el mundo, Dios es misericordioso, es paciente, nos llama, nos busca, no quiere que ninguno perezca, sino que todos se conviertan y vivan, toda la vida es tiempo aceptable, es tiempo de salud, en cualquiera hora que el pecador busque á su Dios y se convierta de su impiedad y deje sus malos caminos, le perdonará y se olvidará de todos sus pecados, el Señor dió su facultad de absolver y ligar á su Iglesia en la tierra para que comprendamos que solo mientras vivimos unidos á nuestro cuerpo mortal, se nos dá la remision y la misericordia. Los que en esta vida no se convirtiesen á Dios, se arrepentirán en el día del juicio, pero no lograrán la indulgencia. No queráis errar, dice el Apóstol (3). Dios no puede ser burlado, aquello que el hombre siembre, aquello cogerá. La vida presente nada mas es el tiempo de sembrar y despues no queda sino recoger el fruto de lo que cada cual haya sembrado. Todo el tiempo de la vida es propósito para obtener el perdón de los pecados y solo mientras vivimos es cuando podemos lograr su remision.

En vista de todo esto ¿dejará de sernos conveniente el aprovecharnos de la facultad de la Iglesia para perdonar los pecados? ¿podremos menos de abrazar con gusto esta verdad de la Fé que nos aleja de toda desesperacion, de todo

(1) Galatas 6.

temor que nos abre las puertas del cielo, nos reconcilia con Dios y nos hace herederos de su reino? El que no quiere creer que en la Iglesia de Dios hay esta facultad de perdonar los pecados y desprecia la bondad de Dios que nos honra con un don tan grande de su Divina misericordia, si mueren en esta obstinacion, dice san Agustin (1), es reo de aquel pecado irremisible contra el Espíritu-Santo, que no se perdonará en este mundo ni en el otro. Nosotros, Hijos míos, creemos de todo corazon esta verdad que nos enseña la Iglesia, esta verdad de tanto consuelo que nos anima y da fuerzas en medio de nuestros peligros y aflicciones. Demos incesantemente gracias á Dios por su bondad y misericordia tan grande, agradezcámosle el haber bajado del Cielo á la tierra para perdonar nuestros pecados y proveer-nos de unos medios tan fáciles y tan abundantes para salir de todas nuestras miserias espirituales. Y para que conozcamos mejor la grandeza de este beneficio, contemplemos la malicia y los efectos del pecado. El pecado es una ofensa contra el mismo Dios, contra el Señor de Cielos y tierra, contra nuestro mismo Criador y Salvador. El pecado nos priva de todos los frutos de la pasion y muerte del Señor, nos destierra del Cielo, nos hace enemigos de Jesucristo y esclavos para siempre del demonio y víctimas del infierno. Necesario ha sido, para conseguírnos el perdon de los pecados, que un Dios y Hombre borrarase con su sangre el decreto de nuestra condenacion, que espíase la pena que nos-

(1) In Enchir. cap. 61.

otros merecíamos, que apurase hasta las heces el caliz; amor go de la pasión, que pagase el justo por los injustos y que el inocente sufriese una muerte cruelísima por los reos. El perdón de los pecados no le hemos comprado con el oro ni la plata sino con la sangre del cordero sin mancha. De todo nos privarnos por el pecado, pero todo lo podemos recobrar por el perdón de los pecados, por los sacramentos y la facultad de perdonar que ha dejado Jesucristo en su Iglesia; todos sin distinción, en todo lugar, cuantas veces y en todo tiempo que pequemos, «Dios manifiesta su bondad y misericordia perdonando,» podemos todos conseguir el perdón. El cristiano que contempla esta verdad ¿cómo podría menos de llenarse de una alegría, de una ternura y gratitud á su Dios que llene todo su corazón y al mismo tiempo de un deseo y una resolución de no ofender mas á un Dios de tantas misericordias? Si seríamos agradecidos siempre á un médico que acertase á curarnos una enfermedad desesperada, ¿cuánto mas deberemos estarlo al mismo Dios cuya bondad y sabiduría infinita ha dispuesto para todas nuestras enfermedades unos remedios ciertos, seguros, infalibles, fáciles y que no nos cuesta mas que el quererlos tomar.

Este es nuestro mal y desgracia, Hijos míos míos, el que no queremos tomar los remedios de nuestros males, que confiamos, abusamos mas bien de la divina misericordia, que dilatamos de día el convertirnos al Señor hallándonos bien en los vicios. No corresponde esta conducta con nuestra Fé ni con nuestros intereses. El perdón se logra mientras nos dura la vida, pues apresurémonos á obtenerle. ¿Quién nos ha dicho cuándo ni cómo se ha de acabar? ¡Qué impru-

dencia tener que llorar para siempre lo que á tan poca costa podemos remediar. Esperanza, Hijos míos, confianza en Dios; por grandes que sean nuestros pecados desterraremos todo temor, vergüenza y desesperación, pero también toda arrogancia y toda presunción, toda confianza vana en la misericordia divina sin poner por nuestra parte los medios que Dios nos manda; confiados si; pero arrepentidos contritos, y resueltos á la enmienda, digamos incesantemente al Señor como el Profeta David (1): «Borrad Señor mi iniquidad, y si tuviere la dicha de estar purificado lavadme todavía y purificadme mas y mas, porque yo conozco mi pecado, yo no quiero ocultarle ni escusarle, le tengo siempre á la vista y os lo presento Señor para que le juzgueis, castigueis y perdoneis en esta vida y no tengais que castigarle en la eterna.»

(1) Psal. 50.

PLATICA XXV.

DE LAS DEMAS ATRIBUCIONES DE LA IGLESIA.

Conducir á todos sus hijos fieles á la gloria , proporcionarlos los medios de unirse á Jesucristo y de llegar á ser ciudadanos del cielo llenos de felicidad , tal es el fin de la Iglesia de Jesucristo que la fundó para que los que la componen «tengan vida y una vida abundante (1).» Por eso encomendó á su vicario y le autorizó tan espresa y ámpliamente para reengendrar á los hombres, purificarlos, perdonarlos sus pecados y comunicarles sus gracias por medio de sus sacramentos, que es la mayor potestad que se conoce en la tierra y que confesamos en el artículo de «El perdón » de los pecados.» Pero como la Iglesia de Jesucristo es un cuerpo visible , es una sociedad compuesta de hombres, no debemos creer menos que le autorizó para regirla , gobernarla y para obrar cuanto fuese conveniente y exige una perfecta y bien ordenada sociedad. No puede concebirse una Sociedad sin leyes que la sirvan de gobierno , sin usos

(1) Joan. cap. 10.

y costumbres que suplan lo que falte á la ley que está escrita, y sin personas que compongan el cuerpo de la sociedad. Sobre todo esto debe haber también un superior que cuide de la observancia de la ley, que la dé la verdadera inteligencia, que la interprete en las dudas, que la aplique á los casos particulares, y que premie y castigue á los miembros de la sociedad segun la justicia de la ley; y de nada de esto defraudó Jesucristo á su Iglesia.

Para proceder en esta materia con toda la posible claridad y que tengais los conocimientos necesarios, me ha parecido conveniente manifestaros las atribuciones de la Iglesia y su Pastor Supremo sucesor del Apóstol San Pedro y Pontífice de Roma, ya con respecto á la ley ó el dogma y doctrina católica, ya con respecto á la disciplina y gobierno interior y exterior, y ya con respecto á las personas de los fieles que componen esta sociedad.

El Sumo Pontífice de Roma es el vicario de Jesucristo en la tierra á quien todos estamos obligados á obedecer. Esto aprendemos en el catecismo de la doctrina cristiana, y esto es lo bastante para unos hijos sumisos y respetuosos de la Iglesia. Pero, Hijos míos, se ha saltado la balla de este respeto y sumision. Se oyen voces injuriosas, y se escribe tambien sin decoro ni miramiento, contra Roma y su Pontífice, voces que no oyeron nuestros mayores, ni hubieran podido oír sin horrorizarse; se llama á la autoridad suprema del sumo Pontífice un engaño y quimera, unas supuestas y falsas prerrogativas; á sus disposiciones todas, política de la curia Romana; á las leyes de la Iglesia, cábalas monásticas; á las excomuniones «una buena comedia de costumbres

clericales (1) con otras espresiones que desdican , no solo de un cristiano , sino tambien de un hombre de mediana educacion. Sin tener por norte otra cosa que la verdad y nuestra instruccion voy á hablaros del asunto y con el órden que he propuesto. .

No hay sociedad sin ley, y Jesucristo dejó su ley á la Iglesia. Tal es su Evangelio, los mandamientos de la ley de Dios, los sacramentos y todo lo que está en la Sagrada Escritura y Dios ha revelado á su Iglesia; tal es todo lo que es doctrina de fé, bien lo haya recibido la Iglesia por la escritura ó por la tradicion. El conjunto de toda la doctrina de fé que todos los fieles cristianos estamos obligados á creer segun cree la Santa Iglesia Romana, es lo que llamamos *Dogma*. En órden al dogma no hay facultad en la Iglesia para alterarle , mudarle ni corregirle. Es obra de Dios , es la verdad revelada , y la verdad es invariable y eterna. Es la misma para todos los hombres , tiempos y lugares. De aqui es que nuestra fé , nuestros artículos y los mandamientos que Dios nos ha dado , como os he dicho en varias ocasiones , son siempre los mismos y los mismos serán en todos los siglos. Este es el depósito que nos dejó Jesucristo , y sobre este no hay otro género de poder que para custodiarle. Cuando consta espresamente un precepto ó un artículo de nuestra fé , nadie puede derogarle , alterarle ni destruirle. Se nos dice : No jurarás , por ejemplo , Jesucristo nació de Santa María Virgen , y no hay poder que

(1) Eugenio Sue en su conclusion del *Judio Errante*.

nos pueda decir ni establecer lo contrario. Pero no todo está espreso y terminante en la Sagrada Escritura, no todos la entienden de un mismo modo, ni señalan y distinguen la verdadera tradicion de las novedades introducidas ó que puedan introducirse: en las dudas no sabríamos á qué atenernos y estaríamos espuestos á todo viento de doctrina sin tener un intérprete y explicacion fija, verdadera y de la que no nos sea lícito dudar ni separarnos. Este intérprete vivo nos le dejó Jesucristo en San Pedro y sus sucesores, y esta es la autoridad que hay en la Iglesia acerca del dogma, no para mudarle ni alterarle, sino para aclararle, explicarle, fijar la inteligencia de la Escritura Sagrada y discernir la verdadera tradicion y doctrina de la que no lo es, para proponer y enseñar á los fieles la verdadera fé, pura y libre de todo error.

Jesucristo no dejó la inteligencia y explicacion de su doctrina al arbitrio de los simples fieles cualquiera que sea su ciencia y su condicion ó dignidad sino solamente á la decision de su vicario en la tierra, y para esto le prometió su asistencia y su infalibilidad. Es verdad que todos los señores obispos como sucesores de los Apóstoles están puestos para regir y gobernar la Iglesia de Dios; son los que por oficio pueden enseñar la doctrina y distinguir la verdadera de la falsa, que su opinion, ya como obispos particulares; ya reunidos en concilio, es de mucho peso y merece mucho respeto; pero es necesario una autoridad y juez último que decida en todas las cuestiones que puedan ocurrir, y este es solamente el Sumo Pontífice sucesor de San Pedro. Es concluida toda causa en hablando Roma. El Vicario de Je-

Jesucristo cuando decide y sanciona una cosa como la fé, ya despues de examinada en algun concilio, ó ya por sí solo sin este requisito es infalible, y todos estamos obligados á recibirla y á obedecerle. El Pontífice de Roma, considerado como un hombre particular, está espuesto á padecer equivocaciones como todos los demas; pero cuando decide y habla como Pontífice Vicario de Jesucristo, cabeza visible de la Iglesia y sucesor de San Pedro en materias de doctrina para explicarla, y declarar á los fieles cual es la verdadera ó condenar algun error, decimos que no puede errar ni equivocarse, porque Jesucristo le ha prometido la infalibilidad. A la autoridad del sumo Pontífice dice mi augélico Doñtor Santo Tomás (1) pertenece determinar finalmente sobre todas las cosas que pertenecen á la fé como quien es el sucesor de San Pedro á quien dijo el mismo Jesucristo constituyéndole su Vicario: «Yo he rogado por tí » Pedro para que no falte nunca tu fé, y tú seas el que con- » firmes á tus hermanos.» Y la razon de esto es dice el mismo Santo, porque debe ser una sola la fé de toda la Iglesia como dice el Apóstol, «decid todos lo mismo y no haya entre » vosotros cismas.» Y esto no podria lograrse si la cuestion que pueda originarse en materias de fé no se determina por lo mismo que preside á toda la Iglesia para que asi su sentencia se reciba y retenga firmemente por toda la Iglesia. Jesucristo dijo á San Pedro, que sobre él edificaba su Iglesia, que las puertas del infierno no prevalecerian contra ella.

(1) 2. 2 quæst. 1.^a art. 10.

La Iglesia es la esposa de Jesucristo sin mancha ni arruga, y si no hubiera provisto en ella de una infalibilidad contra el error, podría suceder y decir que las puertas del infierno prevalecían contra la obra del Dios hombre y que su esposa no era limpia y sin mancha ni arruga. Los santos Padres de todos los tiempos han reconocido esta prerrogativa en el sucesor de San Pedro; no han admitido mas Fé que la de Roma. En su Pontífice no solo han venerado un Primado de honor y distinción, sino tambien de jurisdicción y autoridad como todos los Apóstoles en Pedro. En el sucesor de San Pedro han mirado todos al Pastor encargado de las ovejas y corderos, y se han sujetado á sus resoluciones, han admitido todos los dogmas que ha declarado por tales y condenado con él todos los errores que ha condenado. En todo tiempo ha sido reconocido por el Obispo de los Obispos y la columna y firmamento de la verdad.

Me haría demasiado molesto si me deluviere á alegar los testimonios bien expresos de los Santos Padres de todos los siglos en comprobacion de lo que os digo, y baste decirnos que en todos tiempos han acudido al Padre comun de los fieles en todas las dudas y divisiones, no como á un juez último en materias humanas que puede muy bien equivocarse, sino como á un oráculo infalible, como al intérprete iluminado por el Espíritu Santo, acudieron á oír, no al hombre, sino á Jesucristo que habla por San Pedro, al sacerdote de Dios que juzga en el lugar de Jesucristo.

La Iglesia de Dios hubiera quedado sin estabilidad y firmeza si su autor divino no hubiera provisto á su Vicario en la tierra del Don de no errar ni apartarse nunca de la

verdadera fé. Y despues de tantos siglos que lleva de duracion la Iglesia sin que ninguno de sus Soberanos Pontífices haya sancionado el error ni se haya separado de la verdadera doctrina, ¿queremos mas prueba de que el Espíritu-Santo le ilumina y le assiste?

Tenemos, segun esto, que en el Romano Pontífice como Vicario de Jesucristo hay una potestad suprema con respecto al dogma ó doctrina de Fé para conservarle sin alteracion, sin mudanza y en toda su pureza é integridad; que él es el autorizado para fijar la inteligencia y dar la debida explicacion en las materias de que ocurriesen dudas; que él es el autorizado para sancionar lo que debe creerse como verdad y lo que debe condenarse como error; que sus decisiones en materias de Fé cuando resuelve como sumo Pontífice y Vicario de Jesucristo, son infalibles porque está asistido del Espíritu-Santo y que jamás será envuelto en el error ni enseñará á los fieles la mentira.

De aquí se infiere: Que el sumo Pontífice y los señores Obispos son los que están puestos por Dios para anunciar y enseñar su doctrina á los fieles; que ellos son los jueces que deben decidir entre la verdadera y la falsa, y en manera alguna compete este juicio á los simples fieles, sea lo que fuere su dignidad y su ciencia; y por consiguiente que debemos creer todo y solo lo que el Pontífice de Roma nos proponga por sí ó por los demas Obispos y Sacerdotes, y reprobamos, condenar y apartarnos de todo lo que el sumo Pontífice condene y repruebe en materias de la doctrina de Jesucristo, y que solo así seremos hijos fieles y obedientes de la Iglesia.

¿Qué diremos según esto, Hijos míos, de tanto libro y folleto pestilencial, que lejos de servir para nutrir á los cristianos en la doctrina sana como quiere la Iglesia, los conducen á los pastos vedados y venenosos y á corromper su Fé y sus buenas costumbres, que es lo que hay en el hombre de mas apreciable? ¿Qué diremos de tantos necios y temerarios que sin estudio ni conocimiento de nuestra Religión adorable, sin misión ni autoridad para decidir en materias de nuestra santa Doctrina, sin poderse creer asistidos por el Espíritu Santo, hablan, escriben, y declaman contra nuestra Fé, nuestra moral y nuestros venerables misterios cuanto les sugiere su antojo y les dicta su impiedad, su encono, ó acaso nada mas que su interés, el mal ejemplo, el deseo de distinguirse, de complacer, ó de ser favorecidos? ¿Qué diremos de la falta de respeto y la burla con que se escarnece á los Ministros del Santuario, que repueban y claman contra las lecturas prohibidas? Hay en la Iglesia un derecho concedido por Dios y un conocimiento infalible para juzgar acerca de la doctrina y las costumbres: los Ministros del Señor nos hablan en su nombre para que arrojemos de nuestras manos toda lectura opuesta á la doctrina y moral que profesamos. ¿Qué mas es necesario para detestarla y separarse de ella? ¿Qué utilidad pueden acarrear, ni á qué es el deseo y la avidez de buscarlas y leerlas? ¿Quién no sabe que un mal libro es un veneno tanto mas temible cuanto mas encubierta esté su malicia con el arte y los adornos de los chistes, de la elocuencia y la elegancia? En ellos se lee y se oye leer con espíritu tranquilo aquellas obscenidades y blasfemias que no podrían

oirse en una conversacion sin herir el pudor y escandalizar: llenan insensiblemente el alma de afectos y deseos perniciosos, y cuando en los demas peligros y ocasiones se distrae el entendimiento, divaga el corazon y puede buscarse con facilidad la huida; en el peligro que lleva la lectura de un mal libro se aplica todo el entendimiento, todo el corazon, el alma, los sentidos, todo se envuelve en el peligro y se hace dulce y se le busca y apetece en vez de huir de él.

¿Qué pueden dar los libros y lecturas empapadas en las máximas del error y de la licencia, sino tinieblas, oscuridad y relajacion que es lo que contienen? ¿Qué pueden inspirar sino sentimientos opuestos á la piedad, á la fé y al temor y respeto de Dios? ¿Qué pueden producir sino disipar el entendimiento sofocando en él todos los pensamientos saludables por aplicarlos á unas bagatelitas indignas de un hombre racional y cristiano? y... ¡ójala no pasase mas adelante el mal! Pero hay libros y pinturas tan infames y detestables que inspiran directamente el vicio y la licencia; que no pueden leerse sin convertirse en unos hombres impíos y licenciosos. Corrupcion del entendimiento, libertinage de la vida.... tales son los efectos casi necesarios de la lectura de semejantes libros y los gravísimos estorbos que ponen para nuestra salud eterna. Ellos son los instrumentos mas fuertes de que se vale el demonio para pervertir á las almas. No siempre se encuentran concurrencias alegres y divertidas, los juegos se acaban y enojan cuando se padecen pérdidas; las fiestas y espectáculos hay que buscarlos y muchas veces fastidian, los demas placeres ni pueden gozarse sin

dispendios , ni en tolas las ocasiones ; pero los libros malos pueden tenerse siempre á la mano , pueden llevarse siempre consigo , pueden tomarse y dejarse sin necesidad de valerse de nadie en todo lugar , tiempo y ocasion: Bien puede decirse que asi como los buenos libros y las imágenes y pinturas devotas son los mejores maestros que pueden instruirnos en todo tiempo y ocasion , asi los libros y pinturas malas son el mayor enemigo que podemos tener y que lleva con ellos el que los lee, y que toma el veneno que le ha de causar la muerte.

¡Y pluguiese al cielo , Hijos míos , que solo dañasen al temerario que los lee y los conserva! De la abundancia del corazón habla la boca , y alimentados con veneno , lo trasladan con facilidad del corazón á los labios, lo respiran é inficionan con él en todas partes. Nosotros que tocamos de cerca los progresos que hace la impiedad y la licencia de costumbres desde que los papeles públicos y miles de folletos han empezado á derramarse sin trabas por todas partes; nosotros que somos testigos de lágrimas que vierten muchos ancianos padres por no poder corregir á sus hijos y domésticos , del dolor que devoran en su interior muchos buenos católicos , que oímos las voces que levantan en vano muchos venerables prelados ; nosotros que tocamos las conciencias y hallamos en ellas el origen y el gérmen de los males que las aquejan y afligen ; nosotros vemos y palpamos, pero, públicos son y los veis todos , los funestos efectos de tantas producciones impías y denigrativas de la Religión, que se dejan correr con escándalo de toda la Iglesia; nosotros y el mundo todo está palpando los estragos que cau-

san estos envenenados instrumentos de Satanás y sus secuaces, sin que basten á contenerlos ni nuestras repetidas voces, ni las proscripciones y censuras de los Prelados, ni las leyes civiles protectoras de la Religion que parece haber quedado sin ejercicio, y mucho mas la severísima de intolerancia en este punto (1), cuya observancia ha distinguido á la nuestra de todas las demas naciones.

Me he detenido, Hijos míos, en este asunto, que no puede menos de escitar el celo de un Pastor que ama á sus ovejas. Suspendo para otro dia hablaros de las atribuciones del Sumo Pontífice con respecto á la disciplina y gobierno de la Iglesia y á las personas de los fieles que la componen; y concluiré encargando que reconozcamos con gusto en el Vicario de Jesucristo y en todos aquellos que nos dirijen y gobiernan en su nombre, la facultad y el conocimiento cierto y seguro para esplicarnos y proponernos la doctrina verdadera que debemos creer y la sana moral que debemos obrar; para condenar y arrancar de nuestras manos el error y toda enseñanza que nos pueda ser perjudicial. No queráis, Hijos míos, oír otra voz que la de la verdad, no queráis oír sino la voz del que sabéis que es infalible. «Aunque un ángel.» bajase del cielo» os diré con el Apóstol (2) por un imposible, «ó nosotros mismos os anunciásemos otra doctrina que» la del Evangelio, no nos creáis. Os ruego, os diré con el mismo (3) que no os mováis fácilmente de la fe y la inteli-

(1) Codex Leg. Visigothor. lib. 12, tit. 2, ley 2.

(2) Galatas 6. cap. 1.

(3) Thess. cap. 2.

» gencia en que habeis vivido, y que no os dejeis pertur-
 » bar ni por espíritu, ni por palabra, ni por papel que se os
 » lea, aunque os digan que es nuestro. No os dejeis seducir
 » por modo alguno (1). No os dejeis arrastrar de las doc-
 » trinas varias y peregrinas.» Si teneis alguna pintura ó
 libros deshonestos y que pueden ser perjudiciales, desechad
 de vosotros el veneno, arrojádoslos al fuego como hicieron los
 fieles de Efeso con los libros de la astrología judiciaria des-
 pues de haber oído á San Pablo en testimonio de que re-
 nunciaban á sus falsas enseñanzas, huid las conversaciones y
 compañías de los que no hablen y sientan como deben sentir
 los fieles, de los que se complacen en blasfemar de lo que no
 entienden y de poner á la discusion y á la duda las verdades
 que debieran respetar. Frecuentad las conversaciones y las
 lecturas piadosas. Por ellas habla Dios con nosotros. Los li-
 bros de devocion, dice San Agustin, son cartas que recibimos
 del cielo; léamoslas para oír lo que nos dicen, de nues-
 tros Padres, de nuestros amigos y cuál es su fortuna, su po-
 der y la causa de su alegría, por qué medios la han consegui-
 do, qué es lo que nos encargan y quieren de nosotros. Léa-
 moslas con frecuencia y en ellos hallaremos como en un es-
 pejo lo que debemos hacer, las manchas que debemos bor-
 rar de nuestra alma, el camino que debemos llevar y los
 gozos ó los castigos que nos esperan. Los Padres superiores
 y maestros deben cuidar de que las monas de sus hijos y
 domésticos no tomen jamás libros perniciosos y prohibidos,

(1) Hebr. cap. 13.

como que son responsables á Dios de la educacion y el ejemplo que les dén. Alimentémonos todos con lecturas santas y piadosas y seremos tambien santos; lograremos no solamente quietud, paz y gozo del corazon, dulzura en nuestro trato y olor de virtud en nuestras conversaciones, sino tambien los medios y los ejemplos que nos alienten á seguir con firmeza el camino de los mandamientos de Dios y llegar á recibir la recompensa de los que los cumplen y guardan que es la vida eterna y bienaventurada.

PLATICA XXVI.

Se continua y concluye el mismo asunto.

Me falta hablaros de las atribuciones de la Iglesia con respecto á su disciplina interior y exterior y con respecto á las personas de los fieles. Debo advertiros, que uso indistintamente de las palabras Iglesia y Sumo Pontífice de Roma hablando de sus atribuciones, porque las mismas son las de la Iglesia que las del Sumo Pontífice, que es su cabeza; no porque este reciba facultad alguna de la Iglesia ó de la congregacion de todos los fieles, sino al contrario, porque el Sumo Pontífice las comunica y difunde al cuerpo de la Iglesia por medio de los señores Obispos y demas mi-

nistros, y no tiene mas la Iglesia que las que recibe de su cabeza y Supremo Pastor. La Iglesia es una monarquía, en que el Soberano, que es el Sumo Pontífice no recibe sus facultades ó poderes del pueblo ó de todos los fieles: al contrario, toda su poder y sus atribuciones las recibe del mismo Dios, á quien representa y de quien es vicario, y él comunica sus facultades por los medios legítimamente establecidos á los señores Obispos, Prelados y Sacerdotes, que le ayudan en el régimen y administracion de la Iglesia, y así puede decirse que son las mismas atribuciones las de la Iglesia que las del Sumo Pontífice, ni podemos entender Iglesia sin Pontífice, ni Pontífice sin Iglesia, en este sentido uso indistintamente de ambas espresiones, pero sin querer jamás dar á entender, segun el error de Lutero y otros Hereges, que las atribuciones del Sumo Pontífice emanen de la concesion ó voto de los fieles que componen la Iglesia.

Prevía esta advertencia veamos cuáles son las atribuciones que tiene el Sumo Pontífice con respecto á la disciplina y gobierno interior y exterior de la Iglesia. Llamamos y entendemos por disciplina de la Iglesia todo aquello que no es doctrina de fé, pero que es necesario para el orden y gobierno de la Iglesia como el modo de dar el culto á Dios, de administrar los santos sacramentos, de celebrar el santo sacrificio de la misa, de elegir y consagrar á los señores Obispos y Sacerdotes, lo que toca al adorno de los templos, celibato de los clérigos, ú orden y division de los obispados y parroquias, el arreglar los medios de atender á la subsistencia de los ministros y del culto, el disponer de sus

bienes y de las ofrendas de los fieles y otras muchas cosas semejantes.

Con esto se conoce desde luego que la disciplina es una cosa sensible y puramente exterior, así como lo son los sacramentos, los ritos y ceremonias, las fiestas, el culto, los Ministros y la misma Iglesia, que como hemos visto ya, es una corporacion visible compuesta de los fieles buenos y malos de la tierra, y es una capciosidad el querer distinguir la disciplina de la Iglesia en interna y esterna ó en interior y exterior, ni en la Iglesia se han usado ni conocido estas espresiones hasta que las han introducido sus enemigos. Si con esto quiere decirse que la disciplina interior es la que se reduce al arreglo de la administracion de los Santos Sacramentos y del sacrificio de la Misa, y la exterior la que se estiende al arreglo del culto, de los bienes y personas destinadas al servicio de la Iglesia y de todo lo que no sea administracion de sacramentos, sea así en buena hora con tal que convengamos en que la Iglesia tiene facultad para arreglar una y otra disciplina, para regirse y gobernarse por sí sola, para disponer, no solo del arreglo de sus ritos y ceremonias en el santo sacrificio y administracion de sacramentos, sino tambien para disponer del culto público, de sus templos, de sus bienes y de todo lo que se ordene á recibir los sacramentos, ó concierna á su gobierno y conservacion.

Es una sociedad perfecta y completa fundada por Jesucristo, y no puede faltar en ella la facultad que hay en todas las sociedades. La tuvo en los tiempos de su persecucion y no puede perderla en el tiempo de su paz. Ella sola é in-

dependiente, sin el auxilio del poder de los príncipes de la tierra se extendió, se rigió, gobernó y aumentó prodigiosamente en el largo espacio de tres siglos; administró sus sacramentos, proveyó á su culto, poseyó sus templos y sus bienes muebles y raíces; eligió y ordenó y consagró á sus sacerdotes y obispos, en una palabra, ella fué la dueña de toda su disciplina.

Si despues, los príncipes y emperadores de la tierra abrazaron el evangelio de Jesucristo convencidos de su divinidad, de la verdad de su doctrina y de su propia conveniencia, la Iglesia los admitió como hijos, y ellos se ofrecieron á ser, no sus directores y maestros, sino solamente sus protectores, y á amparar y sostener el dogma y la disciplina de la Iglesia, asi como la Iglesia no rebajó en nada los derechos y el respeto debido á los soberanos temporales.

En virtud de esta facultad puede el sumo Pontífice establecer las disposiciones que crea convenientes, puede variar las ya establecidas que no sean de ordenacion divina ni toquen á la esencia de los sacramentos; en los ritos, ceremonias y demas segun convengan á los diversos tiempos, lugares y personas: en el modo de elegir Obispos y demas Ministros, en hacer las demarcaciones de los obispados y parroquias, en señalar los impedimentos para contraher matrimonio, los dias festivos, de ayuno y demas semejante; y en virtud de esta misma potestad puede dispensar en los impedimentos matrimoniales, en los votos, juramentos, irregularidades, y en fin puede obrar segun convenga al mejor bien y servicio de la Iglesia y exijan las circunstancias. De aqui

es que vemos en la Iglesia distintos usos, distintos ritos y ceremonias y distintas prácticas segun los diversos tiempos y lugares, sin que esto deba estrañarnos, porque esta variedad agradable de la esposa de Jesucristo en nada perjudica á su integridad y hermosura; siempre conserva la unidad de fe, el mismo dogma y el mismo espíritu aunque varíe su disciplina.

No solamente reconocemos en el Sumo Pontífice la autoridad competente para el arreglo, conservacion y variacion de la disciplina de la Iglesia, que puede variarse, sino tambien una prudencia y tino superior, y aun una asistencia de Dios que le comunica sus luces para el debido acierto.

Es verdad que habiendo cesado la persecucion de la Iglesia y habiendo recibido la luz del evangelio los emperadores y reyes, estos han ayudado con sus disposiciones y han protegido, como hijos fieles, á su madre la Iglesia, y de aqui ha resultado el caminar de acuerdo ambas potestades en el arreglo de la disciplina en sus respectivos reinos y el hacerse mútuas concesiones.

No es de mi inspeccion, Hijos míos, ni nos toca á nosotros el señalar los límites de ambas potestades. Las dos son perfectas, las dos son independientes, ni necesitan prestarse poder una á otra, á ambas debemos obedecer. No permita el Señor que persona alguna y menos un ministro del Dios de paz, provoque jamás á la rebelion contra los que representan al mismo Dios en la tierra. Si, Hijos míos, no hay potestad que no venga de Dios; tanto la espiritual como la temporal están establecidas y ordenadas por Dios. Dios ha

dispuesto entregar á la una la Iglesia y á otra el reino, su destino no debe ser el confundirse ni chocarse. Su union y proteccion mútua produce la paz y la felicidad de los pueblos. El trono debe apoyarse en el altar, y el altar debe estar protegido por el trono. A nosotros nos toca solamente reconocer la autoridad que á ambas asiste, obedecer á cada una en lo que la pertenece, dar al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios, y pedir á este que en todos los reinos católicos, en todas las provincias y aun en todos los pueblos conserve la union de las dos potestades para el bien de la Iglesia, de los reinos y consuelo de todos los fieles. Respetemos las disposiciones de la una y de la otra potestad y pidamos á Dios que las ilumine incesantemente con sus gracias.

Nada mas nos toca hacer ni nada mas tengo que decir sobre las atribuciones de la Iglesia, acerca de su gobierno y disciplina, y paso á instruiros acerca de las que tiene con respecto á las personas de los fieles que la componen.

La Iglesia se compone de los que voluntariamente quieren ser sus hijos y recibir el sacramento del Santo Bautismo. En su origen, y lo mismo en todos los tiempos, no ha conquistado su reino ni subyugado á las gentes con la fuerza y los ejércitos. No tiene otras armas que la doctrina que enseña, el que la cree, la recibe y se somete, aquel es su hijo. A ninguno llama por fuerza, y así sobre los que no están bautizados ningun poder ni autoridad tiene porque no son miembros de su cuerpo ni parte de su congregacion; solo dispone de los suyos, de los que recibieron el bautismo

voluntariamente ó por sí mismos como sucedia al principio, y ahora con los que se convierten; ó por sus padres ó padrinos como representantes de los niños.

Sobre todos los hijos de la Iglesia puede el Sumo Pontífice imponer preceptos, como de ayunar, oír misa y demas que sabeis y llevan el nombre de mandamientos de la Iglesia, y cuyo cumplimiento obliga bajo la pena de pecado mortal á todos los que no estén impedidos para cumplirlos. Puede mandar á todos algunas observancias particulares, si la exigiesen las circunstancias, como algunos dias de ayuno, celebrar algunos dias como festivos y otras semejantes, y lo mismo pueden en sus obispados los señores Obispos. Puede el Sumo Pontífice conceder indulgencias y jubileos á todos los fieles en premio de algunas obras piadosas, puede declarar por bienaventurados y ciudadanos del cielo á los fieles difuntos cuyos méritos y virtudes, mientras vivieron en este mundo, les hagan acreedores al título de santos; puede elegir de entre los fieles para Obispos, Sacerdotes, Diáconos y Subdiáconos, puede amonestar, corregir, reprender y por último separar de su seno á los que sean discolos y contumaces. Esta es la pena con que castiga la Iglesia á sus hijos. La excomunión.

Excomulgar es la potestad que tiene la Iglesia para separar de su cuerpo los miembros corrompidos y podridos. Hay excomunión menor por la que se le priva á alguno tan solamente de la participacion de los sacramentos, y hay otra mayor que se llama tambien anatema ó rayo de la Iglesia, por la que se le priva á alguno no solo de la participacion de los santos sacramentos, sino absolutamente de

toda la comunión de la Iglesia, apartándole de su gremio y dejándole tan fuera como están los gentiles y judios. San Pablo mismo usó de esta potestad con el incestuoso de Corinto, potestad que ha usado la Iglesia en todos los siglos, en todos los concilios y contra todos los herejarcas, y potestad no solamente legitima sino tambien necesaria para el gobierno de la Iglesia, que de otra suerte no podria contener en su deber á los malos hijos, cualquiera que sea su clase y distincion, y habria de dejar impunes los crímenes públicos y los malos ejemplos. De este poder no usa la Iglesia para venganza y castigo, sino para el bien de los mismos pecadores, no para destruccion, sino para edificacion de la Iglesia, para que el pecador, á la vista de una pena tan terrible, se aterre, vuelva en sí y procure salvar su alma.

Verdad es que la Iglesia no tiene poder alguno sobre los bienes temporales ni sobre la vida de sus hijos, pero tiene la potestad de excomulgar, que es un castigo, sin comparacion, mas terrible. ¿Qué mayor mal puede darse que estar privados de los frutos inmensos de gracia y de virtud que comunican los Santos Sacramentos? Estas son las fuentes del Salvador de donde podemos sacar las aguas de salud y de vida, aprovechan para quitar todos nuestros pecados; son el origen de todas las virtudes, los medios porque se nos comunican los méritos de la Pasion de Jesucristo. ¿Qué comparacion tienen todas estas riquezas espirituales que nos compró el hijo de Dios con todos los tesoros y riquezas de la tierra? ¿Cómo podremos llorar bastantemente la miseria de aquellos que por su culpa se hacen indignos de los Sacra-

mentos y no sienten y aun se mofan de las excomuniones de la Iglesia? ¿Qué son los Santos Sacramentos? El de la Penitencia está instituido para quitar el pecado y todas sus manchas, el excomulgado no es admitido al Santo tribunal. La Eucaristia nos hace participantes del cuerpo de Jesucristo, por él estamos en Jesucristo y Jesucristo está en nosotros, y de esta prerrogativa se privan los que están excomulgados. Recordemos todo lo que hemos dicho de los bienes que gozan los fieles por la comunión de los Santos y despues de discurrir del mismo modo que del Sacramento de la Penitencia y Comunión, de todos los demas Sacramentos habremos de aumentar la pérdida considerable de todos los bienes de la Comunión de los Santos. Con razon debe privarse á todos los que por su culpa estén excomulgados hasta del nombre de cristianos. Separados de la Iglesia Católica no son Católicos. La Iglesia les priva hasta de la sepultura eclesiástica, porque de todo se hacen indignos si permanecen en la escomunion por su culpa y no procuran reconciliarse.

Privacion de todos los frutos y participacion de los Sacramentos, de todos los bienes, méritos, oraciones y sufragios de la Iglesia, prohibicion hasta de la entrada en el templo y de ser sepultados en sepultura eclesiástica. ¿No son todos estos males dignos de ser temidos? Pues estos y muchos mas lleva consigo la excomunion.

Baste hijos mios, esta ligera reseña para temer los castigos de la Iglesia y procurar no incurrir en los delitos á que la Iglesia aplica estas penas tan temibles, y con unas ceremonias que os horrorizariais si las vierais ú ojerais. Y ved como en la Iglesia á quien Jesucristo entregó las llaves del Rei-

no de los Cielos, hay potestad para cerrar la puerta á todos los que se hacen indignos, á los hijos rebeldes, á los hijos que la desprecian, que no quieren sujetarse á ellas y que descuidan ó no quieren reconciliarse y ser absueltos. Ved como en la Iglesia hay tambien penas para los hijos discolos y contumaces, penas demasiado terribles y tanto mas terribles cuanto mas las desprecie aquel á quien se le impongan, á la manera que es mas terrible la enfermedad que se resiste á las medicinas, y el enfermo que no quiere los socorros del médico y de los remedios. Procreemos, hijos míos, evitar siempre estos castigos, no demos jamás ocasion á ser cortados de este cuerpo en que hemos sido admitidos casi al mismo tiempo de nacer. Alentémonos á ser hijos fieles en vista de los premios que nos presenta la Iglesia, admitiéndonos á la participacion de los Santos Sacramentos y dándonos al mismo Jesucristo en el que nos dá todas las cosas. Adoremos la bondad y la sabiduría de Dios que ha dejado á su Iglesia tan admirablemente provista para su gobierno, para su conservacion, para su estension, para su perpetuidad y para todas sus necesidades. Respetemos á los Sacerdotes y Ministros de Jesucristo como representantes de Dios en la tierra y principalmente al Sumo Pontífice de Roma cabeza de toda la Iglesia. Respetemos tambien á los Reyes y á todas las autoridades temporales; pidamos á Dios que todos los Príncipes Cristianos amparen, protejan y defiendan á nuestra Santa Religion, y por último viviendo todos en la fé, union y paz de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, muramos en ella con todos los auxilios espirituales y vayamos á ser miembros de la Iglesia y de la gloria. Amen.

PLATICA XXVII

*Del artículo once del Símbolo, la Resurreccion de la carne,
de la inmortalidad del alma del hombre.*

En el artículo once del Símbolo decimos: *Creo la resurreccion de la carne.* No en vano, hijos míos, decimos la resurreccion de la carne y no decimos la resurreccion del hombre. La carne es polvo y en polvo se convierte: es una yerba seca segun la espresion de Isaías (1), es una sustancia que se destruye, se disipa y se corrompe y esta sola es la que puede volver á re-obrar su ser y resucitar: pero hay en el hombre otra sustancia mas noble, mas digna, mas escelente, un alma criada á la imágen y semejanza de Dios, y esta no muere, y en vano se espera á que resucite. El hombre solamente muere á los ojos de los insipientes, pero las almas están en las manos de Dios, no llegá á ellos el tormento de la muerte, Dios hizo al hombre *inesterminal*; el polvo, esto es, el cuerpo se vuelve á la tierra de donde salió, pero el espíritu vuelve á su Dios que le dió el ser.

(1) Cap. 4.

Nuestra alma es inmortal. No pienso pasar mas adelante, Hijos míos, sin detenerme á manifestaros esta verdad que nos enseña la Fé, verdad que es el fundamento de toda Religión, de toda probidad, el sosten de la sociedad entera del mundo, el apoyo de nuestras esperanzas, el consuelo de todos nuestros males, no temo deciros que la inmortalidad del alma, es nuestra alma.

¡Sueña la hora fatal, la arcilla humana se descompone, la tumba se abre para recibir un polvo vano; ¿qué se hace entonces esa inteligencia de que el hombre se vanagloriaba? ¿El genio y los talentos del hombre sobrevivirá á sus cenizas? ¿entre el hombre y la nada no hay mas que el punto fugitivo de existencia que llamamos vida? ¿se ciñe el hombre á este cuerpo que se ha de podrir, que blanqueará como ceniza, que será la hacienda del asco y de los gusanos, los que dirán nosotros somos sus señores? ¿iremos allá donde yace lo que no ha nacido? Entre los huesos frios y los órganos descompuestos del justo y del impío ¿desaparecerán para siempre las virtudes y los delitos, sin hollar á la orilla de la actual existencia un ser que premie ó castigue?

La Fé y la razón no nos permiten ya dudar que el alma del hombre es inmortal. Entre las verdades, podemos decir que las hay mas augustas unas que otras y de una transcendencia mayor; las hay que son de un interés general, que pertenecen á todos los países. Mas claro, Hijos míos, hay verdades cuyas relaciones de utilidad y beneficencia son comunes á todos los hombres, sean las que fueren sus clases, sus condiciones, sus gobiernos y su religión; hay verdades que si no las hubiera habria que inventarlas,

y tal es la verdad de la inmortalidad del alma. Confieso que me lleno de vergüenza en pensar reducir al exámen y demostracion una verdad cuya duda es un crimen, y mas en el templo de un Dios eterno y á presencia de unos hombres que aunque frágiles y pecadores vienen á rendirle el culto y á implorar sus beneficios. ¿Qué mas pruebas ni demostraciones de que el hombre no muere y espera verse con el Dios á quien adora en desamparando su cuerpo? Si el alma es caduca y perecedera, si para ella no hay cielo, la nocion de Dios es fantástica, es aérea es arbitraria. ¿A qué tener Dios, á qué tener religion si con la muerte se acaba el hombre, sus esperanzas, sus recompensas y sus castigos? Vuestra presencia confirma vuestra fé, y jamás me atreveria á tratar este asunto para persuadiros, para convenceros, para sacaros de un error, porque gracias á Dios, no le teneis, pero me aliento á tratarla para confirmaros mas en vuestra creencia, para que deis incesantemente gracias al Señor, por haberos hecho unas criaturas tan dignas y escelentes, para que no os dejéis pervertir, ni os sorprendan los enemigos de Dios y de la humanidad, los verdugos y asesinos del alma y ladrones de todos nuestros consuelos, que con el ansia de vivir en la licencia y los vicios, intentan persuadirse y persuadir en este siglo, en que el infierno parece que ha hecho empeño en dar su alma inmunda y reencitar las impiedades y errores enterrados en todos los siglos, que el alma del hombre se acaba con su cuerpo y que en nada se diferencia de una bestia, para que no os sorprendan, digo, ni os dejéis arrastrar de las máximas detestables, que desgraciadamente podeis oir,

porque no falta quien las enseña , y para que rogueis también á Dios por estos hermanos extraviados , os manifestaré esta verdad angusta sobre que estriva toda religion, gérmen del órden, de la felicidad y de la salud de todos los cuerpos políticos y de todos los hombres ; esta verdad íntimamente unida con el dogma de la existencia de Dios, cuyos dos principios son el alma de la religion y de la sociedad.

En vano os presentaría los testimonios espresos y repetidos de las Santas Escrituras que nos la manifiestan, y los muchísimos con que la confirman y sostienen los Santos Padres de todos los siglos. Lo repito, hoy no hablo para vosotros, hablo para que podais dar razon y defender esta verdad cuando la veais ultrajada ó combatida. Y como esta clase de hombres se burla de la Iglesia , de su Escritura y de sus Santos Padres, haré uso solamente de las pruebas de la razon natural para que con ellas podais convencerlos, y servirán para nosotros como de un vallado que ponemos al rededor de la roca firme de nuestra Fé, único motivo por el que como católicos cristianos creemos éste y todos los demas dogmas que Dios nos ha revelado y la Santa Iglesia nos enseña.

La verdad de la inmortalidad del alma está reconocida y atestiguada por la historia de todos los pueblos. Dejando á un lado los libros de Moyses y todo lo que reconocemos por sagrado, la hallamos estampada en los escritos de los Filósofos Gentiles de todas las sectas que no la recibieron, por cierto, de los libros inspirados de los judios sino del origen comun de los hombres y de la misma fuerza de la

verdad, que no puede ocultarse á la sana razon. Tulio y Séneca (1) alegan el consentimiento y creencia de esta verdad en todas las naciones. De los Caldeos dice lo mismo Pausanias (2). De los Bracmanes lo escribe Filostrato citando á Pitágoras (3). De los Griegos es sabida la doctrina de Platon que profesaban (4). Todos los Poetas antiguos tenidos por los teólogos de la gentilidad, y llamados por lo mismo divinos, todos aseguran uniformemente esta verdad. «No solamente me impele á creer la inmortalidad del alma, » dice Tulio, la razon y el discurso, sino tambien la autoridad de los mas distinguidos Filósofos. » ¿Se habrán engañado las naciones todas, los hombres mas eminentes y reflexivos de todos los tiempos, se habrán equivocado en llamar á los hombres inmortales? Y un consentimiento tan unánime, tan constante y tan general entre personas y naciones de tan contrarios y diversos pareceres é intereses, ¿qué otro origen puede tener sino la verdad? ¿Qué puede haber hecho convenir á los hombres en este punto sino la voz interior que grita y rehusa el esterminio de su alma?

Ved aquí otra razon que comprueba la misma verdad: El grito interior, el sentido íntimo de cada uno. No hay hombre que no halle dentro de sí mismo un anhelo, una tendencia irresistible, que no halle la paz y una dulce cal

(1) Lib. 1. Tusc. y Epistola 117.

(2) Lib. 4. Messon.

(3) De vit. Apoll. Lib. 3. cap. 4.

(4) Lib. 12 de Leg.

ma en la esperanza halagüeña de la otra vida; y este deseo, esta inspiracion natural, este horror al aniquilamiento, no puede ser obra sino de nuestro mismo Criador y este no engaña á sus criaturas.

Tenemos tambien en nuestro interior una voz viva y clamorosa que nos dice á gritos que el inocente y el culpable no se desvanecerán y reducirán á una misma nada al desorganizarse, á la manera del rayo de que no queda huella. ¿Quién puede acallar á la conciencia? ¿Tienen acaso poder para ensordecerla el fausto, los deleites, la pompa, los parabienes, ó los ruines consejos de la iniquidad? Hombres todos, testigos sois de que la conciencia jamás parece parálisis; de que no son las máximas pomposas, ni los regalos y placeres los que dan la paz y la quietud, sino las buenas obras; de que la virtud es de mas precio y engendra mas satisfacciones que las ciencias mas maravillosas; pues si el alma se disipa al separarse del cuerpo, si no hay otra vida que esperar, ¿á qué son esos remordimientos que nos desasosiegan y nos turban? El tigre duerme tranquilo despues de matar; el leopardo se encruela con su presa y come; el leon devasta el valle y reposa; el lobo destroza un rebaño y queda sosegado; ¿y el hombre díscolo que huye de sí mismo, que busca la soledad, que no halla quietud, que se ve devorado por su interior, y que á todas partes lleva su tormento, será solo cadáver, polvo y escombros como el bruto? ¿No le dice su conciencia que su suerte no puede ser la misma que la del hombre virtuoso? ¡Conciencial ¡Voz del alma! ¡Censor inexorable! ¡Juez severo é inflexible de las acciones! ¿Será posible que seas el don de un hombre puramente material, tú que alzas el grito con-

tra la nada y proclamas una existencia sin límites, una existencia que ha de durar despues de la muerte?

[Conciencia] Cuanto se le intima al hombre en las leyes divinas y humanas, todo lo tiene en su conciencia. « Á qué » es ir á buscar en otra parte del mundo ley ó regla para » el hombre? dice un filósofo: ¿Qué se pue le decirte ó ale- » garte por hombre! que tú no tengas dentro de tí; si te plu- » guiere tentarte ú oírte?..... Todas las tablas de derecho » y las dos de Moyses, las doce de los Romanos y todas » las buenas leyes del mundo no son mas que traslados » traidos en juicio contra tí que tienes escondido el origi- » nal, y aparentas que no sabes lo que es, apagando cuan- » to puedes esa luz que te alumbra adentro; pero que nun- » ca han sido promulgadas afuera sino á causa de que la de » adentro, toda celestial y divina ha sido tenida en menos » y olvidada sobremanera (1). » Si la conciencia arguyen- » do y reprendiendo nuestros crímenes, inclinándonos á la » virtud, si á todas horas que oímos su voz nos dice que el al- » ma no ha de morir; ella es la ley de todas las leyes, la ley » de Dios impresa en nuestras almas; no puede engañarnos » y su voz debe ser la voz de la verdad.

El hombre que se contempla á sí mismo halla dentro de sí una sed inextinguible de felicidad. Y ved otra razón que nos manifiesta que no puede ser mortal como las bestias. No hay hombre que no quiera ser feliz, lo deseamos desde la cuna hasta el sepulcro; todos sin escepcion lo apetecemos

(1) Charron de la Sagesse l. II. c. III.

y busquemos, y sin embargo ni aun la sombra de la felicidad hallamos en la tierra. Riquezas, placeres, valimiento, opinion, ¿qué son en fin todos los bienes deleznables del mundo? Siempre dejan á nuestra alma vacia, siempre dejan huecos inmensos que llenar; deseamos, conseguimos y deseamos con mayor ansia; poseemos y nunca somos felices, porque nunca se acaban nuestros deseos; el mundo entero es pequeño para llenar el corazon del hombre, su medida es solamente lo eterno. Contemplad el corazon de los brutos, ¿está agitado de este deseo, de esta esperanza, de esta noble y generosa ambicion de existir siempre? ¡Ah! El hoy es su tiempo, el momento lo ocupa y donde quiera halla su felicidad. Esa sed que tanto aflige al hombre y que con nada halla hartura, le es desconocida. Un pimpollo de gramen sacia á una oveja; un grano de trigo harta á la hormiga, un haz de paja contenta á un caballo; Y el hombre, el rey de la naturaleza, es solo entre los seres el que no se sacia ni satisface jamás! El Criador de todo lo que existe ¿habrá impreso en el alma del hombre unos deseos que no ha de ver cumplidos nunca y le habrá dado una condicion peor que á todos los demas seres? Prueba de que no fuimos criados para acá abajo, y que nuestros deseos tendrán cumplida satisfaccion en una vida eterna. Dios no pudo inspirar en todos los hombres el deseo de ser felices, si nunca han de poder serlo, y no lográndolo en esta vida preciso es que haya otra que llene los deseos, ó Dios ha engañado á los hombres, preciso es segun el deseo innato de felicidad que tiene el hombre, que su alma sea inmortal.

¿Por qué he de omitir en prueba de la inmortalidad del

hombre la razon indestructible de la espiritualidad de su alma?

Nuestra alma es simple, indivisible, sin partes, sin figura, es espiritual, es una inteligencia entre los órganos de los sentidos, es un poder sobre ellos, y si es espíritu no puede ser mortal. El hombre piensa, discurre, aprende, y el pensamiento, según todas las nociones de la filosofía, no puede convenir á la materia. La sustancia que entiende y discurre es preciso que sea simplicísima y enteramente espiritual. Es verdad que en el hombre se vale de los sentidos exteriores, pero no es el ojo el que vé, ni el oído el que oye, ¿cuántas veces no vemos aun teniendo los ojos abiertos? no son los órganos exteriores los que animan, sostienen y hacen comprensor al hombre, hay en él un principio que hace que oiga, vea, se sostenga y discorra, y este principio que da vida y acción á los sentidos, que valiéndose de los sentidos vé, oye, coordina las ideas y discurre, es preciso que sea simplicísimo y espiritual, que sea todo en todos los sentidos, si fuese material y compuesto de partes, vería con unas y con otras no, discurriría por el centro y por los losextremos no, en fin los filósofos al tratar esta materia, convencen y explican de un modo concluyente que si el alma fuese material ó compuesta de distintas partes no podría discurrir y de ahí infieren con exactitud su espiritualidad.

También la comprueba su libertad. El hombre es un ser libre ¿Y dónde está su libertad? El cuerpo del hombre, esa parte física, esos órganos, esa máquina pasiva, comprimible, es como todas las máquinas, susceptible de fuerza, de violencia y coacción causada por las potencias extrañas. ¿Y qué hay

que oprima ó violente á la voluntad? Es incapaz de compresion, no hay libertad como la suya. El hombre se burla de las fuèrzas de los conquistadores, de las ligaduras, de los puñales, de las cárceles y de los cadalsos, es inaprisionable de sí mismo, mas todavia que los rayos del sol. ¿Cuál es aquí abajo la potestad de cautivarle ó comprimirle? ¿Aquí abajo? Ni el mismo Dios puede violentar á la voluntad porque seria hacerla querer y no querer á un mismo tiempo, porque es un absurdo el decir *voluntad forzada*. Puede decirse voluntad aconsejada, persuadida, amenazada, mudada, pero la fuerza no tiene poder sobre la voluntad. Podrá muy bien el cuerpo oprimido y violentado hacer una cosa y decir la lengua, y la voluntad allá dentro la reprueba y quiere otra sin ningun riesgo suyo. Esta propiedad es bien agena de los seres materiales, que todos son comprimibles y nos manifiesta que es precisamente espíritu la sustancia que quiere ó no quiere en el hombre. Por esto es Señor de sí mismo, es mas grande que toda la naturaleza. Su poder no está en los órganos á que su voluntad rije y preside cuantas veces pueden obedecerla y servirla por no estar destruidas ó embarazadas sus relaciones con ella, es mayor su voluntad que la protestad que tiene. Esta no pasa mas allá de los lindes de sus órganos físicos. Plácele derrocar las montañas, subir á los planetas, agotar los mares y turbar el órden entero del universo... No puede. Sus órganos no alcanzan á tanto, sus deseos son ilimitados é inmenzos, pero no tiene potestad para conseguirlos, y por eso se ayuda de las artes y suple y logra con el discurso lo que no puede con las fuerzas del cuerpo.

El hombre quiere, el hombre discurre. He ahí dos fa-

cultades que no hallamos en los brutos tan adelantados ahora en sus relaciones y todo su mecanismo como en el día de su creación, y que prueban que la sustancia que preside en el hombre es espiritual. Y si es espiritual no tiene en sí misma principio de descomposición ni de corrupción, ni hay en todos los seres criados fuerza para aniquilarla: es indestructible en sí misma y no puede ser destruida por otra criatura. El pasar del ser á la nada es tan difícil como el pasar de la nada al ser; esto está tan solo en la potestad de Dios, y solo él como Hacedor Supremo, bajo cuyo poderío está el ser y la nada, puede reducirla á la nada de que la crió, y no hay conjetura alguna que incline á creer que esta sea la voluntad de Dios, antes al contrario él nos asegura y enseña en su Religión el dogma benéfico y consolador de la inmortalidad del alma.

He aquí otra prueba que convence de lo mismo. Los beneficios y consuelos que nacen de esta creencia. La verdad, la señora del hombre, la hija primogénita del Cielo nunca puede ser perniciosa ni inútil. La verdad no puede hacer jamás mal á los hombres dice el mismo Rousseau. Este es el carácter que la distingue del error. Jamás podrá concederse que la verdad perjudique al comun de los hombres aunque pueda perjudicar á algun particular, y siendo esta noción exacta no podemos menos de decir: que toca en la línea de lo imposible que sea verdad la nada del alma. Si fuese verdad ¡Dios mío! sería una verdad aciaga, arisca, triste, desoladora y fuente de un número infinito de males. Ella dejaría los delitos sin freno, haría aparecer en el mundo la mas horrible inmoralidad, sumergiría para siempre á

todo el linaje humano en una anarquía volcánica. Haced al alma materia, ligarla á la suerte del perecimiento común á los otros seres terrenos, y pensad que habeis aniquilado la paz, la alegría y la virtud, que habeis roto el muelle que contiene los delitos, que habeis abierto una herida insana-ble á toda la sociedad, que habeis arrebatado al hombre hasta la esperanza del bien y de la consolacion. No hay que pensar que estas nociones tienen su raiz en el fanatismo ó entusiasmo religioso, la razon las enseña y hasta los mismos gefes de las ideas irreligiosas las establecen. «El bien de» los hombres requiere que se crea el alma inmortal» dice Voltaire.

«Cuando yo no tuviera otra prueba de la inmortalidad» del alma que el triunfo del malo y la opresion del justo» en este mundo, dice Rousseau, esto solo me impediría dudar.» «Este dogma; dice otro, es muy necesario» á la paz del género humano para que sea un error. Si el» alma fuese mortal, el infierno estaria para nosotros en la» tierra y fuera de ella la nada.» «Si la muerte, dijo antes Platon, fuera la ruina total de los vivientes sería para los iníquos una grangería muy grande.» ¿Y quién no sabe que la idea de la inmortalidad es, de sí misma, fuente de pura y dulce consolacion, tesoro de paz, bálsamo de salud, encanto de la vida que alarga los límites de nuestra existencia mas allá del tiempo? El hombre inocente, oprimido, presa de la impostura, pasto de la iniquidad, despojado de los bienes y acaso tambien del honor ¿qué espera sino el momento feliz de precipitarse en el seno del Ser Soberano? ¿Por qué sufre con paciencia sino porque sabe que ha-

de gozar mas, cuanto sufra, se purifique, y se santifique mas? En los momentos postreros, cuando el hombre queda sin amigos, sin consuelos, sin esposa, sin hijos y sin mas que su desamparo y su dolor, quien le quito la idea del Cielo ¿no le reduciria á la desesperacion? Pregúntese al hombre en sus tribulaciones y que nos diga cuáles son los consuelos que tranquilizan y endulzan la amargura de su adversidad; y él exclamará: opresores inicuos, que os complacéis en envenenar mi existencia ¡ay de vuestra injusticia! Mis ojos lagrimosos, mis colores pálidos, mi voz lánguida, mi cama de dolor; todo es perecedero, todo pasa como el sueño del que se despierta. Yo soy inmortal.

A las orillas del sepulcro hay un Dios que tomará venganza de mi lloro, mis ayes, mis lástimas, y convertirá en alegría la amargura de mis pesadumbres, y aun antes. ¡Ay de los impíos! *vivirán en la maldicion* (1). La inmortalidad del alma arrebató á la esperanza del impio el asilo horrible de la nada, opone una línea de circunvalacion á la eferbescencia de las pasiones viciosas, estrecha el círculo del desconsuelo, coloca al justo en el rigor de la opresion, á la sombra olorosa de la perpetuidad y es la caucion de su virtud. Tanto es así, que sin este dogma serian ésteriles y vanas las mas bellas máximas de la moral y la filosofía. En una palabra sin la recompensa que ofrece la perspectiva de otra vida, la virtud seria una cosa de pura teoría, un nombre pomposo pero vacío de sentido, porque « duele el ser bue-

(1) Eccles. cap. 41. v. 12.

» no de valde (1).» Pues si tantos males acarrea el aniquilar á nuestra alma no es una verdad su destruccion y aniquilamiento porque la verdad es imposible que sea tan perjudicial.

¿Qué pensaremos segun esto de los que anuncian y pregonan, de los que publican, establecen y defienden que el alma perece juntamente con el cuerpo? Dilemos de cualquiera que sea, que es un estremado malhechor. Es un hombre sin patria, sin sociedad, que merece como otro Cain llevar á cuevas el aborrecimiento de todos los hombres. ¿De todos los hombres? Sí, pueblos que todavia hablais en la historia, siglos de tradicion, huesos áridos que esperais en los cementerios la voz de Dios para levantaros y vivir, alzáo del polvo, y quebrad el cetro de la nada con que esclavizan los riteos. ¡Maldicion, eterna maldicion á los defensores de enseñanzas tan infames, tristes y ruinosas! ¡Eterna maldicion á los verdugos y asesinos de las almas! Tal es el grito de los hombres de todas las edades y yo le recuerdo á todos los que se precian de humanos y benéficos.

¿A qué poner en paralelo las ventajas de la enseñanza sublime, saludable y verdaderamente tutelar de la verdad de la inmortalidad del alma con las sombras, los horrores, la negrura del materialismo que introduce en el mundo todos los elementos del desorden? ¡Error sombrío y tortuoso que solo camina al través de abismos, de precipicios, de cadáveres y de esqueletos! ¡Idea viuda, llamémosla asi,

1) Ovid. de Pont. II eleg. 3.

llena de luto, de amargura y de desesperación! Aun la esperanza de la nada es una esperanza desvariada, horrenda, tumultuaria, he dicho poco, es feroz é inhumana. El error del aniquilamiento estingue hasta los afectos de la humanidad. ¿A qué ejercerla con el hombre infeliz, sino es otra cosa que un animal cuya existencia es un peso que solo la muerte alivia y le hace desaparecer? En mover contra él los cien brazos de la muerte se le haría un bien, porque se acababa con su desdicha. Es además una causa de despoblacion porque incita al suicidio, único remedio de muchos desgraciados que gimea sobre la tierra sin esperanza alguna en este mundo. Y si somos consigüientes ¿qué viene á ser el parricidio mismo? No será otra cosa que el movimiento de una máquina contra otra... Y si no nos horroriza que un pájaro devore á otro pájaro ó que un árbol grande sofoque con sus ramas y su sombra á otro pequeño ¿por qué ha de horrorizarnos que un hombre mate á otro hombre sea cual fuere?

Podría detenerme á manifestaros que la justicia misma de Dios exige si ha de premiar al justo y castigar al criminal, que el alma no muera con el cuerpo. ¡Qué de veces sufre el menos injusto! ¡Cuántas el menos inocente! ¡Qué pensar en vista de esto que parece desórden! No todo el hombre muere, Dios le espera en el trono de su justicia y el problema está ya resuelto; porque tú hombre corrompido y criminal no irás á la mansion del justo, porque la providencia no acaba con los bienes y males de este mundo, tiene guardadas penas inmortales, males verdaderos y desdichas sin fin para los inicuos.

Aunque la verdad que os estoy manifestando fuere dudosa, los resultados que engendra y los bienes que acarrea ¿no harían mas prudente el creer y abrazar la inmortalidad del alma, que, aunque tal no fuese, ningún mal acarrea? Por otra parte el aniquilamiento es la filosofía de los malos, porque les interesa que no haya que temer: la inmortalidad, por el contrario, es la doctrina de los buenos, porque los afianza el galardón de su virtud. Cualquier hombre honrado del mundo gozará la voz de los pérfidos ó la de los virtuosos?

Préciese en hora buena la filosofía de filantrópica y humanitaria, yo solo diré que no hablo en el delirio de la altivez, que si los hombres todos quieren de veras la felicidad de sus semejantes, las pruebas menos equívocas que pueden dar de ello, es parapetar esta enseñanza contra todas las irrupciones y los ataques de los sofistas, que es la mejor prueba de benevolencia el mandar como mandó el Concilio Lateranense en 1513 á los filósofos cristianos combatir la ponzoñosa enseñanza de la materialidad del alma. ¿Nos quejamos de la impiedad, de la relajacion, de la corrupcion de costumbres de nuestro siglo? Debemos mas bien extrañar que no pase mas adelante cuando se sostiene y se publica sin rubor la máxima de que el alma muere tambien con el cuerpo. ¡Hombres del poder, sostenedores del Estado, protectores de la Religion, mirad por vosotros y por los pueblos que Dios os ha confiado! Mi propio interés, diré por mí, sí, que mi propio interés y el amor que profeso á los hombres, me impulsan á oponerme con todas las fuerzas á la propagacion de esas luces malhechoras, si luces pueden llamarse las que sirven

para destruir los cuerpos y las almas. ¡Ojalá que yo reuniese en mí el ingenio, el saber y la lógica esclarecida de todos los espíritus sublimes! No soy mas que un ministro del pastor bueno, un oscuro israhelita que llora los Cedros y los Líbanos abatidos á las orillas del Jordán: un pastor encargado de vosotros, mis amados Hijos, mi deber, mi inclinacion, mi amor á todos los hombres, me impele á inculcar en vosotros esta verdad magestuosa de nuestra religion, de la religion de nuestros padres, y á suplicaros que la conserveis siempre en vuestro corazon, que no os dejéis arrastrar de las lecturas y conversaciones corruptoras, que lloreis y lloremos todos los extravíos de nuestros hermanos, porque hermanos nuestros son apesar de sus extravíos y prevaricacion; amémoslos con los mas tiernos afectos de benevolencia, pidamos incesantemente a Dios por ellos para que despues de la muerte «no muramos ninguno, sino que vivamos y contemos todos unidos las maravillas del Señor (1).» Amen.

(1) Psal. 117. v. 17.

PLATICA XXVIII.

SE ESPLICA LA RESURRECCION DE LA CARNE.

Creemos la resurreccion de la carne. Al fin del mundo, en el dia grande del Señor, cuando á él plazca llamar á todas las gentes y á todas las naciones, las almas de todos los hombres que como inmortales existirán en el lugar á que Dios las haya destinado segun los méritos de sus obras, volverán á unirse á los mismos cuerpos que tuvieron en el mundo, no á una carne aparente ó espiritual, su resurreccion será verdadera y consistirá en la union del alma á su cuerpo. Habiéndose estos corrompido, alterado, disipado ó convertido en otras sustancias, se os ocurrirá desde el luego el preguntar ¿cómo ha de poder ser esta resurreccion? Pero sabiendo que Dios es omnipotente, están desvanecidas todas las dudas; con su poder hace todo cuanto quiere, y que quiere esta resurreccion no podemos dudarle, porque así lo ha revelado, y queriéndola, poder tiene para hacer que se cumpla y verifique, por mas que á nosotros se nos ocurran dificultades. Nuestra Fé es el creer la resurreccion de los muertos. «Jesucristo nuestra cabeza nos manifestó en sí

« mismo, dice San Agustín (1), esta resurreccion, y nos
 « dió el ejemplo para que esperen los miembros lo que han
 « visto en la cabeza. » Basta para que creamos este dogma
 el estar espreso en las Sagradas Escrituras y ser uno de los
 artículos de nuestra Fé. No fué esta verdad del todo desco-
 conocida antes de Jesucristo. Job con todo de no ser del pue-
 blo escogido, la confiesa terminantemente. Marta manifes-
 tó la misma convicción á Jesucristo. El Apóstol habla de los
 muchos que la confesaban en Corinto como se ve en su epis-
 tola primera. Nos parece difícil, pero muchas cosas hay que
 han parecido al mundo increíbles y que sin embargo han su-
 cedido y se creen con muy fundada razon.

Increible parecia que Jesucristo hubiese resucitado y
 hubiese subido á los Cielos en su carne y con su carne. In-
 creible parecia que el mundo hubiese creído una cosa tan
 increíble. Increible parecia que unos hombres despreciables,
 rudos, pocos en número y desprovistos de toda fuerza y
 apoyo, hubieran podido persuadir una cosa tan increíble á
 todo el mundo y en él aun á los hombres sábios. Increible
 parecia que los mismos cuerpos que nosotros tenemos hayan
 de resucitar algun dia despues de muertos para siempre vi-
 vir. De estas cosas increíbles creemos que algunas han su-
 cedido y a parte vemos nosotros mismos. ¿Por qué no hemos
 de creer la que falta que es la resurreccion de nuestros cuer-
 pos siendo así que depende del mismo Dios que ha hecho las

(1) Serm. 241.

demas y que las anunció y prometió tambien antes que sucediesen? Asi discurre el padre san Agustin (1).

Es tanto mas creible esta resurreccion de los muertos, cuanto que sabemos que muchos han resucitado ya, aunque para volver á morir. Elias, Eliseo, Jesucristo Señor nuestro, los Apóstoles y otros muchos Santos han resucitado á muchos muertos, como no podemos dudar ¿qué inconveniente podremos tener en creer que todos los hombres han de resucitar asegurándonoslo Jesucristo, los Profetas y los Apóstoles?

La semilla se arroja á la tierra; en ella muere, se corrompe y destruye, pero despues revive y dá fruto multiplicado con las hojas y los tegumentos correspondientes á cada planta. Los árboles mueren todos los años, se despojan de sus frutos y de todo su verdor y á su tiempo arrojan nuevas flores y nuevos frutos. El dia muere con la noche, y despues vuelve á salir el sol á iluminar á todo el mundo. Lo mismo sucede con las estaciones del año. Todo este órden de revolucion de las cosas, es una comprobacion de la resurreccion de los muertos, dice Tertuliano (2).

La resurreccion de la carne es muy conveniente por varias razones que señalan los teólogos con los Santos padres, despues de convenir en que la suprema y principalísima razon es porque asi lo ha ordenado Dios, cuya voluntad debemos venerar. Una es: La inmortalidad de las almas. Vi-

(1) Lib. 22. de civil. Dei cap. 5.

(2) Lib. de resur. carnis cap. 12

viendo estas despues de separarse de los cuerpos, es natural que tengan una propension á unirse á ellos y á formar el mismo hombre, de modo que la separacion puede llamarse en cierto modo preternatural y violenta, y como lo violento no puede ser duradero, es muy conveniente que vuelvan á unirse, lo que no puede hacerse sino por la resurreccion de la carne. Argumento de que usó el mismo Jesucristo contra los Saduceos que negaban la resurreccion de los cuerpos diciendo: (1): «El Dios de Abraham de Isaac y de Jacob, » no es Dios de los muertos sino de los vivos.»

Otra razon es la justicia misma de Dios, remunerador de los buenos y castigador de los malos. Los cuerpos han sido, durante la vida, instrumentos de que se han valido las almas para obrar, y compañeros de sus buenas y malas acciones, y es muy conveniente que vuelvan á unirse á ellas para participar tambien del premio ó del castigo. Con el cuerpo se cumplen los ayunos, mortificaciones y vigiliass, se consagra á Dios su virginidad, se sufre el martirio, y en fin los ofrecemos á Dios como hostias vivas, santas y agradables, y Dios no puede dejar de recompensar estos sacrificios, así como castigar á los cuerpos que han sido profanados y entregados á la servidumbre del pecado y concupiscencias de la carne. Razon porque dice el Apóstol (2): «Que si esperamos en Jesucristo tan solamente en esta » vida, somos mas miserables que todos los demas hombres.»

(1) Matt. cap. 22.

(2) 1.^a Cor. cap. 15.

1: Lo que, como explican Tertuliano y San Juan Crisóstomo, no debe entenderse solamente del alma, que esta es feliz aunque no vuelva á unirse á su cuerpo, sino de todo el hombre.

Otra razon es la salud y redencion que nos alcanzó Jesucristo. Esta fué perfecta y completa. Jesucristo salvó á todo el hombre porque todo el hombre habia perecido, y donde abundó el delito superabundó la gracia. Indigno de Dios, dice Tertuliano, hubiera sido dar la salud á la mitad del hombre solamente. La indulgencia de un Dios, debe ser mas perfecta que los indultos de los Príncipes. ¿No seria prueba de debilidad en Dios el no reletar á todo el hombre de la esclavitud y dejar su cuerpo sujeto á la muerte y al demonio?

Otra razon es, que la carne del hombre es templo de Dios, sus miembros son miembros de Jesucristo, recibe el sacramento del cuerpo de Cristo, que es la semilla de la inmortalidad, es la habitacion del Espíritu-Santo si sabe recibir dignamente sus gracias y dones, y conviene, dice San Ireneo (1): que resucite á una vida inmortal y se haga semejante al cuerpo de Jesucristo.

Confesando como cierta y conveniente la verdad de la resurreccion de la carne, os explicaré quiénes han de resucitar, cómo han de resucitar, y os indicaré por último los frutos de gracia y las buenas resoluciones que debeis sacar

(1) Lib. 5 adv. Hombres.

de la contemplacion de las angustas verdades que contiene este artículo.

Resucitarán todos los hombres, ó mejor dicho, todas los descendientes de Adán, sean hombres ó mugeres, y sean buenos ó malos: «Asi como todos mueren en Adán dice el » Apóstol (1): asi todos serán vivificados en Jesucristo.» Resucitarán todos, aunque unos á la resurreccion de vida y otros á la resurreccion de juicio. Cada alma volverá á unirse á su propio cuerpo, aunque esté disuelto, convertido en polvo y cualquiera que fuere la muerte que sufriere. Asi lo dice el Apóstol (2) «conviene que este cuerpo corruptible tome la incorrupcion» y asi protestaba el mismo Job, que en su piel, su carne y sus mismos huesos veria él y no otro con sus ojos mismos á su Dios y Salvador. Y siendo la resurreccion para que cada uno reciba conforme á las obras que hizo con su cuerpo, es preciso que resucite el mismo cuerpo que ejerció las obras en servicio ó en ofensa de Dios para que el mismo sea el premiado ó el castigado. Y como ya os he dicho en resucitar al cuerpo propio de cualquier modo que se halle, ninguna dificultad hay en Dios que tiene poder para todo cuanto quiere.

Los que han de resucitar son, como veis espreso en las Santas Escrituras, todos los hombres con los mismos cuerpos y almas que antes tuvieron. Veamos cómo resucitarán ó cuál será la condición de los cuerpos resucitados.

(1) 2.^a Cor. cap. 15.

(2) 1.^a Cor. cap. 15.

Todos los cuerpos resucitarán íntegros y perfectos, de modo que aunque en este mundo hubiesen estado faltos de algún miembro, le recobrarán en la resurreccion en que no habrá deformidad alguna, no habrá diferencia en edades, en estatura, en gruesura ni demás que vemos en este mundo, sino todos, como dice Apóstol, *varones perfectos*. Los niños que mueren en la infancia y los ancianos decrepitos aparecerán en la edad del hombre perfecto, sin mas estatura, sin mas gruesura ú obesidad que la que corresponde á la edad perfecta, todos tendrán todos los miembros completos y desaparecerán las deformidades, llagas, humores y todo mal ó defecto que padeciese el cuerpo en este mundo.

De aqui se conoce que no deben tener los cuerpos resucitados las partes que son supérfluas y servirian para su imperfeccion como la mucha gruesura, los cabellos, uñas, en fin en la resurreccion nada habrá informe ni indecente. Los Santos Mártires sin embargo aparecerán con las señales de sus cicatrices y de las heridas que recibieron por Jesucristo.

«No es deformidad en ellos, sino dignidad, dice San
» Agustin (1) y aunque en el cuerpo, no serán fealdad
» del cuerpo sino resplandor y hermosura de la virtud. Si
» á algun Santo Mártir le mutilaron ó cortaron algunos
» miembros sigue el mismo Santo, no aparecerá sin ellos
» en la resurreccion de los muertos, ni le perderán aque-
» llos á quienes, Jesucristo ofreció conservar hasta un

(1) Lib. 22 de civ. Dei cap. 19.

» cabello de su cabeza, pero en ellos irán marcadas las
» señales de sus tormentos, porque aunque allí no irá vi-
» cio alguno del cuerpo, no han de reputarse por vicios las
» que son señales de triunfo y de virtud.»

«Tampoco es vicio la diversidad de sexo, y así cada
» uno resucitará según fué en este mundo.» «Se quitarán los
» vicios á los cuerpos, dice el mismo San Agustín, pero se
» conservará la naturaleza, y el sexo no es vicio sino natura-
» leza que se conservará en el cielo, no para los usos de este
» mundo porque allí no habrá casamientos, y serán todos co-
» mo los Angeles de Dios, no para el fin antiguo sino para una
» decoracion nueva, no para incitar la concupiscencia, que
» allí no habrá, sino para que sea alabada la sabiduría de Dios
» y su clemencia, que supo dar ser á las criaturas que no le
» tenían, y librar de la corrupcion á las criaturas á que dió
» el ser..... Jesucristo dijo que en el cielo no habria bodas
» pero no dijo que no habria mugeres.»

Hombres, mugeres, niños, buenos y malos, todos han de
resucitar en sus propios cuerpos íntegros y perfectos, todos se-
rán tambien inmortales, de modo que jamás volverán á des-
unirse de sus almas, pero no todos tendrán los mismos dotes
ó condicion. Los cuerpos de los santos en su resurreccion
ademas de la inmortalidad y perfeccion comun á todos,
tendrán ciertas prerrogativas que les harán mas nobles y
esclarecidos, y estas son las que llaman los teólogos *Dotes*
del cuerpo glorioso, reducidas principalmente á cuatro que
llaman «Impasibilidad, Claridad, Agilidad y Sutileza. » La
» Impasibilidad» consiste en que el cuerpo glorioso no está
espuesto á dolores ni molestias, resucitarán en la incorrupcion,

dice el Apostol (1), *Dios* dice San Juan (2) «quitará para » siempre las lágrimas de sus ojos, no habrá mas muerte, » ni mas luto, llanto, ni dolor.» Los cuerpos de los réprobos y condenados, por lo contrario: «Irán al estanco de fuego y azufre. Buscarán la muerte y no la hallarán, desearán morir y huirá la muerte de ellos. Su dolor y sus tormentos serán eternos. «El dolor eterno, dice San Agustin (3), «no mata sino que aflige á los condenados.»

La claridad es aquel resplandor semejante al del sol que tendrán los cuerpos de los justos, y de que Jesucristo dió el ejemplar en su trasfiguracion. En unos será mayor que en otros, así como una estrella se diferencia de otra estrella segun la gloria que dé Dios á cada uno segun sus merecimientos. Por esta propiedad conocerán los santos los pensamientos y afectos unos de otros,³ como esplican los santos padres. *La agilidad* es el quedar libres del peso del cuerpo y poder disponer de el alma segun su voluntad. Isaías esplicó esta propiedad diciendo (4). «Los que esperan en el Señor tomarán plumas como las águilas, correrán sin trabajo, y andarán sin » cansancio.» Ni es increíble el que Dios comunique esta propiedad á los cuerpos gloriosos. Si hay en el mundo tanta diferencia de un cuerpo sano á otro enfermo, de un hombre pesado á otro de pocas carnes ¿cómo podremos es-

(1) 1.^a Cor. cap. 15.

(2) Apocalyp. cap. 21.

(3) In Enchir. cap. 92.

(4) Cap. 40.

plicar dice San Agustin (1), la distancia y diferencia que ha de haber de un cuerpo que aqui llamamos sano á un cuerpo que entonces será inmortal? *La sutileza* es la dote por la que el cuerpo glorioso estará sujeto al imperio del alma, la servirá y estará pronto á lo que de él dispusiere. Será tanta su facilidad, cuanta es su felicidad. Será un cuerpo espiritual, no porquesea espíritu sin carne ni huesos, sino porque será tan íntima la union, tan estrecha la conformidad entre el alma y el cuerpo que nada repugna ni contradiga, y asi como nada tiene que sufrir ni temer el bienaventurado de fuera, tampoco tenga nada que temer ni sufrir de sí mismo.

Tal, Hijos míos, será la condicion de los cuerpos en la general resurreccion de la carne. Verdad llena de misterios y que debemos dar infinitas gracias á Dios porque nos la ha revelado en el símbolo de nuestra fé. Antes de que Jesucristo nos ilustrase con la luz de su Evangelio ¿en cuántos errores no incurrieron los hombres mas sábios y eminentes para dar el destino correspondiente á los hombres despues de esta vida? Y ahora, Hijos míos, sin trabajo, ni discurso, con solo creer humildemente, sabemos lo que ignoraron los sábios y prudentes del mundo. Sean dadas infinitas gracias á Dios por su bondad y misericordia.

Consolémonos tambien, no seamos como los que no tienen esperanzas, consolémonos con la verdad de la resurreccion de los muertos, como encargaba el Apóstol (2).

(1) Lib. 13. de civ. Dei cap. 18.

(2) 2 Thess. cap. 4.

Nuestros Padres, los amigos, los bienhechores, todos aquellos á quienes hemos amado en este mundo y que ahora están en los sepuleros, no han muerto. Jesucristo no cedió su victoria al aguijón de la muerte; Verdad es que están en los sepuleros entre el polvo y la podredumbre, que los restos que tenemos de su mortalidad están sin vida, sin acción, corrompidos y desfigurados, pero se levantarán todos perfectos y todos saldremos al encuentro de Cristo. No lloremos á unos hermanos que no hemos perdido, sino que han emprendido antes el camino á cuyo término todos nos hemos de volver á hallar; no lloremos por perdidos á los que creemos que viven con Dios y que Dios nos ha de devolver con mas perfeccion y mas gloria.

Que se llenen de un horror sombrío y se entreguen al llanto y la desesperacion los que no esperan ni creen la resurreccion y la salud, los que ponen por término del hombre la nada y hacen su suerte igual á la del jumento; pero los que creemos que Jesucristo murió y ha resucitado, consolémonos, porque Dios llevará consigo á la gloria á todos los que murieron en Jesucristo. No reprendo aquel sentimiento natural, aquel desahogo y aquellas lágrimas, que exige la piedad y que el mismo Jesus derramó sobre el sepulcro de Lázaro porque le amaba, pero si las exclamaciones de un ánimo perturbado, la inmoderacion que tienen algunos cristianos como si no tuvieran fé y no creyeran que han de resucitar sus muertos.

En nuestros infortunios tambien, en todas nuestras calamidades y aflicciones, y principalmente en nuestras enfermedades y persecuciones ¿qué caudal de consuelos

no nos ofrece la verdad de la resurreccion? ¿Esta verdad que alentó á Job en sus miserias y á todos los mártires en sus tormentos? ¿Qué debe acobardarnos si creemos que todo es momentáneo, pasajero, y que cuanto perdemos en nuestras tribulaciones lo hemos de recobrar despues en nuestra resurreccion con usuras?

La resurreccion de los muertos, dice con razon Tertuliano, es toda la confianza de los cristianos. Y sobre todo, Hijos míos, no perdamos de vista la distinta condicion de los que han de resucitar; no olvidemos que unos resucitarán á la gloria y otros á una segunda muerte; que tanto como será la complacencia y alegría de las almas justas por unirse á sus cuerpos gloriosos, será el horror de las almas condenadas por haber de unirse á su mayor enemigo, al que fué la causa y el instrumento de su eterna perdicion, que tanto como serán honrados los cuerpos y las almas de los buenos, serán atormentados y afligidos los cuerpos y las almas de los malos en un sacrificio sin fin. El cuerpo no resucitará para su gloria sino para su ignominia, si en esta vida no resucita el alma y persevera en la vida de la gracia. El cuerpo no resucitará impasible si en esta vida no declara el alma la guerra á los movimientos y á las inclinaciones desordenadas. El cuerpo no será dócil y obediente al alma, si el alma en esta vida no es sumisa y fiel á su Dios; no será el cuerpo ágil y se moverá al arbitrio del alma si en este mundo el alma no está ágil, pronta y dispuesta siempre á hacer la voluntad de Dios.

Hijos míos, que muera con tiempo en nosotros el mundo, que muera la sabiduría de la carne que es enemiga

de la sabiduría de Dios. Sujetemos nuestra alma, no al mundo tan avaro que todo lo quiere para sí y nada puede darnos, no al demonio ni sus sugerencias que es nuestro enemigo y busca nuestra ruina, no á nuestra carne que es preciso aborrecer en este mundo para custodiarla en la vida eterna. Usemos de nuestros cuerpos para el fin que Dios nos los ha dado, para que sean instrumentos de nuestras almas, para obrar el bien, la piedad, la justicia, la templanza, la castidad... Hijos, concluiré diciéndoos con el Apostol (1), así como habeis usado «de vuestros miembros para servir á la inmundicia y á la iniquidad, usad en adelante de ellos para la justicia y la santificación.» Viviendo así, os presentareis con confianza y alegría á Jesucristo á recibir el premio que os quepa en recompensa, de que Dios por su misericordia nos haga participantes á todos. Amen.

(1) Rom. cap. 6.

PLATICA XXIX.

Del artículo doce del Símbolo. La vida eterna.

La vida eterna. Ved aquí hijos míos, el compendio de nuestra religion, ved aquí el fin á donde deben dirigirse nuestros pasos, ved aquí la regla que debe rectificar todas nuestras operaciones. Creemos en una vida eterna, hemos nacido para la eternidad, este mundo es solo un lugar de tránsito, la vida no es mas que una peregrinacion, los hombres todos no somos sino huéspedes y pasajeros; las riquezas, las prosperidades, los deleites, así como las pesadumbres, enfermedades y trabajos, todo ha de tener fin: los amigos, las comodidades, las posesiones, todo lo hemos de desamparar y no nos queda mas que una eternidad feliz ó desgraciada. Este es el término donde caminamos desde nuestro nacimiento, y por esto venimos con ansia á recibir el bautismo para conseguir la fé que presta la vida eterna: la vida eterna cuya idea basta para dirigir todos los deseos y todas las acciones de todos los hombres. Por esta razon los Apóstoles concluyeron el Símbolo de la fé con este artículo de *La vida eterna* como compendio de la moral mas pura y santa, para que teniéndola siempre á la vista, enderezásemos á

ella todos nuestros pensamientos y deseos, y procurásemos hacernos dignos de conseguirla.

Procuraré brevemente explicaros lo que creemos en este artículo, y ¡ojalá pueda inflamarnos en los deseos mas vivos de conseguir esta dicha que forma la mas completa felicidad! Aunque por vida eterna se entiende comunmente la vida feliz y gloriosa de los bienaventurados, debemos creer que es vida eterna tanto la de los buenos como la que espera á los malos despues de la resurreccion de la carne, la de los unos feliz y la de los otros desgraciada. De una y otra os hablaré lo que puede ser útil para vuestra instruccion y para vuestro provecho.

No puede el hombre en este mundo dar una competente explicacion de lo que es la vida eterna de los justos. Ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni jamás ha podido entrar en el corazon del hombre lo que es la dulzura de los bienes inmensos que ha preparado Dios para los que le aman, dice el Apóstol. Para darnos la Sagrada Escritura una idea de aquel lugar, nos le señala con los nombres de *Vida* simplemente, porque en él es donde realmente se vive, «Vida eterna; Reino» de los Cielos, Reino de Dios; Paraíso, Ciudad Santa, » Nueva Jerusalem, Convite Nupcial, Bodas del Cordero, » Casa de Dios, Torrente de Deleites, Gozo de Dios» con lo que no se espresa aun lo que es la vida eterna, aunque nuestras almas forman una idea de aquel lugar. Los hombres para espresar el precepto que en este mundo se puede formar de la eterna bienaventuranza, la llaman un estado feliz, esento de todos los males y lleno de todos los bienes. Esento de todas las miserias de esta vida, de todos los hor-

rores, de todas las amenazas, tentaciones, peligros y pecados; es la region de la paz, allí no habrá guerra, ni contradiccion, ni resistencia, no hay enemigos, no hay enfermos que visitar, no hay peregrinos que recibir, hambrientos á quienes dar de comer, desnudos que vestir ni litigantes que concordar; allí todas las cosas son perfectas, todas las cosas son santas, todas las cosas son eternas.

No solo no habrá males sino que poseerán allí todos los bienes. La bienaventuranza consiste esencialmente en la vision y posesion de Dios: á la manera que el hierro metido en el fuego, de tal modo se embebe en él que parece convertido enteramente en fuego, así los bienaventurados de tal suerte se unen y se inflaman en el amor de Dios, que aunque conservan su naturaleza, puede decirse que no se vé en ellos sino á Dios. Dicha que explica el Apóstol diciéndonos que veremos á Dios cara á cara y segun es. Dios es el Sumo bien, el que abraza en sí todos los bienes, en él está la fuente de la vida y la felicidad, si los bienaventurados poseen á Dios, poseen en él todas las cosas, poseen el cúmulo feliz de todos los bienes, la hartura de todos sus deseos y todo lo poseen de un modo inamisible.

De esta posesion de Dios proceden todas las demas perfecciones y bienes, su paz, su gozo incomparable, su ciencia, la satisfaccion de todos sus deseos, todos los bienes en una palabra, porque como dice san Agustin (1): «En llegando á recibirse aquella infalible alegría, pe-

(1) Enarr. in psal. 35.

« rece en cierto modo el alma humana, y se hace Di-
» vina.»

Esta dicha y esta alegría jamás causa ni engendra tedio apesar de durar siempre á las almas bienaventuradas. Por los siglos de los siglos estarán alabando á Dios, le amarán siempre y nunca se hartarán de a'barle y gozarle. «Siempre lo » desearán,» dice la sagrada Escritura, para darnos á entender, que aunque sus deseos estén siempre llenos, jamás habrá en ellos la menor repugnancia ni fastidio.

No todos los bienaventurados gozarán los mismos grados de gloria, el Señor dará á cada uno de ellos segun sus méritos, pero todos estarán enteramente contentos «en » aquel descanso opulento,» como dice Isaías. A la manera que un padre viste de un mismo paño á todos sus hijos, no tiene queja el menor de que no le den el vestido del mayor porque sabe que no es á propósito para él.

Baste lo dicho, Hijos míos, para dar una idea de lo que es la vida eterna, y de lo amables que son los tabernáculos del Señor. Nuestros deseos, nuestros afanes, nuestro fervor, no puede menos de inflamarse, nuestra alma se deshace y nuestro corazon salta por entrar en los átrios de Dios. Y á la verdad ¿quién no se alienta, quién no se esfuerza, quién no quiere participar á la vista de unas recompensas tan grandes y de una felicidad tan inmensurable? Pero es preciso saber que Dios la preparó solamente para aquellos que le aman, que á todos se nos dijo: si quieres entrar en la vida eterna guarda los mandamientos. No será coronado sino el que pelee y venza, ni será salvo sino el que persevere hasta el fin. ¿Cuántos peligros, cuán-

tas privaciones, cuántas incomodidades sufre el hombre por conseguir un bien temporal? Para conseguir la amistad de un príncipe ¿cuántas viglias, cuántos sufrimientos, cuánta paciencia? Y ¿qué puede conseguir que no sea frágil, lleno de peligros? Y ¿por cuántos peligros se llega tal vez al peligro mayor? Y ¿cuándo puede conseguirse? Y la amistad de Dios no es fácil conseguirla, y en la amistad de Dios lo logramos todo para siempre, y para lograrla nos convida él mismo, nos llama, nos busca: venid todos, abandonad ese mundo de miserias que solo puede daros trabajos y tristezas, poned sobre vosotros el yugo de mi ley, yugo suave, dulce y ligero, y hallareis el reposo y la paz de vuestras almas.

Recordemos que el camino que lleva á la patria es estrecho, que hay que entrar por la puerta angosta, que Jesucristo mismo nos dijo: Que el reino de los Cielos padece violencia, es decir: que tenemos necesidad de violentar y declarar la guerra á nuestras pasiones, que no tienen derecho á la bienaventuranza sino «Los pobres de espíritu,» los que son humildes, temerosos de Dios, y esentos del apego á los bienes terrenos, los que no son avarientos y usan de este mundo como si no usasen de él: los que son «Mansos» imitando á Jesucristo en la mansedumbre, evitando toda disputa, odio y enemistad; «Los que lloran,» no por la pérdida de los bienes terrenos sino por haber perdido la gracia de su Dios á quien buscan con las lágrimas de la penitencia, ó por pesar y dolor de ver ofendido al sumo bien por los hombres corrompidos é ingratos: «Los que tienen hambre y sed de la justicia» y están llenos del deseo de que

todos amen y sirvan á Dios: «Los que son misericordiosos:
» Los limpios de corazon: Los pacíficos: Los que padecen
» persecucion por la justicia» y sufren resignados todas las molestias, privaciones y castigos en defensa de la verdad y la inocencia de su alma antes que contaminarse con el error y el pecado.

Preciso es que sepamos Hijos míos, que la vida eterna no está destinada para los que pasan la presente en los deleites, en la abundancia, en las diversiones y regalos, que Jesucristo fué pobre, despreciado, padeció, sufrió y nos dejó dicho que no hay otro camino que la Cruz, las mortificaciones y la guerra contra nosotros mismos. Los grandes premios no pueden conseguirse sino con grandes merecimientos.

A la vista de una recompensa tan grande como Dios ha preparado á los suyos, al contemplar un estado tan feliz como espera á los justos en la patria, al creer en la vida eterna ¿por qué no lloramos sobre las corrientes de Babilonia al recordarnos de Sion? ¿por qué no suspiramos por la patria celestial y nos contemplamos como peregrinos y pasajeros en el mundo? Si amamos la patria nos debe ser amarga la peregrinacion. ¡Vida eterna! ¡Sumo bien! Fruicion de Dios! ¡Gloria! Si la apreciamos, Hijos míos, si deseamos unirnos á los coros de los ángeles y santos que la gozan, apliquemos desde ahora todos nuestros cuidados á conseguirla, enderecemos á este fin todos nuestros deseos, nuestras obras y nuestros afanes, apartémonos de toda injusticia y de toda iniquidad, y si no son suficientes para movernos á obrar las recompensas eternas, si nos son indiferentes los

premios , si despues de contemplar una vida eterna dichosa quedamos sepultados en los vicios y pecados , contemplemos una vida eterna desgraciada.

Sí, Hijos míos , una duracion eterna de desgracias y tormentos , unos castigos sin fin es el castigo preparado por Dios para los malos , porque para los malos tambien hay «vida eterna.» Eternidad , pero eternidad de penas y pena de la eternidad. Nunca tendrán fin los castigos de Dios en el infierno. «Irán á un suplicio eterno,» jamás morirá ni dejará de atormentarlos el gusano roedor de su conciencia , pasarán los años , los siglos..... Agotar los mares sacando cada cien años un vaso de agua solamente ; todo el tiempo que tardaría un pájaro en trasladar todas las arenas del mar despues de seco cogiendo un granito solo cada año... ¿A qué fatigar nuestro entendimiento? Sentenciado y destinado el réprobo al infierno de pues de la resurreccion de la carne irá tambien con su cuerpo á padecer sin que le queden ya mas esperanzas. No hay mas tiempo ; se cerraron las puertas del abismo , un dia , un año , un siglo , mil siglos pasarán y la eternidad empieza de nuevo. ¡Muerte! Te buscarán en vano en aquel lugar , ya no hay mas morir que el padecer. Esta idea , este pensamiento de la eternidad , esta misma eternidad es el mayor tormento del condenado , le quita hasta la esperanza de consuelo , es desgraciado y lo será para siempre , allí le falta hasta la esperanza de morir y consumirse en los tormentos.

¿Y qué penas son las que padecen los malos en aquella mansion de horror en compañía de los demonios? Todos los males sin experimentar bien ni alivio alguno. «Vi-

» vos serán metidos en el estanque de fuego ardiendo.» Aquel hombre voluptuoso, tan sensible y delicado á quien incomodaba el clamor del pobre que pedía un socorro, aquel impío que se mofaba de Dios y se reía de sus castigos, el miserable que lleva consigo á la otra vida sus delitos, es anegado en un mar de fuego, en los suplicios que el mismo Dios ha preparado para manifestar su justicia; para vengar sus ofensas y castigar el pecado, en los suplicios preparados por un Dios despreciado, ultrajado y propuesto á los placeres y los intereses del mundo. En aquella habitacion de tinieblas no hay orden, armonia, union, paz, es el lugar de la eterna confusion, y el corazon del réprobo será privado del único bien y consuelo de las almas, de la vista de Dios y de sus gozos.

Contemplad el ansia y ardor con que en este mundo suspira el hombre por lograr sus deseos, el avaro las riquezas, el voluptuoso los deleites, todo es una sombra del deseo con que el alma busca y desea unirse á su único bien, á su centro, á su Dios. Despojado en la eternidad el hombre de todos los objetos que deslumbraban á su alma en este mundo, conoce que todo se disipó como un humo y que su felicidad está en Dios, correrá á él con mas ímpetu que en el mundo corrió á los mas apetecidos gustos, pero Dios rechazará á esta alma desgraciada y la apartará de su presencia con enojo, y echándola su eterna maldicion. ¡Qué rabia entonces, que desesperacion, que despecho! Entregado el miserable á sí mismo, no podrá sufrir la mirada del Dios irritado que con su presencia le revela, arguye y echa en cara todos

sus desórdenes de un modo que jamás puede explicarse, su severidad y la confusión que causa; no podrá sufrir su propia presencia sin llenarse de horror: recordará la vanidad de los bienes á que sacrificó su alma, la gloria de aquellos á quienes persiguió y maltrató en el mundo, el desamparo de las criaturas, porque en ninguna hallará consuelo y todas le maldecirán, el remordimiento de su conciencia, que le hará conocer la enormidad de sus crímenes, la justicia con que Dios lo castiga, y le pondrá también á la vista las ocasiones que tuvo en el mundo para salvarse y las perdió, las amonestaciones de los Sacerdotes de que se burló, los libros piadosos que siempre despreció, lo poco que le pudo costar su salvación y no lo hizo. «Erré el camino de la verdad. ¡Quién me diera una hora de vida para hacer penitencial! ¡Miserable! Ya es tarde.

Bien sé que si toda esta doctrina no se tiene por una invención y á la vida venidera y eterna por un recurso que han adoptado los hombres para contener á la multitud, como suele decirse por los enemigos de la Religión, sino se dice con descaro: «No hay infierno» no faltan algunos, no, tan atrevidos, pero mas temibles y sagaces, que dicen: Que no cabe en un Dios bueno y misericordioso castigar cruelmente á sus criaturas, que es compasivo y que despues de algunos tormentos, usará de piedad y de indulgencia, y que al fin un pecado que se comete en un momento no debe ser castigo eternamente.

Dios, Hijos míos, es misericordioso, pero tambien es justo, tambien es veraz, no puede engañarnos y él nos ha dicho: que irán los malvados al fuego eterno, que no

morirá jamás el gusano roedor de sus conciencias, que jamás saldrán del lugar del horror y confusion sempiterna. Contra un Dios que nos habla, contra un Evangelio que casi en cada capítulo nos revela esta verdad ¿Qué le queda que hacer al hombre? ¿Se burlarán de la revelacion? Pues decidlos que tanto debe durar el tormento y el castigo cuanto dure el satisfacer y el arrepentirse, y como ya no hay lugar al arrepentimiento siempre debe durar el castigo. Existe la culpa, existe siempre un alma manchada con el pecado, existe siempre un alma enemiga de Dios, luego siempre debe durar la pena y el aborrecimiento de Dios. Decidlos: que mientras vivió el pecador quiso siempre pecar y si mas viviera mas hubiera pecado y que una voluntad de pecar siempre, justo es que se castigue siempre. Decidlos: que el hombre al pecar renuncia, se aparta de Dios y le vuelve la espalda corriendo á sus deleites y satisfacciones y que es justo que Dios le vuelva tambien la espalda y le deje entregado á sus ramordimientos y su desesperacion. Decidlos: que la ofensa de Dios no toma su gravedad del tiempo que tarda en consumarse, sino de la persona á quien se ofende, y como Dios es infinito.... ¡Ah! Un Dios que ha criado al hombre que le ha dado cuanto tiene, que le ha redimido, un Dios escarnecido por el hombre, insultado y lleno de oprobios por el hombre, un Dios de cuyo yugo se separa y le arroja el hombre y un Dios entregado al furor de los verdugos, despedazado á azotes y muerto en una cruz para espiar el pecado.... ¡Qué pena será suficiente á tanto ultraje, ni qué castigo es equivalente á la sangre preciosa del hombre Dios deramada por el pecado! Decidlos....

Hijos amados míos, compadeceos y rogad á nuestro Dios que los ilumine y los dé á conocer su mal estado, y si nosotros conocemos y confesamos esta terrible verdad; ¿por qué con tradicion tan lamentable vivimos como si no la creyeramos ó no hubiera nunca de llegar? ¿Quién de vosotros, decia Isaius, podrá resolverse á habitar en medio de las llamas devorantes? Esta verdad publicó los desiertos, llenó los cláustros, mudó los corazones de los hombres mas obstinados, y es la precursora de la penitencia. Si en vista de los premios y castigos de Dios no nos movemos á obrar bien ¿qué podrá ser capaz, qué se nós podrá decir, qué tendrá eficacia para despertarnos de la indolencia y del pecado? Obremos el bien, no endurezcamos nuestro corazón á la voz del Señor; ahora es tiempo de sus misericordias y sus gracias. ¡Qué placer, qué satisfaccion la nuestra si podemos reclamar al Señor una corona de justicial! ¡Si despues de guardar la fé, y seguir la carrera de los mandamientos de Dios podemos gloriarnos como el Apóstol de que nos espera una corona de la mano misma del juez justo! «El Señor ama la misericordia y la verdad, él dá la gracia,» caminemos de virtud en virtud con su ayuda; no quiere nuestra ruina, nuestra perdicion está solo en nosotros, el Señor tiene sus ausilios para nosotros, no privará de ellos á los que caminan en la inocencia, obremos con ellos el bien y el Señor nos dará la gloria en recompensa. Si creemos, si amamos, si esperamos en Dios y queremos sus premios, corramos á él, no con los pies sino con las alas de la caridad. Somos peregrinos, estamos en el destierro gimiendo y suspirando por la patria y la felicidad, pues corramos á

Dios con las alas del amor de Dios y del prójimo dice San Agustín. Amemos á Dios, alabemos á Dios, alegrémonos en Dios, y si así lo hacemos, conseguiremos la vida eterna, y en ella alabaremos á Dios esentos de todo mal por toda una vida eterna. Amen.

PLATICA XXX.

De todo lo demás que debe creer el cristiano, la necesidad que tiene de ejercitarse en la Fé y del modo de hacerlo con fruto.

Todo cristiano tiene obligacion á saber y creer los misterios y verdades de nuestra Religion, y á instruirse de modo que pueda dar razon y noticia al menos como se contienen en el credo y los artículos de la Fé. Pero ¿además del credo y los artículos de la Fé, pregunta el catecismo, creéis otras cosas? Y responde. Si Padre. Todo lo que está en la Sagrada Escritura, y cuanto Dios ha revelado á su Iglesia. Estas verdades que Dios ha revelado á la Iglesia, están todas contenidas en el credo como ya os he dicho, y aunque no está obligado todo cristiano á saberlas en particular, está obligado á creerlas en general ó implícitamente creyendo todo lo que cree y enseña la Santa Iglesia Católica.

Tales son las verdades de que son siete los sacramentos de la ley de Jesucristo instituidos para la salud de los hombres que son Bautismo, Confirmacion, Eucaristia, Penitencia, Estrema-Uncion, Orden y Matrimonio, aunque no todos son igualmente necesarios; que el del Bautismo, Confirmacion, y Orden, no pueden reiterarse ó recibirse segunda vez sin cometer un sacrilegio. Todo lo que la Iglesia ha dispuesto en orden á la recepcion y administracion de los Sacramentos; lo que ha definido acerca del pecado original y de justificacion. La verdad del Santo Sacrificio de la Misa, su valor infinito y que puede ofrecerse á Dios por los vivos y los difuntos. Que en la adorable Eucaristia está real y verdaderamente el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, todo íntegro en cualquiera partícula, y lo mismo en la especie del pan que en la del vino. Que hay Purgatorio, y que aquellas almas pueden ser ayudadas con los sufragios y oraciones de los fieles.

Que los Santos que están reinando con Jesucristo en los cielos y sus imágenes y reliquias en la tierra deben ser venerados. Que en la Iglesia hay facultad para conceder indulgencias y que su uso es saludable para los fieles. Que la Iglesia Romana es el centro de la unidad y la depositaria de la verdadera doctrina, y que debemos reconocer por cabeza visible al sucesor de San Pedro, al Sumo Pontífice que fuere de Roma. Todas las tradiciones, y definiciones de la Iglesia, las Santas Escrituras todas y tales como las entiende la Iglesia y en fin todo lo que tiene, cree y enseña la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Todo esto debe creer y confesar todo cristiano, y aunque

no lo comprendais ni sepais explicarlo, lo creéis, con uniros á la fé de la Iglesia, á lo que cree vuestro Párroco unido á su Obispo y éste al Papa. Ved aquí los lazos que nos unen, y en cuya union debemos todos cuidar el permanecer para conservarnos en la unidad y creencia de la Iglesia. Creo y confieso todo lo que cree y confiesa la Iglesia, y aunque yo no sepa qué cosas son todas las que cree la Iglesia, Doctores hay que las saben y pueden explicar. Esto basta, Hijos míos, despues de saber el credo, para conseguir la vida eterna, en cuanto á la obligacion de creer. Dios no quiso ni dispuso que todo lo supieran todos los fieles, pero quiere que todo lo crean, con lo que el cristiano vive descuidado y descansa seguro en la fé de la Iglesia de que es miembro.

Debo igualmente advertiros que no basta creer una vez, es necesario hacer actos repetidos de Fé. Dios nos manda creer, y en cumplimiento de este precepto debemos hacer actos de Fé algunas veces. *Acercáos á Dios*, dice el Profeta David (1), *y sereis iluminados*. Y, como explica San Agustín (2), no nos acercamos á Dios corriendo, sino creyendo, no con el movimiento del cuerpo sino con la voluntad y deseos del corazon. Por esto establecen los teólogos, que tenemos necesidad de hacer actos de Fé, siempre que hemos de prepararnos para la justificacion ó para recibir el perdón de los pecados, bien sea por el bautismo siendo adultos, bien sea por la penitencia, ó bien sea cuando este Sacramento

(1) Psalm. 53

(2) Tract. 26. in Joann.

no puede recibirse por el dolor de contrición. Siempre que hayamos de recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, siempre que nos viéremos tentados contra la Fé, siempre que oyéremos hablar mal ó ultrajar nuestra Fé. Siempre que nos viéremos en peligro de muerte. Siempre que fuéremos preguntados por nuestra Fé, no siéndonos lícito negar ni ocultar nuestra creencia aun con peligro de nuestra vida.

En todos estos y otros casos tenemos obligación de hacer actos de Fé, creyendo con nuestro entendimiento, con nuestros lábios y nuestro corazón todos nuestros misterios y todo lo que cree y enseña nuestra Santa Madre Iglesia. No creo tener que reprenderos este descuido porque no habrá quien falte entre vosotros á estos deberes y no acostumbre á rezar todos los días el credo por lo menos, y confío en Dios que si fuéseis preguntados por vuestra Fé no os apartaríais, ni disimularíais ser cristianos, aunque mejor es que Dios nos libre de estos peligros y tentaciones.

Pero permitidme después de todo que me dirija á vosotros mismos y os diga con el Apóstol (1) «Examináos á » vosotros mismos para ver si permanecéis en la Fé; pro- » baos vosotros mismos á vosotros.» Haced un examen de vuestra Fé y averiguad si de verdad perseveráis en ella. No basta que poseáis la Fé por una simple y estéril creencia, ó mas bien por una rutina, conviene que la Fé nos posea, que todas nuestras operaciones pasen por sus manos y sean

(1) 1.^a Cor. cap. 13. v. 5.

dirigidas por sus movimientos y regidas por sus máximas. Examináos para ver si permanecéis en la Fé. Desgracia seria la vuestra si viviendo en el seno de la Fé fueseis mas miserables que los mismos infieles, porque si ellos están en tinieblas, vosotros por una ceguedad voluntaria y mas digna de compasion cerrais los ojos á la luz, no os dejeis guiar á donde os conduce la Fé, y tal vez no falta quien se espone á los riesgos de perderla en malas lecturas, en malas conversaciones, en malas compañías, y ahora que nada teneis que sacrificar por la Fé ¿qué seria si la Fé os exigiere sacrificios ó si para conservarla tuviérais que perder el descanso, la hacienda, sufrir las persecuciones, destierros, la sangre y la muerte como los primeros fieles y los Santos mártires.

Examináos á vosotros mismos para ver si permanecéis en la Fé. Probad y ved si creéis solamente con una Fé humana, si creéis porque lo creen los otros, ó si creéis con Fé divina, porque Dios ha revelado sus misterios y la Iglesia los propone, probad y ved si recibis con agrado las verdades que os favorecen, y admitis con disgusto las que son contra vuestras inclinaciones ó vuestros intereses. Probad y ved en una palabra si vuestra Fé es fecunda y produce en vosotros frutos de vida eterna. Nada vale el nombre de cristiano sino teneis las obras de cristiano. En el fuego se prueba y acrisola el oro y nada prueba tanto vuestra Fé como las tribulaciones y los trabajos que el Señor os envia. Probad en ellas permanecéis como Job alabando y bendiciendo á Dios, ó si por una imprudencia impía os desatais en ellas en imprecaciones, en juramentos, blasfemias y pa-

labras escandalosas. ¿De qué sirve que se muevan vuestros labios alguna vez para rezar un credo, si perjurais y detestais de lo mismo que creéis á la menor ocasion de disgusto y cuando quiere examinar y probar si es verdadera vuestra Fé?

Hijos míos, el demonio es un enemigo muy temible y muy sagaz, nada teme ni le ofende tanto como nuestra Fé y en nada trabaja tanto como en arrancárnosla. Como los hijos de Elon á los Babilonios en la toma de Jerusalem anima y grita á sus aliados y ministros en este mundo: «Destruidla, destruidla, arruinadla hasta los fundamentos (1).» Estos no se atreven á batir de frente nuestra Fé, nos alarman, nos harían preparar, y acaso rechazar con indignacion sus insinuaciones, primero corrompen y vician las costumbres, abren la brecha en el corazon, entibian el fervor y enflaquecen nuestra Fé con los placeres, con las diversiones, con los pasatiempos, con la sensualidad y la lascivia, procuran hacer al hombre enteramente animal y terreno, para que no perciba las cosas que son del Espíritu de Dios, con la avaricia y usura para que no oiga sino el ruido de los intereses, que se pudren, con la envidia y la gula para que no corra mas que en pos de la venganza y de los gustos de la comida y la bebida, con la pereza y desidia para que no se cuide de instruirse en los misterios de la ley de Dios, los olvide y abandone su cumplimiento, hacen primero al hombre vicioso é ignorante para serles facil asal-

(1) Psal. 136. v. 7.

tar su Fé, hacerle incrédulo y reducirle á un impio.

Con los vicios reducen la fé á un estado de muerte, á una fé flaca y defectuosa, á una Fé sin obras, sin caridad y sin amor de Dios. «Así disminuyen las verdades entre los hijos de los » hombres (1).» Desaparece la fé que obra por la caridad, queda una fé muerta, y en tal estado no merece el nombre de virtud, asi como un cadáver no debe llamarse hombre.

Es una piedad y misericordia grande de Dios nuestro Señor que el pecador, al tiempo mismo que pierde la gracia, no perdiese la Fé. Dios ha querido usar con los hombres a quella piedad que tiene la ley con los artífices deudores ó fallidos. No ha querido que se los quiten las herramientas ó instrumentos de su arte para que trabajen con ellos y puedan mantener la vida y llegar á pagar sus deudas. De un modo semejante el Señor, para que quede á los pecadores la esperanza de poder algun dia salir de su miserable estado y satisfacer á la divina justicia, deja en sus manos la Fé que es el instrumento de todas las virtudes. Pero este cadáver de fé muerta que ha quedado en el alma pecadora, este instrumento para recobrar las virtudes, si se deja mucho tiempo ocioso, se toma del moho y se inutiliza poco á poco, porque el ocio todo lo destruye, y su naturaleza es gastar todas las cosas. El agua largo tiempo encerrada se llena de gusanos, la casa si está mucho tiempo cerrada se arruina, los animales todos, y nosotros mismos estando mucho tiempo apoltroñados, perdemos las fuerzas. Aunque la Fé estuviese viva correria riesgo el perderla con solo el estar ociosa y no

(1) Psal. 11. v. 2.

egercitarse en la virtud que enseña y que es la vida del cristiano, ¿cómo no correrá riesgo despues que está ya muerta y no solo muerta sino acompañada de malas obras? Es un estado muy violento al que la reduce el pecador.

Si consideramos á un cadáver, podemos distinguir en él dos especies de muerte, la primera es estar separado del alma que le vivifica, y la segunda es consumirse y destruirse tanto, que finalmente se reduce á polvo y podredumbre. Lo que podemos igualmente advertir en la Fé: su primera muerte es estar separada de la caridad por el pecado en que el alma ha consentido, y la segunda es gastarse y consumirse en la ociosidad hasta que se reduce á nada. Este es el triunfo del demonio y por estos medios le consigue: así reduce la Fé de los cristianos á un esqueleto, á una aparienciá, á la nada. Y con esta Fé ¿creeis tener bastante para ir al paraíso, para merecer el premio de los bienaventurados y conseguir la vida eterna?

Hijos míos, creedme, quedareis engañados si esperais hallar piedad delante de Dios por haber profesado casi nada mas que el nombre de cristiano. Jesucristo, á quien invocareis, os dirá: Apartaos de mí, no os conozco, quitáos de mi presencia todos los que habeis obrado la maldad. Vosotros los que teniais cien manos para contentar vuestras pasiones y no tuvisteis una siquiera para sujetarlas y obrar la virtud. ¡Qué miseria podra compararse con ésta, ni qué desgracia mayor que *bajar*, como dice el profeta Ezequiel (1), «con las armas al infierno!» ¡Bajar á la estancia

(1) Cap. 32. v. 2.

de los demonios y ser presa de nuestros enemigos con el carácter de cristianos y con el escudo de la Fé, que era bastante para triunfar de los contrarios mas fuertes.

¿Qué remedio, Hijos míos, para evitar esta infelicidad? Instruirnos en la Fé, radicarnos en la Fé, frecuentar los actos de Fé, probarnos y examinarnos en la Fé que vivimos, y á la manera de los artífices deudores deseosos de pagar á su acreedor y recobrar su crédito, ya que para eso nos deja el Señor el instrumento de nuestra salud, trabajar con la Fé hasta conseguir la reconciliacion, alimentar la Fé con la caridad para reanimarla y fortalecerla, ejercitarnos en las obras correspondientes á nuestra Fé y creencia, poner de acuerdo nuestro entendimiento con nuestra voluntad, y no cesar de trabajar hasta tener una Fé viva, para no incurrir insensiblemente en la desgracia de perderla.

«Nuestro enemigo el demonio anda á nuestro alrededor » como un leon rugiente buscando á quien devorar, velad » hijos míos, dice el Apóstol San Pedro (1) y resistid habiendo » ciéndoos fuertes en la Fé.»

¡Dios mio! frágiles y pecadores somos, merecemos todos vuestros castigos, pero no permitais que nos falte la luz de la Fé, este instrumento feliz con que podemos pagar y disponer á dar una debida satisfaccion á nuestras deudas: no nos castigéis, Señor con la falta de Fé, no permitais que se oscurezca, que se denigre y mucho menos el que se la blasfeme y se la insulte, haced que las potestades todas

de la tierra la dispensen su amparo y proteccion. Concedéme por vuestra infinita piedad y misericordia.... Os ruego por este rebaño que me habeis confiado, por este rebaño vuestro, porque vuestros son todos, concedéme que ninguno se pierda ni abandone su Fé, que la conserven todos creyendo firmemente todo lo que tiene, cree y enseña la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, y que estén dispuestos á morir y vivir en esta fé y creencia. Esta gracia os pido, Padre amoroso y Dios de toda consolacion, en recompensa de mi trabajo en instruirlos en la doctrina de vuestra Santa Fé, y despnes de esto concluiré suplicándoos con la Iglesia nuestra Madre. (1) « Dios Om- » nipotente y sempiterno, dadnos el aumento de la Fé, » de la Esperanza y de la caridad, y para que nos hagamos » dignos de conseguir vuestras promesas, haced que ame- » nos y cumplamos vuestros preceptos, por Jesucristo Se- » ñor nuestro y vuestro Hijo, que con vos y con el » E-píritu-Santo vive y reina por los siglos de los siglos. » Amen. »

F. L. G.

(1) Domin. XIII despnes de Pent.

INDICE.

	<u>Pág.</u>
PLATICA I. De la Fé, su necesidad y la obligacion de instruirse en la Doctrina Cristiana.	1
II. Del beneficio grande de la Fé y de nuestra correspondencia.	16
III. De los motivos que hacen evidentemente creible la Fé.	30
IV. Respuesta á los pretestos y razones de los incrédulos.	44
V. Del mismo asunto.	58
VI. Del Símbolo de la Fé y su primera palabra Creo.	73
VII. Del primer artículo del Símbolo: de Dios uno Trino y de sus perfecciones.	84
VIII. De Dios Omnipotente y Criador.	95
IX. De la Providencia de Dios.	106
X. Los males de este mundo no repugnan, ni son fuera del orden de la Providencia Divina.	115
XI. Del segundo artículo del Símbolo: Y en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor.	127
XII. Del artículo tercero del Símbolo: Fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa Maria Virgen.	139
XIII. Del artículo cuarto del Símbolo: Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.	150
XIV. Del artículo quinto del Símbolo: Descendió á los infiernos, al tercero dia resucitó de entre los muertos.	162

XV. Del artículo sexto del Símbolo: Subió á los Cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre todo poderoso.	175
XVI. Del artículo sétimo del Símbolo: Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y los muertos. . . .	185
XVII. Del artículo octavo del Símbolo: Creo en el Espíritu-Santo.	196
XVIII. Del artículo nueve del Símbolo: La Santa Iglesia Católica.	206
XIX. De los caracteres y señales de la verdadera Iglesia, de la unidad y de la indiferencia de Religión.	219
XX. De los caracteres de la Iglesia; Santa, Católica y Apostólica.	233
XXI. Se explica la comunión de los Santos. . . .	244
XXII. De la intercesion de los Santos, de su Culto y de la veneracion de las Imágenes y reliquias.	257
XXIII. Del Purgatorio y los sufragios. . . .	271
XXIV. Del artículo doce del Símbolo: El perdon de los pecados.	285
XXV. De las demas atribuciones de la Iglesia. .	301
XXVI. Se continúa y concluye el mismo asunto. .	313
XXVII. Del artículo once del Símbolo, la Resurreccion de la carne, de la inmortalidad del alma del hombre.	323
XXVIII. Se explica la Resurreccion de la carne. .	340
XXIX. Del artículo doce del Símbolo: La vida eterna.	353
XXX. De todo lo demas que debe creer el cristiano, la necesidad que tiene de ejercitarse en la Fé y del modo de hacerlo con fruto.	364

FE DE ERBATAS.

<u>Pág.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
xvii	nota 2. ^a	Epis. 2	Epis. 2. ^a Joan.
21	8	revela	rebela
26	11	palabras	parábolas
37	1	pueda	puede
47	26	cantidad	castidad
59	13	engañarnos	engañarlos
109	6	dirijie	dirije
111	11	creis	creeis
116	17	son las necesarias	son las mas nece- sarias.
120	22	honores	humores
124	20	rio Gloton	Rico gloton
132	12	un ser mas	no es mas
136	24	realizado	realidad
142	18	si viste	se viste
143	21	unidos en un	unidos son un
148	18	se ha hecho	no se ha hecho
150	11	poder del sexo	poder en favor del sexo
176	3	si	asi
182	9	introducidos	instruidos
203	16	que Dios el que	que el Dios que
207	21	Galicia	Galacia

<u>Pág.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
221	20	el le	el que le
229	24	ley es	leyes
242	10	en Roma la Iglesia de Roma,	en Roma, la Igle- sia de Roma,
243	13	conforme su	conforme á su
246	6	hace todas	hace que todas
250	3	parte	para
252	2	sus méritos	segun sus méritos
254	26	riesgos	ruegos
256	9	tenemos	temamos
260	última	suspenden	suspende
261	12	serle	serles
264	2	remision	sumision
305	23	lo mismo	el mismo
312	21	ellos	el'as
316	19	oracion	ordenacion
317	11	existencia	asistencia
327	4	Pausamias	Pausanias
335	25	hombre	nombre
336	19	humanos benéficos	humanos y bené- ficos
338	17	al mandar	el mandar
Iden	26	sé que	sí, que
357	7	no	nos